Mayo 1987

443

Centenario de Gregorio Marañón
Cincuentenario de Horacio Quiroga

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

HAN DIRIGIDO ESTA PUBLICACION
Pedro Laín Entralgo
Luis Rosales
José Antonio Maravall

DIRECTOR
Félix Grande

JEFE DE REDACCION
Blas Matamoro

SECRETARIA DE REDACCION
María Antonia Jiménez

ADMINISTRADOR
Alvaro Prudencio

REDACCION Y ADMINISTRACION
Instituto de Cooperación Iberoamericana
Avda. de los Reyes Católicos, 4 - 28040 MADRID
Teléf.: 244 06 00, extensiones 267 y 396

DISEÑO
Nacho Soriano

IMPRIME
Gráficas 82, S. A. Navarra, 15 - 28039 MADRID

Depósito Legal: M. 3875/1958
ISSN: 00-11250-X

443

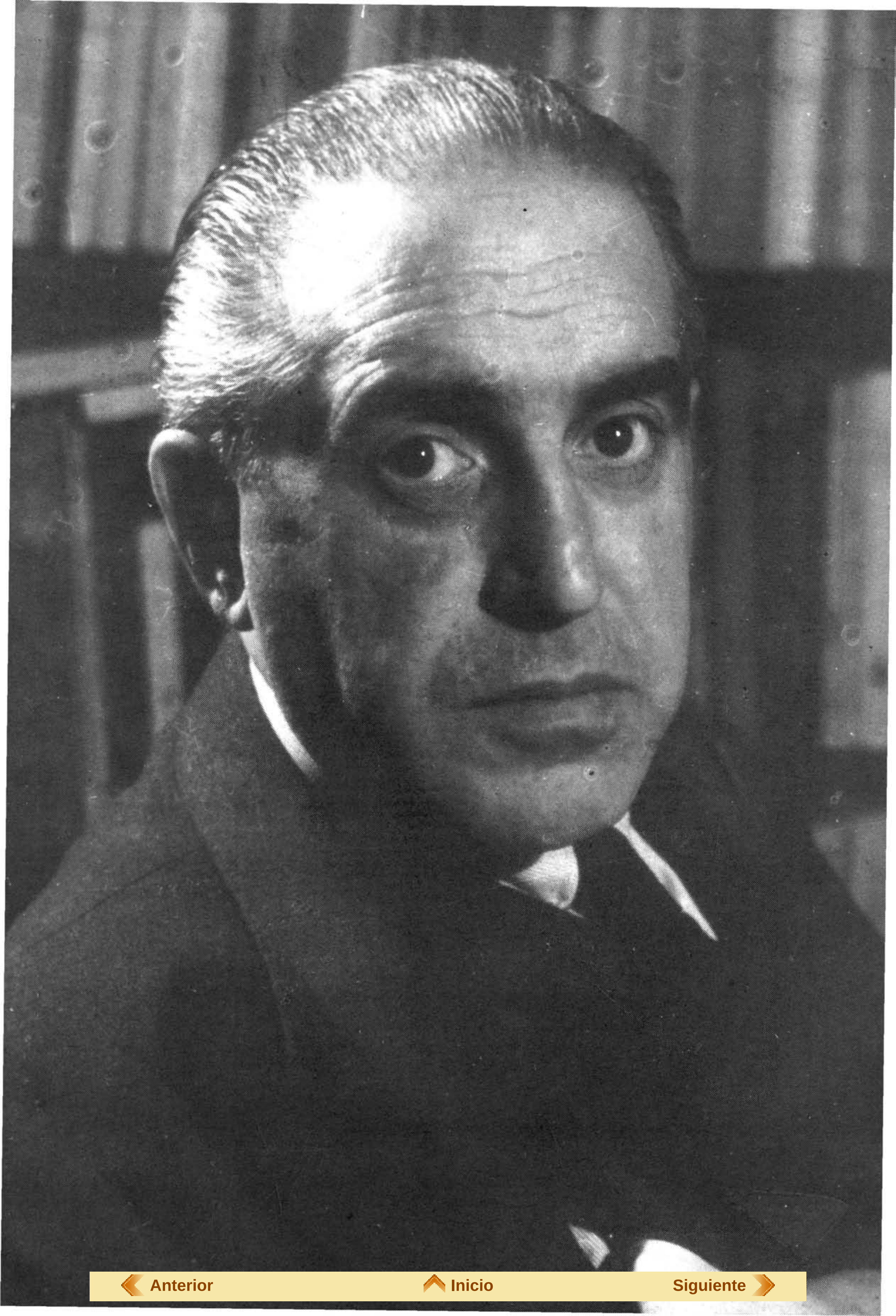
GREGORIO MARAÑON (1887-1960)

HORACIO QUIROGA (1878-1937)

INVENCIONES Y ENSAYOS

GREGORIO MARAÑON

(1887-1960)



Marañón, contemporaneísta

Aunque la obra historiográfica de D. Gregorio se desenvolviera más placentera y anchurosamente por los caminos de la Modernidad española, los últimos siglos del acontecer hispano también se vieron iluminados en muchas ocasiones por sus estudios y reflexiones. Las Cortes de Cádiz y la guerra civil de 1936, fechas liminares tradicionalmente hasta hace escasos años de la denominada Edad Contemporánea, se enriquecieron así con los análisis y meditaciones del último polígrafo de nuestras letras. Y en todo el territorio acotado por dichos hitos, episodios y personajes de la crisis del Antiguo Régimen, del consolidamiento del liberalismo, de la Restauración y hasta de la Dictadura y de la II República imantaron su pluma en no pocas ocasiones.

Al propio tiempo, la contemporaneidad mundial también atrajo su interés llevado de una curiosidad inagotable al par que embridada. Sintiendo muy a lo vivo lo que él gustaba denominar «patriotismo del tiempo» contempló dolorido «el gran suicidio de Europa» en la Primera Guerra Mundial, cuyas principales causas, o al menos las que con más fuerza concurrieron a la hora de su desencadenamiento, detectó en la marea imparable de los nacionalismos, más que en otros factores también relevantes. Tardó su ánimo en sobreponerse a la impresión provocada por la segunda contienda planetaria. Pese a su sempiterno optimismo, creyó encontrar que sus secuelas no se borrarían sino en el transcurso de muchas generaciones y casi con un cambio de civilización. Como otros hombres de su estirpe intelectual en el fracaso de la Sociedad de Naciones vio Marañón la pérdida de la precaria paz establecida en Versalles. Y de ahí sus dardos, teñidos de una cierta injusticia, contra la institución y los hombre de Ginebra, ciudad, por otra parte, tan amada por él. E igualmente, como la mayor parte de los componentes de su generación y, sobre todo, de su cepa ideológica y talante espiritual, simbolizó en el proceso de Nuremberg el remate de los horrores de una era trágica.

Sus incursiones por la contemporaneidad mundial fueron con todo fugaces y ocasionales. Las realizó a menudo como marco englobador de la española, al paso que como espejo comparativo. Por otra parte, habrá de tenerse siempre presente a la hora de estudiar el quehacer historiográfico de D. Gregorio el hecho ya resaltado en el inicio de este artículo. Según las costumbres imperantes, tendió a pensar que la historia contemporánea tiene no poco de periodismo, sin que se pudiera aplicar con serenidad el escalpelo de la crítica a la humanidad presente o más inmediata.

El que Marañón consagrara a los temas contemporáneos los trabajos de menor empeño y ambición de su incesable pluma determina que sus puntos de vista acerca del XIX español y de la época del XX por él vivida tengan que agavillarse tras un rastreo moroso por su enciclopédica obra. La consiguiente yuxtaposición de textos —único y grosero proceso metodológico para su análisis— obliga sin duda a cierta inducción forzada cuando no violenta, con el peligro inevitable de no calar con exactitud en el pensamiento

del autor. Pero aun así una antología de los asertos marañonianos en punto a figuras y eventos así como a interpretaciones de la contemporaneidad nacional será empresa que siempre arrojará un saldo positivo para la interpretación cabal de un tiempo con el que el generoso espíritu de D. Gregorio se sintió plenamente identificado, en sus tropiezos y aciertos.

Puesta al día y pasada a través de un espíritu más plural y receptivo que el de D. Marcelino, la concepción de la historia española explicitada en la obra de D. Gregorio es de clara filiación menendezpelayana. Su infancia y formación juvenil, transcurridas en un ambiente de sacro respecto a la tarea del ilustre santanderino, explican tal huella, perceptible hasta el postrero de sus trabajos. Naturalmente esta devoción no se convirtió en ciega beatería, llevándole a discrepar del autor de la *Historia de los heterodoxos españoles* en buen número de enfoques y materias. Así, frente a la visión antidieciochesca de Menéndez Pelayo, sabido es que D. Gregorio exultó casi literalmente con los muchos dividendos que el balance de aquella centuria arroja para la convivencia patriótica. Fraguado su mejor espíritu en el «amor al hombre y la ciencia», el autor de *Las ideas biológicas del Padre Feijoo* llegó a considerar al Setecientos —al europeo y al español o, por mejor decir, al hispanoamericano— como el siglo que más se aproximó a su modelo particular de perfección. Para él, que nunca profesó «la religión de los grandes hombres», Feijoo o Jovellanos se le presentaban como paradigmas del intelectual y del patriota. Por tal senda llegó justamente a estimar a las Cortes de Cádiz como la desembocadura y el remate lógicos del siglo de las Luces. Las páginas más encendidas salidas de su pluma, en todo momento más propensa al elogio que a la censura, fueron tal vez las consagradas a enaltecer el legado del doceañismo, con cuya savia D. Gregorio aspiró a fecundar toda la historia posterior, muy alejada por lo común de la senda abierta en Cádiz. Su retrato *en noir* de Fernando VII —prólogo a la mejor obra de Natalio Rivas, *Luis López Ballesteros, ministro de Fernando VII*— y el canto epinicio a Juan Martín, el Empecinado, no responden más que al sentimiento de frustración ante una herencia torpe y hasta alevosamente maltratada. Frente a la división de los españoles consagrada por la guerra de la Independencia y las alterntivas del reinado fernandino, los manes dieciochescos resurgían en el espíritu de D. Gregorio al proclamar con énfasis que de haber vivido en aquellos días, hubiese sido «jovellanista». Esto es; hombre de lo que, aplicando la conocida clasificación de un estudioso francés respecto a las corrientes religiosas del catolicismo galo en el curso del XVII al XVIII, bien podría denominarse «tercer partido». Al adscribirse así, no hacía otra cosa más que alinearse en lo que, con más propiedad aún —aunque a muchos oídos suene a heterodoxia doctrinal—, cabría y debería denominarse «tradición liberal». Falange reducida, pero egregia del pasado nacional más reciente, en la que en todo tiempo, y más en el presente, se ha pretendido introducir de matute alguna mercancía averiada, incluso, paradójicamente, por algunos de sus críticos más acerados...

Muy encariñado con el romanticismo —intuiciones y juicios felicísimos en sus escorzos de Musset, Almeida, Garret o Espronceda— y aún más enfervorizado con los libros de los principales viajeros que en la primera mitad del Ochocientos nos visitaron, era natural que las guerras carlistas, en especial la primera, despertaran la atención de su pluma. Lector también apasionado de Galdós y de Baroja, ello añadiría una segunda motivación para analizar con *intellecto de amore* el primer gran desgarro de la convi-

vencia hispana contemporánea. Lo mucho que de renovador y positivo trajo la España romántica fue bien captado por la retina del gran clínico. El énfasis en lo pintoresco y el orgullo de lo típico lo incluye D. Gregorio con buen criterio en su haber. El Romanticismo fue tal vez el penúltimo estallido de la rica humanidad hispana y Marañón lo auscultó con justeza y gozo. Bandidos y cigarreras, ventas y corridas, miseria y colorido fueron traspasados por su mirada para aprehender lo que en ellos había de mejor veta del carácter nacional (pues D. Gregorio sería decidido partidario de la teoría de la distinción entre los pueblos y de la especificidad de su historia). Es curioso a este respecto observar, empero, que no fue muy sensible a la comprensión profunda del fenómeno carlista. Vio en él el halo romántico que indudablemente envolvió a sus gestas y héroes, pero se quedó en el umbral de su significado como movimiento popular y campesino. Naturalmente, no le reprochamos el que no suscribiera tesis tan groseras intelectualmente como las propugnadas en fechas recientes por algún dómine ignaro que analiza el carlismo en clave de lucha de clases; pero sí podemos lamentarnos que una inteligencia tan poderosa como la de Marañón no penetrara más en su reflexión. Con todo, no hay que olvidar que D. Gregorio fue un hombre esencialmente urbano y que en su amada Toledo, principal mirador de su contemplación española e historiográfica, el carlismo sólo aquistó la simpatía, eso sí, nutrida y copiosa, de la clerecía. Pues, si, con exactitud, un día dijera Castelar que España no era republicana por no serlo Castilla, con más exactitud aún pudo decirse lo mismo respecto del carlismo.

Bien al tanto de todas sus debilidades y negruras, el espíritu de Marañón se sumergió con alborozo en el del constitucionalismo. Su profesión de insobornable liberal había de conducirle lógicamente a un estudio moroso, si no siempre concienzudo, del aporte de este movimiento a la historia patria. Con una simpatía universal cubrió a sus hombres e ideas no deteniéndose en sus lacras y deficiencias; por más que, insistiremos, fueran harto conocidas por él. Sólo lamentó que su afinamiento viniera de la mano de victorias militares poco conciliables con la reconciliación y tolerancia, por mucho que se afanaran los liberales egregios en tender la mano de la comprensión hacia el vencido.

La primera Restauración supuso para él el vértice y la cresta dorada de la convivencia en la España liberal. Algunas de sus mejores y, desde luego, más emotivas páginas consagradas están a la loa de las relaciones amistosas entre Menéndez Pelayo y Pereda con Galdós, de linajes ideológicos tan contrapuestos. Ese fue el ambiente que respiró en su niñez y al que procuró ser inalterablemente fiel; consiguiéndolo...

El gran médico era un absoluto convencido de que la buena tonificación liberal del espíritu público se traduce en un alto grado de creatividad, y de espíritu de superación individual y colectivo. La por él bien llamada «Edad de Plata» de la literatura española no fue más que una corroboración esplendente de tal convicción. Aunque él mismo perteneciera a una generación —la del 14— poderosamente inventiva y creadora y más abierta y menos casticista que las finiseculares, pensaba que en algunos terrenos, sobre todo en el de las Letras, los novelistas del 68 y los hombres del 98 habían señalado una cota que tardaría largo tiempo en superarse.

No era sólo la atmósfera de libertad o el esplendor de la gran narrativa, las únicas características de la Restauración que satisfacían a D. Gregorio. A pesar del astillamiento del 98, afirmaba que el canovismo había sido una de las grandes creaciones de la

política española de todos los tiempos. Su artífice no tuvo rival español o extranjero en las preferencias políticas de Marañón que ponderaba con frecuencia las ingentes dificultades que el estadista malagueño tuvo que remontar para ofrecer a su país una pacificación real y unos presupuestos de avance en todos los terrenos, que sus sucesores en la gobernación de España no supieron desarrollar. De forma muy expresiva, esta «fidelidad» canovista marca la única ruptura con sus restantes compañeros de la hornada de 1914. E igualmente, pese a su devoción por Cajal, su regeneracionismo no encuentra su principal raíz en el Desastre, contemplado de manera muy comprensiva y hasta indulgente sin unilateralizar responsabilidades ni recargar las tintas.

Como algunos otros de sus grandes contemporáneos —Azaña, Maeztu o Madariaga por ejemplo— Marañón vivió históricamente la gran guerra europea, como se diría por los hombres de su generación. Es decir, advirtió en su transcurso los síntomas que anunciaban un verdadero cambio de civilización; caló también por tanto en el *tournant* que sus efectos y consecuencias sobre la historia de su país habría de producir aquélla. Escritos coetáneos y posteriores permiten observar su despedida íntima y sentimental de costumbres y actitudes vigentes hasta entonces.

Y, sin embargo, será el decenio transcurrido entre Sarajevo y la llegada de la I Dictadura española el que menos juicios despierta retrospectivamente de su pluma. Posee el gran clínico datos de primera mano sobre la andadura del problema militar, así como de la pujanza de los nacionalismos y del movimiento obrero acaudillado por Pablo Iglesias, proporcionados tanto por una observación desde posiciones privilegiadas como por el trato directo y asiduo de figuras relevantes. Pero aún así, insistamos, sus panoramas acerca de dicho período resultan excesivamente generalizadores. Probablemente ello debiose a la especial melancolía que despertaban en su alma unos años en que se quebró el modelo de convivencia para las gentes de su patria. En un diagnóstico que hoy corrobora la historiografía más solvente, Marañón creyó ver en el mencionado decenio la etapa en que, liquidado el impulso regeneracionista de la monarquía de Alfonso XIII, éste no fue reemplazado desde las instancias rectoras del país por ninguna otra sugestiva empresa nacional. Y al igual que algunos sobresalientes especialistas del reinado, su pluma llegó a inclinarse por endosar la mayor parte de responsabilidad histórica del hecho a las nacientes fuerzas —más a la proletaria que a la de la burguesía progresista:

> Una parte de los estudiosos, de los creadores, en aquellos años críticos, se alejaron de la Monarquía. Hoy todavía tienen argumentos de indudable valor dialéctico los que defienden que la culpa fue de ellos; pero también los que dicen que la Monarquía no los supo captar y retener. Las masas de trabajadores, a la misma hora en que gobernaban casi con carácter de partido centro en otras monarquías de Europa, se colocaron irreductiblemente enfrente de la nuestra, en un extremismo que, con la capa liberal, escondía un furor genuinamente antiliberal. Y aquí también queda flotando, sin posible contestación inmediata, la misma angustiosa interrogación: la culpa, ¿de quién fue?» *(Obras Completas,* I, Madrid, 1975, 719).

La posición proalfonsina que revela esta visión presta mayor imparcialidad y objetividad a los comentarios de D. Gregorio acerca del septenado primorriverista.

Convertido en personalidad nacional, en el hombre de ciencia junto con Cajal más admirado por la opinión pública, el autor de *El Conde-Duque de Olivares* fue testigo descollante de la aventura dictatorial del militar jerezano. Se recordará cómo el juicio marañoniano sobre su empresa fue absolutamente descalificador; y con él, también el

de la actuación de la Corona. Ningún rescoldo personal latía en este anatema, fruto sólo de una ponderada meditación. Pese a ser injustamente perseguido por el general gaditano y a eclipsarse momentáneamente la simpatía regia, el talante y la vocación historiográficos de D. Gregorio lograron vencer a cualquier impulso o arrebato, muy lógicos, por lo demás, en su caso particular. Y, aunque su adscripción al credo republicano data de entonces, no se alimentó de ninguna fobia personal, sino de la convicción de haber agotado sus virtualidades el régimen nacido en Sagunto. En horas de denuestos e inverecundos ataques al dictador, Marañón no dejó de resaltar algunas de las atrayentes cualidades de su humanidad, si bien —significativamente— encarecería siempre menos las del monarca. Al quedarse a mitad del camino, al no provocar sus logros materiales un cambio en la estructura social, la Dictadura fue para él un paréntesis, al término del cual los grandes problemas nacionales aparecerían peraltados. Hoy se presenta insuficiente cualquier análisis o interpretación global y honda de aquélla o de cualquier análisis o interpretación global y honda de aquélla o de cualquier otra dictadura desde los supuestos de la sicología de su supremo jerarca, tal y como el gran médico pretendiera en su famosa biografía acabada de mencionar y en algunos otros de sus estudios. Pero a la vista de la historia del régimen primorriverista o del mussolinista, una parte sustantiva de esta hipótesis tiene que aceptarse sin mayores reservas. Por lo demás, conviene traer a colación nuevamente que para Marañón la causa última del fracaso de la I Dictadura española del siglo XX fue la insuficiencia de su capacidad renovadora.

Partero, como él llegó a escribir en más de una ocasión, de la II República, el curso de ésta fue seguido por D. Gregorio con creciente desilusión. Sus derechos de paternidad —menos oscuros de lo que él modestamente se atribuyó— no le llevaron, claro es, a ninguna idea tutelar o patrimonializadora, pero sí le llevó a depositar en el nuevo régimen un caudal de ensueños que poco a poco se fue evaporando.

> Sobre intención en los sucesos que he referido, se creó una leyenda. Los periódicos extranjeros repitieron que yo había sido «l'accoucheur de la République». La verdad es que fui sólo un testigo presencial del parto... Ningún otro superó a éste en apariencias halagüeñas; ninguno venía tan henchido de tragedias. Se dice que Lucifer, cuando nació, parecía un ángel y esto se ha repetido mil veces a través de la historia. Pero no olvidemos que errado o no, había un ímpetu generoso en el ambiente de aquellos días; y acaso esa generosidad se incorpore algún día a la savia de otro árbol más robusta y vuelva a fructificar. (Obras Completas. Madrid, 1976, IV, 494-5).

Sólo el homenaje a su ponderado espíritu y la concesión al relativismo ínsito en su bondadosa alma impiden considerar a D. Gregorio como el debelador más implacable entre los críticos amorosos de la II República. Probablemente su requisitoria, en verdad inmisericorde, guardó estrecha proporción con esas inmensas esperanzas depositadas en la hora de su advenimiento a las que poco más arriba se ha hecho referencia. El tema requiere un espacio y una ambición que no anima a los presentes renglones. Pero sería muy esclarecedor un estudio monográfico que, con ayuda de un epistolario todavía absolutamente inédito, ratificara o matizara las posiciones del eximio escritor hacia la II República, explicitadas en sus libros o conocidas por otros testimonios, como, por ejemplo, el muy expresivo y curioso de D. Claudio Sánchez Albornoz:

> Ignoraba que Marañón estuviese en Lisboa. Me unía a él, sin embargo, una buena amistad y una muy íntima a su yerno, Alejandro Fernández Aráoz, compañero de estudios, de Ateneo y de juventud, y no me sorprendió verle llegar a la Embajada. Pero sus noticias me inquietaron

sobre manera. Madrid ardía en rumores. Crecía la marea antigubernamental. Aumentaba cada hora la anarquía.

—Si se echa a la calle un regimiento, se acabó la República. Y eso no tardará en acaecer—, me dijo, profética y sibilinamente.

Sus palabras me hicieron recordar el incumplido acuerdo adoptado por los primates republicanos de proclamar la dictadura, si era preciso, para restaurar el orden público, y la derrotista frase de Azaña en la Zarzuela:

—Ya estamos buenos para que nos fusilen. *(De mi anecdotario político,* Buenos Aires, 1972, 127).

Por su biografía y por su formación e inclinaciones historiográficas, era natural que Marañón diese una explicación esencialmente política a la crisis que desembocaría en la tragedia de 1936. No obstante su conocimiento de la cerrilidad y pétreo egoísmo de la derecha clásica y de las heridas que ésta infligió a su vida y fama, D. Gregorio culparía principalmente a la izquierda de la frustración del bello sueño de 1931. Hasta cierto grado resulta comprensible su exigencia hacia los hombres que lo habían hecho posible, pero que no pudieron soportar el peso de una empresa envuelta en dificultades de gran tamaño, singularmente, las nacidas del mantenimiento a toda costa de los principios de transigencia y tolerancia, válidos *per naturam* en el pensamiento marañoniano y no sujetos a ninguna táctica por noble que fuera. La dictadura republicana, deseada y practicada en más de una ocasión por los líderes de la izquierda, y la escisión dentro del socialismo provocada por la misma dialéctica de ruptura — reforma fueron para D. Gregorio los principios en que naufragó la navegación del régimen. Goethiano puro, el protaganismo de las masas sólo fue concebido en su mente dentro de un rígido encuadramiento jerárquico y en una disciplina social a toda prueba. Por ello no pudo penetrar en el sentido de ciertos acontecimientos del quinquenio republicano.

Como uno de los últimos liberales históricos de este país —D. Antonio Maura llegaría también a exclamar en horas de tristeza personales un poco impropiamente «que él era el último» de la benemérita especie—, Marañón vivió con indecible pesadumbre las horas de la guerra civil. El desvío y la malquerencia personales —«Médico de realezas, / Amigo de los Borbones, / Adulador de Princesas / Y tonto, un tonto perfecto / De los pies a la cabeza. / No regresarás Gregorio, / Porque ¡ay de tí, si regresas!»—, el desgarrador destierro no acibaron tanto su ánimo como el dolorido sentir por una España que otra vez se había despeñado por la lucha fratricida. Fracaso histórico, pero del que D. Gregorio responsabilizó noble y exageradamente a su generación, educada en el culto a una tolerancia que no había podido trasfundir a una sociedad bronca y proclive a la tea incendiaria y a los pelotones de ejecución: «Muchos de los españoles de espíritu liberal que habían acordado una confianza condicional a la República, en cuanto régimen nuevo en el que cupiesen con desembarazo reformas de política general y de orden social, que eran tan necesarias e inevitables que subsisten en el mismo programa nacionalista de hoy, pero no como pretexto de un movimiento de clase extremista, destructivo y dictatorial al estilo ruso, se volvieron desde aquel día a su campo; y aquel día, en realidad, empezó la lenta agonía de la recién nacida República. Y, repito, no por lo que sucedió, sino por lo que, debiendo haber sucedido dejó de suceder... El liberal español unía al defecto común a todos los liberales del mundo, a saber: una ceguera de colores, que sólo le permite ver el antiliberalismo negro, pero no el rojo... La responsabilidad fue del liberal español, que no supo darse cuenta de la gravedad y de la significación radicalmente antiliberal de lo ocurrido, y a la vez que contribuía

a su impunidad se desprendía lastimosamente de la autoridad política que le quedaba... Nadie, pues dudará de buena fe sobre los términos en que está planteado el problema. Mi liberalismo recalcitrante no regatea su respeto a los que sinceramente apoyan a este movimiento o simplemente simpatizan con él, precisamente porque creen que la salvación de España y del mundo entero está en el comunismo. Lo que no puede admitirse sin suponer mala fe e insuficiencia mental es que ese apoyo y esa simpatía se funden en el amor a la libertad, en la paz social y universal, en la democracia, en el respeto a las ideas y en todos los demás tópicos nobilísimos que nada tienen que ver con el estado bolchevique... El problema sería, en suma, clarísimo, a no ser por la intervención perturbadora de las fuerzas liberales, cuyo inmenso prestigio y cuya inmensa torpeza llenan hoy de confusión al panorama político del mundo. La ceguera frente al antiliberalismo rojo ha hecho que el liberal venda su alma al diablo. Pero su castigo será proporcionado a su error: porque el liberalismo, como fuerza política, ha terminado su misión en el horizonte de algunas generaciones. Quedrá por ahora sólo como sentimiento de las almas, porque con un nombre o con otro lo que representa en su origen y en su esencia es el motor inmortal del progreso de los hombres. Y, sin duda, brotará un día, cuando sea purificado de las inevitables dictaduras de hoy» (OC., IV, 377-79, 385).

No sólo en el destierro, sino también a su regreso D. Gregorio, al analizar las fuerzas en presencia en la contienda de 1936, atribuyó a unas y otras el carácter de dictatoriales, pensando asimismo que de entre ellas la victoria se había inclinado por la que poseía un carácter más nacional. Interpretación que desde la altura de nuestro tiempo puede suscitar discrepancias y hasta rechazos, pero a la que no cabe estimar como personal o singularizada. Es todo un mundo, el liberal de cuño clásico, el que opera en ella. La misma filiación doctrinal e idénticas conclusiones corresponderán a las dadas a la imprenta por Madariaga, Sánchez Albornoz, Castillejo, Ortega. Hombres todos que perdieron la guerra sin figurar oficialmente en el bando de los vencidos...

La II Dictadura provocó en su pluma «pública» —desconocemos si otra cosa sucede en su correspondencia— escasos juicios. Empero, unas páginas escritas casi a raíz mismo de la terminación de la guerra civil constituyen un cuadro bastante completo de los orígenes del franquismo, con intuiciones y atisbos de futuro de notable sagacidad. En puridad, la visión dibujada por su pluma es la sostenida en sus elementos esenciales por una buena parte de los estudiosos de aquel régimen, especialmente los de cepa más liberal. Abstracción hecha de la nueva y penosa requisitoria fulminada por Marañón contra el naufragio de la II República y sus inexpertos pilotos, resalta en su planteamiento conforme a su tesis, la sublevación del ejército estuvo lejos de convertirse en una militarada por el respaldo masivo de amplios y diversificados estratos. Con un talento político superior Franco supo amalgamar el conglomerado de fuerzas antirrepublicanas y las condujo a una victoria, no solamente explicable por razones de índole política o castrense. Explanando una hipótesis cada vez más cimentada en el terreno científico del análisis de la contienda de 1936, Marañón subrayará con fuertes caracteres el acierto en la dirección de la vida económica por el franquismo, frente a los continuos yerros de sus adversarios. En la noche negra de los totalitarismos triunfantes más que por sus éxitos por la honda y pasajera crisis de las democracias, era difícil imaginar

que Franco sustrajese su régimen de la tentación fascista o nazi. Sin embargo, escritas a comienzos de 1940, estas páginas marañonianas prefiguran como ya decíamos, la dictadura atípica y singular del «Caudillo». Su autor presumió con justeza que, a pesar de su marca de origen, no sería un nuevo régimen de los generales ni una Dictadura cuartelera. Sería más bien un cesarismo populista, un bonapartismo español, para el que su figura clave parecía muy dotado. La intuición de D. Gregorio llegó incluso a aventurar que la decantación del régimen hacia la monarquía habría de tener larga gestación y aún mayor desarrollo.

Como contera de sus dotes de zahorí del franquismo, D. Gregorio columbró el consenso que habría de obtener la dictadura en las capas mayoritarias de la nación en el supuesto, harto probable para él, que el «Caudillo» se inclinara por una jefatura vitalicia. En 1940 sólo contaba en el país el poder personal de Franco. Todos los caminos del futuro habían de partir de este hecho decisorio. Así lo vio Marañón y así lo confirmó la Historia.

Esta confesión de un insigne liberal no puede en modo alguno interpretarse como conformismo y todavía menos como interés de hora. Una y otra guerra provocaron su desmovilización política. Cabe y hasta es lícito imaginar que tal conducta no obedeció a cobardía o a pérdida de su elevado espíritu cívico, y menos aún, claro, a complacencia con un régimen que no perdió ocasión de enaltecer su figura y obra. La contienda civil y la mundial causaron en él un indiscutible desaliento en varias de las manifestaciones de la política, con el consiguiente entusiasmo y esperanza en la actividad social. Su «cupo» político había terminado más que por imposición externa, por deseo y compromiso interno. La lección y el mensaje del liberalismo clásico habían sufrido tan duro embate que necesitaba un relevo en sus filas para responder adecuadamente a los desafíos de la postguerra.

No obstante esta reclusión en su oficio clínico y escritor D. Gregorio no desaprovecharía ninguna ocasión para más o menos veladamente mantener sus distancias de cualquier sistema dictatorial, incluído el franquista, por otra parte no juzgado nunca maniqueamente.

Otra dimensión de la labor de Marañón como contemporaneísta es naturalmente la que tiene por objeto el análisis de los principales fenómenos de la historia universal entre Waterloo y Postdam. A muchos de ellos refirióse D. Gregorio en su voluminosa producción bibliográfica, profundizando en el análisis de no pequeña parte de las corrientes con mayor fuerza configuradora de toda esta fase histórica. Particular interés y relevancia tendrán por supuesto su enfrentamiento con temas tales como el positivismo o el psicoanálisis. Amén, como es obvio, de su toma de postura ante las teorías hipocráticas de todo este ancho período. El centenario marañoniano ahora celebrado servirá indudablemente para precisar con detenimiento la aportación de D. Gregorio en estos terrenos transitados por su pluma a menudo con copia de información y casi siempre contemplados y descritos con felices intuiciones. En la parcela adscrita convencionalmente a la historiografía *stricto sensu*, los fenómenos sociopolíticos, sus análisis y glosas ostentan con frecuencia la nota del talento. En extremo sugeridora se ofrece su explicación del fenómeno de los totalitarismos novecentistas como un déficit de ma-

dres. También feliz o al menos muy ingeniosa es su explicación «capilar» del mismo hecho. Su interpretación del auge del deporte y, en general, de la cultura y hasta de la religión del deporte en la sociedad contemporánea no tiene tampoco que desdeñarse por el historiador. En el mismo plano, aunque tal vez con mayor profundidad, del análisis sociológico del hombre del siglo XX, cabría situar su buceamiento por el alma de Amiel, burgués representativo de las ansias y frustraciones de un espécimen, símbolo de gran parte de la humanidad contemporánea conforme al diagnóstico quizás algo exagerado de su biógrafo español.

El ámbito educativo y, de manera especial, el de sus instituciones superiores, atrajo la continuada reflexión de D. Gregorio, conforme es familiar a sus todavía innumerables lectores. En la Universidad, afirmaba Marañón, que se había jugado la suerte de las generaciones de ambas guerras; y en ella, pensaba también que se ventilarían los destinos de la segunda mitad del Novecientos. Pese a que algunas de sus profecías no han sido confirmadas por el paso del tiempo y a pesar de las discrepancias que admiten una porción más o menos extensa de sus aseveraciones y propuestas, es imposible ocultar la exactitud de muchas de sus visiones y lo positivo de sus planes y anhelos. La meditación pedagógica y la convicción de que en la enseñanza reside el motor último y decisivo de la humanidad, tan cara una y otra a los integrantes de su generación, bulle con fuerza y con asidua presencia en toda la consideración marañoniana sobre su época. Expresión de su infalible instinto de historiador de raza y muestra relevante del conocimiento de las grandes cuestiones de su tiempo.

¿Qué cosa puede interesar más que la enseñanza a los hombres de buena voluntad? Si ahora volvemos la vista a la gran tragedia que la humanidad acaba de atravesar, una conclusión indiscutible se desprende del pretérito y lúgubre panorama: el fracaso de la enseñanza. Y me importa consignar que no hablo sólo de España, sino de todo el mundo.

Merced a la enseñanza se ha creado la civilización. Sin enseñanza el instinto de progreso que el hombre lleva implícito en su especie, apenas le hubiera hecho avanzar unos cuantos pasos titubeantes. Pero, por desdicha se han organizado las escuelas, los liceos e institutos y las universidades, para enseñar a los niños y a los jóvenes cosas, olvidando que las cosas son un material inestable, sujeto a una degradación y a un cambio incesante; y, sobre todo, olvidando que las cosas que se saben y se pueden enseñar, son sólo una parte mínima de la educación.

Lo que importa es enseñar modos. Modos de conducta; modos de aprender, que no es recibir los hechos y prenderlos en la memoria, sino saber buscarlos por uno mismo, saber criticarlos, dudar de ellos cuando es preciso y, acaso, prescindir airosamente de lo que parecía verdad. «La esencia entera de la educación, decía Diderot, consiste en provocar la duda y la interrogación.» Y junto con esto, lo que importa es salir de la Universidad con el alma definitivamente recta.

La verdadera gravedad de los acontecimientos pasados y aún no desvanecidos, que en tan grave aprieto han puesto la civilización, no está en que hayan podido triunfar las ideas que no creemos buenas, ni en el sufrimiento físico que han acarreado las grandes contiendas y sus complicaciones, sino el que, veinte siglos después de haberse predicado el Evangelio, hemos visto aterrados, que la civilización creada por la complicada y costosa máquina de la enseñanza, había logrado tan sólo una convivencia superficial y aleatoria entre los hombres, válida para las horas de paz, y nada más. Ha bastado la primera hora de rotura de los frenos de la civilización para que el hombre haya vuelto a la crueldad primitiva, refinada en su eficacia por la técnica. Todos hemos visto con dolor más grande que el que produce la violencia, el espectáculo de que el hombre que pasaba a nuestro lado, el que convivía con nosotros, se despojaba, acaso, en unas horas, como el que se quita una máscara, de su pergeño civilizado y no tenía inconveniente —¡y, a veces, era universitario!— en denunciar, en perseguir, en ofrecerse voluntariamente para juez

de los tribunales en los que se condenaba a muchos hombres, sólo porque pensaban de distinta manera, e incluso para formar parte del pelotón que disparaba frente a la trágica pared.

Hoy la vida se ha normalizado, más o menos, pero, aun cuando fuera perfecta, los que hemos vivido las horas aquellas estamos enfermos de suspicacia irremediable; no podríamos ver al hombre que se sienta junto a nosotros en el tren, o que se cruza en nuestro camino con un gesto de paz, o que convive en nuestra profesión, sin pensar que, si la bancarrota del orden se repitiese, volvería a ser, tal vez, porque sí, nuestro verdugo.

Tantas complicaciones en la enseñanza no han alcanzado a domar la barbarie escondida en buena parte de nuestros semejantes. Ni han enseñado a los que deben ser, de verdad, buenos, a condenar la barbarie de los otros; a toda la barbarie, y no sólo a la que está adscrita a estas o las otras ideologías o excusada con pretextos indignos, como el de la razón de Estado, que, en otra ocasión, he definido como el trampolín inventado por los hombres para saltar por encima del Catecismo. La enseñanza es lo más fracasado en esta crisis del mundo y lo que más importa rehacer *(Efemérides y comentarios (1952-1954),* Madrid, 1955; 53-55).

En este terreno, las glosas de la obra marañoniana se harían interminables. Sometida al revisionismo implacable de este fin de siglo, parte de sus postulados se han cuarteado o se derrumbarán. En el extranjero, hace ya tiempo que plumas sobresalientes pusieron al descubierto las limitaciones y deficiencias de su trabajo como modernista. Dadas las calidades de su espíritu, es seguro que él mismo hubiera recibido con humildad unas reservas que no lograrán nunca oscurecer los aciertos y logros conseguidos en el análisis psicológico y, no pocas veces, en el social. En la parcela que hemos bosquejado, puede aventurarse que la llegada y aplicación de este incontenible revisionismo no cambiará sus perfiles. En primer término, debido a la naturaleza misma de la tarea de Marañón como contemporaneísta, reducida a cuadros y panorámicas o a deliciosas viñetas y semblanzas; y en segundo lugar, al valor y consistencia de dicha labor. La obra contemporaneísta de D. Gregorio, tan gustoso y partidario del juicio de la posteridad, puede esperar con confianza su «chequeo» por las más modernas y drásticas teorías, siempre que éstas estén al servicio de una historia del hombre de carne y hueso no amputadora de nada de lo que le concierne. Pues también en este campo el trabajo de Marañón se situó en el justo medio del buen sentido y del rigor intelectual. Es probable que D. Gregorio, pese a su voracidad lectora, no estuviera al tanto de las considerables transformaciones metodológicas experimentadas por el oficio de historiador en los dos últimos decenios de su existencia. Es seguro —su obra lo demuestra— que no prestó atención a facetas importantes del acontecer histórico. Pero su mucho saber, su impecable y sacerdotal formación científica y, por encima de todo ello, la concepción humanística de la historia le hicieron elaborar sus trabajos en el mejor taller de Clío. El que lo más sobresaliente de su labor se centrara en el género biográfico, siempre en alza en el público destinatario del esfuerzo del historiador, es una prueba irrefragable de lo dicho. En ningún otro lugar que en el microcosmos del individuo se puede analizar mejor la complejidad inabarcable del fenómeno histórico.

José Manuel Cuenca Toribio

Gregorio Marañón, cúmulo de dones*

Cuando falleció Gregorio Marañón (27 de marzo de 1960), los directores de algunos diarios de Madrid y de varias revistas médicas y no médicas me solicitaron comentarios y artículos de índole necrológica sobre el gran maestro de la medicina y del saber hispanos. Intenté redactarlos, pero no pude; me atenazaba una verdadera sensación de incapacidad o impotencia. No sabía qué decir ni cómo. Había llegado a sentir tal admiración por su persona, que cuantas veces me sentaba —entonces y algún tiempo después— a escribir sobre ella, tenía que abandonar el intento y romper las cuartillas, pues o me quedaba corto en la descripción o me deslizaba por el camino del elogio hasta extremos que aparentaban gloria vana.

Ha pasado ya el tiempo y aunque mis circunstancias con respecto al recuerdo no han variado, he logrado forzar mi voluntad para escribir unas conferencias, cuyo texto hoy ofrezco al lector, pues no quisiera morir sin haber dejado constancia de mi opinión sobre aquel hombre que tan fuerte huella dejó en mí y pedí a la Sociedad de Escritores Médicos me autorizara a exponer en una de sus sesiones lo que yo pensaba en torno a «mi» Marañón. Sólo comprometiéndome anticipadamente a una cosa así podría sentarme a transcribir mi memoria y a emitir mi juicio. La utilización de ese pronombre posesivo, *mí,* tiene su razón de ser en la apropiación de su magisterio total. Este escrito representa, pues, el modo mío y personal de entender a Marañón. Por ello no me detengo en datos de tipo cronobiográfico que el lector puede consultar en las varias y excelentes biografías que del maestro se han hecho, muy especialmente en las de Laín Entralgo, Gómez Santos, Castillo de Lucas y otros.

Empecé a trabajar con Marañón ya de adulto, es decir, cuando han dejado de influir sobre uno los factores educativos o formativos que se enmarcan en los contactos juveniles. En mi caso, procedente de otras escuelas de España y del extranjero, cuando me encontraba a la deriva, desengañado de otras influencias, cuando mi personalidad intelectual y afectiva, por modesta que fuera, ya estaba constituida.

En los años cuarenta de nuestro siglo y en la treintena de los míos estaban todavía muy recientes las vivencias de una terrible guerra civil y yo metido de lleno en las dolorosas consecuencias de ella. En esas circunstancias, el espíritu crítico suele aguzarse y deformarse lo suficiente para ver en los demás y en las circunstancias defectos que sin tales precedentes no habría visto, y para que el balance de los sucesos, apasionadamente sentidos, aparezca matizado por el rencor, más o menos inconsciente. En esa situa-

(*) Capítulo IX del libro Amistades, magisterios, devociones, *en prensa.*
Refundición del texto de dos conferencias pronunciadas en Madrid, en diciembre de 1980 y marzo de 1981.

ción es muy díficil sentirse subyugado por las personas o las cosas, salvo que éstas sean excepcionales. No puedo ocultar que yo también fui víctima de esos sentimientos, que me hicieron sentirme incompatible con mis anteriores hogares médicos. Pero ocurrió algo que, visto a la distancia de los años y con un panorama menos angustiante, explica lo sucedido. El maestro que me acogía con socrática sencillez era, precisamente, un ser excepcional. Y dentro del entonces seco desierto de mi vida, resultó ser un oasis de serenidad y de belleza. El ambiente que lo rodeaba, salvo alguna excepción que el maestro me habituó a sobrellevar, era sano, honesto y tan a su estilo, que pronto me encontré como pez en aguas claras.

A lo largo del texto que acabo de prologar podrá apreciarse cuáles fueron y siguen siendo las cualidades que, a mi modo de ver, más destacaban en Gregorio Marañón. Este fue, como Laín Entralgo ahora, un español de insuperables calidades y cantidades, que en mi vida resultó un hallazgo feliz, pues llegó a modelarla en plena adultez. Su recuerdo, no obstante, me entristece porque al no haberlo podido seguir en todo —tan inalcanzable era— encuentro mi vejez muy incompleta.

Cómo conocí a Gregorio Marañón

Cuando yo empecé a estudiar la carrera (1923-1924) ya Marañón era la figura que más sonaba en la medicina clínica española, aunque, desde el punto de vista estrictamente científico fuera don Santiago Ramón y Cajal el máximo abanderado. A los treinta y tantos años, y sin pertenecer al claustro de la Facultad de Medicina, tenía más trabajos publicados, más conferencias pronunciadas y, por ello, más prestigio nacional e internacional que todos los profesores de Patología Médica de la Universidad de Madrid juntos. En el curso 1926-1927 y siendo yo alumno de fisiología, oí a don Juan Negrín hacer comentarios sobre un concepto en el que Marañón insistía: el origen hormonal de la emoción. Por el tono en que lo dijo, aquello me impresionó, y un sábado me escapé, pirándome las clases, para conocer las sesiones clínicas de Marañón. Me produjo tal sensación la sencillez con que se presentaban las comunicaciones, la calidad de éstas, la seria camaradería con que se discutían y la rectitud con que Marañón las culminaba que, probablemente, tal reunión constituyó uno de los impactos que más contribuyeron a ratificar mi vocación de hacerme médico. Pero la Facultad, entre las lecciones teóricas y las prácticas absorbía todo mi tiempo matutino y sólo podía asistir esporádicamente.

Tuvieron lugar, por entonces, unas oposiciones a la cátedra de Patología Médica de Barcelona, cuyo final fue escandaloso. El mundo médico se revolucionó y el nombre de Marañón, que no pertenecía al escalafón universitario, salió a la palestra de la prensa con inusitada valentía atacando al tribunal y en defensa del opositor bellacamente eliminado; éste era el joven prometedor don Carlos Jiménez Díaz. Tan deshonestamente replicó a Marañón un catedrático de Zaragoza perteneciente al tribunal, que las cosas estuvieron a punto de terminar en un duelo. Desde aquellas fechas Marañón empezó a ser, para mí, el más ejemplar alentador de la juventud, y un casi quijotesco defensor de una universidad a la que no pertenecía, pero que desde fuera soñaba con hacer mejor. Entre 1927 y 1929, no puedo recordar la fecha concreta, se celebraron nuevas oposiciones, en esta ocasión a la cátedra de Madrid, y en ellas Jiménez Díaz venció —en

las oposiciones solamente puede decirse quiénes son los vencedores y quiénes los perdedores—... Yo, que no me perdí un solo ejercicio, vi una vez a Marañón sentado en el banco de piedra del anfiteatro grande durante los ejercicios clínicos y salir después cogido del brazo de Hernando y de Negrín, comentando el extraordinario ejercicio que había oído a Jiménez Díaz.

En 1928 me correspondió estudiar Patología Médica I con el nuevo catedrático de Madrid, y éste me deslumbró hasta el extremo de hacerme discípulo permanente y casi acólito. Jiménez Díaz había organizado sesiones científicas también los sábados; sin embargo, esto no impidió que, varias veces, me fugara a las sesiones de Marañón. En una de ellas presentaron un caso de «cardíaco negro» en el que la digital no resultaba beneficiante y yo me atreví a intervenir... Al salir de la sesión y pasar ante don Gregorio, éste me dijo unas simpáticas palabras de felicitación que yo le agradecí. Aquellas sesiones de Marañón eran reproducidas en *La Medicina Ibera,* revista que mi profesor leía, y un sábado por la mañana me dijo: «He leído que usted ha intervenido en una sesión de Marañón. No puedo ni debo impedirle que vaya, pero no olvide que usted es solamente un estudiante y los temas de patología médica que se presentan en nuestros sábados son más instructivos y le interesan a usted mucho más, pues en ellos se basará su formación». En vista de esto dejé de ir a las sesiones del Hospital General mientras las hubiera en el departamento donde yo estudiaba; solamente cuando el curso oficial había terminado iba al servicio de Marañón.

Vinieron nuestra guerra militar con todas sus calamidades y nuestra posguerra incivil, con todas las consecuencias de la primera, y por las razones que fueran —que en otra publicación he de exponer con detalle— me separé apenadamente de mi anterior maestro y me propuse emigrar sin lograrlo. Empecé a acudir semanalmente a las sesiones de Marañón. Cuando llegó a España la penicilina, fue distribuida por una comisión que presidía Jiménez Díaz, que la entregaba solamente para aquellos casos cuya historia clínica era presentada y valorada por la comisión. Yo tenía entonces tres casos privados de endocarditis lenta en tratamiento y pedí penicilina para usarla en dosis más altas que las que la comisión concedía. Me fue negada y como yo no estaba conforme decidí que los pacientes la trajeran de Inglaterra y la usé como a mí me pareció pertinente. Los tres casos se curaron en pocos días y después los presenté en una convención médica de Sevilla, en la que fueron secamente comentados por Jiménez Díaz, y en la Academia Médico Quirúrgica. Un día, al salir de una sesión sabatina del Instituto de Marañón, le referí lo sucedido y, en el acto, me pidió que pronunciara una conferencia sobre el tema en el aula de su Instituto del Hospital General. Lo hice el 20 de diciembre de 1945; quedé contento de cómo me había salido y Marañón me facilitó efusivamente. Pero mi sorpresa fue que al día siguiente, por la tarde, llegaba a mi casa la carta siguiente:

Doctor Vega.— Mi querido amigo: Al reiterarle las gracias por su conferencia de ayer, me complazco en transmitirle la impresión entusiástica de cuantos la oyeron. No sin razón, pues fue perfecta, de información, de crítica, de contribución personal importante, y de exposición. Hay que hacer lo posible y lo imposible, porque tenga usted un sitio donde trabajar. Aun cuando muchas de las cosas importantes de la medicina se han hecho con los enfermos privados, que tienen sus ventajas, en algunos casos insustituibles, debe usted tener a su disposición el material hospitalario que corresponde a su competencia y entusiasmo. Que no sea la última la de ayer, le ruega su buen amigo, G. Marañón.

Llevaba yo seis años viviendo a la deriva entre depuraciones y despechos y en Marañón encontré mi salvación. Por otra parte, no estaba acostumbrado a ese caballeresco modo de ejercer el magisterio. Obsérvese que era Marañón quién daba las gracias a quien tenía que dárselas a él. Por suerte, su carta se cruzó con una mía y no quedé del todo mal. Pero es que aparte de su gratitud —que entendí como una gratificación especial—, y de sus elogios, que no califico de inmerecidos por no rectificar incorrectamente a Marañón, éste me alentaba a reanudar mi actividad en un centro hospitalario, haciendo «lo posible y lo imposible»..., etc. Con su misiva entreabría mi visión de un sueño que estaba decidido a buscar fuera de España. A la mañana siguiente fui al hospital, le pedí que me autorizara a trabajar con él, y en su Instituto y junto a todos sus antiguos discípulos, aprendí todas las lecciones de medicina, de humanidad, de bondad, de generosidad (¡qué palabra más suya!) que Marañón impartía.

Así conocí, así empecé a colaborar con él y así alcancé a tratar a aquel hombre que, desde entonces, considero como uno de los grandes superhombres que el mundo ha producido.

Ni del Marañón médico a secas, ni del historiador, ni del ensayista, ni del conferenciante, ni del prologuista, ni del multiacadémico, ni del estudioso de Antonio Pérez, del Conde-Duque de Olivares y del Greco y de Toledo voy a ocuparme hoy. Otros muchos lo han hecho desde su muerte y Laín Entralgo de modo exhaustivo. Voy a hablar solamente del Marañón que yo tuve la fortuna de conocer, tratar, recibir sus enseñanzas y apropiarme entronizándolo en mi corazón y en mi mente. Parodiando a Rof Carballo cuando habló de «el hombre a examen» yo soy a someter a *mi* examen al hombre Gregorio Marañón.

La formación del hombre Gregorio Marañón

El hombre Marañón ha sido la culminación, por sumación de estratos sucesivos, de toda una serie de factores hereditarios, genéticos, ambientales, matrimoniales, de aprendizaje personal, etc. Hijo de un hombre con magnífica categoría intelectual y social, que mantenía contacto asiduo con las más altas personalidades de entonces: Menéndez Pelayo, Galdós, Pereda, Amós de Escalante, etc. y de una mujer con raigambres en la intelectualidad gaditana, en plena segunda infancia encontró consejos y orientaciones de los hombres citados para enfrentarse con su innata timidez. ¿Cómo si no, se explica que desde niño, en lugar (o además) de leer el «Juanito» o las novelas de Sherlock Holmes o las revistas que se calificaban de «psicalíticas», se enfrascara en los clásicos latinos y griegos, en Shakespeare, naturalmente en Galdós y Pereda, y nada menos que en la *Historia de Roma* de Mommsen, que es uno de los libros más abigarradamente complejos que se pueden manejar? Desde la adolescencia la lectura por Marañón de cualquier libro se solía acompañar de anotaciones abreviadas en los márgenes, a lápiz, en las cuales traducía su interpretación de los textos y los argumentos con que él mostraba disconformidad. González Ruano me enseñó un libro que Marañón le había prestado, en el que todas las

páginas tenían palabras o frases enteras de Marañón. Yo tengo en mi casa algunas separatas de trabajos que otros autores le habían enviado y que él me remitía pensando que me pudieran interesar, con algunas anotaciones. Cierto día y a propósito de Servet me mostró, en su casa, el capítulo que le dedica Menéndez Pelayo, con notas suyas al margen que, con goma de borrar, suprimió delante de mí. Devoró los *Episodios Nacionales* de Galdós y la *Historia de los Heterodoxos* de Menéndez Pelayo, según aparecía y, para colmo, renunciaba a las distracciones habituales de la adolescencia, menos cuando jugaba al fútbol en un equipo juvenil.

Estudiante de medicina por una vocación autóctona, al parecer sin influencias extrañas (ni en la familia ni entre las amistades de la misma había médicos a quienes emular), él mismo confiesa a Andrés Guilmain que escogió la carrera de medicina «sin mucha vocación», con la misma «gran tragedia que vivimos los sujetos humanos de que hemos de elegir nuestra profesión o destino social a una edad en que la vocación —que es, en su fondo biológico, aptitud— no ha madurado todavía; y decide nuestro porvenir el consejo de cualquiera, o la simple imitación de un amigo, o la tradición familiar o el mandato del padre o cualquier otro motivo no menos azaroso y no menos ajeno a la genuina vocación aún dormida. Tal vez influyó en mi decisión el prestigio social que la literatura de la época daba a la figura del médico». Toma de sus maestros, como se deduce de sus confesiones, cuánto de bueno o digno de admiración éstos le inspiraban. Vencedor, pronto, de sus únicas oposiciones al Hospital General de Madrid y habiendo recibido en 1908 el Premio Martínez Molina, que antes solamente se había concedido a Cajal, acabó siendo el médico más genial de los últimos cien años. Doctor Honoris Causa, más tarde, por las Universidades de Oporto, Coimbra, París, Roma y Milán, fue el único hombre de Europa que simultaneó el ser Miembro Honorífico de la Royal Academy of Sciences, de Inglaterra, del Institut de France y de l'Academie Française de Sciences Morales et Politiques (...aunque, como es lógico, en la española de Morales y Políticas tampoco le eligieran...) y de cinco Academias españolas, sin haber nunca solicitado, directa ni indirectamente, ninguno de esos honores. Y los mereció siempre. Marañón, supo extraer de todos los minutos de su mundo lecciones y méritos para llegar a ser lo que fue. (Para colmo, y en el aspecto genético, es el superviviente de un parto gemelar univitelino... ¡quién sabe si almacenando en su cerebro la sustancia gris de su frustrado hermano!)

Gestación de la personalidad de Marañón

En Gregorio Marañón hay que aceptar, por lo ya comentado, que la vocación intelectual fue anterior a la vocación médica o profesional; y que aquélla contribuyó a dar reciedumbre a ésta. Laín Entralgo en su completísimo estudio sobre Marañón se planteó con curiosidad las razones por las cuales éste eligió los estudios de medicina, cuando sus antecedentes ambientales ofrecían motivos para otras elecciones y alcanza conclusiones muy verosímiles. Marañón se hace médico, y con su tesis doctoral, doctor, y a seguido obtiene por oposición un servicio del Hospital General de Madrid en el que arraiga firmemente. Allí puede desarrollar sus proyectos, y renuncia para el futuro a opositar a otras plazas de más alta categoría social. Hombre con materia de creador

no necesita plataformas para crear. Y allí, en su servicio hospitalario, crea un Instituto de Patología Médica a su personal estilo que supera en todo a cuantos servicios universitarios había entonces.

¿Por qué, quien tenía a sus espaldas y en su cerebro tan variados residuos culturales de su adolescencia, en esos años de juventud médica todavía no ofrece testimonios de desviación por terrenos extramédicos? Marañón sigue rectilíneamente la trayectoria médica que había emprendido... Un repaso de la bibliografía marañoniana permite advertir este detalle: Que sus publicaciones entre 1909 y 1920, incluidas sus aportaciones a Academias, es decir, todas las realizadas en sus primeros once años de actividad profesional, son únicamente médicas. Sólo en 1920 y en ocasión de la muerte de su gran amigo y querido cliente don Benito Pérez Galdós publica en *El Liberal* un artículo necrológico. Y pasan otros cuatro años, hasta que, en 1924, en la *Revista de Occidente* publica su discutida «Biología de Don Juan»; dos años más tarde, en 1926, su libro *Tres ensayos sobre la vida sexual* en el que recoge un curso de conferencias del año anterior en el Ateneo; y en 1927 sus primeras connotaciones a la pintura del Greco y el estudio sobre el caballero Casanova. Y aunque en estos trabajos la cualidad que los matiza es médica, en ellos empieza a marcarse el ulterior polifacetismo paramédico y extramédico de Marañón. Asimismo en 1927 y estando en la cárcel de Madrid por decisión dictatorial ante una posición política, traduce y prologa *El Empecinado visto por un inglés,* que es su primera obra verdaderamente no médica. Siguen una larga serie de obras de contenido médico, cultural y social y, tres años más tarde, aparece el gran ensayo histórico sobre Enrique IV, también éste con interpretaciones realmente médicas.

Otro dato digno de mención para comprender la formación médica de Marañón: En el primer año de profesión, 1909, publica siete trabajos médicos: en 1910, cinco; en 1911, su tercer año de médico, treinta y cuatro, con muchas comunicaciones a Academias, y su tesis doctoral; doce en 1912, diecisiete en 1913; nueve en 1914 y un libro que hizo historia, la primera edición de *Las glándulas de secreción interna y las enfermedades de la nutrición,* éste con gran repercusión internacional; nueve en 1915, pero entre ellos destaca otro excepcional libro, *La doctrina de las secreciones internas,* que también tuvo gran resonancia en el mundo médico, europeo y americano, de entonces, y su primer prólogo a otro autor. Seis en 1916 y ocho en 1918 con su segundo prólogo; quince en 1919; etc. Y la traducción en Norteamérica e Inglaterra de *La edad crítica,* libro éste que fue vertido después a casi todos los idiomas del mundo. La mayoría de estos trabajos fueron publicados en Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Alemania, Italia, Hungría, etc. Algunos artículos de los publicados en 1919 y 1920 ya son biográficos o de crítica humanística (Madame Curie, P. Duval, Dr. de Sard, Pérez Galdós, etc.). Resumiendo, empieza a cogerle el gusto a escribir sobre todos los problemas intelectuales y extramédicos, diez años después de acabar la carrera. Y lo hace por esa vocación intelectual y humanística que precedió a la formación médica y que un día u otro tendría que aflorar.

De todos estos hechos se obtienen tres deducciones: Primera, que en sus diez primeros años de ejercicio profesional publicó nada menos que ciento dieciséis trabajos médicos; muchos más de los que entonces habían publicado todos los catedráticos de Patología Médica de Madrid durante el decenario. Segunda, que en ese décimo año de

su vida médica, 1919, portador ya de un gran éxito profesional, se introduce Marañón en los terrenos literario e histórico, aunque todos sus trabajos contengan facetas médicas. Llama la atención que en 1926, para sus *Tres ensayos sobre la vida sexual,* no pide el prólogo a un médico, sino a un escritor, a su amigo Pérez de Ayala; con ello muestra su independencia con respecto al pobre panorama médico que le rodeaba y, además, se sale del campo ramplón de la medicina *sensu stricto* para introducirse de lleno en el amplio terreno intelectual; ese mismo año publica treinta y seis trabajos, tres por mes. Tercero, que cuanto hace y cuanto publica está, seria, concienzuda, rotundamente imbuido de una seriedad y una perfección no comunes entonces.

Marañón, que había llegado a ser la personalidad médica más destacada, empieza a ser también una de las personalidades públicas de más relieve en España: Marañón, Unamuno, Ortega... No hubo rincón de nuestra piel de toro en el que no se tuviera de Marañón un concepto casi mítico. ¿A qué fue esto debido? Mi interpretación es ésta: su gran vocación intelectual ambientalmente modelada, le aportó una enorme y precoz cultura general para completar la estructura de su personalidad médica; sustentada, por esas mismas razones, en una ética concienciada. Sumándose la cultura a la experiencia médica y a la dignidad humana, el resultado no pudo ser otro que el hombre Gregorio Marañón, *magister humani generis.* Nunca hasta entonces, ni tampoco después, se había dado en la medicina española, ni en la del mundo, un caso igual, *primus inter pares.*

Claves del éxito de Marañón

¿Cuáles pueden ser las claves de este éxito personal? Este tema concreto ha sido abordado concienzudamente por Laín Entralgo. Sin embargo, voy a intentar esquematizarlas a mi manera: considerando a cada una de las claves como un don personal.

Primera. Sentido autodidáctico de la voluntad

Desde su juventud tuvo un exquisito sentido autodisciplinario de la voluntad para realizar su vida con la mayor perfección posible o con la menor imperfección, nivel que sólo puede alcanzarse partiendo de un ambiente no impurificado por los venenos habituales de la sociedad o autoinmunizado contra ellos. El terreno del hogar Marañón, esposo y esposa —Marañón, Moya—, había sido abonado por los contactos permanentes con la más seleccionada atmósfera tanto en la niñez, como en la adolescencia y en la juventud. Para Marañón la voluntad fue desde su niñez un tesoro de capacidades. Nunca, ni en los momentos angustiosos del exilio, le fracasó la voluntad.

Segunda. Consciente diferenciación entre el bien y el mal

Brotaba de lo más hondo de su alma. Era evidente su autoadoctrinamiento perfecto para distinguir entre lo que estaba bien y lo que estaba mal en el ambiente en que vivió. Eso hizo a Marañón aceptar la imperfección como denominador común de las acciones humanas y sacar partido útil de lo imperfecto. Era él quien se afanaba por hacer las cosas lo mejor que podía; por eso podía aconsejar al prójimo. Véase el texto de esta carta:

Querido Vega: puede usted creer que después de usted mismo nadie sentirá su situación como yo. La conozco a medias. Pero el gran cariño que le tengo me autoriza a pensar que una parte de sus inconvenientes en la vida se deben a que olvida un consejo que se ha repetido muchas veces y que yo, que lo he tenido siempre presente, estimo como fundamental: ***en la vida hay (que) contar con la imperfección.*** Lo es en todas partes y, en bastantes aspectos, más que en ninguna parte entre nosotros. Claro que aquí hay también cosas no perfectas, pero parecidas a la perfección o a una imperfección utilizable, que en otros sitios no se encontrarían. Hay que transigir con lo que no está bien. Hablo sólo de lo médico y social, que presumo ha tenido mucha parte en esa crisis de su curso. Porque lo familiar, conociendo a su buenísima y encantadora mujer, tiene que arreglarse enseguida. Basta de sermón, usted tiene una obligación con usted mismo, con su reputación creciente, en el caso del curso, con los colaboradores comprometidos, con el público, con sus conferencias anteriores (la que yo oí la mejor suya y una de las más perfectas que he escuchado en los últimos tiempos)...

Sus disturbios anteriores en otros sitios, deben aumentar en usted la capacidad de parecer sociable. Perdone que le hable así. El viernes le oiremos: es necesario. Y adelante. Ya sabe cuanto le quiere su amigo, Marañón.—Miércoles.

Tercera. Espíritu de tolerancia y comprensión de las divergencias

Una tolerancia insuperable ante todas las dimensiones humanas que le llevó, desde edad muy juvenil, a aceptar toda idea diferente de la suya como complementaria para el aprendizaje humano; y siempre con respeto para el punto de vista del prójimo. En cierta ocasión yo le escribí comentando algo que no le agradó; al día siguiente me lo dijo con tanta elegancia y quedé tan afectado que le escribí repitiéndole mi petición de perdón. Pocas horas después tenía yo una carta manuscrita de la que extraigo estas palabras:

Leí su carta. Ya hablaremos. No le preocupe lo que me dijera. Aquí sí que mi liberalismo no claudica. No me explico la convivencia sin absoluta libertad de criterio.

Con honesto sentido del humor escribió Celso Arango que la tolerancia de Marañón se le antojaba intolerable. Era, sin duda, la que se debía esperar de quien, cuando empezaba a madurar, fue rebelde ante la injusticia. Recuérdense su actitud frente a los que negaron la cátedra a Jiménez Díaz; su encarcelamiento por la dictadura de Primo de Rivera; su artículo en la revista *Germa* de la F.U.E., etc. ¿Cómo pudo superar, sin explosionar, las inmorales faenas que le hicieron al dictaminar tesis doctorales, personas que tenían mucho que agradecerle y a las que en tribunales anteriores él había rendido pleitesías que deberían ser correspondidas? Pues bien, Marañón nunca conservó rencor, ni mostró quemazón espiritual ante sus compañeros de Claustro. Un colega suyo, urólogo, que había estado en los tribunales de esos sucesos me dijo años después: «Yo nunca hubiese aguantado aquello sin decirle a aquel vaina lo que merecía». Marañón era una roca de diamante, por tanto, de diamantina imperturbabilidad.

Solamente tres veces vi a Marañón desencajado y fuera de sí. La primera, cuando en un rincón de la sala del hospital me contó la violencia pública de que había sido víctima su esposa en un bar de San Sebastián a las pocas horas de haber regresado a España, tras el exilio, por un grupo de señoras a las que consideraba amigas. Hasta se le hincharon los ojos, sin llegar al llanto, y le tembló la voz; y eso que ya había transcurrido algún tiempo. La segunda fue cuando un día, al salir del hospital, a las dos de

la tarde me llevó hasta mi casa en su coche. Estaba enterado, por mi mujer, de que en la madrugada del día anterior me había detenido la policía en mi casa y que había sido puesto en libertad por exigencias del general Carlos Asensio (para quien mi gratitud es imborrable). Pero yo ignoraba que también a él habían pretendido detenerle a la misma hora. Se negó rotundamente a acompañar a los policías, que lo hubieran hecho a la fuerza si el general Aranda, que vivía en la misma casa, no se hubiese interpuesto con energía militar. Me refirió detalles de lo ocurrido, algunos muy dolorosos para él, de los que nunca más quiso hablar. Pocos meses más tarde me enteré en todos sus detalles de lo que había ocurrido, por el secretario del propio juzgado —llegué a tener en mis manos durante cuarenta y ocho horas todos los pliegos del proceso, sin conocimiento del juez militar, un conocido marqués—. Fui a mostrarle el expediente a Toledo y en su cuartito de estudio lo revisó mientras se le caía el alma a los pies por algo que yo no había advertido, pues si yo hubiese leído aquello con detenimiento, nunca se lo habría dado a leer... Unicas dos ocasiones en que aquel ejemplar de perfección humana perdió su inmarcesible equilibrio mental. La tercera fue cuando descubrió que un colaborador suyo cuyo libro había prologado, era un terrible plagiario. Me llamó para darme a leer los comentarios aparecidos en una revista hispanoamericana que yo ya conocía y me pidió opinión sobre el caso. Le mostré el libro inglés del que estaban copiadas páginas enteras. Aquella tarde recibió al interesado y al siguiente día, ya más tranquilo, me llevó aparte y me dijo: «Me pidió perdón y le perdoné; pero me entristece descubrir esas inmoralidades».

Esta tolerancia de Marañón hizo, en terreno político que más adelante tocaré, que su Instituto fuera, antes y después de la guerra civil, centro de convivencia de médicos con las ideas más dispares u opuestas, que bajo el amparo de aquel santo varón de la liberalidad, se sentían vivos y no aplastados. Para muchos que en aquellos tiempos estábamos proscritos, el rincón de trabajo marañoniano fue un nido de cordura y de amistad; una escuela de civilidad en el desierto de la medicina española, en el que para trabajar había que tener antecedentes de falangismo o religiosos o patente de persecutor de izquierdistas y exhibir documentos de adhesión al régimen. Marañón quiso que eso que Laín Entralgo llamó «la España que no pudo ser», fuera. Honestidad y camaradería era lo que bajo el magisterio de Marañón se exigía, con la vana pretensión de parecernos a él.

En conexión con avatares políticos, ofrezco otro ejemplo. Marañón había sido reiteradamente invitado a dar una serie de conferencias en México. Ignacio Chávez avaló su invitación personal con la del Presidente de la República, tres veces, según me contó. Marañón no se decidía porque sabía, a ciencia cierta, que algunos exiliados políticos españoles no le perdonaban unas declaraciones hechas a cierta revista francesa al llegar exiliado a París. Poco a poco, esos españoles fueron cambiando de opinión, influidos por el gran dermatólogo Julio Bejarano, que cada día que pasaba sentía mayor devoción por Marañón. Bejarano me dijo en el curso de un almuerzo en México y ante algunos de los ariscos: *A usted le encomiendo, Vega, que convenza a Marañón para que venga. Le recibiremos todos con los brazos abiertos. Sus antes detractores serán los primeros en abrazarle. Si los españoles nos pareciéramos un poco a Marañón no habríamos guerreado y no andaríamos diseminados por el mundo...* Y en una carta privada Bejarano me escribía: *El hecho de que en la España franquista se acojan a Marañón todos*

los perseguidos, sabiendo que de él sólo pueden recibir amparo y no prebendas es algo que hace de don Gregorio Marañón un templo de bondad y de decencia. Y el gran maestro de la cardiología mundial, Chávez, escribía a la muerte de Marañón: *Ya usted no me puede oír, querido Maestro en todo. Se ha frustrado la máxima ilusión de mi vida: verle a usted en persona, sentir esa mano que sólo escribió bondades rozando la mía, enorgullecerme de hacer su presentación y oír de su propia voz, que tan galante fue por teléfono, las lecciones de verdades que usted nos enseñó a leer. ¿Por qué, por qué ahora que usted iba a honrarnos, tenemos que perderle e inventar el modo de poder hablar del Marañón que fue sabiendo de nuestra pobreza para escribir algo que nunca podrá aproximarse a la verdad?...*

No me resisto a silenciar una anécdota de Marañón que quizá puso sobre la pista de la enfermedad que le llevó a la muerte; tiene conexión con lo que vengo comentando respecto a su tolerancia, porque en esa ocasión se desbordó. Fue en el banquete final de un congreso de endocrinología que tuvo lugar en Valladolid pocos meses antes de su fallecimiento. Hablaba Marañón con los que más próximos estaban y surgieron comentarios sobre Baroja, Unamuno, Valle Inclán, Ortega y creo que Pérez de Ayala, y un sacerdote joven intervino en la conversación comentando que aquéllos estaban condenados. Entonces Marañón, con una violencia en él desconocida, dio un fuerte puñetazo en la mesa (temblaron copas y botellas) y dirigiéndose al comentarista con ojos desorbitados gritó: *¿Cómo es usted capaz de decir eso? ¿Quién le ha dado a usted la patente de la condenación? ¿Es que toma usted todas las tardes el té con la Providencia?* El cura en cuestión, hoy creo que dirigente de una conocida revista, se asustó y avergonzado pidió perdón exculpándose; pero Marañón quedo nerviosísimo. Aquella reacción, inesperada en un hombre tan moderado, hizo pensar a uno de los presentes que alguna enfermedad estaba haciendo mella en su cerebro. ¡Qué poco tiempo tardó en confirmarse la premonición! Sólo estando muy enfermo podría Marañón salirse de madre.

Cuarta. Servidumbre al afán de saber

Una servidumbre multidireccional a todas las vías del saber médico y del pensar, que era puro amor a las cosas. Véanse estas palabras que escribió en el prólogo a la biografía que le hizo Almodóvar:

> Usted amigo Almodóvar... ha hecho, con admirable paciencia, su visión de un hombre de la calle, de un naturalista [¿por qué se autocalificó tantas veces así?] cuyo único mérito reside en que a pesar de los años [tenía 65], está todavía en la luna de miel de su amor a las cosas...

A las cosas todas. Véase la estimación que Marañón, tan europeo, dispensaba a los Estados Unidos:

> Querido Vega: Recibí sus cartas. Las dos interesantísimas, la segunda apasionante. Es de las cartas que se releen y se guardan. En los momentos de desesperanza, que algunas veces pasan por el espíritu, conforta ver que hay españoles con espíritu universal y generoso, capaces de ver todo, de comprenderlo todo y de injertarlo en lo español. Alguna vez me oyó usted críticas, cierto que superficiales y humorísticas, al voraz apetito con que los americanos digieren, eliminan y olvidan el pasado europeo. Pero esto es minúsculo comparado con la grandeza del papel que ese país juega hoy en la historia del mundo y con la dignidad, la eficacia y el acierto con que lo juega. Los que en Europa hablan despectivamente de América, son resentidos. En efecto, la inmensa ventaja que nos llevan a los pueblos viejos es la generosidad. Si en el pequeño círculo

nuestro no diéramos otra lección que ésta, ya sería bastante. Porque la ciencia se adquiere rápidamente. Pero el ser generoso cuesta muchas generaciones. La rapidez del auge científico de los Estados Unidos que algunos miopes achacan a la emigración de las grandes cabezas europeas, se debe a que estas cabezas han caído en un ambiente de generosidad colectiva y estatal, ya madura. Sin ello nada hubieran hecho. Esto es mucho más importante que los mismos medios materiales...

Estoy seguro de que aprovechará usted magníficamente los días que esté ahí, que dejará el nombre de España a la altura debida, quizá más que la merecida; y que el influjo de usted, a su vuelta, será útil para todos. Anote usted los instrumentos que pudieran serle útiles, con sus precios. Creo que las impresiones son bastante buenas respecto a la posibilidad de pagar ahí lo que sea preciso...

Dé un saludo muy cordial a Ochoa y a todos los amigos españoles o sudamericanos que encuentre. A Ochoa le enviaré un Antonio Pérez en cuanto tenga ejemplares. Con un fuerte abrazo de su amigo, Marañón.

Quinta. Concepto idealizado del quehacer

Un concepto idealizado, al decir de Arango, del quehacer cotidiano, considerándolo como trabajo moralmente ineludible y grato y sin admitir el ocio como posición humana, aunque disculpándolo y hasta admirándolo en los otros; más aún, utilizando todo lo que de jocoso pueda tener el trato entre los hombres para su propio enriquecimiento cultural del cual hacía partícipes a los amigos. A propósito del deleite que los demás le causaban reproduce Celso Arango estas palabras del propio Marañón: *Pero, Dios mío, lo mejor del mundo lo han hecho siempre los deleitantes, los que hacen las cosas por deleite, por amor, y no por obligación y rutina; los que obedecen al deber inventado y no al deber impuesto. Yo creo* —escribió en otro lugar— *que uno de los elementos de mi felicidad es precisamente el ser capaz de no estar satisfecho nunca.*

Por muchos se cree que el descanso de Marañón —«descanso teórico», dijo alguien— estaba en su Toledo —muchos pensamos que Toledo era suyo—. Esto del reposo toledano tiene mucho de verdad, pero se daba la circunstancia de que Marañón descansaba de su trabajo médico pensando, escribiendo, corrigiendo pruebas de imprenta —yo le vi corregir con sus manos y añadir frases enteras en las galeradas de la primera o segunda edición de su «Antonio Pérez»—, es decir, trabajando en otras tareas y recibiendo a los amigos. Igual que las sabatinas eclesiales son oficios litúrgicos del sábado, los atardeceres de sus sábados y domingos eran verdaderas sabatinas o dominicales litúrgicos de la amistad en Marañón, que en esas fechas invitaba a chocolate con migas, a finos jereces españoles, a perdices toledanas con vino de Yepes, etc.

Marañón no sólo sabía mucho de gastronomía, sino que tenía para los alimentos o bebidas que le emocionaran y de las que gustaba siempre con moderación, sin gula, calificativos entusiásticos. En 1952 le traje de Asturias un queso de «afuega el pitu» que le entregué en mano a la una y media de la tarde; a las seis de ese mismo día me puso una tarjeta en la que decía que aquello era como una *Summa Theologica.* Hay una conocida carta a Sebastián Miranda que constituye un derroche de sentimientos manducatorios. A finales de 1953, en un viaje a Tudela, con motivo del aniversario de Servet, cuando salíamos de almorzar en casa del Alcalde una excelente menestra, Marañón dijo a éste: *Esa menestra que usted nos ha ofrecido merecía al final una oración de gracias a Dios.*

Los que alguna vez hemos interferido en su *hobby* de fin de semana sabemos que la finísima sonrisa habitual de Marañón, frunciendo un poco la comisura bucal hacia un lado, era esa día más abierta, como más expedita, como si en esas fechas su respiración fuera más honda y felizmente suspirosa. Junto a la chimenea encendida o en la balconada frente a Toledo, o en aquel semisótano de aislamiento para escribir, Marañón disfrutaba de los amigos, porque *precisaba la convivencia con los amigos de su ilimitado círculo* (Arango), les mostraba los objetos o libros más queridos y hacía comentarios inolvidables. Seguramente estudiaba las reacciones de los visitantes y quizás los enjuiciaba comprendiendo que algo que hacíamos los demás no debería hacerse nunca, pero disculpándolo. Yo siempre me sentí apocado en su presencia temiendo no alcanzar el nivel de trato que él merecía, con más razón esos días de Toledo, pues me parecía que atentaba contra algo sagrado, contra eso que su hijo Gregorio calificó de «su domingo». González Ruano cuenta la impresión emocionante que le produjo ver a Marañón en la catedral de Toledo teniendo entre sus manos la corona de Castilla mientras explicaba cómo había sido hallada. Otro día que Ruano telefónicamente dudó ante doña Lola, respecto a ir o no a Toledo, por temor a molestar a don Gregorio, aquélla le contestó: *No, un solo día no vinieron los amigos y Gregorio se puso de muy mal humor...* Hasta su esposa disculpaba a los estorbadores con elegancia impar. ¿Podría imaginarse algún paseo de Marañón por Toledo en el que no aprendiera algo, del que no obtuviera algún fruto, que después transcribía a los textos con su inigualable lucidez, que no comentara con sus acompañantes?

Todos los grandes hombres del siglo XX han pisado con emoción el Cigarral de Los Dolores, que debería ser ya, a estas horas, monumento nacional. Yo confieso que las dos únicas veces que me invitó a su Cigarral tuve la sensación de encontrarme en una catedral que para mí —y no es irreverencia, ni pecado de cultura— significaba más que la catedral de Toledo, porque Marañón era un ser catedralicio.

Aquellas breves horas en Toledo, no muchas más de veinticuatro, las utilizaba también para contestar manuscritamente la correspondencia de más confianza y mecanográficamente, por su mujer, para cumplir con todos sin demora. Marañón tenía el criterio de que ninguna felicitación o ninguna respuesta debería demorarse más de veinticuatro horas.

Sexta. Medida del tiempo

Manejar a voluntad el tiempo con una justísima medida del mismo para su máximo aprovechamiento. Se llamó a sí mismo «trapero del tiempo», porque —dijo a su mujer— cuando él se levantaba, los traperos ya llevaban tiempo en la calle. Yo reconozco, pasados los años y al repasar la correspondencia que con él me crucé que a veces le robé el tiempo haciéndole leer largas cartas mías; y que las leía era indiscutible, a juzgar por sus respuestas. Por eso tenía uno siempre encima la cuestión de ser un ladrón que le robaba tiempo, que no respetaba lo que él más necesitaba. Con razón escribió Ruano que con Marañón había que tener una «amistad homeopática», para no hurtarle minutos de su vida. Para poner de relieve su especulación del tiempo, sirva este detalle muy privado, pero encantador, que yo descubrí la tercera vez que con su mujer cenó en mi casa y que se repitió, de modo parecido, en la cuarta: la sagacidad e inteligente

cuquería con que doña Lola, cuando estaba de sobremesa por la noche, intervenía en la conversación general sobre el tema que fuera, mencionando el número doce con cualquier motivo que ella encontraba, solamente para que Marañón se diera cuenta de que eran las doce menos diez o menos cinco y que tenía que retirarse. A los pocos minutos iniciaban la despedida; porque Marañón tenía marcada esta su hora de dormir y a esa hora y por automandato, se dormía puntualmente. En carta a Sebastián Miranda, ya bordeando la sesentena comentó: *el valor que a nuestra edad adquiere cada hora que pasa.*

Séptima. El sentido del deber

El rango otorgado al cumplimiento del deber, a plena conciencia. En un discurso pronunciado en la Facultad de Ciencias de Lima, dijo respecto a su actividad magisterial:

> Entiendo la condición de universitario como un deber perpetuo de inquietud y anhelo de aprender; y mi condición de profesor es como el deber de un soldado que no se licencia como los demás, al cabo de los años, sino que sigue para siempre en las filas y que, por tanto, está obligado a aprender a perpetuidad.

En su «*Crítica de la Medicina dogmática*» escribió asimismo: *...he dicho muchas veces que el deber que se nos exige ha de ser tan sólo un pretexto para inventar otros deberes;* y en la lección inaugural del curso universitario de endocrinología, 1946, dijo: *Y en esto consiste ser fiel a nuestra personalidad: cumplir con lo que se nos exige y crear una nueva exigencia para convertirla en deber.* Marañón tenía el don especial de cumplir sus deberes con un arte que pasaba inadvertido para los demás y que le permitía alcanzar lo que otros consideraríamos siempre imposible. Más que «trapero del tiempo» fue trapero del deber, de los deberes encadenados, o, como dice Cortejoso, inventor del deber, *un tipo de locura inédito hasta ahora.*

Octava. Modestia y generosidad

Una modestia y una simpatía, ambas a prueba, ante todo y ante todos, carentes de la más leve presunción, sin pretender jamás deslumbrar al prójimo, ni vencerle por apasionamiento ni a los puntos. *Mis pasiones,* escribió, *las tengo encerradas en la jaula de mi serenidad.* Lo refleja también esta otra frase suya: *Yo creo que no ha nacido el hombre lo suficientemente superior para creerse superior a nadie.*

Solamente sobre el cimiento de su tímida modestia podía construirse el mayestático edificio de la que considero su más importante característica: la generosidad. Palabra que únicamente deletreándola o silabeándola puede entendérsela en el sentido de Marañón. *El que es generoso,* escribió y Hernando lo comentó, *no suele tener necesidad de perdonar, porque está siempre dispuesto a comprenderlo todo, y es, por tanto, inaccesible a la ofensa, que supone el perdón. La última raíz de la generosidad es, pues, la comprensión. Ahora bien, sólo es capaz de comprenderlo todo el que es capaz de amarlo todo.*

Novena. Sublimación de la españolía

En lo que a los hispanos nos toca, la sublimación de la españolía. De una españolía en la que el dolor de español, que a otros grandes hombres, muy especialmente de

la generación del 98, acogotaba y estrangulaba, a Marañón le hacía ser feliz. Tan feliz, que generosamente extraía esencias dignísimas de las más picarescas cualidades del hombre español; tan feliz, que generosamente toleraba, disculpaba, perdonaba sonriendo las más elocuentes expresiones de la envidia que suele caracterizar a la mayoría de los españoles por altos que estén. Por eso disfrutaba siempre contribuyendo a mantener las ilusiones del prójimo, cualesquiera que éstas fuesen.

Los dolores de su patria constituían para Marañón acicates para su ejemplar liberalidad superadora. Cierto que, a veces, el dolor desbordaba su capacidad de soportar los prolongados rubicones de nuestra historia política. De 1936 a 1939, mientras los españoles se mataban en trincheras o dando «paseos» por ambas partes, Marañón, recorría el mundo como invitado de excepción, en calidad de abanderado, no de uno ni otro bando en lucha, sino de los hechos históricos que estaban por encima de las contingencias circunstanciales y poniendo a España a los niveles merecidos. Durante el exilio, Marañón pasó horas y horas en las grandes bibliotecas del mundo tomando notas para sus libros, para su *Manual de diagnóstico etiológico* y, sobre todo, para un estudio en profundidad de la actuación de los españoles fuera de España, como estaba él. Siempre con la complementaria e insustituible colaboración de su esposa. El matrimonio trabajaba a todo rendimiento en las horas pertinentes, llegando puntual al abrirse por la mañana la biblioteca de la Sorbonne. Otras horas las pasaba acompañando a Ortega, (operado en París), o visitando y conversando con Bergson, de lo que tomó muchos apuntes (¿adónde han ido a parar?); o almorzando modestamente con Hernando, Sebastián Miranda, Zuazo, Azorín, Baroja; o contemplando asombrado o perplejo la llegada de los alemanes y sus desfiles por las calles de París.

Décima. Vivencia de los hechos

Me refiero a su especial y silogística memoria para hechos fundamentales, no para pequeñeces eruditas, es decir, al modo como almacenaba en su inteligencia desde la casuística clínica que en su día le hubiera hecho pensar, hasta los pensamientos ajenos; la rapidez con que al encontrar un caso clínico de interés remontaba su retentiva a otros parecidos de su experiencia antigua de los que había extraído deducciones valiosas. Y la interpretación retrospectiva de los criterios de otros respecto a problemas, médicos y no médicos. Esto demuestra que Marañón no sólo *veía* los enfermos, sino que los *vivenciaba* de un modo envidiable. No tenía una memoria detallística de las cosas, sino una memoria genérica de los grandes problemas y de sus estructuras. Solamente disponiendo de esa vivencia memorística pudo Marañón preparar el *Manual de diagnóstico etiológico,* construido casi sin consultar bibliografía última, que en la historia de la medicina es una obra sin precedentes ni subsiguientes.

Pues bien, tenía la misma memoria para los asuntos no médicos, históricos o sociales. ¿Quién puede olvidar aquellos pedacitos de papel, arrancados a lo mejor del borde de un periódico, en los que anotaba con una sola palabra, cosas que debería recordar, que metía en el bolsillo izquierdo de su bata y después traspasaba al bolsillo izquierdo de su chaqueta? Por eso su conversación era siempre un fluir de historias concretas o de curiosas historietas que conservaba en su cerebro como residuo del aprendizaje constante que había sido su vida toda. El día que se dio una cena de homenaje a un conoci-

do médico español, en el que al final, habló también Marañón, le precedió en la palabra un intelectual, entonces en el candelero del prestigio, que hizo un gran alarde de espontaneidad oratoria, haciendo citas de múltiples personajes, y yo observé que, durante su perorata, desviaba la mirada hacia su mano izquierda que accionaba, cuya palma ponía casi delante de sus ojos. En ella tenía anotados los puntos de su improvisación. Cuando terminó, con disimulo, mojó con agua la servilleta y lo borró frotando. Vi muy bien toda la maniobra, porque estaba a su lado y el disimulo no vale cuando hay vigilancia. A la mañana siguiente se lo conté privadamente a Marañón, y éste, tras soltar una carcajada y decir un *¿Es posible?*, hizo este leve comentario: *No lo cuente usted a la gente. Esa actitud traduce sólo un deseo de quedar bien, y hay que respetarla.* Recordemos que Marañón leía siempre sus ofrecimientos de homenajes y sus conferencias. Solamente dejaba de hacerlo en las lecciones de clase pero anotaba buenos guiones en la pizarra (copiándolos la doctora Leonor Lorenzo) de papeles que traía escritos de su casa en letra menuda y lo hacía a la vista de todos y sin trampas.

Décimo primera. Acierto en la creación del núcleo familiar

El acierto en encontrar la compañera para toda la vida, que representó la máxima perfección como esposa, como madre de sus hijos, como colaboradora, secretaria, mecanógrafa, es decir, como cómplice ordenadora de la existencia en un hogar de trabajo intelectual. Una esposa que al objeto de que su marido pudiera trabajar sin el estorbo de los llantos infantiles, se llevaba a los niños pequeños a dormir al extremo más lejano de la casa; que le ayudaba hasta en sus pesquisas bibliográficas (por ejemplo, en la Sorbona cuando preparaba el *Manual de Diagnóstico Etiológico)* y que, al amanecer, ya estaba dispuesta a colaborar como amanuense. Siempre que se hable de la vida de Marañón hay la obligación insoslayable de recordar a doña Dolores Moya. Con el capítulo que don José Ortega dedicó a la «elección en amor», puede enjuiciarse lo que doña Lola significó para don Gregorio: lo que Ortega califica de «sola mujer genérica»; las específicas puede que hubieran obstaculizado la inmensa obra del maestro y hasta adulterado su generosidad básica.

Independencia intelectual y política de Marañón

A Marañón le tocó vivir su edad adulta en una fase histórica de la sociedad española —y mundial—, que, en todos los aspectos y bruscamente, se diferenciaba de la historia anterior en la invasión de las prisas y de los medios rápidos de comunicación, en la imposición de las ideas políticas más materialistas, en la irrupción de las técnicas científicas contemporáneas, etc.; o sea, en la primera revolución masiva del mundo entero que dependió de una genialidad humana. Pero para enfrentarse con ese nuevo cosmos Marañón disponía de una preparación intelectual y cultural que quizá de modo tan completo no tuvieron muchos, médicos y no médicos, a lo largo de los siglos. Acaso William Osler entre los primeros, como citó Rof Carballo, se le pareciera algo; pero conozco bien la enorme personalidad de Osler, ya que lo estudio desde hace tiempo, y puedo decir, con conocimiento de causa, que las diferencias cualitativas y cuantitativas entre uno y otro son fantásticas. No me refiero a sabiduría médica, ni al nivel de

preparación científica, pues entre los grandes hombres son datos imposibles de sopesar, sino al logro de una tan absoluta planificación de las más diversas capacidades humanas, a la obtención de una existencia heideggerianamente saturada y de una absoluta independencia intelectual y social, sin estar ligado jamás a grupos o capillas.

Hombre que en el desempeño de su profesión ocupó no menos del setenta por ciento del horario, ha sido, sin embargo, el médico que más extensa y profundamente ha llenado el restante treinta por ciento con una labor histórica y cultural en la que no hay un solo punto del vivir humano que no haya sido tocado, estudiado, repensado y escrito o hablado por él. Solamente encontró reposo, y a disgusto, en los días de enfermedad que precedieron a su muerte.

Esa polidimensional proyección de su vida le hizo, cómo no, actuar en política. Pero siempre de un modo indirecto, independiente de todos los partidismos y quedándose siempre en segundo plano, a ese nivel en que la persona observa y ayuda, pero no se sumerge en el océano, pocas veces tranquilo, de la política. Dice razonablemente uno de sus biógrafos, Gómez Santos, al hablar del accidentado y revolucionario año 1917, que mientras Marañón está al día en medicina, vigila la temperatura política del país. Está bien visto; por vigilarla bien para bien servir a España, Marañón, el más patriota de los españoles habidos y por haber o tanto como el que más, creó la *Agrupación al Servicio de la República* con Ortega y Gasset y Pérez de Ayala y ofreció la sala de su casa para una reunión en que se ventiló nada menos que un cambio de régimen en España, sin perder por ello la estimación del destronado. Por encima de la monarquía, de la república y del franquismo, fue el liberal español a carta nunca mejor llamada cabal. Su gran amigo Teófilo Hernando —a quien quería tanto que tenía que hablarle a diario personalmente o por teléfono, según me ha contado recientemente Belén Marañón— reprodujo, después de la muerte de Marañón, estas frases suyas: *Cuando hay que elegir entre uno u otro lado de la barricada, el liberal, el pobre liberal, no sabe qué hacer. No porque ignore, como el hombre que duda, dónde está la razón, sino porque no alcanza a quitar la razón del todo a nadie, ni a dársela a nadie por entero. Por eso suele ir de aquí para allá, con una aparente ligereza que es sólo generosidad profunda. Por eso en los dos lados le miran con desconfianza. Y muchas veces desde ambos le lapidan.*

La medicina española antes y después de Marañón

Hasta que Cajal hizo sus definitivos descubrimientos, la ciencia clínica española no existía como tal. Había una medicina asistencial, había anatómicos como Oloriz, fisiólogos como Sánchez Ocaña, grandes médicos generales como los maestros de Marañón que él tanto enalteció: Alonso Sañudo, Sanmartín, su venerado Madinaveitia, con quien tuvo un leve choque en París, que Marañón aceptó como lección humana. Pero hombres de medicina clínica moderna, no. Cajal creó un nuevo mundo con sus trabajos, sus consejos y su ejemplaridad; creó la ciencia médica española, quizá la ciencia toda de nuestro país, y la lanzó al mundo; pero eso que Lewis llamó la ciencia clínica, se inicia a fondo en Marañón.

En aquel tiempo la medicina clínica como arte de curar sólo ofrecía alguno que otro buen maestro sin ensoñaciones que cumplir; y para de contar. Con varias excepciones que trascendieron: Don Juan Madinaveitia con sus incomparables dotes de magisterio, don José Goyanes con su cirugía vascular que tanto dio que hablar en el mundo entero y el Instituto de don Federico Rubio como gran germen extrauniversitario. Cuando yo estuve por primera vez en los Estados Unidos, 1935, los profesores norteamericanos de categoría con quienes contacté sólo conocían a Cajal, a Río Hortega, a Marañón y a Goyanes. Soma Weiss me habló de los estudios de Jiménez Díaz sobre los factores metabólicos de la insuficiencia cardíaca, porque éste le había enviado las separatas.

Marañón, como puntualizaré en una relación próxima, fue el primero que en la Medicina española abrió las puertas a las ciencias complementarias y quien creó el primer centro español dedicado a Patología Médica fuera de la Universidad, pero dentro de un hospital oficial; sólo con su impulso para hacer las cosas a la altura de los tiempos y con su peculio. No quiso meter a nadie en la zarabanda millonaria de los fondos perdidos, por cuya renuncia desapareció a su muerte el Instituto de Patología Médica que debería perdurar a su nombre. Solamente con su prestigio, que hacía el papel de imán, atrajo junto a sí a un grupo de médicos extraordinarios que funcionando en equipo, como hoy se dice, dieron nueva faz a la medicina. No cito nombres por temor a omitir alguno. Fue el primer maestro internista que creó su propio laboratorio de investigaciones analíticas; el primero que fundó un servicio de cardiología separado de la neumología y la tisiología en una institución de patología médica que no existía en ninguna cátedra de Madrid; en Barcelona funcionaba uno a cargo de don Juan Codina Altés; en Madrid, el del Instituto Rubio que dirigía don Antonio Mut; el de don Luis Calandre en la Cruz Roja. El primero en crear servicios de nutrición, de riñón, de aparato digestivo, de neurología y psiquiatría, de dermatología, de oftalmología, de otorrinolaringología, de medicina psicosomática en los últimos años, y acaso alguno más, todos a cargo de personas especializadas en las materias. Por último, un departamento que era clave de todos, el de anatomía patológica de su propio servicio, que estaba ligado al de autopsias del servicio central del Hospital. Obsérvese que esto ocurrió por los años 15 a 30 de este siglo.

Fue, pues, Marañón, el primer renovador de la medicina clínica española. Cuando las grandes personalidades médicas de las universidades españolas o extranjeras acudían a Madrid por razones privadas o para formar parte de tribunales de oposición o con motivo de congresos, todos pasaban mañanas enteras en el Instituto de Marañón. He visto allí a Cañizo, Bañuelos, Ferrer Solervicens, Pedro y Pons, Andreu, Rodríguez Fornos, Casas, Rodrigo Sabalette, Cuatrecasas, y a numerosos maestros de todo el orbe, como Pende, Pasteur Valery Radot, von Bergmann, Falta, Raab, etc., y a decenas de maestros hispanoamericanos. Por eso me atrevo a dividir en dos etapas la evolución de la patología médica contemporánea de nuestro país: antes y después de Marañón. La medicina española, se renovó, pues, desde fuera de la universidad por este maestro cuando todavía no era catedrático de la misma.

La creación de su Instituto precedió en casi veinticinco años a la del de Jiménez Díaz, hoy formidable Fundación de su nombre. Sin duda influyó en la decisión de Marañón el ejemplo de Cajal, pero sólo en parte, pues pienso que en esta renovación intervino

más el propio modo de pensar de Marañón y lo por él visto en otros países de Europa. El mismo ha aceptado su filiación con Cajal; pero las ramas de la actividad médica eran tan dispares que parece más lógico admitir que ambas personas eran comparables por su inteligencia y su actuación.

De una carta en la que contestaba a una mía en que le hacía alguna consideración sobre la diferente trayectoria científica entre Cajal y Ochoa en tanto que premios Nobel, Marañón me decía:

> Muy querido Vega: muy bien, como todo lo suyo, su carta. Pero no estoy de acuerdo con lo que dice sobre Cajal y Ochoa, discretamente dirigido a mí. Ochoa es hijo de Cajal como el Dante es hijo de Virgilio. La ciencia, como el arte, tienen una continuidad estricta para ser grandes, aunque esta continuidad no sea explícita. Lo más hermoso de Ochoa es ser el heredero de Cajal, aunque ni su ciencia ni su personalidad tengan nada que ver con don Santiago. Y la alegría que nos ha producido el triunfo de Ochoa no se basa en nada circunstancial, por apasionante que pueda ser, sino en ese sentido de continuidad del genio español que es también universalidad. Sabe cuánto le quiere su amigo, G. Marañón.—30-IX-59.

Yo me atrevo a reafirmar, con arreglo a esa idea, que Marañón fue hijo de Cajal, como Jiménez Díaz y Pedro Pons fueron hijos de Marañón.

Intuiciones y descubrimientos médicos de Marañón

Considero importantísimo revisar los muchos puntos de la medicina que Marañón advirtió antes que nadie en el mundo, con cuatro advertencias previas. En primer lugar, que las novedades por él introducidas en los criterios médicos se inician ya con los primeros años de su actuación hospitalaria. Segunda, que de 1936 a 1943 hubo un lapso de tiempo en que no pudo trabajar en su hospital aunque lo hizo como invitado en los hospitales franceses e hispanoamericanos, en los que asombraron sus intervenciones, de lo que hay testimonios. Tercera, que muchos de estos hechos no pasaron al conocimiento o a la bibliografía internacional porque fueron publicados en revistas españolas que no tenían intercambios con las extranjeras o casi carecían de suscriptores fuera de España; por eso se apresuraba a publicarlos pronto en revistas europeas o norteamericanas. Cuarta, que el cotejo de esta realidad está hecho por mí mismo. Algunos de los hechos que voy a describir se anticiparon en más de diez años a las descripciones de otros autores a quienes después se atribuyó concretamente el descubrimiento. Puede que sorprenda esta indiscutible prioridad a muchos jóvenes.

Voy a citar cuarenta y tantos, consciente de que son muchos más; solamente dos, los primeros, corresponden a creaciones administrativas; pero que entonces significaron mucho.

1. El aislamiento, por primera vez en España, de los enfermos infecciosos dentro de las entidades hospitalarias con rigurosas normas proteccionistas y profilácticas (1909); con tales normas organizó el Hospital Nacional de Infecciosos, más tarde, su discípulo don Manuel Tapia.

2. La creación en España de una primera institución hospitalaria distinta de todo lo que hasta entonces había existido aquí (1909); el Instituto de que acabo de hablar, que con los años se fue completando.

3. Primeras observaciones del *síndrome pluriglandular,* diez años antes de ser reconocido por otros autores (1909).

4. Primera descripción de los *accidentes agudos de la enfermedad de Addison* (1910).

5. Introducción en España de la verdadera quimioterapia (1911), siguiendo a su maestro de Alemania y aplicando nuevos agentes a otras entidades nosológicas hasta entonces consideradas como intratables o tratados con medicaciones semicaseras.

6. La *independencia anatomofisiológica de las paratiroides* y la primera *separación patoclínica de las tiroides y las paratiroides* (1911).

7. Descripción del *agotamiento cromafínico* e intuición del *síndrome* opuesto o *hipercromafínico* (1912).

8. *Factores endocrínicos de la obesidad* (1913).

9. Primera interpretación global de la *endocrinología como especialización* (1914-1915) desarrollada en un curso de conferencias en el Ateneo de Madrid.

10. Descubrimiento de las *relaciones íntimas entre los ciclos vitales y la hipófisis.*

11. Valoración clínica del *reflejo óculo-cardíaco,* rectificando, en parte, a Danielopolu e introduciendo *eslabones simpato-hormonales* en la cadena refleja (1916).

12. Acciones de la *hipófisis sobre la diuresis,* intuyendo y describiendo circunstancias motivadas por una segura *hormona antidiurética,* que después otros confirmaron (1917).

13. Concepto de la *edad crítica* como hecho endocrino de origen pluriglandular y como modificador de la personalidad haciendo que esos términos pasaran a la nomenclatura mundial (1919). Por la misma fecha hace la primera descripción internacionalmente aceptada de la *mano hipogenital.*

14. Primera explicación anatomoclínica en el mundo de la *diabetes insípida* como entidad hipofisiaria matizada, publicado en Inglaterra y Estados Unidos (1930).

15. Primeras descripciones del hipertiroidismo desencadenado *por causas emocionales* (1921) recogidas y aceptadas por Walter Cannon.

16. Relaciones entre la *emoción y la adrenalina* (1920-1924) y ulteriormente, en el Libro Homenaje a Cajal (1922), muy comentado también por Cannon.

17. Comunicaciones sobre *relaciones entre los factores emocionales y simpáticos con las tiroidopatías* (1920-1921) hecho reconocido en sus obras por Raab en Viena y en Estados Unidos por Cannon y Cushing.

18. El *problema geopolítico del bocio* (1922). A Marañón se debe *todo* cuanto en España se conoce hoy sobre el tema. No oculto que me avergüenza, como español, ver la cantidad de trabajos publicados por compatriotas en los últimos veinte a veinticinco años, incluso viviendo Marañón, sin mencionarlo siquiera.

19. Descripción de la *mancha roja tiroide* como fenómeno vasomotor típico del bocio hipertiroideo, que pasó a la nomenclatura bibliográfica internacional con el nombre de *Signo de Marañón* (1923).

20. Diferenciación de las *hipertensiones climatéricas,* empezando a desligar todo el amplio concepto de las hipertensiones secundarias, no esenciales (1923).

21. Comentarios acerca de los errores en la interpretación de las cifras de *presión arterial por causas funcionales* (adrenalina) y *yatrogénicas* (1924).

22. Descripción de las *hipotensiones insulínicas,* con Planelles, explicando incluso casos de *hiperinsulinismo* con predominante *signología hipotensional* (1925).

23. Esquematización de los *hipotiroidismos atenuados* (1925) publicado en Estados Unidos; síndromes que después otros autores llamaron frustrados.

24. Descripción, con Vara López y Cano, de *la muerte súbita de origen suprarrenal* (1926).

25. Descripción de los *estados prediabéticos,* que fue también aceptada en todo el mundo con el nombre de «prediabetes de Marañón» (1937) y de las arteriopatías del mismo origen.

26. *Interpretación etiológica del eritema nudoso* con Noya (1937) como fenómeno dirreactivo-inflamatorio.

27. Entendimiento de *las varices como diátesis varicosa constitucional y hereditaria* complicada por los accidentes de la vida, con Comas (1928).

28. Descripción y comprensión, completas, de la *patogenia de la cardiopatía mixedematosa,* con López Morales (1928).

29. *Tratamiento de las arteritis con insulina,* con Gálvez e Izquierdo, adelantándose en parte a los conceptos polarizantes contemporáneos (1928).

30. Concepto del *reumatismo cardioarticular* como entidad clínica conjunta, no considerando a la carditis como secundaria al reumatismo poliarticular agudo (1932), sino como primaria; fue aceptado en todo el mundo y Jiménez Díaz lo citó en sus cursos de Madrid.

31. *Concepto unicista de los reumatismos deformantes crónicos.*

32. *Tratamiento con cloruro sódico de la enfermedad de Addison,* en colaboración con Gimena (1930).

33. Descripción de *la corea* como *fenómeno encefalítico intrínseco de la enfermedad reumática* (1930-1933).

34. Explicación de la *patogenia del exoftalmos unilateral* con Martínez Díaz (1931).

35. *Patogenia polifacética de las taquicardias neurovegetativas* (1931).

36. *Los hipermetabolismos sin hipertiroidismo* (1931).

37. *Sensibilidad del enfermo addisioniano a la insulina* y estudio de la *hipoglucemia* del mismo (1932).

38. Descripción, con Alvarez Cascos, de la *lipodistrofia progresiva* (1933).

39. Estudio sistematizado de los *reumatismos endocrinos* (1934).

40. El *exoftalmos en los tumores hipofisiarios,* con Gálvez (1935).

41. *La regulación humoral del hambre.*

42. La recalificación del antes llamado *síndrome de Cushing, con obesidad pletórica suprarrenal* en el libro publicado en Buenos Aires con el gran fisiólogo francés Charles Richet (1940).

43. El *síndrome adiposidad-Basedow-distermina* (ABD), recogido por muchos autores americanos y europeos (1950).

44. Concepto clínico de las *enfermedades dignas de ser respetadas* (1946), que hoy tantos autores empiezan a entender.

45. Cambio de la *teoría general de las endocrinopatías en dirección neurohormonal y parahipofisiario o hipotalámico.* Aquí su nuevo criterio integrador, según el cual, «la Endocrinología no se puede enseñar y aprender como una ciencia o especialidad aislada, sino mezclada, *íntimamente confundida con el resto de la patología humana.* Esta idea fue expuesta por él a comienzo de los años cuarenta fuera de España.

46. Su personal *concepto antropológico de la medicina,* buscando al hombre en la enfermedad y no sólo a la enfermedad en el hombre, bellamente desarrollado en sus palabras cuando las bodas de oro de su profesión, 1959, un año antes de su muerte.

Tras esta relación breve, que sería mucho más extensa si un equipo se dedicara a cotejar datos y fechas, queda bien clara la categoría histórica de don Gregorio Marañón en la medicina mundial, y como digna de esa mi consideración para España, de «antes y después de Marañón»

Dejo para final de este apartado lo que considero éxito último máximo de Marañón: Su *Manual de Diagnóstico Etiológico.* Creo que este libro constituye el mejor exponente de su inemulable categoría médica. Más que un manual de medicina es una enciclopedia de saberes médicos y pienso que a lo largo y ancho de la literatura médica de todos los tiempos no hay antecedentes de una obra que se le parezca. En ella se puede aquilatar bien la talla del maestro, que la preparó; la escribió él sólo, sin otra ayuda que la de su esposa. En pleno exilio y sin interrumpir para nada sus restantes y múltiples quehaceres, ¿cómo pudo completar y ordenar los miles y miles de fichas con que estructuró ese volumen? ¿Cómo es posible que un solo hombre, con sólo su enorme archivo mental de conocimientos sobre toda la patología del ser humano —medicina y especialidades— haya podido pergeñar el libro de orientaciones diagnósticas más completo que se ha publicado y que, cualesquiera que sean los cambios en las ideas patogénicas, seguirá siendo valioso a través de muchas generaciones? En ese libro, que exhibe la potencialidad médica de Marañón, culmina la sabiduría médica de este superejemplar de la medicina española de todos los tiempos.

No quiero establecer comparaciones con otros grandes maestros de la medicina mundial pues dudo de que ninguna pudiera haber hecho algo similar. El valor de esta obra lo ratificará, sin lugar a dudas, su pervivencia.

¿Qué otro español alcanzó esos niveles, cualitativos y cuantitativos? Sin duda alguna, ha habido grandes maestros contemporáneos de enorme prestigio e indiscutible categoría internacional, entre nosotros, por ejemplo, Jiménez Díaz, de cuyas enseñanzas otros nos hemos beneficiado por fortuna. Pero eso nada tiene que ver con la valoración global de G. Marañón.

Otros comentarios

Tiene exquisita intención esta frase de C. Arango: A Marañón médico *no le importaba que creyesen que se había equivocado en el pronóstico con tal de que el enfermo*

se fuera satisfecho. Yo recuerdo a este respecto una anécdota que debo citar. Cuando yo estaba dudando si regresar o no a la escuela en la que me había formado, oí a mi primer maestro comentar que la tarde antes había visto en su consulta a un enfermo, al que yo conocía, diagnosticado antes por Marañón de lesiones pulmonares irreversibles; afirmó: «ese hombre tiene un cáncer que Marañón no ha visto». Pocos días después le pregunté a Marañón qué opinión le merecía el caso en cuestión y me dijo: *es un cáncer avanzadísimo en el que nada hay que hacer ya. Le dije que tenía cosas sin importancia, pero la familia sabe la verdad. ¿Por qué no ofrecerle todavía alguna ilusión?* Por eso no le gustaba atribuir a la ciencia lo que los pobres enfermos ignorantes achacaban a milagro. ¿Por qué no aceptar la credulidad en el milagro si ello da cierto tipo de felicidad? A ese respecto escribió estas palabras: *Si se demuestra que la campana de Velilla no toca sola, sino que la taña un sacristán furtivo, o si se explica por una razón física lo que parecía brote milagroso de una flor, habremos destruido un error, pero el milagro subsiste, porque milagro es la voz de los bronces y el ritmo misterioso de la savia en primavera...*

En ocasión en que me encargó visitara y atendiera en lo sucesivo a una monja carmelita que ahora está en trance de beatificación me dijo: *Cuando penetre usted en aquel convento, todo le causará asombro. Desde la humildad en que viven las monjas, hasta la alegría con que colman su existencia. Allí todo es milagro, querido Vega. Se maravillará usted y comprenderá muchas cosas que no caben en comentarios vulgares.* Y así fue. Aquella monja santa sobre la que el autor de estas líneas tiene publicada una monografía, va a ser beatificada y ya he prestado declaración en el pertinente proceso.

Dice Arango que en el Instituto de Marañón, desde 1915, *se hacía la medicina más extraordinaria que yo observé en ninguna clínica europea...* Marañón gustaba de enjuiciar el diagnóstico de primera impresión dándole vueltas, completándolo después hasta lograr el definitivo; era, según decía, el medio mejor de aprender medicina a diario, de acostumbrarse a discurrir médicamente en la vida total de los enfermos... Tal centro extrauniversitario fue acogido después por la administración. Allí llegó Marañón a ser el mejor maestro de España, como solían decir don Manuel Tapia y don Teófilo Hernando, sin haber tenido que hacer oposiciones a cátedra, que le repugnaban por la corrupción con que se ventilaban. Fue maestro antes de ser profesor, como autor de esta frase: «En todo el mundo se ha hecho del título de profesor un mito, que muchas veces responde a una realidad creadora, la más augusta, la del maestro; pero otras es sólo la bandera de corso para disfrutar de las ventajas que da el ser profesor».

Marañón nunca fue un expositor de teorías últimas discutibles, que las conocía, como lector incansable, sino de las *penúltimas,* como él mismo escribió, que ofrecieran por lo menos *un mínimo de garantías de que no lo tendremos al día siguiente que olvidar;* y como didáctico exponía su propio criterio profundamente interpretado. Tenía también, dice Arango con tino, *menos interés por saber que curiosidad por conocer.* Yo pienso al revés; creo que para Marañón privaban los saberes fundamentales y le resbalaba el conocimiento de las cosas o cosillas...

He trabajado solamente durante once años en el Servicio de Marañón. Entré allí ya adulto, cuando uno ya no se alucina, es decir, cuando se razonan los matices de las cosas y se critica ya lo que antes deslumbraba. Y estos pensamientos que ahora expongo

sobre Marañón no son los de un joven alucinado o deslumbrado, sino los de quien, después de haber cumplido las bodas de oro de su profesión, tiene ya ideas firmes sobre cuanto en la vida le tocó ver e interpretar.

Resumen marañoniano

Marañón seguirá durante mucho tiempo ocupando a los estudiosos de la medicina y de la historia españolas. ¡Cuántas tesis doctorales se irán haciendo sobre los temas más variados, que girarán alrededor de ideas y escritos de Marañón o que, por lo menos, los citarán sin la cicatería de que hicieron gala los que escribieron sobre el bocio. (¿Por qué los españoles seremos tan remisos en citar a los coterráneos que hicieron algún descubrimiento o que abrieron caminos en la ciencia médica? Esto no ocurre tan insistentemente en otras profesiones o ramas del saber. ¿Sólo por ese «pecado capital» que llamamos envidia? He repasado dos de los tratados de patología médica que sirven como textos de enseñanza universitaria actual y en ninguna de las materias concernientes a esos cuarenta y seis puntos que he descrito se cita a Marañón. ¿Es posible que no se caiga la cara de vergüenza a algunos que, para mayor inri, han sido discípulos suyos?)

Todas las vidas deberían poderse resumir en algún rasgo o don elocuente. Pero Marañón, el ente Marañón, no tiene un rasgo único. Toda su vida terrenal fue una sucesión ilimitada de dones, que yo he procurado resumir en las once claves reseñadas.

En los últimos años de vida Marañón no declinó, afortunadamente, ni un ápice, en su refulgente personalidad, aunque mantenía un interés algo diferente sobre los problemas. Le preocupaban más los asuntos humanísticos, por lo menos a juzgar por la cuantía de sus escritos. Causa emoción leer algunos, como el pronunciado en el ayuntamiento de Toledo a los historiadores participantes en el Congreso de Cooperación Intelectual de 1950; como la «charla» con que iluminó las bodas de oro de su promoción médica en la que vertió su concepto de la medicina antropológica, 1959; y como el discurso pronunciado, el mismo año de su muerte, 1960, sobre *La humanidad de Cajal*...

Cenando en mi casa con otros dos matrimonios poco tiempo antes de morir, Marañón dijo una frase que no olvidé. Habíamos estado discutiendo amistosamente sobre cosas serias (de esas que a lo mejor no lo son, pero que los españoles transformamos en tales) y yo las rematé con dos anécdotas de un político asturiano al que Marañón profesaba evidente cariño pues le resultaban simpáticos los tacos con que aderezaba su lenguaje. Marañón, riéndose de aquellas ocurrencias, dijo con sorna: «Coincidirán ustedes conmigo en que lo que más debería interesarnos en el trato social de las gentes son las anécdotas. Todas tienen su lado triste y su lado alegre, pero siempre dan la talla de la personalidad y ayudan a comprender lo que es el mundo».

Hasta que surgió la enfermedad que nos lo robó —un auténtico parricidio del destino—, se mantuvo enhiesto y brillante. Todos los médicos españoles, cualquiera que sea la escuela en que nos hayamos formado, somos algo hijos suyos, como él dijera de Ochoa en relación con Cajal. Siguió siendo el médico que hipocráticamente se entregaba a los enfermos, el extraordinario polígrafo estudioso, el escritor insigne de sencilla locura, el gran fabricante de encantamientos intelectuales. De esa última época quedó una obra en la historia del arte: *Toledo y el Greco*. Como antes dije, Marañón se

impregnaba de emociones en Toledo y se asía al Greco como tabla de salvación espiritual ante lo que le rodeaba. Su obsesión por la ciudad y por el pintor se extravertía e hizo que todos, aunque conociéramos Toledo y hubiéramos recibido luces del cretense, volviéramos una y otra vez a perdernos en ambos y a buscar entre los ancianos mendigos callejeros, los modelos para hacer apóstoles que él encontrara en los locos barbudos de las clínicas psiquiátricas.

Marañón, mi segundo maestro en el tiempo, pero el más humana y humanísticamente formador, fue el sujeto más completo que conocí. El más tranquilo remanso dentro de lo apocalíptico y turbulento del mundo, médico y no médico, que nos tocó vivir a las tres o cuatro generaciones que ocuparon los años de su vida. Laín Entralgo escribió en 1966: *Viviendo, quemando día a día su vida al servicio de su obra, ese hombre nos dio ciencia, dignidad moral, palabra limpia y claridad acerca de nosotros mismos.* En el discurso pronunciado por Mireaux cuando la recepción de Marañón en la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París, dijo que éste era en un todo equiparable a Leonardo da Vinci. Y el gran clínico catalán Pedro y Pons, después de hablar de la caballerosidad de Marañón, recalcó: *Fue un gran señor, de cuyo trato uno siempre salía reconfortado y comprendido.* También después de su muerte escribió González Ruano, artífice único de notas necrológicas, estas palabras: *Uno, que si usted está enterrado es ya como un desterrado de aquella gran patria de la amistad...* Y es cierto ese sentido ruanesco de la pérdida. Yo he empezado más de veinte veces a escribir sobre Marañón —repito lo que dije al comienzo—, y todas tuve que dejarlo y romper mis papeles con la abochornada sensación de que no sabía o no podía expresar mi talante. El mismo Ruano escribió estas otras dos frases: *Mi amistad con don Gregorio fue algo así como muchas amistades juntas... Acaso lo que más estremece de su figura sean todos los Gregorios excepcionales que se agrupaban en un solo hombre verdadero.*

Desaparecida aquella «gran patria de la amistad», que aureolaba al español que mejor enseñó a sus contemporáneos a hacer examen de conciencia, la medicina española se mantiene, a los veinte años de su ida sin retorno, en estado de orfandad. No hay en nuestro derredor ningún aglutinante que se le parezca, para aunar las honestidades salvables; ningún tranquilizante intelectual que serene las iras como él lo hacía. López Cortejoso, un hombre de estirpe marañoniana, escribió cuando la muerte de Marañón: *... el primer estremecimiento que nos depara nuestra soledad: la sensación de abandono. ¡Ibamos tan seguros de su mano en nuestra empresa de ser algo en el mundo!* Mirando más allá de las realidades podemos decir que desde que Marañón falleció la sociedad española, la cultura española, la política española, la medicina española, están huérfanas. Está huérfana España entera.

Francisco Vega Díaz

América en el pensamiento de Gregorio Marañón

1. Antecedentes de una recuperación

En el conjunto de la obra escrita que dejó el doctor Gregorio Marañón, tan extensa como rica y variada, puede encontrarse un ideario americano del mayor interés. No se trata sólo de estudios o comentarios expresamente dedicados al tema de América, sino de páginas en las que los temas de historia o de cultura americanas surgen espontáneamente, al hilo de cualquier observación oportuna, con independencia del objeto propio del estudio a que pertenecen. En este orden, Marañón viene a representar, con los matices que provienen de las circunstancias de su biografía y muy particularmente de su formación médica, una continuación de la serie de grandes intelectuales que contribuyeron desde finales del siglo pasado a crear en España un ambiente nuevo, un clima de interés, en torno al desarrollo de la vida cultural en los países de la América española, como también una estimación honda y fundamentada de las esencias hispánicas que actúan con la fuerza y misión que es propia de las raíces en la vida del espíritu como en la de la naturaleza.

Los hispánicos de una y otra orilla del Atlántico vivieron un largo tiempo del siglo XIX vueltos de espaldas los unos a los otros, alimentando una indiferencia y una incomprensión que violentaban las razones profundas que exigían una actitud bien distinta.

Ya en el último tercio del siglo XIX hay no pocos síntomas que anuncian el cambio que se operaba y que, curiosamente, encontró aliento en la América española con motivo del desastre de 1898, el que ponía fin definitivamente a la presencia política de España en los últimos territorios del antiguo Imperio.

Después vino, desde España, la acción meritoria de muchos hombres eminentes, científicos y literatos, que con sus iniciativas, publicaciones o viajes, dieron una nueva imagen de América y estimularon el interés por todo cuanto constituía el patrimonio común de los pueblos hispanohablantes. Allí están los nombres, muy al comienzo de esta orientación, de Juan Valera y Marcelino Menéndez y Pelayo, pero, en seguida, también los de Rafael Altamira, Adolfo Posada, Miguel de Unamuno, Federico de Onís, Guillermo de Torre, Américo Castro, Eduardo Gómez de Baquero, Enrique Díez Canedo, Ramiro de Maeztu, Ernesto Giménez Caballero, y tantos otros.

Muchas y valiosas publicaciones periódicas, de diverso carácter, acogieron igualmente en sus páginas trabajos firmados por lo más representativo del movimiento cultural hispanoamericano, o dieron noticia de éste. Las colecciones de *La España Moderna, La*

Ilustración Española y Americana, Crónica de Ambos Mundos, La Gaceta Literaria o *Tierra Firme,* por ejemplo, son exponente de la proximidad intelectual fruto de una paulatina mutua recuperación que llena los primeros treinta años del siglo.[1]

2. La contribución de Gregorio Marañón

A esta fuerte corriente cultural en el sentir americanista de los intelectuales españoles, debe incorporarse el nombre del doctor Gregorio Marañón. Venía del campo de la medicina, pero por su vasta cultura y por su sensibilidad para los problemas humanos era un verdadero humanista. Sus análisis se proyectaron sobre el comportamiento del hombre y sobre la vida social, en el presente y en el pasado, siempre con la mirada del científico formado en las ciencias biológicas. Viajó a Hispanoamérica entre 1927 y 1939, llamado a diversos países por Universidades e instituciones médicas, y en ellos desarrolló una actividad intensa como conferenciante. No sólo fue así uno más entre los hombres de ciencia españoles que desde principios del siglo estimularon con su presencia las relaciones científicas y académicas, sino que esta experiencia le movió a ir dejando en sus numerosos escritos, de muy diverso carácter y extensión, la huella de sus reflexiones sobre América como realidad histórica y como hecho cultural.

En sus grandes investigaciones históricas dejó clara la elevación de su pensamiento cuando examinaba los hombres y su tiempo, auxiliado por lo que muy bien puede calificarse de humanismo médico que tan excelentes frutos ha dado en el ensayo y en la investigación histórica, de lo que él fue un ejemplo muy sobresaliente. Así fue también cuando contempló América y reflexionó sobre el pasado histórico de que venía. Su actitud y los instrumentos y capacidades de análisis de que estaba dotado por su formación, forman lo original de su idea de América.

Pero una cuestión previa se impone. Gregorio Marañón vio América desde su entrañable y profundo amor a España. «Mi vida es amor a España», proclamó precisamente en tierras americanas, hablando, en 1937, en Montevideo. Y todavía agregó para que se interpretara debidamente el alcance de lo que decía: «mi amor a España no es simple apego al terruño, sino emoción racial, sentido de responsabilidad común... y fe en el destino de los pueblos que están unidos por el lazo solemne del verbo».

Esa unión entre América y España en las regiones profundas donde nacen y crecen los afectos, le hizo sentirse más completo cuando su contacto con América fue una vivencia personal. «Yo he aprendido cosas esenciales de la historia de España —escribió— andando, como viajero y no como turista, por las tierras inolvidables de América.»[2]

A ellas fue en tres ocasiones.[3] La primera en diciembre de 1927. Estuvo en Cuba invitado por la Sociedad Hispano-Cubana de Cultura y fue el más breve de los tres via-

[1] *El profesor Enrique Zuleta Alvarez ha hecho una exposición muy completa del desarrollo de este importante fenómeno cultural en sus estudios «La idea de América en el pensamiento español del siglo* XIX*» y «La idea de América en el pensamiento español contemporáneo (1900-1936)», publicados, respectivamente, en los números 24 y 25 (1979) del* Boletín de Ciencias Políticas y Sociales *de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina.*

[2] *«Castilla la Vieja»,* La Nación, *Buenos Aires, 11-IX-1949.*

[3] Vid. *Marino Gómez Santos,* Vida de Gregorio Marañón, *Taurus, Madrid, 1971.*

jes. Dictó tres conferencias sobre un tema médico del que se ocupó repetidas veces: «Los estados intersexuales».

La segunda, en febrero de 1937. Esta vez fue a Montevideo, Buenos Aires y Río de Janeiro, a lo largo de cuarenta días en los que pronunció cuarenta y cuatro conferencias, muchas veces una por la mañana y otra por la tarde. Residía entonces en París a causa de la guerra civil y desde Francia navegó hasta el Plata, con escala en Lisboa. Tanto en Montevideo como en Buenos Aires, Marañón estrechó lazos con los colegas médicos, visitó diariamente hospitales y clínicas, a lo que dedicaba la mañana, como en su normal vida madrileña, y disertó en el marco de cátedras universitarias y centros científicos. Pero también tuvo intervenciones con éxito enorme en ambientes más sociales y abiertos, en los que pudo exhibir ante un público vario la poderosa atracción de su talento por la forma humana, directa, sin énfasis, con que presentaba temas sugestivos por su inmediata relación con el hombre de la calle, con la conducta y el sentir que forman el tejido de la vida. Por eso no sólo se le conoció como médico eminente, sino como pensador que detiene su mirada en graves problemas humanos o sociales, en hechos del pasado, con una gran comprensión, actitud que él había definido como «la última generosidad». En Uruguay y Argentina es donde dio a conocer sus estudios «Soledad y libertad», «Psicología del vestido y del adorno», «Los amigos del Padre Feijoo» y «La vida en las galeras en tiempo de Felipe II», ensayos que luego reunió, con alguno más que agregó, en el volumen *Vida e Historia*, libro, por eso, que, como escribió en la advertencia a la segunda edición (1940), sería para él «un recuerdo, siempre vivo, de los amigos del Plata».

Por tercera vez cruzó el océano para llegar a América, en agosto de 1939. En esa oportunidad se extendió hasta la América andina. Estuvo en Perú y Bolivia, bajó luego hasta la Argentina y, ya de regreso, volvió a visitar Uruguay y Brasil. De nuevo repartió sus horas como había hecho con anterioridad: vida médica, compartiendo experiencias clínicas con sus colegas, visita de enfermos en consultas públicas y hospitales; y luego, la vida cultural, el contacto con el pueblo, la captación de ambientes y paisajes, de hombres y ciudades, del pasado y del presente de América; y de todo ello saldrían tantas meditaciones que pasaron a las páginas de escritos que, quizá, no tenían inicialmente una finalidad relacionada con América. Lo cual revela una impregnación intelectual.

Un cuarto viaje proyectado para México, invitado por la Universidad Autónoma, no pudo realizarse, y es pena porque así hubiera podido conocer otra dimensión de América y el escenario de la apertura de la gesta conquistadora, además de la zona de contacto con la otra América, la que no habla español, lo que da un particular interés a aquel gran país.

Lo que había sido reflexión estimulada por lecturas y estudios, especialmente de historia y también de viajeros, a los que fue muy aficionado y de los que reunió una gran biblioteca a la que más de una vez hizo alusión, cobró fuerza y relieve. La gran mayoría de los pensamientos escritos de Marañón sobre tema americano, historia, cultura, hombres, libros, encontraron su lugar en textos posteriores a 1928. Lo que demuestra la importancia que tuvieron aquellos viajes.

Pero lo escrito desde aquella fecha forma un conjunto considerable por el que ha

quedado incorporado a la larga serie de los grandes intelectuales que desde principio de siglo contribuyeron a dar un giro en la mentalidad española sobre los temas americanos y él, en particular, por el mundo plural en que se movió, alcanzó con su influencia a los sectores más variados. Dijo cosas profundas, que deben ser siempre tenidas en cuenta, pero especialmente ahora cuando la fecha de los cien años de su nacimiento está tan próxima a la del V Centenario del Descubrimiento de América. Y como lo que dijo lo expresó con gran perfección y belleza, su recordación sobre estos temas americanos es más oportuna todavía.

3. América en la historia

Marañón contempló el Descubrimiento con ojos de biólogo. Lo revela ya el vocabulario a que acude para expresar las determinaciones profundas del gran hecho. Términos como «impulso biológico», «ímpetu vital», «hecho biológico», resaltan en sus textos y dan el alcance exacto de lo que quiere decir, sitúan la línea argumental en el orden de las realidades inexorables que son propias del mundo natural y físico. «Lo que tiene que suceder —decía— es una realidad tan profunda como lo que sucede y lo que ha sucedido ya.»

En una ocasión justificó explícitamente este proceder. «No está fuera de lugar hablar con un criterio biológico o, más concretamente, fisiológico de la evolución de los pueblos y de las civilizaciones. Lo inadmisible es hablar (de éstos) que son cosas vivas y en evolución perpetua y como tales deben ser estudiados, como si fueran momias desenterradas o polvorientos legajos en los archivos... de su vitalidad dependen los fastos históricos...»[4]

Las voluntades humanas, los estímulos que mueven las conductas, sin mengua del libre albedrío, son también consecuencia de la acción poderosa y combinada de factores que operan en el seno profundo de los tiempos y marcan el destino de los pueblos. Factores que, en lo que tienen de inexorable, como la geografía o las necesidades vitales, se imponen a los hombres, aunque siempre aliente el espíritu de éstos, únicos actores de la historia, en la realización de los hechos, tal como quedan plasmados en la realidad, impulsados por las creencias y concepciones desde las que, en cada momento del devenir universal, dan respuesta a los misterios que les rodean y justificación a sus acciones sobre el mundo exterior.

«El descubrimiento del Nuevo Mundo —escribió en 1950—, con instrumento hispánico, fue, como todas las grandes hazañas colectivas, obra de la Humanidad. Estaba inevitablemente sujeto a circunstancias de la vida de nuestra especie, que no se podían ni escoger ni modificar. Sólo pudo realizarse entonces y no antes; ni pudo llevarle a cabo otro pueblo que no hubiera sido el español; porque el pueblo español era, en aquella hora, el representante humano de la capacidad creadora de las cosas. Esa representación creadora pasa, a lo largo de los siglos, de unas a otras manos; y llega a su

[4] Obras Completas, *III, pp. 772-786. Incluida en el vol.* Elogio de España al Ecuador, *Ed. Cultura Hispánica, Madrid, 1953.*

máxima eficacia cuando coincide el impulso genésico del pueblo elegido con una ocasión extraordinaria.»[5]

La caracterización de esa que él llama «ocasión extraordinaria», tuvo en Marañón indudable originalidad. La consideración de que el descubrimiento marca un momento decisivo para la Humanidad por clausurar toda una edad histórica y abrir lo que va a ser la «modernidad», la nueva visión del mundo que llenará el orgullo renacentista, es repetida por muchos historiadores y filósofos.[6] Pero Marañón, muy médicamente, ha visto la nostalgia, el presentimiento de América, como «la neurosis de la Edad Media», y varias veces volvió sobre esta idea.

El largo transcurrir de los siglos medios, ocho centurias que conocieron tantas cosas, desde la noche de los terrores del primer milenio hasta los ejemplos más sublimes de la santidad, desde las luminosas síntesis del siglo XIII hasta la fatiga intelectual que acompaña al pensamiento perdido en sutilidades, desembocó en un anhelo de universalidad no alcanzada, en un presentimiento de algo que debía venir para satisfacer lo que se sentía incompleto.

Como científico naturalista sabía que nada, ni en la naturaleza ni en el pensamiento, progresa *per saltum,* y por eso advertía lo insólito de esa súbita satisfacción, sanadora de una «neurosis histórica» manifestada en angustias y presentimientos seculares, como la que brindó a la Humanidad la aparición de América.

«Nada hace, en efecto, pensar tan hondamente —nos dice— en el arcano de los designios divinos como el hecho de que una porción inmensa de la tierra habitable, con sus mares infinitos y con sus civilizaciones milenarias, haya permanecido ignorada del otro mundo hasta una etapa tan alta de la evolución de la Humanidad. Todo progresa en el planeta por grados suaves y progresivos. Mas el hecho de la incorporación súbita de la mitad del planeta a la otra mitad, y, en apariencia, sin una red previa de lógicos antecedentes es, sin duda alguna, fenómeno insólito y desconcertante en la interpretación de la historia humana.»[7]

Su mente, estimulada por lo sorprendente, le lleva a considerar lo que hubiera supuesto que un Colón hubiera roto el misterio del Atlántico, por un azar, en los comienzos de la Edad Media. «Hubiera producido un hecho de trascendencia histórica: la supresión de la Edad Media.»

Este vuelo de la imaginación no podía detenerse para él en un contacto ocasional con las costas del Continente ignorado. Piensa en un descubrimiento seguido de presencia, de verdadero afán de descubrir para conocer lo desvelado y satisfacer algo tan profundo como completar el conocimiento del mundo. Al darse éste en el descubrimiento y colonización de América por España, ambos supusieron «una contribución

[5] Prólogo a la obra del Dr. Riquelme Solar *Médicos, farmacéuticos y veterinarios en la conquista y colonización de América.* O.C., I, p. 317.

[6] *El historiador José Antonio Maravall ha escrito con mucho acierto que «la aventura de los españoles en América fue uno de los primeros y más grandes hechos del hombre renacentista, nuevo personaje en el escenario de la modernidad». En su discurso de ingreso en la Academia de la Historia,* Los factores de la idea de progreso en el Renacimiento español, *1963, p. 108.*

[7] *«España en la historia de América», discurso al XXI Congreso Internacional de Americanistas, Sevilla, 12-X-1935.* O. C., *II, p. 339.*

inmensa a la creación del hombre, y no sólo al que poblaba el continente nuevo, sino al hombre occidental cuya personalidad no pudo completarse hasta que el mundo dejó de terminar en el misterio de Finisterre. No se ha estudiado todavía lo que representaba, en el habitante de Europa, hasta el siglo XVI, la inquietud de un más allá, ignoto aquí, en la tierra, además del más allá celestial. Hay una nostalgia del bien que presentimos más turbadora que la nostalgia del bien pasado; nostalgia a veces inconsciente, pero capaz de apretarnos la vida y de frustrarla. Y esa sutil nostalgia de lo futuro, de lo misterioso, del Nuevo Mundo desconocido, es lo que da carácter a la psicología individual y colectiva de la Edad Media. Por eso, al desaparecer después del descubrimiento, la humanidad se transformó, sin darse cuenta, con un ritmo gigantesco, infinitamente superior al que pueden originar las más resonantes conquistas de nuestra época.»[8]

Quince años antes de este texto había ya desarrollado la misma idea en un artículo publicado en *La Nación* de Buenos Aires, en el que enjuiciaba la contribución científica de la República Argentina: «La otra fase de angustia colectiva, la que sobrecoge a la humanidad en los años últimos de la Edad Media, se atribuyó a la anarquía de los señores feudales y a la incapacidad de los reyes. Hoy podemos asegurar que esta angustia era sencillamente "el presentimiento de América". Nadie podía pensar entonces que aquel desasosiego anárquico, que aquella inquietud de toda Europa, que parecía, como ahora, querer suicidarse, era que el alma continental se orientaba ya hacia el Nuevo Mundo. Europa no sabía aún que existía América, pero, sin saberlo, la necesitaba ya».[9]

Esta valoración del significado del Descubrimiento es tan central en su pensamiento sobre América, que siempre he lamentado que, al parecer, no haya sido conocida por Germán Arciniegas, que tiene un hermoso libro, *América en Europa,*[10] que se abre con un capítulo titulado «El Continente presentido». A buen seguro que, de conocerlo, no hubiera dejado de recordar al médico e historiador español como anticipador de alguna de sus ideas. Y aún, quizá, hubiera matizado o completado alguna de las que desarrolló en otro capítulo del mismo libro, el dedicado a «La revolución española del siglo XVIII», porque Marañón fue un conocedor excepcional de la evolución del pensamiento en ese siglo y su atención se detuvo muy señaladamente en las repercusiones que tuvo en la América virreinal.

4. América y el desarrollo científico

Por razones de su formación, el doctor Marañón fue muy sensible para la estimación de lo que América significó para el desarrollo de las ciencias. Para él, la aparición del Nuevo Mundo no fue «sólo el completar el conocimiento y la civilización del mundo, sino la conquista perpetua del mar para los hombres; y la iniciación de la etapa decisiva de las ciencias físicas y naturales».[11] Lo fue para toda Europa, que se sintió impulsada

[8] *«La ciencia española y su contribución al mundo actual», Salamanca, 10-X-1953.* O. C., *II, p. 487.*
[9] *«El libro científico en la República Argentina»,* La Nación, *Buenos Aires, 18-XII-1938.* O. C., *IV, p. 469.*
[10] *Publicado por Plaza & Janés en 1980.*
[11] Ibídem, *nota 9.*

a revisar no pocos capítulos de un saber en el que se había sentido instalada, y a emprender la elaboración de concepciones ajustadas a la nueva realidad del Universo. Pero en primer lugar para España. Marañón señaló el Descubrimiento como el segundo gran momento de la ciencia española, porque en torno a él «surgió una fiebre de curiosidad y de necesidad de resolver problemas nuevos y de buscar interpretaciones distintas a las formas de vida que nacían a los dos lados del mar. De aquí el formidable movimiento teológico, filosófico, político y biológico realizado por los pensadores, geógrafos, naturalistas y médicos españoles...».[12]

Este don hecho al saber humano por América con su sola aparición, no lo concebía Marañón ceñido a unos años precisos en que la insólita naturaleza se ofrecía a la curiosidad ávida de los europeos, sino para siempre, porque, decía, «América, como hecho biológico, será eternamente un mundo nuevo, abierto al descubrimiento perenne, para los hombres dotados de sentido humanista».[13]

Esto explica el interés con que siguió las actividades científicas de los especialistas americanos, singularmente, por razones obvias, los de la profesión médica, y el entusiasmo con que saludaba la aparición de sus libros y publicaciones. Se complacía en recordar, como una enseñanza que había de seguirse, la comunicación establecida en el siglo XVIII entre el Padre Feijoo y los estudiosos americanos, espejo en el que creía debían mirarse los hombres de ciencia hispánicos de ambas orillas del océano.

Su devoción, bien conocida, a esta gran personalidad del mejor espíritu ilustrado, se fundía con su amor a España y a América. En una conferencia pronunciada el 21-II-1953, en la cátedra Hispano-ecuatoriana del Instituto de Cultura Hispánica,[14] habló así: «La influencia del feijonismo en América fue también muy importante... La influencia de sabiduría y de comprensión de Feijoo voló sobre el mar y cayó en América en el momento propicio, a la vez que aquí. Es sabido que ningún otro libro español tuvo entonces... la inmensa difusión y popularidad de los volúmenes del *Teatro crítico* y de las *Cartas eruditas*. Las copiosas ediciones, según salían de las prensas, se difundían por el ámbito hispánico».

Y recordó luego los sabios americanos de aquel Ecuador dieciochesco, cultivadores de la ciencia, ávidos de informarse y conocer, a los que hoy contemplamos como un friso, pleno de color, de figuras que componen la ilustración hispánica de América. Desde otro fraile, éste franciscano, fray Vicente Solano, «el Feijoo del Ecuador»,[15] hasta Pedro Franco Dávila, naturalista nacido en Guayaquil, que llegaría a ser asesor de Villanueva en la construcción de nuestro Museo de Pinturas del Prado, cuando se proyectaba como Museo de Ciencias Naturales. Y el doctor Mascote, médico y poeta, que escribió sobre la fiebre amarilla en un castellano admirable; o Pedro Vicente Maldonado, geógrafo, amigo de La Condamine.

En esta conferencia Marañón nos dio uno de los textos más importantes de su pensa-

[12] Ibídem, *nota 12.*

[13] Ibídem, *nota 11.*

[14] Ibídem, *nota 6.*

[15] *Recuerda que Solano escribía en su* Segundo viaje a Loja: *«Lo que el sabio benedictino decía en su patria, digo yo en la mía».*

miento americanista, y de particular relieve para el conocimiento de nuestro siglo XVIII en América.

Pero junto a él, siempre dentro de esta temática científico-americanista, habría que poner otro, mucho más breve, de 1949, titulado, «Una mañana, en una celda», y cuya lectura es un placer por su belleza de forma y de fondo. Su atención estuvo allí centrada en discurrir sobre las posibilidades futuras de la contribución americana.[16] Feijoo escribió en 1728 un ensayo titulado «Mapa intelectual y cotejo de naciones», que levantó grandes ataques contra él. Para combatir los errores de las réplicas publicó dos años después, en el tomo IV del *Teatro crítico,* otro titulado «Españoles americanos». Marañón observa cómo para el sabio benedictino el porvenir del Nuevo Mundo «había de fundarse en la creación de una raza nueva, nacida de la fusión de las dos, la española y la aborigen del mundo occidental». Y todavía agregó este comentario: «Feijoo proclamaba, no ya la paridad intelectual entre los habitantes de uno y otro lado del Atlántico, sino que, en varios aspectos, afirmaba la superioridad de los americanos».

Marañón vio la plenitud de América en el siglo XVIII. El poderoso atractivo que este siglo tenía para él, le hizo siempre mirar con especial benevolencia lo que representó en España y en América. «América —escribe en su ''Visión de América a través del Ecuador''— nació en la aurora de la civilización humana mejor concebida, la del siglo XVIII auténtico, quiero decir el que seguía al gran esplendor de la Europa renacentista y no al que infiltrándose en su gloria y en su buena fe, preparó la Revolución.» Y en otro lugar del mismo texto: «El espíritu nacional americano se forma y adquiere su madurez en esa centuria. Y basta el hecho de su madurez para explicar la Independencia».[17]

Por todo ello, como casi todos los españoles con los que él enlaza formando la corriente de recuperación que vimos al principio, también movió su pluma para rechazar los tópicos ataques de la leyenda antiespañola.

5. América y la leyenda negra

Esto lo hizo de la forma reflexiva y serena que imponía su hábito razonador y su profundo conocimiento de la historia, reforzado por otro no menos profundo sobre la psicología humana, de hoy y de ayer.

En repetidas ocasiones trató de ésto, pero hay un texto muy significativo porque precisamente fue el de una conferencia pronunciada en la cátedra de Historia de la Medicina de la Universidad de Buenos Aires, en mayo de 1939, y para saludar con satisfacción de hombre de ciencia la obra que un colega americano había publicado recientemente. Se ocupaba su autor, el médico peruano doctor Juan B. Lastres, de un tema del mayor interés: *Las enfermedades nerviosas en el coloniaje.*[18]

Señaló don Gregorio el gran interés del cúmulo de datos e informaciones que allí

[16] O. C., *III, pp. 692-693.*
[17] Ibídem, *nota 8.*
[18] O. C., *III, pp. 525-528.*

había reunido el doctor Lastres, y elogió su rigor científico, pero luego se ocupó de la intención que lo inspiraba: «El doctor Lastres, al escribir este libro, ha tenido la intención de servir a las ciencias. Y las ha servido muy bien, aportando al conocimiento de los demás un número considerable de hechos poco conocidos o del todo ignorados... Y a la sombra de esta noble intención ha querido encender un fanal nuevo a la gloria autóctona de su patria. Desde siempre he propugnado yo esta actitud como la legítima de los sudamericanos; mi adhesión, ahora, no puede, pues, sonar a nada nuevo.

»Pero, ¿para qué mezclar este gesto con las reticencias de una crítica acerba a la obra colonizadora de España?»

Y aquí, dio a continuación, con toda claridad, lo que puede ser una síntesis de su posición sobre algo que había hecho tanto daño a las relaciones entre americanos y españoles.

«Le puedo decir que su visión de la gesta ibérica en América está deformada; porque la ha realizado a través de un cristal político, y lo político, que es siempre un accidente, no es buena lente para examinar las cosas eternas. El español de la conquista fue duro porque siempre es duro el que es fuerte... Fue, sí, España violenta porque tuvo que crear un imperio y todos los imperios que existen, menos los de las almas, se han creado así. Yo soy de los que, en cada caso, preferiría el amor a un imperio. Pero la historia no la han hecho, ni la harán nunca, más que los hombres duros.

»Mas junto a esa violencia inespecífica de España, ¡cuánta comprensión, cuánta misericordia, cuánto romanticismo, cuánta ausencia de egoísmo nacional en su descomunal epopeya del Nuevo Mundo! Al gesto ronco del conquistador, seguía, como eco, la dulce palabra evangélica y la voz grave de los maestros de Salamanca, creadores de la Universidad de San Marcos...

»La misma pluma de Lastres se rebela generosamente ante el prejuicio político; y deja el texto sombrío sembrado de las huellas luminosas de los regidores y de los virreyes, de los frailes y de los médicos españoles, que si entendieron la justicia con el mismo rigor, hoy incomprensible, de los demás pueblos de su época, supieron entender el amor a los demás hombres con un providente sentido de la civilización que se adelantó, en siglos, a la de los demás pueblos civilizados.

»En verdad, en verdad, la dureza de los conquistadores y colonizadores no fue española, sino exponente universal de su época. Lo que representa a España en el Perú colonial, tan sugestivamente evocado en este libro, es la obra equitativa, científica, humanista y cristiana de aquel claro varón castellano que se llamó don Francisco de Toledo.»

No fue ésta la única vez en que sintió necesidad de tratar el tema en cuestión, pero el texto que hemos dado es tan elocuente que basta para reflejar, en esta aproximación al ideario americanista de Marañón, lo que pensó sobre él.

6. América, Europa, España

El papel histórico de América, como se vio antes, había sido completar el mundo, según la visión universalista desde la que Marañón contempló esa fase decisiva del

desarrollo de la Humanidad. Estaba escrito, pues, que ese destino era unitivo, no disociador. En un texto de 1950, del que ya ha sido citado otro fragmento, vio así la significación futura de ese completarse de la tierra habitada: «El suceso ha quedado inscrito en la historia de España; pero España era el brazo de todo el mundo civilizado; e incluso del mismo mundo que se iba a descubrir, el cual necesitaba la transfusión del alma europea para convertirse, quizá, muy luego, en un pueblo rector del mundo de mañana».[19]

Es decir, el lugar quizá preeminente que América, como nuevo protagonista de la historia, tendría que ocupar, reconocerá siempre su condición de continuador de valores esenciales procedentes de Europa, renovados, actualizados, enriquecidos, pero siempre tributarios de la transfusión que un día se hizo del alma europea. De esta concepción, que se construye en el pensamiento de Marañón muy tempranamente, según revelan textos que coinciden con sus primeras experiencias americanas, se seguían consecuencias de enorme interés para enriquecer con nuevas aportaciones esa idea de América que se elaboró con el concurso de tantos españoles como aquí se han nombrado. Una de ellas es la de los imperativos de la armonía entre América y Europa.

En 1939, en un artículo titulado «Reflexiones sobre la raza y su fiesta», publicado en el diario *Estampa,* de Buenos Aires, escribió don Gregorio Marañón en tiempos en que ya se cernían sobre Europa los peligros inminentes de la gran catástrofe: «Europa tiene que vivir en una armonía generosa con América. Esta necesidad existía ya, puede afirmarse, desde antes de que fuera una realidad, desde antes del descubrimiento. Ahora, al cabo de los siglos, cuando América no es un presentimiento, ni siquiera un continente virgen, sino una reunión de naciones llenas de personalidad y algunas de enorme poderío, aquella necesidad es de categoría vital. Mas para América, la necesidad es, tiene que ser, equivalente. América tiene la misma imperativa necesidad de engranar su vida con la vida europea; y con especial intimidad y calor en los pueblos que tienen un alma común.

»Oficialmente existe esa comunidad. En la práctica, no. La culpa ha sido bilateral. Durante muchos decenios el europeo ha tenido un concepto no despectivo, pero sí minorativo de América. Sólo los hombres de ciencia —los geólogos, los geógrafos, los etnólogos, los naturalistas— la han valorado en su exacta magnitud. Mas, a su vez, el americano ha oscilado, salvo excepciones que reconozco, entre una admiración excesiva hacia la vida europea cuando ésta es brillante, y un gesto desdeñoso cuando, como ahora, Europa parece resquebrajarse...»

Es un texto éste muy interesante porque, como se ve, la relación entre América y Europa, está trazada con tonos imperativos.

Hay también una alusión muy intencionada a la constancia clarividente exhibida por los hombres de ciencia, que parece señalar acusadoramente a las veleidades de la política. Finalmente, las palabras «intimidad» y «calor», que animan con soplo de vida a la armonía considerada necesaria, se reservan para «los pueblos que tienen un alma común». Es decir, para los que hablan el mismo idioma y les vincula de manera especial

[19] Ibídem, *nota* 9.

por encima de la distancia que pone el Océano. El idioma es el alma de los pueblos.

Lo había dicho explícitamente aquel mismo año, también en Buenos Aires, desde las páginas de *La Nación*, en las que dejó dichas muchas cosas esenciales de su pensamiento: «América es lo que es, y cumplirá su gran destino y ascenderá sobre los demás pueblos, con las alas del castellano; que es su alma y no su herramienta».

Dio ocasión a este artículo un estúpido comentario dejado caer por un francés que pronunció una conferencia en la que lamentó que aquellos pueblos americanos no tuvieran la lengua gala por la propia. Por eso Marañón tituló su artículo «La inútil impertinencia» y salió al paso de la ofensa con energía y sólidas razones.

«El idioma —advirtió— es como el núcleo recóndito e impoluto del alma colectiva; lo que un pueblo tiene de inaccesible y de eterno, de puro, de inempañable por el hálito de la envidia, de la injusticia o de la adversidad.»[20]

Se siente en sus palabras el temblor, él siempre tan sereno, que produjo en su alma el atentado del desgraciado impertinente. Al hablar de la lengua enlazaba claramente con don Miguel de Unamuno, al que tanto quiso y al que supo interpretar como pocas personas lo han hecho. El Rector salmantino, admirable ejemplo de lo que puede ser un español vasco, dijo esto en un ensayo sobre la literatura hispanoamericana: «Se piensa con palabras, y todo aquel que piense desde niño en español, pensará a la española, créalo o no, sépalo o no lo sepa, y aunque no corra ni una sola gota de sangre española en sus venas. La lengua es la sangre del espíritu social, y así como la sangre es como el ambiente interior del cuerpo, así la lengua es el ambiente interior del espíritu colectivo, el vehículo de su nutrición ideal».[21]

¿No es cierta la identidad con Marañón, hasta en la invocación de símiles fisiológicos?

El espíritu europeo, lo que en él hay de valores permanentes, se deberá prolongar, pensaba Marañón, en América y deberá tener allí vida enriquecida y «América... cumplirá su gran destino... con las alas del castellano».

Quien esté habituado a la lectura de los escritos de Marañón, sabe que él se refería normalmente a Hispanoamérica como «América», como si estuviera en su amado siglo XVIII. Es ésta una observación que quizá debiera haber hecho previamente.

Para Marañón América está, como realidad histórica y existente en el mundo del espíritu y de la cultura, vinculada irreversiblemente a España, no sólo por el hecho del descubrimiento, sino especialmente porque aquella transfusión del alma europea de que ya habló, se hizo por la acción prolongada en siglos de una colonización de signo hispánico. Había algo de creación, de génesis, en la instalación del «Nuevo Mundo» dentro del cuadro de las realidades históricas y esto se hizo dentro de un espacio político que era España trasvasada a la otra orilla.

En una ocasión, Marañón reflejó ésto muy plásticamente con una bella imagen en la que evocaba al Papa Borja, Alejandro VI, volviéndose hacia el océano sin límites y

[20] *O. C., IV, p. 509.*
[21] *M. de Unamuno,* Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana. A propósito de un libro peruano, *Espasa, Madrid, 1968; p. 89.*

sin historia, y trazando sobre sus ondas «con un gesto que recuerda al del Dios creador, una raya fabulosa, que era la frontera de España».[22]

Por eso se refirió a América para significar la América secular, incorporada a la Historia Universal, con más propiedad que los que reservan ese nombre para lo que en el norte fue realidad política, como distanciamiento, no como unión, de Europa, un día de finales del siglo XVIII.

Pero también Marañón evitó siempre caer en un «hispanismo espúreo», como él llamó al que no tenía generosidad universal. Tanto gesto extraordinario como va unido a lo que es y significa América no podía, para él, encontrar expresión en concepciones pequeñas, o nacionalistas o lastradas por políticas que necesariamente reducirían hasta la desnaturalización lo que es verdadero americanismo.

Lo dijo en una ocasión solemne y hablando nada menos que desde el Cuzco, la capital del Incario, al ser investido doctor *honoris causa* por la Facultad de Ciencias de aquella Universidad, el 27 de septiembre de 1939. Se dirigía a los propios hispanoamericanos y refiriéndose a hechos históricos que les caían muy cerca: «Deseamos que vuestro americanismo —les dijo— que ha de ser cada día mayor, cada día más nutrido de su propia conciencia, contemple el espectáculo de la gesta heroica de los españoles con ese mismo espíritu universal que todo lo explica...»

América había nacido por unos impulsos en los que se reconocen fuerzas profundas cargadas de sentido universal, y por eso Marañón, con convicción muy firme, quiso siempre que lo que hubo de contenido universalista en la vinculación, por instrumento hispánico, entre Europa y América, perdurase como exigencia para el progreso de la civilización. Su pensamiento sobre América, con ser tan exaltador de lo hispánico, es uno de los que, desde la propia España, ha subrayado con particular énfasis esa proyección de gran alcance, de visión elevada, que debe de saber lograr cuanto se pretenda, sobre todo en el campo de la cultura y de la ciencia, como acción en las relaciones entre Europa y América y, por tanto, la particular responsabilidad de España en la orientación que dé a cuanto haga en América.

Esta simple aproximación al pensamiento tan fecundo del gran español que fue Gregorio Marañón, creemos que así lo evidencia. Sólo resta decir que aquí sólo hay un muestrario de lo mucho que escribió sobre estos temas.

Fernando Murillo Rubiera

[22] *«La frontera en el mar»,* ABC, *Madrid, 12-III-1950.* O. C., *IV, 812.*

Entre la biografía y la novela histórica

A mi padre, que conversa con Alfredo Juderías, discípulo y testigo de Marañón.

La imaginación opera necesariamente con los datos de la experiencia (ésta entendida de manera amplia, casi ilimitada), pero ni el camino que recorre la imagen inicial ni su última metamorfosis son previsibles, hasta tal punto que muchas veces es difícil reconocer su origen en una realidad estética.

Gonzalo Torrente Ballester.

Desde principios hasta mediados de nuestro siglo cristalizan dos visiones globales en la configuración dramática, mítica y trágica que la literatura proporciona respecto al individuo. Quedaba así invalidada la afirmación de Georg Steiner sobre la *ausencia* de lo trágico en las letras europeas modernas, respecto a los antecedentes clásicos. Estas «visiones globales» pueden interpretarse como tendencia dentro del ámbito inmenso de la realidad, y en particular de la realidad notificada por la escritura, entre numerosas ramificaciones literarias de diferente signo, para destacarse por sí mismas en razón de su valor, de las certeras intuiciones que difunde, y del modo en que imponen una nueva sensibilidad o sus elementos maestros, lo que se concreta sobre todo en la estimación del ser humano individual para acceder a espacios y conjuntos más amplios, marcados por el signo de lo general.

No hablamos propiamente, en consecuencia, de individualismo ni de personalismo. En cierto sentido se trata de la regla contraria, de los planteamientos genéricos que nos permiten aproximarnos o conocer por una vía distinta o inédita al individuo concreto, al sujeto que existe en verdad y con el rasgo de la singularidad, en las ficciones literarias.

La tendencia con mayor fortuna surge como de un remolino lírico y recupera, rozando la agresividad, el gusto de lo romántico y de la aventura, a través del desengaño previo del mundo. Visión global o tendencia reconocemos este acercamiento al ser humano por cuanto señala nuevos tonos, nuevos ámbitos, nuevas aspiraciones, preguntas y quimeras, dejando al margen los escenarios y los rituales clásicos. Y la identificamos merced al contraste entre las dimensiones heroicas *posibles* del individuo, desde una perspectiva de emoción y vértigo, y lo que se ha venido en denominar «desmitificación» con abrumadora pretenciosidad, por el procedimiento en que tiene lugar esa búsqueda de las raíces personales de cada protagonista, de cada personaje, de cada temperamento.

Nos hallamos, en efecto, ante seres que se realizan desde la desdicha, desde el coraje en la verificación de la fatalidad, o desde un interrogar mecánico relacionado con el

entorno o la naturaleza, y que alientan en el fondo de su desazón de la realidad —por la realidad— el impulso de vivir a toda costa, sin que sean relevantes los sacrificios a superar. Estos personajes consuman en sí y en lo inmediato el gran proyecto de la vida, siquiera en un orden cotidiano. Son los personajes que tienen como ascendiente revelador y se diría que condenatorio, el sentimiento de lo trágico, la experiencia de los imposibles que arrollan la buena fe, los deseos —miserables, nimios, grandiosos, o incluso fascinantes en su generosidad— y la esperanza, motivos que encuentran su hogar en el corazón del hombre. La constante frustración delimita las fronteras de lo cotidiano, del mundo. Y la certeza del individuo injuriado señala que esto sucede en un sentido universal.

Reconocemos ese «sentir» a flor de piel, en el que la esperanza renace con un ritmo esporádico como un débil destello, cada vez que ha sido malograda en la identidad del héroe derrotado pero nunca claudicante, ni siquiera por su absoluta ingenuidad o inocencia, que une a Robert Musil con Franz Kafka, con Bruno Schultz, con Thomas Mann o Alfred Döblin, en consonancia con la desdicha dostoieskiana. Esta ontología del sufrimiento formula la evidencia del universo como un efecto de incesantes debates de conciencia y de la negación asfixiante de la libertad por la escisión entre las verdades interiores del individuo y las incesantes e indefinidas agresiones de todo aquello que le rodea desde un plano externo y, por tanto, extraño.

Es el espacio donde todos podemos sentirnos extranjeros.

Si bien estos personajes surgen en la literatura y en lo real como víctimas del desengaño, partiendo de la masacre de la esperanza, aquéllos que pertenecen a la segunda visión arrancan, por el contrario, de la fe. Sólo un proceso de situaciones adversas les conduce a un abismo paralelo de rechazo, desesperación y nostalgia de los paraísos perdidos y de las utopías traicionadas. Aún así, tales personajes intentan superar el encierro mediante el escepticismo, elevado a óptica que unifica lo extraordinario y lo vulgar en una nueva religión o en ideal desprendido de dogmas metafísicos. Son los héroes que constatan en su derrota, en su riesgo permanente —al haber optado por la causa de la disconformidad—, la condición del individuo, y por ello, lúcidos o destruídos, renuncian a todo aquello que les sobrepasa.

Esta apuesta, sin embargo, sólo se llega a producir, en el supuesto de que no se decidan a buscar la muerte con una premeditación destructora o hasta proselitista que se opone a la falta de sentido de la existencia, en una ofensiva final contra el orden que pretende reducirlos a la esclavitud o a la humillación.

Dichos rasgos se completan con la caracterización del mundo como acontecimiento incomprensible, sinónimo de la *sociedad* devorada por el Estado, el Leviathán, aunque también se le designe mediante la imagen de la jungla, ya en una concepción literal o en la gran parábola que dimana del asfalto, o bien como un espacio dominado por la magia de un bastardo de Morfeo que hace proclamar a Jean-Paul Sartre su aburrimiento radical, la gran rutina de la época.

Por este espacio desfilan los criaturas de Hemingway, Malraux, Saint-Exupèry, Cendrars, Céline, Hammett, McCoy, Camus, Genet, Chandler, Faulkner o Vian... Son los responsables de una ampliación de la vivencia de la época.

En los ambientes frecuentados por ellos la huida o el enfrentamiento atroz con la realidad consagrada a falsos dioses tiene, en cambio, una raíz *histórica.* Las repercusiones de las luchas de liberación en los pueblos asiáticos, la Depresión mundial del 29 y sus huellas espectaculares de corrupción política y social; el ascenso impetuoso y arbitrario de los autoritarismos en el Viejo Continente, correlativo al encajonamiento de los postulados democráticos y emancipadores —dentro o fuera de los principios de revolución—; la resistencia contra las dictaduras, y el afianzamiento final en Occidente de «nuevos» despotismos ilustrados, a cobijo de ritos de filiación liberal, llenan el trasfondo de miles de páginas que vienen a resaltar esa fuga —necesaria— de lo histórico, el desaliento que se deriva de las últimas lecciones del pasado reciente, exigiéndolo a la manera de un paso previo a la razón, inevitable, fatal.

No obstante, la meta de manifestaciones literarias semejantes no coincide ni en un plano expresivo, ni tampoco en cuanto materialización de actitudes críticas de respuesta, con el contenido que estos y otros personajes trasfieren con su pauta de conducta. El fenómeno que hemos denominado «fuga», como un equivalente al rechazo de lo histórico, del signo de una época, sólo puede sostenerse en cuanto que se ha adoptado una postura de enfrentamiento e inconformismo respecto a lo habitual, ya en la política o en la sociedad.

Ello no implica en ningún modo el desarrollo de una vocación de marginalidad, abrazar una alternativa de aislamiento purista, sino huir de los caminos consabidos y ortodoxos que adormecen la conciencia y neutralizan la capacidad innata del individuo para la libertad.

Debe situarse en el ámbito del pensamiento y la literatura el territorio donde se denuncia en primer término ese proceso de neutralización de las potencias de la personalidad. Y es así como, con un impulso entroncado con el del romanticismo, o con una crítica fundamentada en la tradición del realismo, surge el augurio, el testimonio o la rebeldía, para mantener en pie la necesaria discusión sobre el ser humano, destinada a asegurar la pervivencia de su condición de sujeto libre y activo.

Augurio de la aniquilación, conciencia del enclaustramiento represivo de la individualidad en una expansión magna de la decadencia. Anunciado a golpes de látigo o de martillo por Friedrich Nietzsche, y detallado hasta en lo insignificante por Dostoievski, desde latitudes distantes y credos opuestos, la realidad de los personajes de Musil, Kafka, Mann, Bloch, Broch o Hesse, plasma esa gruta a la que se aboca el hombre para facilitar su pleitesía.

Testimonio y rebeldía, en cambio, se aprecian desde perspectivas heteróclitas, ya por la ruta de la literatura que se apresta a profundizar en la resistencia antiautoritaria, incorporando a los valores activos de la creación una faceta propagandística y funcional —Orwell, Koestler o Heinrich Mann son ejemplos de ellos, sin que se discuta la calidad de su prosa— como también por la vía de los géneros convencionales, en cuyo seno se introducen algunos autores para desgranar sus críticas a la vez que ganan el sustento. Ello es notorio en las creaciones de Hammett o Malraux. Pero a medida que crece la duda o el escepticismo sobre las posibilidades ciertas de transformar la vida, una vez que el sueño de la revolución rusa se ha difundido desde el extremo oriental de Europa

hasta China, el realismo crítico, polémico y desesperado tiende hacia la elaboración de utopías y reivindicaciones solitarias.

El factor imaginario que tornaba descorazonadora y moralista, terrorífica y parabólica la literatura gótica pasa a designar, junto a otras modalidades narrativas, a propósito de formas conceptuadas con la repudiable expresión de «subgéneros» (donde se agrupan con un criterio tan homogéneo como insostenible la novelística de viajes, la novela negra, los relatos lúdicos, las fantasías pornógrafas o científicas, además de las invenciones míticas...), una apertura hacia otras realidades y meditaciones, hacia otras alturas estéticas, políticas, morales, e incluso sociales.

De este largo desplazamiento sobre las decepciones de una época donde brotaron las mayores ilusiones que el ser humano elucubrar pudiera, uno de los rasgos esenciales que marca una variación sustancial del rumbo de la literatura se cifra en su anhelo mítico. Esta orientación repudia con firmeza los determinismos angustiosos del pasado, en cuanto que se hace precisa una realidad superadora para la salvación de los individuos y personajes que se sienten forzados a poblar un universo cerrado, construido sobre pilares fangosos aunque, al parecer inamovibles.

Desde el ensueño hasta la obsesión histórica

Elaborar un diagnóstico es, de alguna manera,
establecer un horóscopo fisiológico.

Blaise Cendrars

Este nuevo período que tiene la ensoñación como denominador común vuelve a dejar en la cuneta los temas centrales de esa literatura innovadora que se aferra a la existencia y a la autonomía de acción y creación del ser humano, con una rabia apasionada, e incluso ciega en algunas ocasiones. El individuo, víctima de laberintos almenados, de fortalezas herméticas, de la atmósfera extranjerista y apestada en una época de ruinas, o de las mezquinas ambiciones de políticas y políticos sin escrúpulos, queda fulminado en la sombra por efecto del ansia multitudinaria de símbolos.

La necesidad será satisfecha a través de muy variadas modalidades de escritura, predominando la que se decanta por el aprendizaje que se apoya en noticias de naturaleza histórica, donde el empeño «desmitificador» —que produce mitos pasteurizados, cuando no resucita momias macilentas— y la exaltación de valores que conforman un mensaje moralizante, rutinario y puritano tienen abonado el terreno. Muy raras veces este acontecimiento, convertido en fenómeno por el sensacionalismo, pasa de ser una reproducción interesada de los hechos acaecidos en la realidad pretérita, a la que se suman de modo artificial recursos encaminados a despertar un fácil, dramático sentimentalismo, apenas soportable por su amaneramiento barroco y su sedante superficialidad. De ahí la trascendencia de los casos que rompen esa férrea ley de pompa de jabón y fuego de artificio, en tantas oportunidades socorro de autores poco dotados para dar curso a su imaginación sobre el papel.

Entre los nombres que bucearon en la Historia para adoptar en sus revelaciones una postura crítica original destaca Gregorio Marañón por motivos que, en algunos aspec-

tos, coinciden con las intenciones de los creadores literarios. Obrando en calidad de analista de períodos y biografías históricos tan controvertidos como el Siglo de Oro español, creó una variante del retratismo narrativo y psicológico, aleccionado por las preocupaciones morales de la Generación del Noventa y Ocho, por las fabulaciones y deducciones de Galdós, y respaldado, desde el campo científico, por una experiencia humana que se nutría de su profesión médica, la enseñanza, y el trato diario y directo con los dolientes. En ese vasto acervo se puede discriminar, sin lugar a dudas, algo semejante al instinto del genio, que dilata el alcance de su laboriosa y plena dedicación a remedir o atenuar, en un sentido concreto, el sufrimiento de los seres humanos concretos.

Si atendemos testimonios tan autorizados como los de Pedro Laín Entralgo, Alfredo Juderías, Dionisio Ridruejo, José Ortega y Gasset, o Marino Gómez Santos, entre otros, innumerables, y si los tomamos en consideración por lo que tienen de convivencia con un ser humano entregado a las múltiples facetas de su labor profesional, apreciaremos en primer plano el culto, entendido como una acción liberada de espectacularidad, a un oficio que impone la aplicación absoluta. De ella surgen la reflexión política y el estudio histórico como variantes que aciertan a justificar una actitud que sorprende por la flexibilidad con que fue ejecutada, tanto como por su dialogante coherencia.

Pero he aquí que si la vocación reflexiva se manifiesta en primer lugar con un eco político que cubre el abismo que separa la parcela de la individualidad de lo colectivo, Marañón no pierde de vista en ningún momento de su biografía el imperativo esencial de lo concreto, que al igual que en el ejercicio del Derecho, define su oficio y su origen. No es arriesgado por ello conceptuarlo como un sacerdocio profano, en cuanto que Marañón lo realizó y lo celebró como tal. Pero ya en el supuesto jurídico como al evaluar la coyuntura de un enfermo debe destacarse un propósito, la rectificación de un equilibrio alterado. En cada supuesto ha de plantearse una respuesta distinta, una solución diferente, una regeneración que no por el largo conocimiento del hombre, deja de entrañar riesgo, y tan a menudo réplicas insatisfactorias, ambiguas, cuando no absurdas.

El origen de la inquietud política de Gregorio Marañón puede localizarse en el viaje que efectúa a la aldea de Las Hurdes en 1922, cuando acompaña al entonces monarca Alfonso XIII. Con esa experiencia el joven Marañón adquiere la certeza de ampliar su labor hacia otros campos. No sólo se trata de un problema de conciencia, sino de una exigencia humana de efectividad, y de una necesidad visceral e íntima. El panorama depauperado de Las Hurdes, filmado por Buñuel, no testimonia un capricho surrealista, por terribles, alucinantes y lunares que resulten las imágenes en una pantalla, y tampoco provoca, en la prolongada secuencia de una enfermedad que de un modo u otro implica por entero a un país, nada similar a la indiferencia. Ni Buñuel ni Marañón improvisaron la miseria, la pobreza o el abandono en su memoria de aquel rincón remoto, con independencia de sus divergencias de criterio y de las distintas épocas en que visitaron aquellos parajes.

Ciñéndonos a la actitud de Marañón, no parece que en su conducta posterior intervenga de un modo decisivo la intensa circulación de sus colegas por las cámaras y camarillas de la política. Y casi lo mismo podría diagnosticarse con relación a sus trabajos literarios, en los que la escritura adquiere un papel de primera categoría. Por el contra-

rio, lo sintomático de Las Hurdes —lugar perdido de la geografía española donde fuera confinado el doctor Albiñana, eminente investigador histórico y jupiterino caudillo de un incipiente «fascismo español», cuya actividad política consistía en reventar los mítines de organizaciones de izquierda—, sobre todo en la obra de Marañón, puede expresarse con el auxilio de la acepción spinozista de la *pietas* latina, esto es: como revulsivo de la conciencia que estimula a la realización de un deber, e incluso como el deber mismo de plantear un recurso a una situación anómala. Abundando en ello, es conveniente subrayar que el paso del doctor Marañón de una tarea científica en exclusiva a una reflexión donde predominan los ecos sociales y políticos, reafirma su condición profesional de galeno interesado por la realidad del hombre.

Al examinar este trayecto sembrado de inquietudes y materias humanistas, completando el estricto ideal empírico del científico que cumple sus funciones en la clínica y en la cátedra, captamos un largo período de tensión. Saltamos de una concepción clásica, susceptible de recibir el apelativo de «fría» para contemplar una aproximación vehemente y casi utópica, desdichada y melancólica, que pretende preservar la dignidad del individuo, en especial del individuo más desamparado, el que ha aprendido a convivir con la muerte y vegeta resignado sin apercibirse de tan monstruosa vecindad, consustancial a su desdicha. Queda de manifiesto que esa evolución presenta en un primer plano una disconformidad profunda con la realidad. Se salva así la conciencia crítica de un ser humano que comprende las insuficiencias de la clausura religiosa del universo científico. Y puede apreciarse, en particular frente a situaciones extremas, la evidencia de una inevitable definición previa del intelectual respecto a la historia, en cuanto adopta una actitud disconforme relacionada con su tiempo.

La vida de Marañón, como las de Unamuno, Antonio Machado, Ortega, Baroja, Valle-Inclán, y las de otros autores y artistas que intuyen en su ser el paso insoslayable del compromiso —de lo que más tarde sería explicado como *compromiso,* hay que especificar—, refleja con una fidelidad meticulosa los múltiples itinerarios que pueden plantearse en una polémica de estas características. Y precisa una síntesis entre una actividad práctica, material, y la necesidad, no menos material, de renovar el pensamiento, a fin de fundamentar nuevos empeños humanos, sobre su valor intelectual.

Con Marañón resulta claro que ambas esferas —la acción y la abulia inmóvil, la teoría y la práctica, la idealización y la ejecución real— deben complementarse entre sí. Una labor de cuidado físico, biológico y psicológico, que varía con cada ser humano, la medicina, señala una referencia universal vinculada a los graves problemas que aquejan la convivencia de las comunidades. La medida sigue siendo, conforme a la premisa humanista, el individuo. Pero sólo el conocimiento profundo de los conflictos sociales, de las raíces de las conductas humanas, sobre pilares biológicos, posibilita para Marañón, ese equilibrio entre lo personal y lo general, entre una labor científica y sus análisis literarios. Con su obra, Marañón unifica —a la manera en que Wilhelm Diltehy propugna una ciencia de la historia como espacio común para las humanidades, e índice discriminador de las tareas y objetivos de las ciencias puras— diversas disciplinas que no pueden desligarse de los comportamientos colectivos.

¿Por qué entonces la reflexión crítica sobre el significado de la historia en las preocupaciones de la historia de este siglo? Por varios motivos, que poseen un valor singular

en la trayectoria de Marañón, en los contenidos de su obra, y en la memoria de su figura, situada en el contexto donde el escritor se incorporó —o se sumó— al científico, con el objeto de espantar leyendas negras, incompresiones seculares, atavismos eruditos, y políticas torpes y confusas.

Como hemos visto, la alternativa de la historia representa una vía de escape moralizante para determinadas corrientes narrativas que asimilan la angustia del individuo en nuestro siglo. Desde el campo científico, desde unos postulados rigurosos respecto a la historia, Marañón ha de figurar entre ellos.

Determinar la peculiar orientación de sus trabajos, desde la postura renuente de 1925, en que califica la actividad extracientífica cual un placer oculto a los ojos del público, sobre todo en un médico, hasta que su reputación como historiador se compagina, a través de la escritura, con su infatigable trabajo médico, quedando fuera de duda su doble personalidad —su necesaria doble personalidad—, aparece también como un esfuerzo narrativo, no sólo literario.

Orígenes de una escritura reflexiva

La aventura humana, la tierra.
André Malraux

Resulta adecuado indicar que, a semejanza de los pasos dados por la mayoría de los intelectuales españoles en la década de los treinta, la obra de Marañón contradice la orientación que se adopta en el resto de Europa. Acaso porque en España se sufre una crisis de doble sentido: la eterna, que versa sobre el ser y el no ser español y, en lógica consecuencia, la del concepto de pertenencia a la milenaria cultura continental. Los conflictos sociopolíticos que han materializado un sentido de resistencia en la creación, en el resto del continente, se ven «contestados» por los esfuerzos de revisión y de legitimidad de carácter filosófico e histórico que impone, en España, la sombra del Noventa y ocho, regla que pervive todavía como un ripio básico de la cultura contemporánea hispánica. El Noventa y Ocho, que aborda las secuelas de la pérdida del imperio colonial desde una posición que agrupa el sentido histórico y la militancia política progresistas, sigue constituyendo el punto de partida inmediato del análisis intelectual en España. Ni siquiera la búsqueda de una actitud renovadora, eje de las propuestas ulteriores del grupo del Veintisiete, consigue modificar esa especie de imperativo categórico precedente, que implica la literatura y el pensamiento en los tumbos de la historia. La ética es un efecto de ese hábito discutible, dado el encierro provocado por el estancamiento crítico de los noventa y ochistas, sin que —al parecer— haya llegado el momento en que simbolice una opción en sí misma.

La obra de Marañón coincide con estos rasgos del contexto en un sentido general. Médico al que la celebridad conduce o empuja a la actividad política —aunque deba entenderse como *responsabilidad* histórica, donde se proyectan su espíritu liberal y su noción terapéutica de la solidaridad—, el declinar de la monarquía y los repetidos desprecios de la Dictadura primorriverista hacia todo lo que representara lo intelectual, o más bien contra la inteligencia, que hubiera protestado Unamuno, le sitúan de parte

de la élite de escritores, filósofos y juristas que sentencian al régimen monárquico como figura que ha cumplido su papel histórico. Esta élite resulta de la fusión de diversas actitudes intelectuales, constituyendo el sustrato de una fuerza política, que pretende serlo también en un sentido espiritual, a la espera de una ***nueva situación***. Esta nueva situación —*Monarquía delenda est,* conclusión que expondría Ortega al exponer su juicio sobre las necesiddes de la España de la época, y que asumirían con especial intensidad los seguidores de José Antonio Primo de Rivera— se llamaría II República española, y como es sabido, hallaría en el núcleo de figuras capitaneado por Ortega una organización de apoyo y crítica que las circunstancias agotarían pronto. La Asociación al Servicio de la República, de la que Marañón, junto a Pérez de Ayala y Antonio Machado, es presencia egregia y militante, integra una oferta de servicio que sería desdeñada por el carácter multitudinario de la época.

Con frecuencia se ha empleado el argumento de la fiebre revolucionaria que invade Europa en ese período histórico. Pero basta su simple enunciación para comprender que no fue la necesidad de justicia social de las mayorías la que descalificó el empeño «blanco» del liberalismo de Ortega o de Marañón. Intervinieron otras causas, de las que no puede desligarse la desatención del régimen político, las injerencias de las potencias ideológicas que luchaban por la hegemonía en Europa, la triste herencia de lagunas y contradicciones profundas dejada por la monarquía, y las actitudes radicales y violentas que germinan entre los españoles, fenómeno al que no son ajenos numerosos intelectuales.

Con este fracaso inicial, al que sucedería una pendiente de violencia desatada, ese largo desengaño del grupo de Ortega, vuelve a manifestar en España —de nuevo con tintes dramáticos— la oposición entre política y pensamiento. Penetrar en la polémica de los lazos del intelectual o el artista con las demandas sociales, éticas, políticas o morales de su tiempo, y de la sociedad a que pertenece, sería largo, excedería del acercamiento propuesto a Gregorio Marañón y a la *tercera vía* que su postura crítica representa, al posibilismo prudente, moderado y liberal de su actitud, y al valor efectivo que su trayectoria supone en unos años de convulsión, en que los rencores enconados y furiosos suplantan la honestidad de la pasión y la lucidez razonable que requieren la paz y la justicia para consumarse.

Baste señalar, por tanto, que esa intentona generosa, ilustrada, y discutible de la Asociación al Servicio de la República, aspiraba a consagrar, sobre la convivencia colectiva, un intelectual político —en el mejor sentido de la expresión—, de acuerdo con las exigencias más modernas y audaces de aquel período, y quizá de las siguientes.

La anticipación con que se plantea de hecho este modelo, en España, y por ende en Europa, no ha de transformarlo en forma alguna en un ideal sacro, o digno de una recuperación hagiográfica. Pero sí es cierto que incluso la más alta y distinguida élite intelectual de la nación quiso contribuir a materializar un ideal que se repite en las empresas del ser humano desde su origen, una sociedad pacífica que se desarrolla en armonía, respondiendo a los desafíos de la realidad, y distanciándose al propio tiempo de los parámetros tradicionales de la cátedra platónica o de la teorización hueca y adormecedora.

He aquí una primera iniciativa que debe subrayarse, en la caracterización rigurosa

del anhelo de un espacio de acción para la reflexión de los intelectuales españoles, y del objetivo idealista e integrador que defendieron para posibilitar el avance moderno de una cultura y de un pueblo, maltratados ambos por la historia. No puede juzgarse como una casualidad que Gregorio Marañón participara en aquel propósito que hoy se interpreta como una aventura.

Equivocado o no, defraudado o no, este modelo se quedó sin ambiente, sin lugar donde desenvolverse y acaso desprendido de la realidad por efecto de la violencia. Ortega, como Marañón, Antonio Machado o Pérez de Ayala, entre numerosas figuras, fueron reducidos al papel —intrascendente entonces— de «árbitros» de una quimera, el diálogo, entre dos bandos latentes; entre dos fuegos. Y sus actuaciones sugieren, con el paso del tiempo, sólo aunque no sencillamente, el fracaso del argumento ético o moralizador frente a la marcha incontenible y acorazada de la violencia, a sus chantajes y vejaciones.

Si bien ahora es posible alcanzar el adelanto equilibrado de sus ideas y propuestas, y el carácter inédito de su voluntad conciliadora y mesurada, en el pasado no fueron respetados ni su actividad ni la altura de sus enseñanzas. Serían el desprecio, la imposición tácita del exilio, la frustración, la muerte y el asesinato las réplicas frecuentes a esta actitud. Y no sólo para un grupo de intelectuales, sino para un país entero.

Ocurrió con una contundencia que los hechos, sean conocidos por los libros o por los recuerdos de quienes los vivieron, aún arrancan escalofríos a la piel.

Para Marañón, la fecha de julio de 1936, que aparece repetidamente en sus libros, revela una reiterante obsesión que clausura su fe en la política, y que le proporciona un impulso, en su exilio de París, que se encauza en dos direcciones simultáneas, afirmando un trabajo que se desarrolla desde el comienzo de la década: la recuperación de sus estudios biológicos de la historia española, siempre integrada en la universal —en natural coincidencia con la obra de Américo Castro o Salvador de Madariaga—, y en su dedicación ininterrumpida a la medicina.

Es por esa senda ilustrada que Marañón podrá comunicar su amargura personal respecto al drama de los españoles y, en general, del ser humano —una gran guerra civil asola el mundo tras el «ensayo general» que se ha producido en su país; su convicción firme en la necesidad de una moral de libertad que asegure la paz y el entendimiento en el mundo superviviente de la conflagración; la conveniencia del conocimiento histórico para profundizar —y resulta muy expresiva su comparación con el informe clínico que el tiempo permite abrir, para divulgar sus contenidos, no para vulgarizarlos— en las discordias de los individuos ya en un plano inmediato o en el general; y la confianza en la elaboración de una doctrina de solidaridad humana, que brota de la práctica médica y que se transmite por el esclarecimiento de la realidad histórica, las frustraciones pretéritas, al modo de una artesanía o, incluso, un credo religioso.

Sin duda alguna, los fundamentos sobre los que descansan los ideales humanistas de Marañón son discutibles, y no sólo por la perspectiva del tiempo transcurrido desde su desaparición en 1960. En realidad, todo empeño intelectual, crítico o artístico puede y ha de discutirse, salvo que sus escasos méritos lo hagan acreedor al silencio del desdén o del aburrimiento. Pero ésta no es la circunstancia que definen o pueden definir la conducta marañoniana y su obra. En esta última, tan ligada a su carácter, se ad-

vierte un aspecto de «refugio» cultural y moral que distancia sus hallazgos de algunas corrientes renovadoras de su época, tras la etapa de frustración experimentada con rigor y melancolía. Y, sin embargo, no es posible sustraerse a esa obra, si en verdad queremos adentrarnos en una aproximación profunda y narrativa al individuo que depara el siglo.

El continuo ensayo de un humanista

¡Qué se le va a hacer! Hace mucho tiempo que el interés de la Humanidad se nutre de la substancia de esa burguesía, no pintoresca, inelegante y gris, en la que crecen sin resplandor, pero con eficacia, los catedráticos de Liceo y las instituciones.

Gregorio Marañón

Si respecto a los escritos de Marañón hubiera de dilucidarse cuál es el elemento que explica el aura fascinante que los envuelve, se sucederían las respuestas, y acaso no se llegaría a ninguna conclusión nítida. Quizá, teniendo en cuenta la crítica sartriana, su carácter *humanista,* tan próximo al pietismo cristiano, refleje lo más reprobable de su obra, que en singladuras como *Antonio Pérez* o *El Conde-Duque de Olivares* impone un sentido metodológico, exaltando el retrato a verdadero género literario. Lo llamativo del fenómeno es el modo en que Marañón logra con su trabajo esa fusión interdisciplinar que otros intelectuales europeos, partiendo del saber científico y empírico, han querido transmitir, tanto con una impronta sociológica como política e histórica. Es el modo en que Marañón nos muestra la relación —casi rozando la categoría de un determinismo fatal propio de los relatos mitológicos— entre el estado fisiológico de los hombres que ejercen el poder y su psicología, que accedemos a las regiones más oscuras del comportamiento humano.

De este modo es como —y en esta idea profundizaremos— se repite el ejemplo literario que caracteriza la obra de Sigmund Freud, y que las figuras respetables del psicoanálisis y de otras ciencias y culturas fundadas en el hombre —expresión en la que no excluye ni a la mujer ni a los niños—, es decir, áreas que discurren en torno a la filosofía, la teología, la política, la sociología, la antropología, e incluso el periodismo..., han convertido en manifestaciones en verdad originales y seductoras, que exceden de su formulación primitiva y literal.

Es por ello que, sin dejar de respetar lo indiscutible de la producción marañoniana en lo que se refiere a su trascendencia científica, debe tomarse en consideración la vía literaria por la que discurren sus páginas. El paralelismo con Freud, objeto de tantas anotaciones de Marañón, donde los elogios acompañan los interrogantes, los reproches y las réplicas, sirve a la consideración del carácter narrativo al que se alude, contribuyendo a enriquecer una obra que penetra en lo humano para depararnos una investigación psicológica de relieve histórico.

Con otras palabras: de forma análoga al hecho de que las obras de Freud constituyen intrigantes relatos de misterio o policíaco —la persecución de lo inexplicable, y tal vez

inconfesable; la revelación del tabú, la explicación lógico racional de actos pasionales, a menudo dramáticos o sangrientos, y el análisis de los conflictos de la personalidad...—, con una precisión expresiva de lenguaje que nos traslada a un mundo del que no está exenta la ficción; de forma análoga, Marañón toma la historia o la leyenda para plantearnos sin tentaciones crípticas el valor verdadero de lo mítico, profundizando en él.

Las similitudes —dejando a un lado el rastro tedioso de los perseguidores profesionales de citas, influencias y parentescos literarios, actividad en la que se consume el poco empeño de ciertas escuelas críticas— que le relacionan con esa noción «narrativa» que procura un conocimiento totalizador del ser humano, incorporando en el mismo discurso diversas parcelas culturales, en apariencia contradictorias, enlazan en una perspectiva contemporánea y moderna con el legado de Karl Kraus, Ortega, Unamuno, Canetti, Milosz, Maurois, y con mayor claridad, al remontarnos, con Mommsen, Carlyle, Spengler, Voltaire o Buckhardt. ¿Asimilamos por ello el sustrato de lo que denominamos y podríamos denominar «novela histórica»? En absoluto. Pero hemos de especificar que esa expresión resulta poco expresiva, además de estrecha, cuando nos hallamos ante una manifestación adscribible a este supuesto género.

En puridad, y lo demuestra la lectura de autores como Robert Graves, Gore Vidal, Marguerite Yourcenar, Galdós o Valle-Inclán —si nos remitimos a *Los episodios nacionales* o *Las guerras carlistas,* respectivamente, al mencionar a estos dos últimos—, sin olvidar a Sholojov, Pasternak o Tolstoi, esta vertiente narrativa nos ofrece antes una meditación o esa inquietud *moral* ya apuntada, antes que un juicio histórico, cuando no un testimonio directo sobre el destino de pueblos y gentes que casi podría confundirse con la casuística jurídica.

Sobre la lectura narrativa de Marañón, sin embargo, pueden efectuarse otras preguntas, para situar su verdadero significado, en lo que afecta a la generalidad de sus trabajos, que acuden a lo histórico al modo de un arranque verosímil, además de concreto. Y las preguntas afectarían, en esta ocasión, a los valores de la forma —el ensayo—, al lenguaje, y a las relaciones del autor con los personajes.

Hablar de los rasgos formales y del lenguaje en las obras de Marañón significa aludir a factores muy cohesionados, casi inseparables. El ensayo constituye la forma predilecta para realizar de un modo visible su tarea crítica, de análisis, de reflexión moral y de investigación científica. Ello tiene una relación profunda con la creencia de algunos intelectuales españoles, en una especie de réplica «nacionalista» y general frente al conjunto de las letras germánicas, francesas, e incluso británicas, que protagonizan los primeros destellos de una discutida vanguardia narrativa europea. Cambian las formas, los modos de abordar y expresar la realidad, y se operan reacciones y transformaciones profundas en los lenguajes, sobre las diferencias visibles de los idiomas. Hay un empeño expresivo dotado de radicalidad que sirve de puente entre las materias científicas —expuestas hasta el momento a través de una retórica sistemática— y las artes literarias.

Este concepto, que según los estudiosos tiene su origen en las discusiones estéticas de las individualidades y grupos que adoptan una significación trascendente respecto al contexto estigmatizado por la Generación del Noventa y Ocho, posee una gran amplitud. Pero sus personajes más llamativos se hallan muy profundamente asociados entre sí.

La réplica nacionalista a que nos referimos abarca en su seno desde el notorio cursilismo del teatro de Echegaray y Benavente, hasta las tentativas renovadoras en la novela y la dramaturgia de Valle-Inclán, Lorca —como consecuencia clara de su poética— o Casona; desde la narración esperpéntica que asume las pesadillas goyescas de Valle, cuyo precedente próximo obliga a repetir el nombre de Galdós, y la mención de su última etapa novelística, hasta las obras de Benjamín Jarnés, el documentalismo de los primeros títulos del jovencísimo Ramón J. Sender, las obras de Pérez de Ayala, Palacio Valdés, Azorín, Gabriel Miró, Sánchez Mazas, Giménez Caballero y Pío Baroja. E integra, asimismo, con un tono peculiar, el sentido de «creación paralela» que tiene lugar en la esfera del pensamiento, ya en cuanto a reflexión sobre el arte, el estudio literario, o en la reflexión sobre la realidad política, que adopta con audacia formas periodísticas. Los nombres fundamentales —la referencia raya en la verdad de Perogrullo o la frontera de lo pertinente y lo impertinente— son: Eugenio D'Ors, Ortega (uno de los «grandes», preocupado por la evolución de los lenguajes novelísticos de los creadores españoles; el mayor defensor, y a la vez el mayor crítico, de Baroja... así como de Marcel Proust), Unamuno (cuya estrecha relación literaria con Pirandello ha sido expuesta y especificada con maestría por Luis Rosales, quien ha dado cuenta de la recuperación cervantina de la libertad, a través de la independencia psicológica de los personajes de ficción y de su empeño de libertad, trascendiendo la literatura), Antonio Machado, Ledesma Ramos (autor de una novela y de unas meditaciones quijotescas, aparte su labor filosófica, en la que deben incluirse las primeras traducciones de Martin Heidegger), Maeztu y —es evidente— Gregorio Marañón. Tratándose de los fundamentales, no son los únicos.

La consecuencia clara del debate interior de la intelectualidad española se concreta en una escisión, proclamada en la práctica por Ortega, y seguida fielmente por Marañón. «O se hace literatura, o se hace precisión, o se calla uno» —estableció el filósofo, para resumir con motivos muy gráficos las posibilidades y formas que admitía la escritura en ese momento de la cultura española—. Y lo cierto podría condensarse en la fe, que deriva de la atención meticulosa y continuada del pensador hacia la novelística contemporánea, que conduce a Ortega a una conclusión *preformativa,* pero no por ello remansada y serena.

El nacionalismo inconsciente y visceral palpita también bajo estas y otras afirmaciones «literarias» del filósofo de las masas, al igual que en el primer Marañón. Las principales consecuencias de ese debate, en lo que se refiere a la polémica de los géneros y los lenguajes, a la fusión entre la estética novelística y la de la reflexión escrita, situarían el ensayo como eje de la evolución futura de las letras modernas —entiéndanse los conceptos de «futuro» y de «modernidad» como se prefiera—, en oposición a los nuevos lenguajes que arrojan a la superficie, cuando no escupen, una visión estremecedora e inédita del individuo en el resto de Europa. En estas proposiciones justificatorias se materializan las aportaciones teóricas y prácticas de la creación, desde el pensamiento español de la primera mitad del siglo a la novelística y la narración del mismo país en idéntico período, sobre los apuntes críticos ya apuntados.

Algunas de estas afirmaciones y tesis difundieron una arrogancia y una consideración des-

virtuada o parcial respecto a las evoluciones que entonces se producen —o que se siembran— en la novelística europea de entonces. Su tono profético las condenó.
En el caso concreto de Marañón, un exceso de realidad le conduce a la atmósfera de las revelaciones históricas como a un paraíso. También esto apreciamos de nuevo el sentido de «refugio», ya constatado, que se aprecia en su obra, que se define —como sintetizara Cesare Pavese desde la poesía— frente a las ofensas de la vida. El impulso es, en consecuencia, literario.

Mientras Unamuno pretende conversar consigo mismo a través del *otro* o del infierno que representan los demás, a lo largo de un amplio período de trabajo en la novelística, Marañón discurre por otros senderos. Unamuno se enfrenta a las voces, los ecos y la carne de sus protagonistas de ficción —sus *alter ego* en el discurso casi socrático que completa con timbres literarios sus razones, sinrazones y protestas filosóficas—, buscando el camino recto hacia la intimidad, esto es, hacia la poesía. Marañón, por su parte, interroga las razones de la historia, el destino y la leyenda, en sus escritos, a través de figuras no tanto representativas como aleccionadoras.

En conjunto, la obra que responde a este proceder, puede dividirse en dos parcelas, sin perjuicio de encontrar motivos comunes en ambos espacios. De un lado, el interrogante general por el individuo, respecto a lo *nuevo* y lo *viejo* de su tiempo, que podríamos descifrar por el proceso en que un hombre que lucha por el poder —y lo consigue— se esfuerza por conquistar la inmortalidad, olvidando la vida, y actuando sin escrúpulos respecto a sus semejantes.

De otro lado, lo que deriva del análisis de la sexualidad humana, y de las consecuencias de esta materia al manifestarse en los comportamientos sociales o privados, sirve a Marañón para imponer un esquema invariable: las relaciones pasionales entre los sexos. En un sentido narrativo, los lazos entre los protagonistas de sus obras —varones, en su mayoría— con las mujeres que les rodearon, ya como vínculos activos, afectivos, platónicos, amistosos o intelectuales que unen o enfrentan los sexos.

En este ámbito cabe señalar que Marañón no aporta ninguna definición personal sobre el proceso intermedio, caracterizado por lo que se denomina, de manera corriente, erotismo.

Para Marañón, la personalidad de un sujeto que ha desarrollado un papel histórico relevante —pues todos los hombres poseemos, nos guste o no, una dimensión histórica— resulta consecuencia de los hechos de su entorno, certidumbre en la que los conceptos de intimidad, colectividad —todos sus biografiados se definen por acción y omisión respecto a su contexto, incluso Amiel, en su dorado encierro—, y hasta el de deseo, se combinan con tanto intensidad que en sus retratos finales la realidad aparece como un bloque indisoluble, homogéneo, conteniendo los matices que resultan de una suma de planos parciales. Es decir: el hombre asume sus circunstancias, aunque en vida se negara a ello.

Debe reiterarse: la alternancia de la fusión de factores íntimos con los que pertenecen a la historia, que interviene en la tarea retratista de Marañón —como, en el campo de la pintura, en la forma de actuar de Goya o de Velázquez— debe valorarse, con una influencia trascendente, como un esfuerzo análogo al de Freud cuando éste inte-

rroga a sus pacientes en el diván, y nos comunica la cadena de sus deducciones mediante un relato donde se agrupan todos los factores conocidos, lo que incluye hasta los más insignificantes.

Sin embargo, el objeto de Marañón es muy distinto al que alienta al neurólogo austríaco, convertido en padre y abuelo del subconsciente, en un solo golpe. Marañón no aspira a desenmascarar las reglas sombrías de los deseos inconfesables ni a liberar los resortes represivos que encorsetan el cuerpo y el alma del ser individual. Su labor de estudio, sus deducciones, que se reafirman sobre todo merced al examen riguroso de los detalles, ambiciona distinguir y hallar, en lo formal, el buen camino de la literatura preconizada y descrita por Ortega, la narración de la modernidad y el futuro.

En lo que afecta a los contenidos, permanece en cambio el ideal humanista como un principio invariable, que se complementa y conjuga con su credo liberal. De ahí que uno de sus focos de atención fundamentales acuda a los lazos que unen o enfrentan o distancian a los protagonistas de sus obras —que lo son, asimismo, de algunos períodos de historia donde predomina el caos que conjura con carácter definitivo la apertura de los historiales clínicos, hasta entonces secretos...— y a las mujeres que intervienen, como una referencia de contraste, en los conflictos allí planteados. En no pocas oportunidades, compartiendo el protagonismo de una biografía.

También en ello hay un rasgo narrativo. ¿O no resulta inconcebible, fuera de lo que pueda entenderse como literatura «machista», «feminista», «homosexual», partidaria en resumen, que en una ficción literaria, y en particular aquéllas a las que nos referimos, las narrativas, nos nieguen romances sentimentales de cuño heterosexual? ¿No hay escrita, en toda gran novela, en su trastienda o en su fachada, una novela de índole amorosa? También ello posee un valor fundamental al estimar el sentido de síntesis entre géneros que consuma Marañón al escribir, a cobijo de presupuestos históricos.

En lo que concierne a Marañón, las historias sentimentales o puramente sexuales, que no es poco, la historia de amor *esencial* es la que se deduce de una relación equilibrada y monógama entre un hombre y una mujer. Ello no le impide, desde una perspectiva científica, conocer y admitir que existen otras posibilidades. Pero las historias que ocupan esa atención primordial y obsesiva, coinciden o insisten en el concepto literario clásico de la obra que resulta fruto de la imaginación, y que en su seno o en su curso, reúne otras historias, nuevos relatos.

No por lo señalado hasta ahora, Marañón deja de conducirse en sus trabajos —en su perpetuo ensayar el retrato del individuo, de los hombres— cual un esforzado científico o abdica de su condición profesional. No existe contradicción en estos términos. Pero lo indiscutible resulta cuando ese mismo empeño lo detectamos en los autores que describen de un modo concienzudo las etapas del desarrollo del carácter, la fase final de un proceso cancerígeno, o los raptos enajenados de un paciente, sin que ello represente lo más significativo en su obra.

La lectura de las biografías y estudios críticos de Marañón refuerzan esta impresión, antes de la arribada espectacular de las obras de Isaac Asimov a las librerías y a los entendimientos, desde diferentes y complementarios campos de acción. En esta perspectiva se aúnan dos elementos que en la literatura que se escribe en Europa surgen por

separado: una caracterización de la psicología *a-normal* de los personajes —que les aporta su trascendencia como arquetipos de valor universal— y aproximación a sus actos y sentimiento a través de una estructura fragmentaria, no siempre lineal. También estos rasgos son detectables en el retrato que Marañón da de los individuos en sus obras, desvelando sus enigmas desde una postura rigurosa en el respeto.

El *donjuanismo*, una culminación literaria

El hermoso ser allí yacente estaba muerto. Podía
seguir viviendo, pero estaba muerto.

Erich Maria Remarque

Teniendo en cuenta que los rasgos de la obra marañoniana se mantienen en un equilibrio interno férreo, en beneficio de la unidad en que el escritor los combina y domina, resulta complejo desprender de su contexto a uno solo de ellos. Pero esto no impide que nos fijemos en uno de los mayores atractivos del trabajo de Marañón, la habilidad y variedad de formas empleadas para abordar el fenómeno del amor al poder y —en cuanto lo que por él emerge de propiedad y ansia de propiedad— el deseo hiperbólico de inmortalidad, inherente a tan imperiosa actitud.

Con unos u otros elementos, quizá sea éste el gran tema sobre el que Marañón deposita su atención y su ciencia, variando las identidades de los personajes y las trayectorias individuales, así como las repercusiones de ejemplos históricos de variada magnitud. Aunque suponga una disgresión, no ha de resultar contraproducente este interés marañoniano. No en vano, el médico, el escritor, el bienintencionado liberal, sufrió cárcel «por motivo de la justicia», cuando aún no era claro que su talento no soslayaría el contacto personal con las realidades que se intuían desde la clínica, y que el Directorio quiso «reformar» por el procedimiento de la mano dura.

En lo que se refiere al polivalente interés de Marañón sobre los fenómenos históricos relacionados con el poder —con el abuso o con la pasión del poder— no ha de resultar extraño que sea enfocado desde diferentes posiciones e identidades. No hemos de olvidar la exigencia de lo concreto en Marañón, como tampoco lo olvida Sábato al hablar de literatura, renegando de lo aniquilador e incontrolable del desarrollo de la ciencia, que él conociese como científico.

No es posible ni admisible, por otra parte, situar en un mismo plano las ambiciones de Tiberio o de Antonio Pérez, la tacañería de Amiel en su *busca* —antes que búsqueda— de la esposa ideal que encarne la pureza celeste del temperamento femenino (que él situara en la Agnès, de *David Balfour,* obra de Charles Dickens), o la prudencia económica pero también voraz del Conde-Duque de Olivares; tampoco la capacidad de una personificación mítico-legendaria como Don Juan puede parangonarse, ni por su carácter individualista ni por el contexto en que surge y se proclaman sus hazañas, con los métodos a que recurren personajes como los citados, o como los de Feijóo, Vives, la Condesa de Eboli o El Greco, que sobrellevaron de otra forma su anhelo de superar la muerte, mereciendo también la atención marañoniana. La galería de retratos que incluye la obra escrita de Marañón es tan extensa, por estos motivos, como comple-

ta, aunque las figuras dominantes en sus libros queden siempre subordinadas a las de ese coro de tragedia griega, desde el que se acecha, se testimonia o se persigue con el remordimiento, a la menor oportunidad.

En una consideración literal y, casi podríamos decir, epidérmica, la voluntad de Marañón no se presta a duda. Desde la órbita de la cultura biológica se traslada al análisis humano, demasiado humano, de los personajes históricos que le inquietan o le sorprenden por lo desbordante de sus temperamentos, la espectacularidad de sus consecuciones personales, y la actitud que les sirve como un disfraz frente a los demás, frente al público. Pero, ¿qué sobresale de esa caracterización paulatina, semi-sistemática, que dilata sin violencia los límites de la ciencia histórica para transformarse en figuración narrativa? El análisis de una fenomenología del poder, por el reflejo de las debilidades, grandezas, miserias, errores y desmitificaciones de seres reales, dotados de carne, hueso, psicología, carisma... E incluso, a veces trepando hasta las alturas donde se mueven sus protagonistas, o a la de los hechos que les envuelven, el profundo *error* humano que posibilita y desencadena la tiranía, el asesinato y los grandes desastres colectivos.

Puede argüirse que en Marañón, como intelectual —queda aparte, mas no despreciada, su tarea de investigador y divulgador de doctrinas clínicas y médicas, con un sentido renovador— predomina la pasión del escritor que se dedica a historiar el pasado. Pero, y aquí es posible captar la firmeza con que se funden sus conocimientos sobre el individuo, en las actitudes y en el dolor físico de sus personajes, ¿no hay una reelaboración de sus experiencias personales en un plano de recreación, de parábola moral? ¿No existe en su obra un «rehacer» la secuencia de los hechos en sus términos justos, una reconstrucción de lo ocultado por las murmuraciones, las impresiones de la crónica oral, las versiones populares exageradas y las interpretaciones interesadas? ¿Y no es menos cierto que ese proceder refleja un ansia de regeneración que actúa como una réplica al pasado?

La culminación de Marañón como analista de caracteres en los que concurre un ejemplo de interés universal, entendido a la manera histórica, nos proporcionará la respuesta. En efecto, Marañón obra como un investigador de la historia. Pero también «narra» este proceso, al igual que lo hace Christa Wolf en sus obras de inspiración mitológica —*Casandra*— o de recuperación literaria de otro tiempo —*En ningún lugar, en parte alguna*—. El interés predominante de Marañón por el relato y, en mayor medida, por los relatos que reúne y concita una personalidad, le desplaza entonces hacia el ámbito de la figuración literaria, aunque verosímil.

En este sentido, la historia se afirma en su obra como un elemento que aporta la veracidad a los retratos —piedra angular de sus trabajos, de su personalismo al ejecutarlos— sobre la leyenda que asedia a los hechos, que siempre parecen inventados o imaginados.

No debe sorprendernos, por todos estos motivos, que esa cumbre de la obra de Marañón se halle representada por la confección de un retrato heterodoxo de Don Juan Tenorio. Esto es: en un relato donde la historia aparece cual un pretexto y en el que toda ficción es posible y disculpable.

Tras este retrato, que conlleva una interpretación peculiar de la virilidad constantemente sometida a prueba, quedan empañadas las semblanzas que realizaran sobre el

mito romántico, y desde perspectivas contrapuestas, Ortega y Pérez de Ayala. Y es preciso señalar que sólo hasta el *Don Juan* de Gonzalo Torrente Ballester —que califica su obra como «historia», y no como «novela»— ese entramado de intuiciones, hipótesis, devociones, sentimientos y afirmaciones científicas, expuesto con una indiscutible claridad, no se ve superado en su ámbito ficticio y tampoco en el literario.

¿Recreación, resurrección de atmósferas con una pretensión científica, histórica? Es posible. Es posible, de igual modo, que todo ello constituya un encubrimiento. Marañón, eminencia de la endocrinología, médico, historiador, intelectual que sabe afrontar sus compromisos con su país, con el individuo y con su talante liberal, fue un ensayista, actuó como tal. Eso resulta indiscutible. Pero su infatigable «ensayar», y no hay en ello descalificación, reprimió a un escritor que fue concienzudo al disimular dentro de concepciones científicas e históricas, el brío de su pluma. Tanto el lenguaje como la cultura, al igual que la disposición de sus numerosos, amenos y variados recursos, sin embargo, le desmienten, disipando esa apariencia ortodoxa.

Por esa grieta sería factible deslizar el reproche y el rechazo respecto al escritor que, en la práctica, creó un género intermedio entre la ficción novelesca —por su discriminación de personajes, por el juego de planos complementarios que sostiene las estructuras de sus escritos, por el modo de reconstruir lo histórico para seguir hablando del hombre al ser humano, por la dignidad precisa de su expresividad...— y la reflexión crítica. Sería factible si no fuera mucho lo que, con su trabajo, aportara Marañón a la conciencia de los individuos. Víctima de la distancia del contexto intelectual y artístico de la España que se agita y se aniquila preguntándose sobre su ser, en torno a los veinte y los treinta, años que tendrán su largo epílogo en la falsificación que se inicia con los cuarenta, su iniciativa responde al carácter solitario que ya no cuenta ni puede contar con los postulados del Noventa y Ocho. Y, a fin de cuentas, sólo en muy contados casos la llama renovadora de los autores españoles coincide en el tiempo con los signos de las evoluciones que acaecen en otras áreas europeas. Marañón trabajó para que esa escisión no reflejara un complejo, sin olvidar América, que parece lo más frecuente cuando se asimila el papel de encrucijada de la cultura española. Y por ello merece figura entre quienes interpretaron así la historia, como espacio neutral y aleccionador que facilitase el encuentro y la esperanza en trances difíciles.

Como sus amigos enfrentados, Unamuno y Ortega —el primero, escenificando en la literatura la evolución hacia un lenguaje íntimo, «su» lenguaje, la poesía, como redención de la muerte; el segundo, articulando una visión progresiva de la realidad que se adelanta al personalismo, sobre la crítica de la historia, como reafirmándose en una condición de libertad individual frente al Destino—, Gregorio Marañón practica el retorno a la visión entera del humanismo, llevado de ese mismo impulso, controvertible pero honesto. En correspondencia con la naturaleza de su profesión, su obra transmite una revelación accesible propia de sentencias moralizadoras. Con la mayoría de sus coetáneos, superó la condición de discípulo aventajado. Soslayó una literatura que hablaba del ser humano a través de la contrariedad de los sentimientos y la proclama fatal de la desdicha. Pero él, anulando consciente o inconscientemente las distancias, optando por otros presupuestos vitales, reflejó con una profundidad y una humildad pocas veces igualadas el debate que discurre desde el dolor físico o la enfermedad hasta el

poder omnímodo de los advenedizos, los aventureros, los validos, los tímidos, los rencorosos y los ejemplares que gestaron interminables decadencias o incesantes leyendas negras.

Podría interpretarse como una compensación justa. La honestidad de sus revelaciones, sin embargo, no permite ignorarla.

Los historiales clínicos siguen abiertos...

Francisco J. Satué

HORACIO QUIROGA
(1878-1937)

Horacio Quiroga por Justo Barboza

Ejes conceptuales del pensamiento de Horacio Quiroga

En este trabajo se intenta precisar algunos conceptos teóricos del pensamiento de Horacio Quiroga, apoyándose en los cuentos que transcurren, ya sea real o utópicamente, en el espacio de la selva

Como es sabido, es al descubrir Misiones cuando el escritor experimenta un vuelco en sus ideas, al hallar una alternativa a la realidad social. Lo que despierta la realidad misionera en él es la convicción de haber encontrado el lugar exacto para llevar a cabo su formación personal, el ámbito idóneo donde realizar su ideal de hombre. Quiroga establece en esta geografía una práctica precisa por la que enraizar su existencia, después y al tiempo en que es golpeado por un azar tan intenso que semeja un destino implacable. De este modo, en torno a ese mundo natural va a desarrollar lo más característico de su pensamiento, aunque es innegable que la sociedad, que aparentemente lo ha expulsado de sí misma, persiste dejando una huella constante en su proyecto ideológico: una referencia intermitente, incluso una nostalgia de ella. Ahora bien, esta ruptura con la comunidad social no se acompaña de una relación completamente homogénea con la selva, por el contrario, es más bien una relación conflictiva que podría denominarse de «homogeneidad contradictoria». No es una casualidad el hecho de que la naturaleza en su producción cuentística sea por primera vez adversa y violenta.[1]

Hacia una descripción del pensamiento quiroguiano

Para penetrar en la cosmovisión del autor es preciso analizar los conceptos que laten internamente. Son éstos, fundamentalmente, los de ser individual, libertad y naturaleza, junto a otras categorías que de ellos devienen lógicamente. No es difícil localizar la genealogía de las ideas quiroguianas e identificar su corpus ideológico. (Sobre todo deben tenerse en cuenta los cinco últimos cuentos de *El Desierto, Los Desterrados* y otros como «El salvaje» o «Los fabricantes de carbón».) Este postula que la realidad social y el devenir se explican por medio del principio teórico de la esencia humana, concebida como libertad y razón. Si la libertad constituye su esencia, el hombre sólo sería libre en cuanto es razón. La libertad, entonces, es interpretada como propiedad del

[1] *Afirma Monegal: «Lo que él estaba descubriendo en plena selva sería el camino que habría de recorrer buena parte de la narrativa hispanoamericana de su tiempo, desde José Eustasio Rivera con su* Vorágine *(1924) hasta Rómulo Gallegos con su* Doña Bárbara *(1929)». Emir R. Monegal, «Tensiones existenciales. Trayectoria», en Angel Flores,* Aproximaciones a Horacio Quiroga *(Caracas: Monte Avila, 1976), p. 16.*

hombre, como atributo metafísico. El cambio de actitud del autor se manifiesta en el giro particular que imprime a este planteamiento original: la sustitución de la razón por la voluntad. Desde este instante la razón ya no guía el despliegue de la libertad, la voluntad toma su puesto, se erige en vigilante exigente de la actividad espiritual. Complementariamente, el espacio natural reemplaza al social como posible marco armónico del ser humano.

De todo esto nace una doble consecuencia: *a)* la actividad arriesgada, que tiene el objetivo de forjar la personalidad y de hallar la norma moral propia; y *b)* la relegación a un segundo plano de la razón como medio para solucionar las contradicciones entre individuo y sociedad o realidad. Lógicamente, el esquema quiroguiano, subyacente en sus cuentos, va a ser el de la formación de un *hombre de carácter.* Esquema al que se pliegan la mayoría de los personajes con los que el autor se identifica, en la suposición de que una vida de confrontación es la única que puede concederle una razón suficiente a su existencia. Este tipo de hombre se define tanto por la adopción más exigente de la libertad, no ligada a base socio-histórica alguna —y, por tanto, metafísica— como por el individualismo más acendrado. Los medios para realizar este proyecto ideológico son la lucha ardua y el trabajo personal.

Así pues, Quiroga se encamina hacia la formulación de una norma ética fuertemente individual que se va a ver reflejada en sus cuentos, en los que surgen repetidamente personajes que han organizado sus vidas en torno a este código privado. En «Polea loca», el gobernador de la isla, después de abandonar todas las actividades de su cargo, ha decidido dedicarse exclusivamente a ocupaciones «naturales» y personales. De este modo, comenta el narrador: «mi hombre... proseguía balanceándose, muy satisfecho de la norma a que había logrado ajustar su vida». Y en el «desterrado» Van Houten se descubren preceptos semejantes: «... al punto de que parecía haber ajustado la norma moral de su vida a esta independencia de su trabajo».

Paralelamente, para el autor la esencia misma de la selva está formada por una unión contradictoria entre libertad y férrea voluntad de sus leyes. Esta doble apoyatura constituye la norma de conducta y vida de los seres selváticos, y los guía en su enfrentamiento y convivencia. Pero esta práctica, en realidad no es más que la misma ley que rige para el hombre de carácter: la existencia en constante peligro de muerte y en constante valoración del entorno:

> La normalidad de la vida en la selva es bien conocida. Las generaciones de animales salvajes se suceden unas a otras y unas en contra de las otras en constante paz, pues a despecho de las luchas y los regueros de sangre, hay algo que rige el trabajo constante de la selva, y ese algo es la libertad. Cuando las especies son libres, en la selva ensangrentada reina la paz.[2]

Se puede extraer una conclusión de este planteamiento: la naturaleza es interpretada más allá de una escisión social. H. Quiroga se refiere al movimiento continuado, sin rupturas, heredado, de las especies; los seres y acontecimientos se *suceden,* la imagen del proceso es la de la evolución en el seno de la unidad de la naturaleza. Por esta causa, deduce una estabilidad entre pasado y futuro, una eternidad semoviente del mundo

[2] *Horacio Quiroga, «La patria», en* El desierto *(Buenos Aires: Losada, 1974), p. 114.*

natural. En esta interpretación se descubre la idea de que la materia no se transforma cualitativamente, sino que permanece en su realidad íntima como algo estático, que registra exclusivamente un cambio estructural y uniforme, porque lo que cautiva a Quiroga de la selva es su identidad e inmutabilidad.

En el cuento «El salvaje», que da título a uno de sus libros, el autor expone una posible trayectoria de su pensamiento y las conclusiones alcanzadas. Por medio de un narrador intermediario, que aleja todo compromiso con lo que allí se relata, nos encontramos con un personaje que decide en su intención de purificarse, volver a los orígenes. En sus comentarios dice: «Regresión total a una vida real y precisa, como un árbol que siempre está donde debe...».[3] Al margen de las evidentes interpretaciones psicoanalíticas, lo que importa en este momento es la relación de semejanza con el árbol, en ella se delata la presunción de una naturaleza que vive y crece unificadamente según una «armonía sangrienta». Es la pretensión constante de lograr la autarquía vital, pero que conlleva aspectos reveladores de las alternativas teóricas de Quiroga: refractándose en contra de su afán de afirmación personal aparece esta pasividad de la planta —del árbol—, el simple crecer y existir como razón suficiente. Ataraxia efectiva que descubre su máximo atractivo en su evolución autónoma, encuadrada en un mundo ajustado perfectamente. Esa vida así integrada sería un simple movimiento orgánico, de sucesión o *acumulación* en el que nada se supera cualitativamente, en el que nada se escinde. De este modo, se manifiestan claramente las dos imágenes extremas entre las que el autor uruguayo-argentino oscila y que se complementan: la actividad individual e incluso íntima en la que se encierra y la fusión con el cosmos, el yo comulgando con la totalidad. Del extremo individùalista se pasa a la unificación supraindividual, marginando significativamente el estadio intermedio: la sociedad, la historia.

David Viñas apunta[4] en su *De Sarmiento a Cortázar,* que la marcha de Quiroga a la selva y el «rechazo de la ciudad mercantil» es preciso considerarlo como una «variante del viaje modernista y del anarquismo individual». Pero, si bien es cierto que ambos factores están presentes, no es menos cierto que la reacción y el rumbo de sus ideas tienen una conexión fuerte con un tipo de literatura que por las mismas fechas se producía en Europa: la narrativa de la aventura personal y de la experiencia arriesgada. Es decir, son las obras de autores como Joseph Conrad, T. E. Lawrence o Rudyard Kipling, en las que se encuentra el aventurero de los países lejanos, que hace del peligro su norma vital e intelectual. «La tierra nos enseña más que todos los libros, porque nos resiste. El hombre se descubre cuando se mide con un obstáculo», dice Saint-Exupéry.[5] Y R. M. Albérès apunta:

> Porque solamente a través del riesgo es posible entender el mundo para «poseer algo más que a sí mismo, escapar de la vida polvorienta de los hombres que encontraba cada día». La aventura, desprovista de toda finalidad exterior, es la única experiencia de conquista en que el hombre puede situarse en relación con el mundo.[6]

[3] *Horacio Quiroga, «El salvaje», en* El salvaje *(Buenos Aires: Losada, 1963), p. 9.*

[4] *David Viñas,* Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar. *(Buenos Aires: Ediciones Siglo veinte, 1971), p. 55.*

[5] *Citado en R. M. Albérès,* Panorama de las literaturas europeas 1900-1970 *(Madrid: Al-Borak, 1972), p. 225.*

[6] *R. M. Albérès, ibid., p. 225.*

En estos narradores se reconoce también la importancia de la voluntad y la ambigüedad entre querer hacerse con una personalidad enérgica y la inmersión en la acción o en el entorno natural por el que alcanzar, paradójicamente, su anulación personal. Por otra parte, estas ideas no se hallan lejos de las tendencias anarquistas mencionadas por diversos críticos, ya que los presupuestos teóricos son semejantes: importancia de la acción, libertad absoluta, individualismo, valoración de lo natural, etc.

De esta manera, la dureza de la vida va haciendo al hombre quiroguiano más dominador de su entorno, le permite confiar en que su vida transcurrirá según el imperativo de esa norma moral que organiza su ser. En sus cuentos misioneros se van a repetir los personajes que viven sus experiencias con interna satisfacción en medio de condiciones difíciles: Dréver y Rienzi cargando el artefacto de cinc bajo el terrible sol de mediodía o sufriendo las temperaturas gélidas de la noche; el trabajo en la cantera de Van Houten bajo el mismo sol; la lucha contra el techo de incienso o la tranquilidad de Briand ante el inacabable diluvio. En estas vidas el acento está puesto sobre la dimensión moral, sobre la voluntad, y los datos que nos detallan determinada circunstancia no son tanto interés por conocer la realidad en torno, como por dejar bien claro las condiciones en las que el espíritu tiene que combatir y formarse. Por esto, los personajes que temerariamente prueban un bote en las aguas turbulentas del Paraná, al tiempo que una borrasca se aproxima, como acontece en «El yaciyateré», y la pugna por poner en marcha una máquina para fabricar carbón, tienen un elemento en común: el riesgo o la experiencia ardua que macera la personalidad. La atracción de Quiroga por estos valores conduce en *Los Desterrados,* a centrar la acción en una actividad constante bajo la agresividad del entorno y en la aparición de unos actantes consumidos por su permanencia en el trópico. No obstante, éstos siempre poseen unas vivencias personales importantes y en ellos surge una solidaridad peculiar, basada en el reconocimiento de la misma independencia de carácter.

La entrega a los ideales y la gratuidad del esfuerzo

Los presupuestos ideológicos fundamentales —libertad, rectitud moral, voluntad— son el origen y constituyen los ideales del autor de *Anaconda.* El ideal, ya sea sentimiento de libertad o de amor o de cualquier otro sentimiento espiritual, es siempre una pulsión interna, profundamente individual y asocial, y que en su conjunto crea la norma moral. Esta energía interior arrebata al hombre, pero, a su vez, éste tiene que vigilar para no caer en ninguna transigencia o contemporización. Quiroga cree que el interés o el autoengaño amenazan constantemente y esto es por lo que es necesaria una vida de esfuerzo y purificación constante. La búsqueda de la realización del ideal presupone la pureza de la entrega, lo que implica la aparición de la generosidad, la sinceridad y el no conceder importancia a las posibles circunstancias adversas como el sufrimiento y la muerte.

Siguiendo este modelo de actuación se consigue lo que más se anhela, su paz íntima y la transformación en un ser ejemplar; o lo que es lo mismo, se obtiene el ideal del hombre. En resumen, es preciso que este conjunto de tendencias modélicas sea la norma de conducta. El no entregarse al impulso del sentimiento provoca la pérdida de

las cualidades humanas y, por esta vía, sucede la degradación. Quiroga está proponiendo, en su caución a no constreñir la pulsión deseante por motivos de comodidad, interés o inseguridad, una forma de vida en la que yace una fuerte carga ascética; es este ascetismo el que exige una entrega incondicional, absoluta, a los ideales espirituales. Veamos cómo en el cuento «El potro salvaje», el autor define perfectamente el imperativo moral e insiste en que ningún límite debe restringir el impulso interior:

(El potro) Corría, se estiraba; se estiraba más aún, y el redoble de sus cascos en la tierra no se podía medir. Corría sin reglas ni medida, en cualquier dirección del desierto y a cualquier hora del día. No existían pistas para la libertad de su carrera, ni normas para el despliegue de su energía. Poseía... un ardiente deseo de correr. De modo que se daba todo entero en sus disparadas salvajes —y ésta era la fuerza de aquel caballo—.[7]

En el párrafo seleccionado se aprecian un cierto número de vocablos que ponen de relieve el aspecto indeterminado, *no limitado,* del ideal: es la independencia absoluta respecto de todo lo existente. El hombre desde su subjetividad no puede poner límites a su impulso interior, debe aceptarlo y seguirlo. Esto implica un predominio de lo sentimental-irracional sobre lo lógico-racional. Quiroga establece una dicotomía tenaz entre una lógica del sentimiento y otra de la razón, que en otro nivel corresponde a la ruptura entre individuo y sociedad.

La dirección múltiple o su falta de dirección, como se subraya en las evoluciones del caballo, su completa autonomía respecto a «medidas, reglas, normas», las abiertas posibilidades que denotan los «cualquier», reflejan el carácter abstracto de su libertad, de su evasión a un enraízamiento social. Sustraído a la férrea imbricación de libertad y necesidad, el proceder quiroguiano no tiene sentido porque pretende tenerlos todos: no hay un sentido exclusivo, porque todos son posibles. Es decir, la única convicción es la de la infinita pluralidad individual; al más exigente dogmatismo de la voluntad sucede el relativismo más general. En este reino de la multiplicidad todos los seres, lógicamente, son iguales, la selva se convierte en el lugar de los enfrentamientos sangrientos, donde todos los actos tienen la misma dignidad: «... al oír los gemidos de hambre del cachorrito... sintió en su corazón herido que ante la suprema ley del Universo, una vida equivale a otra vida». «Tu corazón de madre te ha permitido salvar una vida del Universo donde todas las vidas tienen el mismo valor.»[8] Pero además, esta pluralidad de los caminos, este evadirse a una norma objetiva, se opone frontalmente a toda idea de organización, léase de sociedad. El concepto de límite evidencia el espacio en donde comienza a concentrarse ordenadamente la experiencia, a sistematizarse, donde la libertad es particular y general, abstracta y concreta. Quiroga está descartando con este concepto conjuntamente la actividad racional y la sociedad —para él, el ámbito de los límites, de la reducción del espíritu— y ambos conceptos están vistos de forma parcial, se les identifica unilateralmente con intereses egoístas, transigencias éticas o actividades mercantiles corruptas.

Por último, la ausencia de trabas, tan resaltada en «El potro salvaje» como en «La

[7] *H. Quiroga, «El potro salvaje», en* El desierto *(Buenos Aires: Losada, 1974), p. 103.*
[8] *H. Quiroga, «Juan Darién», en* El desierto *(Buenos Aires: Losada, 1974), p. 126-7.*

patria» —por tanto, lo indefinido, lo *incondicionado*—, está expresando, otra vez, la actitud del Quiroga intelectual: la falta de compromiso ideológico o social, su no pertenencia a un proyecto comunitario inserto en un acontecer histórico. En «La patria», se encuentran las mismas conclusiones y argumentos. El tema del cuento gira sobre la creación de una patria artificial por las abejas en el seno de la selva, fruto, reveladoramente, de un acto de imitación del saber de los hombres. Esa nación impura vuelve sedientos a los animales («sed de ideal») y tristes. El soldado es quien les muestra su error: los animales habían puesto límites a la selva, el país abierto por excelencia, al que Quiroga frecuentemente llama «la selva sin límites». Las fieras del bosque recuperan su felicidad al serles devuelta su selva infinita, pero el discurso que pronuncia el soldado expone las causas generales de este error:

> Es la fría razón, quien confina y reduce el amoroso concepto de patria en los sórdidos límites de la conveniencia. La fría razón es exclusivamente la que nos indica la utilidad de la frontera, de las aduanas, de los proteccionismos, de la lucha industrial. Ante la razón, el concepto de patria se confina en el proficuo marco de sus fronteras económicas. Solamente la fría razón, es capaz de orientar la expansión de la patria hacia las minas extranjeras... Pero esta patria ahoga el sentimiento.[9]

En «El potro salvaje» y en «Los tres besos», se unifican los signos caracterizadores de la sociedad con los rasgos negativos de la personalidad. Es decir, relajamiento de los preceptos morales y abandono de los ideales espirituales, se conecta con lujo, riqueza, honores, pragmatismo, etc. Este enfrentamiento individuo ⟷ sociedad puede ser interpretado como una de las herencias modernistas de nuestro autor. El valor del hombre no es comprendido por «la gente» y sólo lo reconocen cuando ya ha desaparecido. Esta contraposición no es más que una pequeña parte de un esquema más general que podría concretizarse en el binomio idealismo ⟷ materialismo. La oposición tal como se da en los cuentos puede quedar reflejada de este modo:

Hombre degradado (Sociedad) (Sin ideal)	*Hombre valioso (Con ideal) (Naturaleza)*
riquezas mundanas	valores espirituales
actitud calculadora	actitud espontánea
razón (lógica)	corazón (sentimiento)
facilidades	sufrimientos
insensibilidad sentimental	deseo
utilidad	pureza (gratuidad)
contemporización	inflexibilidad

Toda la filosofía de entrega a los ideales está relacionada con la valoración del esfuerzo gratuito que es, por añadidura, una crítica de la actitud mezquina y calculadora. Resulta evidente en distintas secuencias de la acción, el predominio de la aventura, del proceso del trabajo; de la superación de fases, sobre su éxito práctico. En cierta forma, se deja ver que los personajes están por encima de los resultados prácticos o crematísti-

9 «*La patria*», *pp. 122-3.*

cos; es la señal de que se busca algo más meritorio en la actividad. Si sabemos que todo esfuerzo está dirigido a la creación de un carácter —a la consecución de un ideal, al menos hipotéticamente— todo acto tiene una dimensión moral que sobrepasa el fin utilitario; en cambio, se destaca lo que tiene de tesón, voluntad, generosidad, exigencia personal. En «Los fabricantes de carbón» encontramos muestras de lo anteriormente dicho. El gesto, el acto, de unos personajes que impresionan vivamente por su recia personalidad y por su madura aceptación de los embates de la realidad. Tanto en el fracaso como en el momentáneo éxito, su actitud es la misma: una cierta indiferencia, una exclusiva satisfacción callada de su trabajo, al que la enfermedad de la niña ha hecho doblemente arduo y valioso. Entre la victoria primera y la derrota última, su imagen queda caracterizada por rasgos similares:

> Al ver esto, los dos hombres se sentaron a fumar sin decir nada, mirando aquello con aire más bien distraído —el aire de hombres de carácter que ven el éxito de un duro trabajo en el que han puesto todas sus fuerzas.

Y en el momento del fracaso dicen:

> —¡Bah! —repuso Rienzi al rato—. Hemos hecho lo que debíamos hacer. Con un cosa concluída no nos hubiéramos dado cuenta de una porción de cosas.
>
> Y tras una pausa:
>
> —Y tal vez hubiéramos hecho algo un poco *pour la galérie*...
>
> —Puede ser —asintió Dréver.
>
> La noche era muy suave, y quedaron un largo rato sentados fumando en el dintel del comedor.[10]

Además de la actitud compartida por los dos hombres que tranquilamente contemplan su obra fumando silenciosos, está el desprecio de que el triunfo de su empresa logrado sin su esfuerzo no tendría mérito. El resultado crematístico es reemplazado por la satisfacción de lo correcto de su actitud.

La misma idea de que lo sobresaliente es el empeño y de que los resultados prácticos poseen un valor ocasional, aparece en «La voluntad», en donde sólo tiene relevancia la lucha personal: «Yo conocí una vez a un hombre que valía más que su obra. Emerson anota que esto es bastante común en los individuos de carácter».[11]

Los ejemplos son numerosos pero puede seleccionarse todavía el cuento «Los pescadores de vigas», en el que la asombrosa prueba del indígena Candiyú sirve sólo para lograr algo tan desproporcionado —arriesgar la vida pescando una viga en el Paraná a cambio de un fonógrafo— que, en realidad, lo que se quiere subrayar es la actitud valerosa y el objeto tan nimio para tan «noble material» y «feroz voluntad». Este es además uno de los instantes en que aparece el esfuerzo por sí mismo, reconcentrado por un momento en toda su belleza, el acto en sí. De nuevo, moral y belleza se enlazan, como más claramente, todavía, se manifiesta en el cuento «En la noche», la tenacidad de la esposa del bolichero conlleva lo virtuoso por ser la pura expresión de un ser: «me pregunté qué cantidad de ideal hay en la entraña misma de la acción, cuando prescinde

[10] *H. Quiroga, «Los fabricantes de carbón», en* Anaconda *(Buenos Aires: Losada, 1975), pp. 70 y 78.*
[11] *H. Quiroga, «La voluntad», en* El salvaje *(Buenos Aires: Losada, 1963), p. 53.*

en un todo del motivo que la ha encendido.»[12] En este sentido la acción corre el peligro de caer en el formalismo, dado que por sí sola produce una virtud, seccionada de sus causas concretas. Esto lleva a considerar el sentimiento a la luz de la acción y, por lo mismo, el hombre tiende hacia la realización de una vida de actividad ilimitada. Por ello es decisivo insistir en la importancia que contiene la realización de Quiroga como hacedor y experimentador arriesgado.

En un número no desdeñable de los cuentos misioneros hay un hecho que se repite aparentemente sin mayores consecuencias: la falta de medios y la rusticidad de los medios que emplean. Para mejor reflejar la relación cercana entre labor y lucha personal, se introducen unos personajes que siempre trabajan a pesar de la escasez de herramientas y armados, ante todo, con su tesón e ingenio. Esta actividad necesariamente simple, no hace más que resaltar el papel central del sujeto; el trabajo manual está potenciando una mayor expresión personal. En «Los destiladores de naranja» o «Los fabricantes de carbón» este detalle es fácilmente comprobable. Pero además, esto entraña un concepto de trabajo no sofisticado. El autor aboga por una prioridad de las luces naturales del hombre, por sus capacidades más elementales. Actividad artesanal que busca no depender de algo que el propio operador no haya experimentado. Es decir, no necesita de una acumulación de conocimientos. En el corazón mismo de esta actitud se encuentra de nuevo el rechazo de lo racional, puesto que se pretende una reducción de la actividad intelectual a su nivel más simple, a una práctica material en la que el pensamiento no tenga posibilidades de llegar a niveles muy abstractos. Cualquier procedimiento más allá de una comprobación directa genera en Quiroga una suspicacia inmediata. Lo natural es lo sencillo, la sociedad es lo sofisticado. Todo lo que requiere elaboración o es fruto de ella es signo de artificialidad y, consecuentemente, de postura moral equivocada.

En «Polea loca», el protagonista se ha marginado de la sociedad y desarrolla una labor de características manuales. Su preocupación se centra en la solución de un problema «natural»: a pesar de haber comprado un cacao de inmejorable calidad y de haber vigilado todas las faenas de elaboración, el chocolate resulta «una cosa imposible». Este mismo personaje vuelve a rehusar lo artificial cuando muestra las condiciones de su dormitorio, en el que el mosquitero ha sido sustituido por las telarañas que cientos de estos insectos han tejido, construyendo, de esta manera, un mosquitero natural: «¿Ahogarme?... No, lo que ahoga es lo artificial, el mosquitero a cincuenta centímetros de la boca... Y hay... una especie de descanso primitivo en este sueño defendido por millones de arañas...»[13].

El trabajo debe poseer una característica de humildad, de transparencia; debe ser prueba diáfana de un espíritu, el hombre tiene que reconocerse en su obra. Lo elaborado que se apoya en una especialización, supone una parcialización y una dependencia del ser humano de otros, al tiempo que, exige una estratificación social, una organización que se escapa al individuo. El afán de nitidez atraviesa toda la obra de Quiroga, desde su preocupación por depurar su prosa, a la de construir una canoa o una choza.

[12] *H. Quiroga, «En la noche», en* Anaconda *(Buenos Aires: Losada, 1975), p. 95.*

[13] *H. Quiroga, «Polea loca»,* en Anaconda *(Buenos Aires: Losada, 1975), p. 138.*

Su suspicacia hacia toda complejidad teórica o conceptual se comprueba claramente en *Polea loca* y *La patria,* en donde la matemática y la filosofía son calificadas negativamente por su carácter intrincado. En el primero de los cuentos, el personaje ya conocido quiere ser el vigilante de las cuentas de la administración que lleva su secretario. Aquel está descrito positivamente con comparaciones al campo de la naturaleza, mientras que el segundo tiene un aire desagradable, huraño y antipático. El joven gobernador va anulando sistemáticamente toda multiplicación y obliga a su secretario a que efectúe las cuentas por medio de sumas. No permite procedimientos que no sean elementales, accesibles y comprobables por cualquiera. El grado de mayor abstracción matemática indica peligro de mistificación y engaño:

> Hay yo no sé qué cosa de brujería y sofisma en las matemáticas, que me da escalofríos... Me resultan diabólicos esos números sin ton ni son que se van disparando todos hacia la izquierda...
> Y así continuó el arreglo de libros, el secretario... empeñado en multiplicar al margen del papel y su jefe deteniéndolo con la mano para ir a una cuenta clara y sobre todo honesta. [14]

En el segundo cuento, la preocupación de las abejas por la «sabiduría», las conduce a posturas éticas equivocadas: presunción, complejo de superioridad, saber artificioso e inútil, además de «pasarse la vida preocupadas por su super-animalidad y el creciente desprecio a los demás habitantes de la selva». [15]

La crítica de la sociedad

Ya se ha ido viendo cómo la cosmovisión quiroguiana va estructurando a distintos niveles una serie de oposiciones entre el individuo y la sociedad o entre ésta y la naturaleza. En la raíz de esta crítica al sistema social se halla la negación de la actividad racional. «La fría razón», como la llama el autor, es colocada como principio organizador de la sociedad; aquélla al no estar «calentada por el sentimiento» ha sustituido los ideales de libertad, solidaridad e igualdad por sus contrarios. H. Quiroga practica una reducción del principio racional al identificarlo con aspectos deshumanizados o utilitarios de la estructura social del capitalismo de principios de siglo. A lo largo de sus cuentos se puede ir recogiendo una trayectoria en la que critica el concepto de progreso, recala en el tema de la uniformidad del individuo y concluye en la artificiosidad de las actitudes morales de la vida social.

De forma taxativa, el escritor uruguayo expone en término muy acentuados, su protesta de los valores colectivos hasta el punto de querer negar su misma formación, llegando hasta el extremo de rechazar a la sociedad en todo lo que tiene de progreso y perfección. Esta reacción de índole irracional muestra el curso de la historia como evolución degradada y no como proceso superador de contradicciones, por consiguiente, de perfección. Su convicción del movimiento histórico hundiéndose en la barbarie, revela la crisis de su pensamiento, incapaz ya de comprender la realidad y que sólo sabe

[14] *«Polea loca», pp. 139-40.*
[15] *«La patria», p. 114.*

entregarse a una condena absoluta. Las observaciones del personaje de *El salvaje* son inapelables:

> Durante meses y meses había deseado ardientemente olvidar todo lo que yo era y sabía, y lo que eran y sabían los hombres... Desde miles de años la especie humana va al desastre. Ha vuelto al mono, guardando la inteligencia del hombre. No hay en la civilización un solo hombre que tenga un valor real si se le aparta. Y ni uno solo podría gritar a la Naturaleza: yo soy. [16]

La alternativa que propone es una vuelta a los orígenes, a la naturaleza considerada como mundo de la pureza e ingenuidad. Este retorno permite el pleno desarrollo de la personalidad, al tiempo que posibilita el sueño de un nuevo tipo de comunidad. Pero este volver a lo primigenio debe ser interpretado en lo que tiene de inapelable raíz histórica. Lo que Quiroga está queriendo recuperar, en realidad, es el estadio primero del liberalismo, el tiempo en que las instituciones burguesas modernas no habían generado las condiciones de injusticia social tan exageradas. Por otra parte, en su rehusar los méritos de la razón hay que descubrir la herencia de los vanguardismos de fin de siglo europeo, de los que el modernismo actúa como receptáculo y propagador. Finalmente habría que tener presente una producción filosófica de gran empuje, contemporánea del autor. Las concepciones quiroguianas podrían estar recogiendo ese «retorno del individuo sobre sí mismo». Es significativo registrar en estos filósofos, la misma expresión del escritor sudamericano: «el racionalismo frío». [17]

Una vez más es en *Polea loca* donde aparecen concentradas algunas de las críticas de Quiroga al sistema social. La acción se sitúa en una zona tan lejana del mundo civilizado que le confiere un aspecto de utopía, la lejanía tradicional de este tipo de narraciones. En el cuento se ha seleccionado una de las facetas más negativas de la sociedad, como es la organización burocrática. El autor, de acuerdo con esto, define a todo el entramado social como una enorme máquina «con engranajes, poleas y correas» en la que todo funciona, a primera vista, acompasadamente: «La maquinaria es maravillosa. y cada hombre es una rueda dentada, en efecto.» La crítica de Quiroga está retomando los motivos conocidos de la deshumanización, de la despersonalización de las relaciones, del hombre convertido en instrumento, que sufre una alienación de su vida, dado que el sistema social es de una artificialidad máxima.

Una última ilusión de una ideología optimista confiaba en que la actuación de cada uno sería importante para la totalidad, lo que entraña responsabilidad y necesidad de su presencia en la comunidad. No obstante, Quiroga va más allá y sostiene que pensar así es una ilusión. Por el contrario, todo el fantástico engranaje funciona de modo impersonal. Es ya un proceso que se ha escapado al dominio de sus creadores, los ha suplantado. Es una vez más la historia del aprendiz de brujo, en la que se transparenta la idea de la cosificación, del hombre vuelto instrumento o mercancía, carente de la dignidad primera, privado de su autonomía. El hombre ya no tiene valor por sí mismo, sino por unos falsos atributos, sobreimpuestos y extraños a su misma esencia primera. Es por esto que no puede «gritarle a la Naturaleza: yo soy». El ser humano ya no es

[16] *«El salvaje», p. 9.*

[17] *G. Lukács,* La crisis de la filosofía burguesa *(Buenos Aires: Editorial La Pleyade, 1970), p. 41. Es necesario insistir, además, en la decisiva influencia de R. W. Emerson (carácter, responsabilidad compensatoria).*

irreemplazable en su particularidad, ahora se reduce a una rueda cuya incidencia es tan nula para ese mecanismo fantasmagórico llamado sociedad, que este puede prescindir de él. Incluso Quiroga acentúa esa visión alucinada del aparato estatal cuando le niega la existencia de un orden, es una gran máquina que alberga el caos más intenso, el desorden más frío e irracional. El error, para el protagonista, parte de creer que todo está exactamente engranado y en el que «el tropiezo de una minúscula rueda dentada es capaz de detener todo el maravilloso mecanismo». Contrariamente, toda la estructura gira en el vacío, cientos de gentes son innecesarias «y podrían detenerse algunas centenas de ellas sin trastorno alguno».

La contradicción de Quiroga con su sociedad le lleva a considerar la naturaleza como la realidad verdadera y auténtica. Teniendo presente esta evolución, es preciso anotar que él nunca cambia de espacio teórico, es el mismo que hereda de la sociedad; sigue manteniendo la dicotomía campo-ciudad, según el planteamiento tradicional, sólo que él invierte la posición de los términos. Para la civilización, el campo es la barbarie, el atraso, en cambio, para el escritor es lo auténtico, lo vital. En este sentido resulta comprensible su impasse y su reacción al intensificar la valoración de los aspectos que la sociedad destituye. Es decir, en vez de buscar la razón de su existencia en la multiplicidad de nexos con los demás hombres, intentará conseguir una relación abstracta con sus semejantes por medio de una metafísica de los ideales: unión sentimental con sus semejantes. Esta teorización de la afectividad es un intento de dotar a los valores individuales de una proyección más amplia, de romper con el enclaustramiento de la soledad personal que viene a poner de manifiesto su intermitente nostalgia por la sociedad perdida. No obstante, hay que considerar dos planos: lo que él afirma directamente, unión sentimental de los hombres al margen de la sociedad, y lo que anhela secretamente: pretensión de que volvieran a regir los valores éticos para todos. Por añadidura, esta fraternidad basada en el amor y en los ideales sitúa los princios éticos gobernando la realidad humana. Así dice en *La patria:* «La patria, hijo mío, es el conjunto de nuestros amores.» y «Y sólo él (el hombre virtuoso) puede comprender la dichosa fraternidad de cuanto tiene la humanidad de más noble...» Los seres humanos, encerrados en su individualidad, se relacionan no por causas concretas sociales o históricas, sino por sus espíritus. El narrador dice en el cuento anterior de forma añorante y decepcionada, como lo demuestra la frase no concluida: «La patria de ustedes no es este pedazo de monte... es la selva entera. Así como la patria de los hombres...», es el mundo, habría que completar.

En «Juan Darién» se registra otro alegato contra el mundo urbano. La idea del escritor se apoya en un motivo que aparece en los cuentos infantiles: el de la armonía o comunicación entre hombres y animales, sólo que en el desenlace de este cuento-apólogo se quiebra este sueño inmemorial. El acto de la madre de cuidar al cachorro de tigre está conducido por el sentimiento, arrebatado por el ideal que fluye de un espíritu generoso. La figura arquetípica de la madre revela que ese acto pudo ocurrir gracias a los impulsos naturales, ella fue guiada por un acto del corazón, siguiendo un instinto original. Este acto es anulado por las gentes de la aldea, rompiendo el vínculo ideal, amoroso, y reafirmando el reino desnaturalizado de la sociedad. Sólo los actos más nobles son realizados individualmente.

Valoración de la naturaleza

Como ya se ha expuesto, en su basculación hacia el mundo natural Quiroga busca una realidad que le permita actuar según su norma moral. Su constante contradicción estriba entre su objetiva condición de ser social y su deseo de substituirla por la de ser natural. En *El salvaje* se plasma un recorrido ideológico que el autor formula, lógicamente, en claves narrativas; el cuento plantea la dualidad constitutiva del hombre. El motor de su evolución hacia lo natural es el deseo, el impulso deseante: «Durante meses y meses había deseado ardientemente olvidar todo lo que era y sabía», «En una palabra, había regresado a las eras pasadas por obra y gracia de mi propio deseo», «el monstruo surgido de las entrañas muertas de la tierra por el deseo de ese mismo hombre». Este proceso está acompañado de una voluntad ferviente de deshacerse de todos los atributos sociales y olvidar todo lo que es saber, civilización, producción intelectual. La recuperación de la condición original le devolvería la autonomía por la que bastarse a sí mismo, se poseería plenamente. En resumen, Quiroga establece esta regla del individualismo extremo: el ser autosuficiente; todo el significado de su existencia se encontraría en ella misma. En otras palabras, se quiere llegar a una vida que diese razón de sí por el mismo hecho de vivir: «Día tras día iba rastreando en mí la profunda fruición de la reconquista, de la regresión que me hacía dueño absoluto del lugar que ocupaban mis pies... La vida que me animaba era mía exclusivamente.» [18]

Este retorno a los orígenes propone que en ese mundo inicial, que sigue siendo la selva, se halla la identidad perdida. Mientras el protagonista está en el período de purificación de su herencia social, un retorno absoluto parece posible —por más que signos premonitorios surjan: la sed del nothosaurio; la escena rodeada de símbolos extraídos de las cosmogonías primitivas: la lluvia; la noche significando el lado oscuro del inconsciente y del sueño, esa zona arrebatada a la realidad empírica. Sin embargo, desde el momento en que se vuelve hombre primitivo, el protagonista se convierte en un salvaje dominado por el terror, el hambre y la violencia; la esperada armonía se ha transformado en una lucha brutal. Este «salvaje» guiado por necesidades elementales, es un ser cualitativamente disminuido, falto de la independencia requerida. Vive en una inconsciencia instintiva que contradice uno de los principios fundamentales del autor: la capacidad de decir, yo soy. De este modo, el escritor concluye en que ese retornar al estadio primigenio tiene que contar obligatoriamente con el postulado de la autonomía personal. Los dos extremos del proceso son negativos, al final del trayecto natural aguarda la degeneración primitiva, al final del trayecto social, la degradación ética. Por tanto, lo correcto debe ser un estadio de integración con la selva pero guardando los rasgos del hombre de carácter; en otro registro, la frontera de Misiones, estadio intermedio, alejado de la sociedad y al borde de la selva. No obstante, Quiroga siempre tendió hacia la mayor integración posible con la naturaleza, hasta llegar a ser un órgano más de este vasto dominio, y, probablemente, este es el aspecto más llamativo de su producción y vida. En una carta a E. Martínez Estrada confiesa: «Sólo veré mañana o pasado en el sueño profundo que nos ofrezca la naturaleza, su apacibilísimo descansar... No hago

[18] *«El salvaje», p. 9.*

más que integrarme en la naturaleza, con sus leyes y armonías oscurísimas, aún para nosotros, pero existentes.»[19]

La conflictiva tensión dual se refleja en otros aspectos, como puede ser el rol de los instintos. La investigadora Annie-Boule Christouflou menciona la progresiva situación crítica de Quiroga entre su deseo de «naturalizarse» y su inevitable legado cultural:

> Quiroga declara que esta pasión que le movía irresistiblemente, como si fuera perro de jauría, a perseguir y matar animales... le hacía sentirse como un «instrumento de sus ancestros redivivos al contacto del medio salvaje»,... Pero después de matar, Quiroga se batía en otra lucha más cruel: entre ese instinto primitivo y su conciencia.[20]

El sentirse poseído por un instinto ancestral, al tiempo que choca con su conciencia, es parte de la fusión con el todo orgánico, se siente inmerso en un esquema mítico, se cree representante de la especie, como afirma el protagonista de *El salvaje*: «Comenzaba a sentirme, nebuloso aún, el representante *verdadero* de una especie» Quiroga vuelve a valorar lo que en el hombre pertenece a su procedencia natural.

Este mismo problema está visto desde otra óptica en *El león.* Aquí, la transmisión biológica de la fortaleza natural de la especie, resulta ser más poderosa que los obstáculos alzados en su camino. Los cachorros no han heredado la degradación a la que su padre, el león, ha sucumbido al vivir en la sociedad. Quiroga confía en que la pureza y energía de la especie es capaz de superar la degradación. La vida puede recomenzar de nuevo, con toda su pureza original.

La muerte omnipresente

La muerte ocupa una plaza decisiva en la ideología del autor. Aparece insistentemente como desenlace y como cuerpo mismo del relato: «A la deriva», «El hombre muerto», «La insolación». Esta situación límite puede interpretarse desde la óptica del hombre de acción y de su individualismo constitutivo. Ya Lukács apunta que fue E.A.Poe el primero en representar la situación enfrentada entre hombre y muerte, y el conjunto de actitudes que surgen de esta confrontación, y cómo es Dostoiewsky el que da forma definitiva a estos problemas en el plano novelístico. La influencia de estos dos narradores en H. Quiroga es harto conocida, siendo fácilmente comprobable en sus cartas.

La noción de este destino mortal origina dos aspectos de una misma concepción. El primero podría llamarse «la muerte consciente», el personaje la asume por un acto de conciencia o queda inserta de manera «homogénea» en su existencia debido a su modo de actuar en la vida. Las variaciones de este primer tipo provienen de cambios formales, bien sea que el narrador nos da a conocer desde cerca el proceso final, o si, manteniéndose en la distancia, nos comunica el hecho ya cumplido, y los comentarios del narrador o de otros personajes, por ejemplo, son los encargados de aportar el significado explícito.

[19] *Citada en Emir R. Monegal, «En Misiones con los Desterrados», en Angel Flores,* Aproximaciones a Horacio Quiroga *(Caracas: Monte Avila, 1976), p. 233.*

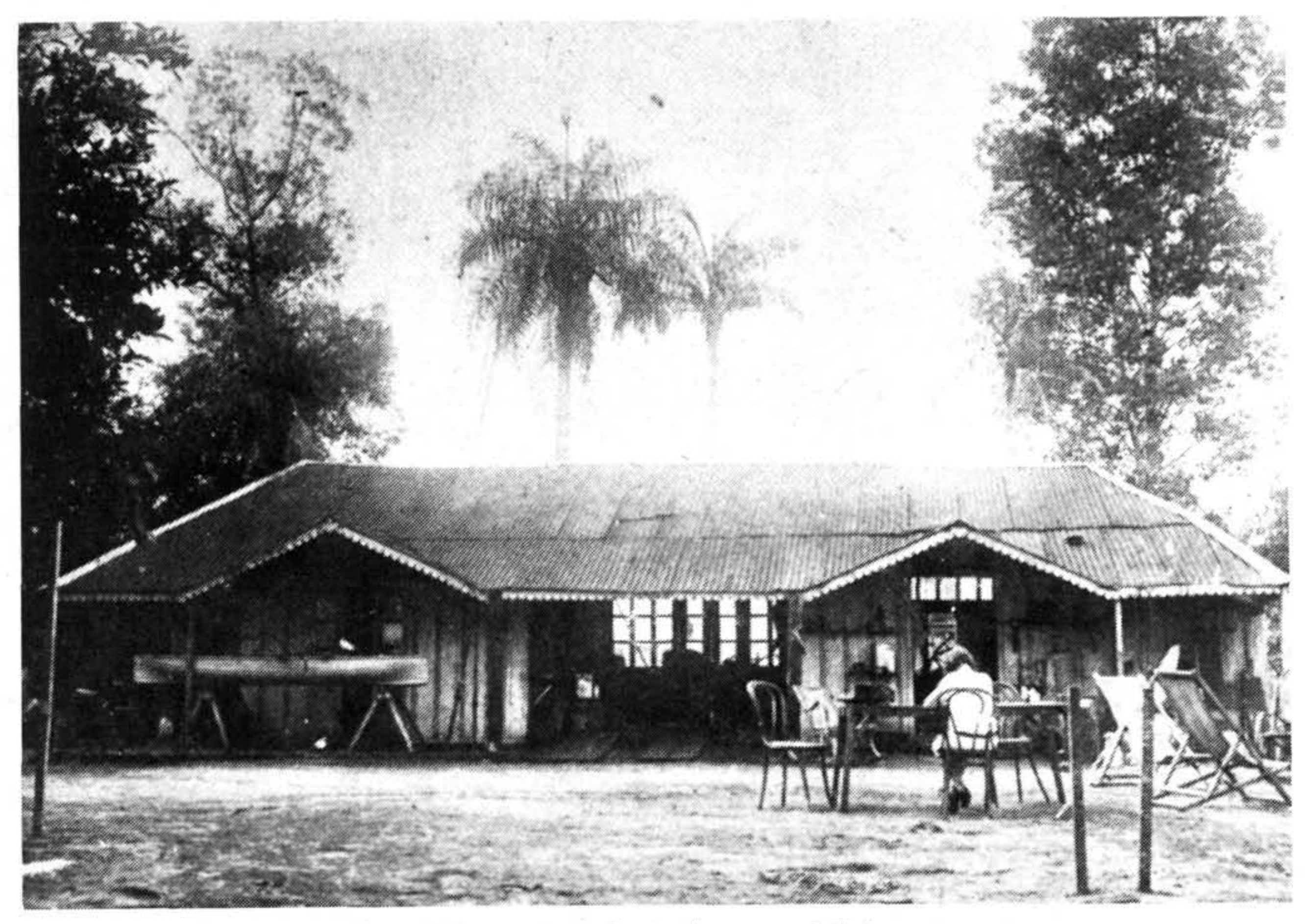
[20] *Annie Boule-Christouflou, «La selva y sus conflictos. Los animales», en A. Flores,* Aproximaciones a Horacio Quiroga *(Caracas: Monte Avila, 1976), pp. 125-6.*

Lo que se expresa en esta clase de cuentos, *El desierto* o *Van Houten,* es la muerte no como ruptura que acontece en el fluir de la existencia, sino como hecho que guarda una continuidad o conexión con la vida. Aquella sobreviene como episodio final de un camino arduo, de formación exigente de la personalidad: el personaje puede mirar la nada a la que se asoma con la misma seguridad y lucidez con la que se enfrentó a las adversidades de su evolución vital. De esta manera, como dice Lukács, el individuo alcanza su propia muerte; cada ser con estas características la recibe de forma exclusiva, intrínseca a él y sólo de él. Es, efectivamente, un intento de Quiroga por particularizarla, de reducirla en su generalidad anónima. En definitiva, es el deseo de seguir siendo único hasta en el hecho desindividualizador por excelencia. El protagonista de *El desierto,* Subercasaux, tiene conciencia de estar situado ante su desaparición; después de una vida de trabajo y esfuerzo, se enfrenta responsablemente a ese último instante: «Hízose en su interior un gran silencio». Esta misma coherencia se da en *Van Houten* (como dato significativo hay que recordar que Van Houten existió realmente y Quiroga lo hace morir en el cuento, cuando aún no lo había hecho en la realidad). La muerte aparece en esta ocasión como acontecimiento consumado, pero los comentarios del narrador y el comportamiento del protagonista nos dan la clave del por qué se le hace morir ahogándose en el río, llevado de su firme determinación y confianza en sus actos. El segundo tipo acontece cuando el escritor acentúa el papel de la voluntad de la naturaleza. La muerte irrumpe signada por su carácter ilógico, irreductible a un marco explicativo, azar que se abate disimétricamente: *A la deriva* o *El hombre muerto*. Si en Quiroga la vida en el espacio natural se distingue por la lucha de dos voluntades: la humana y la selvática, en estos cuentos hay que ver —en relación al modo de ocurrir la muerte— que el acento está puesto en mostrar la voluntad natural, que adquiere ahora un rol destacado. Si, en el primer caso, la voluntad humana, a pesar de ser vencida, englobaba o superaba ese momento trágico; ahora se equilibra, en un mismo relato, con lo no-humano que aparece más claramente actuando en el marco de la subjetividad. Los personajes continúan luchando hasta el fin llevados de su norma acostumbrada. El relato quiroguiano, con su conocida impersonalidad y distancia, se sitúa en la intimidad del proceso del personaje, al tiempo que se manifiesta la presencia de esa voluntad exterior en la implacabilidad del discurrir de los hechos. Es decir, le interesa tanto mostrar la actitud en los momentos finales, como el predominio de lo externo. Los personajes son seres que sucumben no sin dejar testimonio de su resistencia, aunque, en última instancia, hay una aceptación austera, un dejarse engranar en el magno acontecer. Con frecuencia, a través de su actitud aparentemente tranquila, se aprecia el dominio de sí mismo. En *A la deriva,* desde el comienzo surge la lucha, proseguida por la sangre fría del personaje, la seriedad con que afronta el peligro cierto, su terrible fuerza de voluntad para superar la tesitura: «Pero el hombre no quería morir...,» «El hombre con sombría energía...,» «El hombre tuvo aún valor para llegar a su canoa...,». Con la descripción natural se inicia la parte del cuento en la que Paulino, el protagonista, es ya un moribundo. En el último tercio hay una frase que lo distancia claramente. La óptica narrativa se desplaza a un punto muy elevado, por un procedimiento calculado de ascensión que suavemente permite una toma desde esa gran altura: «Una pareja de guacamayos cruzó muy alto y en silencio hacia el Paraguay. Allá abajo, sobre el río de oro, la canoa derivaba velozmente...»[21] Por un momento Quiroga nos muestra desde el en-

foque superior, ese otro principio que parece ya dominar la escena. Es un recurso apropiado que nos permite ver la canoa, y no el hombre, en la corriente, rodeados por la naturaleza. Sólo queda ante la vista esa realidad solitaria en la que se siente la voluntad natural vencedora.

En conclusión, la matriz ideológica hombre-naturaleza puede destacar dos actitudes principales: el acto de conciencia superadora o la decisión de no ceder, de reaccionar como aquél ha hecho siempre. Son dos actos de voluntad que parten de una concepción vital común.

L. Martul Tobío
Kathleen N. March



El bungalow de Quiroga en Misiones

[21] *H. Quiroga, «A la deriva», en* Cuentos de amor de locura y de muerte *(Buenos Aires: Losada, 1972), p. 63.*

Un cuento perfecto

En su *Historia de la literatura hispanoamericana,* Enrique Anderson Imbert hace esta aseveración sobre Quiroga: «No le conocemos ningún cuento perfecto; en general escribía demasiado rápidamente y cometía faltas, no sólo de estilo, sino de técnica narrativa». Aunque a continuación el crítico argentino admite que «la suma de sus cuentos revela un cuentista de primera fila en nuestra literatura», lo cierto es que se está haciendo eco de acusaciones semejantes contra Horacio Quiroga que ya habían emitido Jorge Luis Borges y Guillermo de Torre.

Ante todo uno podría preguntarse: ¿qué es un cuento perfecto? ¿En qué consiste esa perfección? ¿Cómo determinar la perfectibilidad de un cuento? Francamente, no es nada fácil responder a estas preguntas. Si con toda razón el crítico cubano Salvador Arias afirma que «*definir* qué cosa es un buen cuento es mucho más difícil que *sentir* que tal o más cual muestra del género colma nuestros requerimientos al respecto», indagar en qué radica la perfección de un cuento multiplica esas dificultades. ¿Quizás en el equilibrio entre sus dos componentes principales, esto es, lo que se cuenta y la forma de contarlo? ¿Quizás en la manera de conducir la historia, de modo que fluya con la naturalidad de una corriente? ¿Quizás en la elección del material narrativo y así el lector *sienta* que nada sobra ni falta? ¿Quizás en el creciente interés que la historia despierta por la hábil colocación de sus distintas partes? ¿Quizás en la justeza de los medios expresivos, donde cada palabra está cuidadosamente escogida y resulta irremplazable? ¿Quizás por el trazado de los personajes, el vigor de las situaciones y lo sugestivo de los ambientes? El resumen de todo esto podría ser que un cuento «perfecto» es aquel en que se cuenta algo de interés, significativo, de hondo valor humano (ya que el hombre escribe para el hombre) y está *bien* contado. Naturalmente, este *bien* nos remitiría de nuevo al desglosamiento que intentamos, pues atañe a los procedimientos literarios de la narración corta. Y no hay fórmulas que nos permitan determinar el *cómo* de esa perfección. A lo más que podemos aspirar es a una *observación* cuidadosa de los recursos utilizados por un autor, y siempre teniendo en cuenta que estos recursos son flexibles, ya que pueden variar (de hecho varían) de un escritor a otro.

A mi entender, Quiroga tiene un cuento que satisface plenamente esa exigencia de perfección que le demanda (negándole) el historiador literario rioplatense. Seguramente hay otros en su vasta producción, pero yo quiero proponer este como modelo de la cuentística quiroguiana. Se trata del titulado *Una bofetada.*

Es uno de los pocos cuentos de ambiente social de Quiroga *(Los mensús* y *Los desterrados* serían otros ejemplos), en el cual se propuso aludir (describir sería excesivo) a la existencia de los jornaleros en los *obrajes,* esto es, en las talas de bosques, del río Paraná. Aunque a grandes rasgos y de un modo circunstancial, quiso mostrar sus duras condiciones de vida y de trabajo, el abuso, las humillaciones que se ejercen contra ellos.

Quiroga (a la izquierda) trabajando en Misiones.

Y el desprecio en que se les tiene por ser indios y mensús. Es decir, dos conflictos centrales apuntan en su relato: el conflicto social y el conflicto racial. Pero lo hizo, siguiendo una constante de su narrativa, a través del individuo, de la persona singular, no de un conglomerado; si bien, por supuesto, este individuo no es un ente aislado sino que conjuga en sí una colectividad. Pero para los efectos de la historia funciona aisladamente, y la esfera social en que está inscrito sólo se trasluce como fondo; mas tan hábil y paladinamente utilizada por el autor que está presente en toda la narración, confiriéndole una profunda y dramática significación.

Igualmente Quiroga va a contar una historia muy cruel, casi brutal, y tal vez de ahí que la cuente con aparente suma frialdad, sin acentuar en ningún momento su dramatismo y distanciándose él lo más posible. Sabiamente disimula su participación, pues sabe que si los hechos están bien elegidos y poseen en sí fuerza suficiente conmoverán al lector sin necesidad de que el autor los enfatice. Esto se llama objetividad, pero una objetividad que no excluye sino que sutilmente revela la raíz subjetiva de su arte. En esto Quiroga fue un maestro. Y el cuento *Una bofetada* se puede tomar como modelo de esa maestría.

Desde el comienzo, aplicando el consejo que da en su decálogo de que «en un cuento bien logrado las tres primeras líneas tienen casi la importancia de las tres últimas», apunta la esencia del cuento al decir que:

> Acosta, mayordomo del *Meteoro*, que remontaba el Alto Paraná cada quince días, sabía bien una cosa, y es esta: que nada hay más rápido, ni aún la corriente del mismo río, que la explosión que desata una damajuana de caña lanzada sobre un obraje.

Con un lenguaje sencillo, casi impersonal, Quiroga ha situado su cuento, entrando directamente en materia. El lector ya sabe dónde va a desarrollarse la historia, y su interés ha quedado atrapado por dos cosas: el por qué una damajuana de caña desata una *explosión* en un obraje, y la complicidad del mayordomo Acosta *(sabía bien una cosa)* en los sucesos que van a producirse.

Lo primero es revelado por Quiroga en el siguiente párrafo de esa manera aparentemente inadvertida que ha usado para iniciar su cuento. Dice: «En los obrajes hay resentimientos y amarguras que no conviene traer a la memoria de los mensús. Cien gramos de alcohol por cabeza, concluirían en dos horas con el obraje más militarizado». ¿Cuáles son esos resentimientos y amarguras que no conviene que los mensús recuerden? Aún Quiroga no los ha expuesto pero ya los ha sugerido, y a medida que el cuento se desarrolle veremos que se trata de la explotación, los abusos y las ofensas a que los peones están sometidos. Los explotan como trabajadores y los desprecian por indios. Así, de esta forma como deslizada, presenta Quiroga el problema social y racial. Y con una sola palabra descubre el sistema que prevalece en los obrajes: *militarizado.* Esto lo dice todo.

Acosta vende clandestinamente pequeñas dosis de alcohol a los mensús. Lo hace, con seguridad, para ganarse algún dinero y para proporcionar un poco de alegría a hombres que durante meses y meses viven en el más completo aislamiento y trabajando en las más difíciles condiciones. Pero además hay otra razón que Quiroga va a revelar en la discusión con Korner: Acosta es mestizo: es decir, por sus venas corre sangre india, y

esto lo hace simpatizar con los mensús, ser su cómplice en la trasgresión de las rígidas leyes que prohiben la venta de caña en los obrajes.

Quiroga relata a seguidas, con una concisión admirable, el suceso que dará origen al conflicto principal de su cuento. Acosta ha vendido a los peones de Puerto Profundidad, donde el barco se halla, más aguardiente del prudencial:

> El resultado fue un *regocijo* entre los mensús tan profundo, que se desencadenó una vertiginosa danza de *baúles* y *guitarras* que volaban por el aire. El escándalo era serio. Bajaron el capitán y casi todos los pasajeros, siendo menester una nueva danza, pero esta vez de *rebenque* sobre las cabezas más locas. El proceder es habitual y *el capitán tenía el golpe rápido y duro.* La tempestad cesó enseguida. Esto no obstante, se hizo atar en pie contra el palo mayor a un mensú más levantisco que los demás, y todo volvió a su norma.
> (Los textos en cursiva han sido marcados por mí).

Aparte de la plasticidad de esta escena, de su síntesis descriptiva, la simpatía de Quiroga por los mensús se evidencia por el sustantivo y la imagen que emplea para representar su algazara: *regocijo y danza de baúles y guitarras.* La algarabía no es pintada como una reyerta, ni siquiera como una escandalera grosera, sino más bien como una fiesta de muchachos. Nada es trágico en ella, por el contrario todo es jubiloso. A continuación, la imagen de la danza es reiterada, pero con un sentido diametralmente opuesto: ahora es de *rebenque,* esto es, de latigazos, y los propinan los pasajeros —que como ya antes ha informado están compuestos por «dueños y mayordomos de obrajes»—, destacándose el capitán, que tiene *el golpe rápido y duro.* Más adelante vamos a ver la importancia que para el cuento tienen estos dos elementos introducidos aquí: el látigo y la forma de golpear con él, así como el uso *habitual* del primero. Cómo de un modo fortuito, intrascendente, introduce asimismo Quiroga al protagonista de cuento: el mensú *más levantisco que los demás* que atan al palo mayor del barco. Con la expresión subrayada Quiroga ya lo ha caracterizado.

Se produce entonces la discusión entre Korner, dueño del obraje de Puerto Profundidad, y Acosta. Es aquí donde se revela el mestizaje de Acosta, lo cual justifica la venta excesiva de alcohol a los mensús y el resentimiento que van a provocar en él las increpaciones del propietario.

Furioso, Korner, abandona el despacho de Acosta, y al subir a cubierta ve al *indiecito* amarrado. Cree reconocerlo. Aquel indiecito «de ojos fríos y bigotitos en punta» era un peón «con quien había tenido algo que ver tres meses atrás». La rabia de Korner, los ojos fríos del indiecito, que al dueño del obraje le parece que lo miran con ironía, el haber tenido una disputa con él tiempo atrás y el hecho de que esté amarrado, es decir, indefenso, provocan que Korner descargue su ira contra él. Lo abofetea. No pudo golpear a Acosta, que no era indio sino mestizo, y además mayordomo del buque y con los brazos libres, pero se venga en el joven mensú. Con estos cuatro detalles Quiroga muestra una situación social y anímica normal en estos medios, amén de acentuar la caracterización de su protagonista y delinear los rasgos del antagonista. Ira, prepotencia y cobardía diseñan a este último, en tanto que al primero Quiroga lo define sicológicamente mediante la «sonrisita» que no se aparta de sus labios. Sonríe mientras, rojo de rabia, Korner se acerca a él; continúa «mirándolo con su minúscula sonrisa» cuando Korner lo insulta de palabra; y únicamente al recibir la bofetada, «se puso lívido, y miró fija-

mente a Korner». No obstante la ofensa, la reacción del indiecito es serena, fría. Sólo pronuncia dos palabras: «Algún día...».

La técnica objetiva de Quiroga se ilumina aquí meridianamente: trazado de los personajes por su comportamiento, por la manera en que se conducen, definición de la situación y de las intenciones por los signos exteriores de la acción, ausencia absoluta de toda intervención del autor. El acto expresándose por sí mismo, diciéndolo todo.

La exposición del cuento termina con este episodio, donde, con las amenazadoras palabras del indiecito, se ha cerrado el nudo del conflicto.

Luego, brevemente, Quiroga se aparta del tema central para resolver la situación que ha dejado pendiente entre Korner y Acosta, y narra cómo el mestizo se cobra las injurias del dueño del obraje surtiendo de aguardiente a los trabajadores de Puerto Profundidad, y perjudicando así los intereses del propietario; hasta que, de propia voluntad, decide «no alimentar más el fuego». Considera cumplida su venganza y está satisfecho de las ganancias que ha obtenido de la venta ilícita del alcohol, «todo sobre la propia cabeza pelada de Korner». Apelando al narrador indirecto, que en cierta forma asume la intimidad del personaje, Quiroga constata que el mestizo se ha reído de «su cara colorada, su lengua larga y su maldito obraje».

Falta la venganza del indiecito, a quien Quiroga no da nombre, como para identificarlo con todos los mensús que trabajan en los cortes de árboles. Rompiendo la supuesta unidad de tiempo de una narración breve, Quiroga hace transcurrir dos años entre el suceso del buque y el momento en que lo retoma. Pero la unidad de acción no se ha quebrado, pues el propósito de venganza del indiecito continúa siendo el hilo que desovilla la trama. Aquí, y no en el tiempo, está la verdadera cohesión de un cuento, y Quiroga lo sabe. Lejos de dañar la historia, el tiempo transcurrido sin que el indiecito logre su objetivo aviva el interés por lo que va a pasar. Entretanto, Quiroga aprovecha este lapso para perfilar la personalidad de su protagonista e ilustrar acerca de la vida de los mensús en las poblaciones del Alto Paraná. Es este el pasaje de mayor amplitud social del cuento, desde un punto de vista de exposicion de las costumbres, los gustos, las relaciones hombre-mujer entre los pobladores indios.

Quiroga hace pasar un año más. Son ahora tres los que distancian al indiecito de la bofetada que recibiera; tiempo suficiente para que el indiecito se hubiera olvidado. Pero él no lo olvida; por el contrario, está tan presente en su memoria como si hubiera ocurrido ayer, con lo cual una supuesta característica que se le atribuye al indio, el rencor, es mostrada tácitamente. Y que la molicie que invade al indiecito no es en él sino acecho de la oportunidad que busca, lo sugiere Quiroga contando los fracasos que sufre en su afán de acercarse a Puerto Profundidad:

> Descendía a este puerto, a aquél, los sondaba todos, tratando de llegar a donde quería. Pero era en vano: en todos los obrajes se le aceptaba con placer menos en Profundidad; allí estaba de más. Cogíalo entonces una nueva crisis de desgano y cansancio y tornaba a pasar meses enteros en Posadas, el cuerpo enervado y el bigotito saturado de esencias.

Ante la imposibilidad, por lo menos transitoria, de alcanzar lo que se propone, el joven mensú deja de contratarse para laborar en las talas y se habitúa a la vida cómoda, placentera que le acarrera la aceptación que tiene entre las mensualeras. Ironizando, y para poner de manifiesto que su personaje no es un héroe, sino un indiecito común

y corriente, simpático, atractivo para las mujeres, Quiroga dice que reemplaza «el antiguo y duro cansancio de los brazos» por la «constante fatiga de las piernas». Y con cuatro pinceladas pinta el barrio en que tan holgadamente transcurre su vida en Posadas:

> No salía de ese barrio de los mensús; pasaba del rancho de una mensualera a otra; luego iba al boliche; después, al puerto a festejar en corro de aullidos el embarque diario de los mensús, para concluir de noche en los bailes de a cinco centavos.

En suma, la existencia de un Don Juan al borde de la corriente del Paraná, en la zona tropical del norte argentino, entre los apretados bosques hartos de fieras: algo inusual en este tipo de relatos, pero que la paleta realista, verídica de Quiroga destaca.

Sin embargo, la necesidad imperiosa del trabajo en esos medios donde la naturaleza es casi una enemiga del hombre y para vencerla éste debe irremediablemente enfrentársele, no concibiéndose por ello el holgazán, es deslizada por Quiroga en las burlas que los demás peones le dirigen al indiecito. Lo zahieren insinuándole que le gusta más «la bailanta» que el hacha. Dado el insulto a su hombría que comportan estas bromas, en otras circunstancias el mensú reaccionaría violentamente.Quizás se liaría a machetazos con sus compañeros.

Mas ahora soporta tranquilamente sus invectivas, no se encoleriza, reserva su fiereza para quien sí en verdad lo ha ofendido.

Comenta Quiroga, con un toque de humor, que «sonreía, satisfecho de sus bigotes y su melena lustrosa».

Y la ocasión aguardada, tan anhelada por él, se le presenta súbitamente al indiecito:

> Un día, sin embargo, levantó vivamente la cabeza y la volvió, toda oídos, a los conchabadores que ofrecían espléndidos anticipos a una tropa de mensús recién desembarcados. Se trataba del arriendo del Puerto Cabriuva, casi en los saltos del Guayrá, por la empresa que regentaba Korner.
>
> El indiecito no lo piensa, se hace contratar inmediatamente y tres días después, los mismos mensús que acababan de bajar extenuados por nueve meses de obraje, tornaban a subir, ***después de haber derrochado fantástica y brutalmente en cuarenta y ocho horas doscientos pesos de anticipo.*** (Cursivas mías, C.L.)

Si he subrayado estas últimas líneas es porque resultan clave respecto al tratamiento en Quiroga del problema social. Aun cuando el abuso que se comete con los obreros de Misiones está implícito en la narración (como lo está en otros de sus cuentos), no oculta las flaquezas e inconsecuencias de éstos. Al igual que en «Los mensús» el peón Cayetano Maidana, luego de escapar a costa de mil riesgos del infierno del obraje donde trabajaba, se emborracha en Posadas y vuelve a contratarse para otro obraje y así repetir el ciclo de su vida miserable, aquí Quiroga exhibe una situación muy similar, pero referida no a un solo hombre sino a una «tropa de mensús». También ellos seguramente se emborrachan, juegan, se acuestan con prostitutas, dilapidando en unas pocas horas, ***fantástica y brutalmente,*** el dinero ganado en nueve meses de extenuante labor y, tan sólo tres días después, deben remontar otra vez el Paraná hacia un nuevo obraje. La sinceridad del arte de Quiroga se transparenta en este pasaje. No es dotando a sus personajes de falsas virtudes como logrará despertar la solidaridad hacia ellos. Pues aunque no lo explicita, sabe que el lector deducirá que su conducta es consecuencia de las inhumanas condiciones de vida en que se desenvuelven. En esta sinceridad, en esta objetividad se afinca la fuerza testimonial de los relatos de Quiroga.

La presencia del indiecito en una cuadrilla destinada a las jangadas, esto es, a echar a la corriente del río los troncos derribados hasta formar enormes palizadas, es utilizada por Quiroga para describir lo brutal de esta faena:

> Pasó, por consiguiente, dos meses trabajando bajo un sol de fuego, tumbando vigas desde lo alto de la barranca al río, a punta de palanca, en esfuerzos congestivos que tendían como alambres los tendones del cuello a los siete mensús enfilados.
>
> Luego el trabajo en el río, a nado, con veinte brazas de agua bajo los pies, juntando los troncos, remolcándolos, inmovilizándolos en los cabezales de las vigas, horas enteras, con los hombros y los brazos únicamente fuera del agua. Al cabo de cuatro, seis horas, el hombre trepa a la jangada, se le iza, mejor dicho, pues está helado.

Ni un solo adjetivo: la escueta y llana descripción del trabajo que la cuadrilla realiza. Quiroga hace buena aquí su recomendación —recogida en el *decálogo*— de que no se adjetive sin necesidad, advirtiendo que: «Inútil será cuantas colas adhieras a un sustantivo débil. Si hallas el que es preciso, él sólo tendrá un color incomparable». Y todos los que Quiroga emplea en el cuadro transcripto tienen ese «color incomparable», pues en hallar el sustantivo preciso Quiroga era un maestro.

Conduciendo las jangadas, el indiecito logra por fin llegar a Puerto Profundidad. «*Nuestro hombre* había contado con esto para que se le permitiera bajar en el puerto», dice Quiroga, enseñando así, como un jugador que vuelve sus cartas, que se está relatando una historia y que detrás de esa historia hay un escritor que es el que la refiere. En ningún momento intenta suplantar al protagonista, ni siquiera hablar desde él o asumirlo sicológicamente. Quiroga no se aparta un milímetro de su método casi impersonal. Es como el ojo de una cámara cinematográfica. La intensidad de la narración está en lo que cuenta, no depende de su participación en ella como autor, que en todo momento oculta.

El desenlace del cuento está a punto de producirse. Una vez en Puerto Profundidad, donde «en la Comisaría del obraje o no se le reconoció, o se hizo la vista gorda, en razón de la urgencia del trabajador», el indiecito es encargado, junto con otros tres peones, de arrear una tropilla de mulas tierra adentro, hacia la Carrería. Anota Quiroga: «No pedía otra cosa» va implícito que sabe que de alguna forma se encontrará con Korner, ha de toparse con él, se verán frente a frente. Magistralmente Quiroga prepara el enfrentamiento, que culminará con la tan ansiada y esperada venganza del peón. Tras tres años de aguardar, acechar, rondar, va a consumarse. Quiroga, como si se tratara de un personaje más, hace incluso participar a la naturaleza de este clímax, al detallarla minuciosa y casi *anímicamente:* «Hacía ese día mucho calor. Entre la doble muralla del bosque, el camino rojo relumbraba al sol. El silencio de la selva a esa hora parecía aumentar la mareante *vibración del aire* (yo subrayo) sobre la arena volcánica. Ni un soplo de aire, ni un pío de pájaro».

Una atmósfera opresiva, tensa, presagiadora, si bien siempre descrita fría y distanciadamente, a excepción, tal vez, de la imagen subrayada. De todas formas, aún dentro de ese procedimiento, Quiroga incorpora al paisaje como un elemento vivo y actuante más. El tiempo, la hora es asimismo otro dato vital que Quiroga añade, pues estamos en pleno día, con el sol en el cenit, a la hora más ardiente del día. En ese escenario tiene lugar, por fin, el reencuentro entre el indiecito y Korner, entre el mensú y el

propietario, entre el peón y el amo, entre el indio y el blanco. Hacia la una la tropilla hace un alto para tomar mate, y es entonces cuando divisan a Korner. «Venía solo, a caballo, con un gran casco de pita». Toda la arrogancia del amo ofrecida con sólo estos tres detalles. «Korner se detuvo, le hizo dos o tres preguntas al peón más inmediato y recién entonces reconoció al indiecito, *doblado sobre la pava de agua*» (yo subrayo).

Con esta acción Quiroga está sugiriendo que el mensú no se ha puesto de pie al llegar el amo, sino que ha permanecido en la posición en que se encontraba, como un desafío a su poder, o tal vez para no ser reconocido por él. De todas formas, la tensión ya ha sido creada, la situación entre Korner y el indiecito es como un disparador a punto de ser accionado.

La reacción de Korner, al descubrir al indiecito, es violenta, como cuadra al temperamento de un amo (y quizás al miedo que repentinamente lo invade): «—¡Eh, vos! ¿Qué hacés aquí? —le gritó furioso.

El indiecito se incorporó *sin prisa* (Id.)».

La parsimonia que le confiere a los movimiento del protagonista recalca, acentúa su actitud retadora: «Parece que no sabe saludar a la *gente* —contestó avanzando lento hacia su patrón».

Todo se desencadena entonces, relampagueantemente y con la misma economía de medios e idéntico distanciamiento al de otros párrafos de acción, Quiroga resuelve el choque mediante la neta descripción, rápida y fragmentada, como una yuxtaposición de planos fílmicos:

> Korner sacó el revólver e hizo fuego. El tiro tuvo tiempo de salir, pero a la loca: un revés de machete había lanzado al aire el revólver, *con el índice adherido al gatillo.* Un instante después Korner estaba por tierra con el indiecito encima.

Otro detalle en este párrafo que revela el extraordinario poder de sugerencia de la prosa de Quiroga, su habilidad para insinuar las cosas —con lo que logra un mayor destaque de las mismas— es que la mano que le dio la bofetada al indiecito ya está mutilada y sangra. Más adelante Quiroga insistirá en ello.

La complicidad de los otros peones, su solidaridad de «clase» (llamémosle así, aunque es término que ellos ignorarían) y racial, es igualmente deslizada por Quiroga. En primer lugar, no intervienen en la lucha, en segundo, son «ostensiblemente *ganados* por la audacia de su compañero», y en tercero, cuando el indiecito les ordena que sigan, ellos obedecen. Sutilmente apunta Quiroga: «los otros prosiguieron su deber, que era para ellos arrear las mulas, según lo ordenado».

El indiecito despoja a Korner de su cuchillo, lo arroja y sólo se posesiona del rebenque. Es decir, que el látigo con que los patrones castigan a los mensús es exactamente la única arma de que se hace. Ya vimos cómo fue utilizado por el capitán del *Meteoro* y los pasajeros en la escena del buque, cuando, como de un modo casual, Quiroga dio a conocer la forma en que eran sofocadas las algarabías de los jornaleros. El capitán tenía el golpe rápido y duro. El indiecito lo va a tener también: no es sólo privilegio de los dueños y los blancos. Korner lo experimentará en carne propia. En las dos ocasiones en que, en el lugar de la pelea, intenta abalanzarse sobre el indiecito, el látigo, implacablemente, lo derriba nuevamente al suelo y luego, cuando, obligado a caminar, se de-

tiene y lleno de rabia y humillación insulta al indiecito, «el látigo caía de nuevo, terrible, sobre su nuca».

El cuento cobra en esta escena final su máxima crueldad. El indiecito lleva a Korner hacia el río. Durante cinco horas lo fuerza a andar en esa dirección. Y en todo el trayecto la mano del dueño del obraje, la misma que lo abofeteara, sigue vertiendo sangre. Rabia, humillación y dolor son las palabras en que Quiroga insiste para dar a conocer el estado de ánimo de Korner: exactamente los mismos sentimientos que experimentó el indiecito cuando fue golpeado en el barco y que alimentaron por años su obsesión de venganza. Nada deja al azar Quiroga, todo tiene una calculada, inexorable correspondencia. Queda otro punto: ¿por qué el indiecito lleva a Korner al río? Ya fuimos testigos de las terribles condiciones en que los mensús tienen que trabajar en las jangadas; pues bien, del acto del indiecito se desprende que precisamente lo conduce a ese sitio para ejercer en él no sólo su propio castigo, sino el de todos los peones que obligados por la necesidad laboran y no pocas veces pierden la vida en los inhumanos obrajes. Es como un ajuste de cuentas colectivo. Mas todo esto tiene que ser deducido, porque en ningún momento Quiroga lo dice. Simplemente aporta los datos y confía en que el lector extraerá de ellos las conclusiones. Ejemplo más acabado de narración indirecta, de eficacia de intenciones, sólo es posible hallarlo en una historia relatada soberanemente.

Otro detalle que revela la idiosincrasia del indio y la violencia que hay reconcentrada en el protagonista del cuento es que en todo el trayecto, durante las cinco horas que marchan «en silenciosa pareja», el indiecito no habla, no insulta a Korner, ninguna ofensa escapa de sus labios, y únicamente cuando éste se niega a andar es que, junto con el golpe del rebenque, pronuncia una sola palabra: «Caminá». Este solo vocablo le basta a Quiroga para poner de manifiesto el odio frío e implacable que arde en el pecho del peón.

«Al entrar el sol», esto es, con la caída de la tarde, el indiecito abandona la «picada maestra» y toma por un «pique» que también conduce al Paraná. Se desvía para evitar la Comisaría, ya mencionada por Quiroga como casualmente cuando el joven mensú logró por fin introducirse en Puerto Profundidad y que ahora reaparece cumpliendo una función específica en el relato: la posibilidad de salvación de Korner. Al eludirla su captor, el prisionero comprende que está perdido. Entonces se deja caer en el suelo, «dispuesto a no dar un paso más». Pero el indiecito lo latiga «con sus golpes de brazo habituado al hacha». De nuevo Quiroga relaciona el duro oficio del mensú con el acto que está ejecutando ahora, como para enfatizar el carácter social de la venganza. El cuento está llegando a su término y la violencia contenida en el indiecito se desata. A golpes de látigo obliga a incorporarse a Korner y «en el cuarto de hora final los rebencazos cayeron cada veinte pasos con incansable fuerza sobre la espalda y la nuca de Korner, que se tambaleaba como un sonámbulo».

Han llegado al Paraná y por la ribera remontan hasta la jangada. Forzado por el indiecito, Korner sube a una palizada, camina dando tumbos sobre sus troncos y se desploma sin fuerzas en uno de sus extremos. Y es aquí donde se rompe el mutismo del mensú y su voz se deja oír: «—Ahora», habló por fin, «esto es para que saludés a la *gente*... Y esto para que sopapées a la *gente*...»

Por primera vez en todo el cuento Quiroga le hace pronunciar más de dos palabras,

y la subrayada por mí, que él repite, indica el sentimiento que lo domina de que es un ser humano y no una bestia de trabajo como lo consideran los patronos, para quienes los mensús no son *gente.*

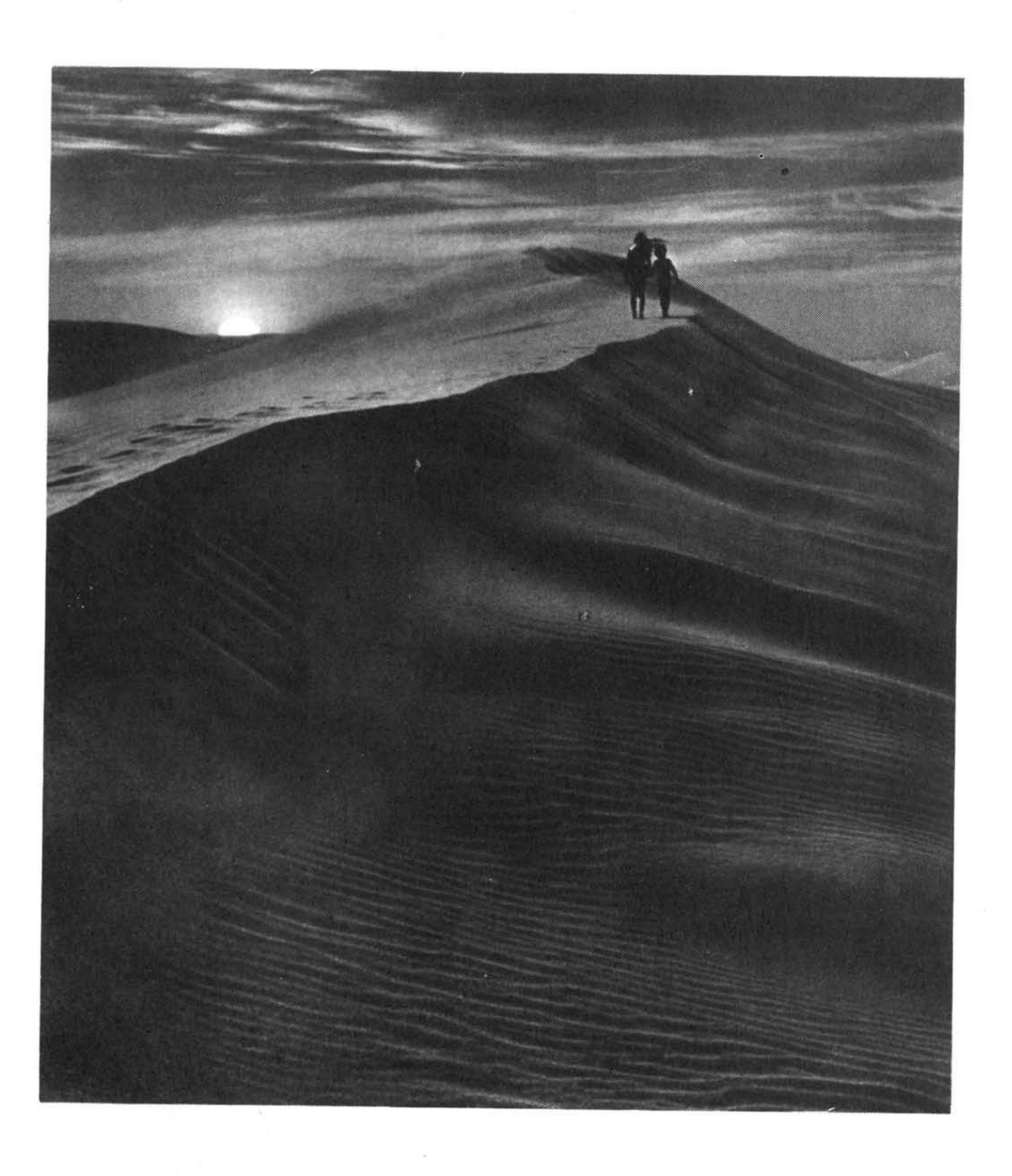
El indiecito remata a Korner a latigazos. Trepa luego a una canoa, amarra una soga a la jangada y rema. La inmensa mole de troncos se pone en movimiento y entra en la corriente con el cadáver de Korner encima. El indiecito corta el cabo que sujetaba la canoa a la almadía. Todo ha terminado, y en contraste con el paisaje que describió al iniciarse el desenlace del cuento, ahora Quiroga pinta una naturaleza sosegada, apacible, pero con la frialdad y el silencio de una tumba:

> El sol había entrado hacía rato. El ambiente, calcinado dos horas antes, tenía ahora una frescura y una quietud fúnebres. Bajo el cielo aún verde, la jangada derivaba girando, entraba en la sombra transparente de la costa paraguaya, para resurgir de nuevo a la distancia como una línea negra ya.

Mediante dos expresiones: «Voy a perder la bandera» y «donde debía permanecer hasta el fin de sus días», Quiroga, fiel a su método de sugerirlo todo, da a entender que el indiecito, para escapar de la justicia, debe desterrarse. Por eso boga hacia el Brasil. Pero no se arrepiente de lo que ha hecho. Pues, desde la canoa, sigue «con una fría mirada a la jangada que iba al desastre inevitable». Y se reafirma en su acto al concluir: «Pero ése no va a sopapear más a nadie; gringo de un añá membuí!» Ignoro que significan estas dos últimas palabras (quizá guaraníes), pero el *gringo* que le hace exclamar Quiroga atañe a la extranjería de Korner, que por su apellido debe ser alemán o de ascendencia alemana.

Si un cuento como el que acabo de glosar, tan rico en todos los sentidos, tan ilustrativo de la maestría narrativa de Quiroga, no es un cuento perfecto... nada se parece tanto a la perfección.

César Leante



INVENCIONES Y ENSAYOS

JOSÉ PACHECO
A CHEGADA DE
LAMPIÃO
NO INFERNO

ANTÔNIO TEODORO DOS SANTOS
O ENCONTRO DE
LAMPIÃO COM
DIOGUINHO

RODOLFO COÊLHO CAVALCANTE
A CHEGADA DE
LAMPIÃO
NO CEU

JOSÉ PACHECO
O GRANDE DEBATE DE
LAMPIÃO COM SÃO PEDRO
LITERATURA DE CORDEL

Canudos y otras historias nordestinas

Cuando el DNOCS[1] decidió construir el pantano de Cocorobó, para abastecer la región nordestina de Brasil, se sepultaba definitivamente bajo las aguas la ciudad de Canudos. Se borraba de la Geografía, ya que de la Historia no era posible, aquella Troya de barro y paja que durante dos años resistió cuatro expediciones del ejército regular, que no fue conquistada hasta que cayeron sus últimos defensores y que serviría de tema a dos obras maestras. Realmente Canudos ya no era nada. Las cinco mil dosciencas chozas y las dos iglesias había sido arrasadas por el ejército republicano, sus restos quedaban esparcidos y quemados bajo el viento y el sol sertaneros. Se completaba así una obra que había comenzado el 4 de Noviembre de 1896, cuyo objetivo había sido hacer desaparecer del mapa aquella ciudad y todo lo que esta pudiera significar. El departamento contra la sequía solamente puso el punto final. Pero, ¿por qué tanta rabia? ¿qué tanía esa pequeña ciudad para que la respuesta del poder fuese tan contundente? ¿Qué símbolo, qué significado podría esconderse en aquellas barracas miserables para que fuese tan urgente, tan preciso destruirlas? La intención de estas páginas es intentar responder de alguna forma a estas preguntas y esbozar algunas reflexiones que pudieran ser utilizadas posteriormente para un estudio comparativo de las obras de Euclides da Cunha y de Vargas Llosa.

El monopolio de la tierra. La sequía

La epopeya de Canudos no es un hecho aislado, único. Es preciso analizarla junto a otros movimientos de características semejantes que se suceden en los sertones nordestinos entre finales del siglo XIX y comienzos del XX. Hay en este período toda una serie de problemas de orden económico, ideológico, y político que inciden de forma directa sobre esta región. La raíz de estas crisis habría que buscarla en el monopolio de la tierra, cuyo origen se remonta a los tiempos coloniales con la división de Brasil en Capitanías Generales y con la concesión de sesmarías[2].

En la época que nos ocupa se produce el desarrollo vertiginoso del sur del país debido al auge del mercado del café. Las nuevas plantaciones, en continua expansión, nece-

[1] *El DNOCS (Departamento Nacional de Obras Contra la Sequía), fundado el 21 de octubre de 1909, es una entidad pública dependiente, en la actualidad, del Ministerio del Interior cuyo objetivo es la construcción de obras como embalses, perforación de pozos e infraestructura contra las sequías. El pantano de Cocorobó, comenzado en 1951 y concluido en 1967, ocupa 245 km.* ^{2} *del sertón de Canudos, hoy perteneciente al municipio de Euclides da Cunha, región en la que se desenvolvió la historia de los yagunzos de Antonio Consejero.*

[2] *SESMARIAS: Lotes de tierra incultos o abandonados que los reyes de Portugal cedían a los que se comprometieran a cultivarlos. Aurelio Buarque de Holanda:* Novo Dicionario da Lingua Portuguesa.

sitan gran cantidad de mano de obra que se encontrará en las zonas más atrasadas. Por otra parte el Estado de Sâo Paulo absorberá la casi totalidad de la emigración europea, que en la última mitad de siglo se cifraba en el orden de las cien mil personas por año. Estos hechos permiten ilustrar el crecimiento de la hacienda paulista que provocará como consecuencia la ruina de los otros estados. Quizá donde se hizo notar más esta crisis fue en el nordeste, que consigue únicamente sobrevivir gracias al cultivo de la caña y al ingenio de azúcar. Las demás plantaciones van paulatinamente desapareciendo, cayendo en manos de los señores del azúcar, cuya apetencia insaciable de ampliar sus cultivo condujo a la lucha por el monopolio de la tierra.

Este sistema económico estaba basado fundamentalmente en el monocultivo del azúcar y en la utilización del trabajo del esclavo. Aunque el 13 de Mayo de 1888, ocho años antes de la primera campaña contra Canudos, fue abolida la esclavitud, la utilización de una mano de obra casi gratuita durará hasta nuestros días. El esclavo pasó a ser un semisiervo en manos del latifundista, viéndose obligado a trabajar una jornada de doce horas para tener derecho a su escasa manutención diaria. Por otra parte el monocultivo de la caña impedirá el relanzamiento de otras fuerzas productivas, dificultará la entrada de tecnología moderna, lo que hubiera permitido un mayor desarrollo, provocando el atraso cultural y económico que caracteriza al Nordeste. La población que ocupa estos estados se verá obligada a vivir en la más extrema miseria y en el mayor aislamiento cultural, con un analfabetismo casi generalizado y una total ignorancia de todo lo que pudiera suceder más allá de los límites del sertón. La única forma de conciencia del universo, de la naturaleza, la sociedad o la vida era dada por la religión católica y por las sectas, más o menos heterodoxas, nacidas en las comunidades rurales.

A este sombrío panorama habría que añadir el azote de las sequías, que reducen aún más la alimentación del campesino. El sertanero, a cambio de un trabajo de sol a sol, tenía derecho a plantar, en pequeños lotes de tierra, maíz, frijoles y sandías, en que, junto con la cría de algunas cabras, consistía la casi totalidad de su alimentación. En cambio, en las temporadas de ausencia de lluvias, esta se reducía, para los más afortunados, a raíces, tubérculos y frutos silvestres. Otros muchos no tenían siquiera derecho a esta miserable alimentación, viéndose abocados al castigo del hambre. Euclides da Cunha recoge una larga lista de sequías que padeció el Nordeste entre los siglos XVIII y XIX, de ellas, la más significativa para nuestra historia, fue la que tuvo lugar entre 1877 y 1879. Tres años consecutivos sin agua provocaron la falta casi absoluta de recolección, la muerte del ganado y el descenso alarmante de trabajo. Sólo en el año de 1878, y unicamente en el estado de Ceará, se encuentran sin empleo, es decir, sin los medios más elementales de subsistencia, 120.000 personas sobre una población de 800.000. Estas gentes sin alternativas se veían obligadas a partir al Amazonas donde el cultivo del caucho tenía enorme auge, a los cafetales de São Paulo o morirse de hambre por los caminos del Sertón. Aquellos que tenían la suerte de emigrar conocían otras formas de producción y de trabajo, y a su regreso, se volvían inconformistas, rechazando la miseria y el hambre. La protesta social, en aquel tiempo y en estos estados, sólo podía encontrar dos canales de expresión: el bandolerismo de los cangaçeiros y el fanatismo de los iluminados, fundiéndose ambos, algunas veces, en un marco común como sucedió en el caso de Canudos.

Cangaçeiros y fanáticos

Cangaçeiro es el nombre que se da en el Nordeste al bandido fuertemente armado que recorre los sertones, asalta haciendas, conquista poblados, se alimenta de la rapiña y vive bajo la persecución constante de la policía. Generalmente forma grupos de tres a diez hombres como máximo. Quizá el que mejor pueda ilustrarlo sea Virgulino Ferreira da Silva, Lampião, conocido como Rey del Cangaço y Gobernador del Sertón, quien, nacido en Sierra Talhada, en el estado de Pernambuco, vive en su infancia una realidad familiar de características semejantes a las de Antonio Consejero, líder ideológico de Canudos. Los Nogueiras y Saturninos, poderosas familias locales, matan una cabra de los Ferreiras. Estos últimos se vengan dando muerte a un miembro de las familias rivales huyendo posteriormente al vecino estado de Alagoas, donde será asesinado un Ferreira: el padre de Lampião. Virgulino se une a uno de los bandos más conocidos de cangaçeiros con la idea de poder vengarle un día. Aquí comienza una larga peregrinación de veinte años de asesinatos, asaltos a grandes haciendas, asedios a poblados y ciudades, agitando todo el Nordeste con sus correrías. Toma las ciudades de Soussa en Paraíba, Limoeiro en Ceará y está a punto de conquistar Mossoró, la segunda ciudad en importancia de Río Grande del Norte. Es contratado y armado por el Padre Cícero en 1926 para la defensa de intereses locales, recibiendo el mando de capitán por parte del mismo ejército. Su historia está íntimamente ligada a la de María Bonita, su compañera, que fue también miembro del cangaço y con la que morirá en la hacienda de Angico, en Sergipe, el 28 de Julio de 1938. Su personalidad, iluminada por la leyenda, ha sido retratada en libros y canciones populares, siendo tema de numerosas obras de la Literatura de Cordel [3] e incluso mereciendo un programa de la televisión brasileña. Es el mismo Virgulino Ferreira quien define el cangaço como una profesión. ¿Qué solución podía quedar a esos hombres, sin tierra ni trabajo, empujados al hambre por causa de la sequía y de la pésima administración de los hacendados, siempre ocupados en sus intereses personales? Ninguna, si no era juntarse, armarse y procurarse la subsistencia como podían. El Nordeste es recorrido, desde finales del pasado siglo hasta los comienzos del presente, por estos grupos que se unen o se separan dependiendo de las condiciones climáticas, políticas o laborales. Muchas veces su historia se funde con la de las sectas religiosas que durante este tiempo se reproducen en los sertones. Estos movimientos se engendran en torno a un iluminado —Antonio Consejero en Canudos, Padre Cícero en Juazeiro o Beato Lourenço en Caldeirâo— que, gracias a sus prédicas, catalizan todo un malestar social. Surgen así sectas religiosas de numerosas variantes cuyo origen y punto en común hay que encontrarlo en la religión católica. Sus adeptos, fanáticos o místicos, se reúnen en lugares abandonados hasta constituir auténticas ciudades. Las autoridades de la iglesia se apresuran a condenarles. En este sentido Euclides da Cunha narra la llegada, en 1895, de tres frailes capuchinos al poblamiento de Canudos. Estos van a encontrase frente a mil hombres armados, teniendo «la impresión de

[3] *LITERATURA DE CORDEL: Romancero popular nordestino en folletos pobremente editados que se exponen a la venta, colgados de una cuerda o cordel, en las ferias y mercados nordestinos. Aurelio Buarque de Holanda:* Novo Dicionario da Lingua Portuguesa.

haber caído de golpe, en medio de un campamento de beduínos»[4]. En su breve recorrido sienten miradas inquietas, recelosas, hostiles, ante las cuales esbozan un «loado sea Nuestro Señor Jesucristo» que es inmediatamente respondido por un «para siempre sea loado tan buen Señor». Entran en el pequeño templo y se encuentran con Antonio Consejero que les acoge afectuosamente, les informa de los trabajos de la iglesia y se les ofrece como guía para que puedan apreciarlos. Esta cordialidad impulsa a los religiosos a comentarle que «mucho les extrañaba encontrar allí hombres armados y no podían dejar de condenar que se reuniesen en lugar tan pobre tantas familias entregadas a la ociosidad, en un abandono y miseria tales que diariamente se producían de 8 a 9 defunciones. Por esto, por orden y en nombre del Señor Arzobispo, iban a abrir una Santa Misión aconsejando al pueblo que se dispersase, volviese a sus lugares de origen y a su trabajo, en interés de cada uno y para el bien común». Esto originó el primer altercado. El recinto se llenó de personas que no estaban dispuestas a abandonar a su Consejero. Se temía un desorden inminente. Antonio Consejero los calmó y con su placidez habitual contestó a los capuchinos que precisaba de aquellos hombres armados para protegerle de la República, a la que él no podía reconocer. A lo que respondió el religioso airadamente que la Iglesia condenaba las revueltas, enseñando que los poderes constituídos mandan a los pueblos en nombre de Dios y que en el mismo Brasil todos, desde el primer obispo hasta el último católico, aceptaban al gobierno republicano. ¿Solamente él y su secta iban a negarse a reconocerlo? No era una forma correcta de pensar. Su doctrina estaba equivocada. El gentío congregado, casi siguiendo las leyes del teatro griego, respondió a coro: «Es Vuestra Reverendísima quien tiene una falsa doctrina y no nuestro Consejero». De nuevo es el iluminado quien tranquiliza los ánimos para que ellos puedan continuar su labor, y ya que no tenía ninguna intención de desarmar a su gente, tampoco quería estorbar su santa misión. Euclides da Cunha sigue contando los avatares de la misma, y al séptimo día de la prédica —después de haberse efectuado 55 casamientos, 102 bautizos y más de 400 confesiones— los frailes fueron invitados a salir por João Abade y los pobladores de Canudos, a los gritos de «Viva el Buen Jesús y el Divino Espíritu Santo». Esta anécdota se repite con distintas variantes en los otros casos de mesianismo. La Iglesia se negará siempre a aceptar estas prácticas heterodoxas, debido a que ellas iban unidas a ciertos desórdenes que alteraban el sistema social constituído por los grandes hacendados. Este rechazo de la Iglesia era inseparable de la intervención del ejército, ya que aquellos grupos de cangaçeiros y fanáticos no hacían otra cosa que confundir la mente de los sertaneros que tenían, por otra parte, tan buena disposición de carácter y tanta inocencia religiosa. Una vez más la Iglesia y el Estado se unían para sofocar cualquier tipo de protesta social. Y la represión que tales hechos provocaban eran extraordinaria. De Canudos sólo quedarían cuatro supervivientes: «un anciano, dos hombres y un niño, al frente de los cuales rugían rabiosamente cinco mil soldados»[5].

[4] *OS SERTOES de Euclides da Cunha, p. 140 a 143. Livraria Francisco Alves Editora, S.A. 1981. La traducción de este texto como de los que se citan a continuación son del autor de estas páginas.*
[5] *Obra cit. p. 407.*

Coroneles y capangas

En el sertón sin sombras se proyecta la figura de uno de sus más siniestros personajes: el capanga. Este viene a ser una especie peculiar de matón a sueldo que actuará a los órdenes de los «coroneles», nombre que reciben en Brasil los grandes hacendados. Estas dos figuras —coroneles y capangas— se oponen a los cangaçeiros y fanáticos. Si estos últimos responden a la llamada del hambre practicando rapiñas y uniéndose en comunidades pararreligiosas, coroneles y capangas defienden el orden establecido y constituyen la otra vertiente social del nordeste.

Ya desde los tiempos de la colonización los dueños de sesmarías, poseedores de inmensos latifundios, es decir los coroneles, tuvieron que armar a sus trabajadores para defenderse de los ataques indígenas, a quienes usurpaban los territorios. Más tarde con la lucha por los límites entre las sesmarías y las haciendas se haría imprescindible la figura del capanga. En estas amplias extensiones de tierra, el coronel, casi totalmente aislado del exterior, sin control del gobierno, forma su propio ejército y se nombra autoridad absoluta en la región. Son conocidas auténticas guerras entre hacendados por el control de la tierra. Como ilustración de este estado de cosas es interesante señalar que, en la segunda década de este siglo, tuvo lugar el enfrentamiento entre los coroneles Militâo y Horacio de Matos, para lo cual este último movilizó más de seiscientos capangas durante cinco meses por numerosos municipios, ciudades y poblados del interior de Bahía. El mismo Horacio de Matos, en otra ocasión, llega a tomar la ciudad de Lençois con mil hombres. Las distintas campañas de este coronel hacen necesaria la intervención del Gobierno Federal a quien le son impuestas condiciones para la total pacificación de la región. Algunas de ellas ponen de relieve la autoridad de este hacendado: no entregará ni las armas ni las municiones y le serán reservadas dos plazas de diputado estatal y una de diputado federal. Otro conocido coronel, Floro Bartolomeu, jefe político de Juazeiro y defensor armado del Padre Cícero, repele y pone en fuga, en enero de 1914, a tropas del Gobierno Estatal a las que sigue hasta la misma ciudad de Fortaleza, capital del Estado de Ceará. Como consecuencia de esta persecución, para la que se movilizó y armó a cinco mil hombres, fueron saqueadas sucesivamente las ciudades de Crato, Barballa y Quixada. En todas estas campañas el elemento de choque, adiestrado y municiado por los coroneles, será el capanga, cuya presencia sobrevive hasta nuestros días. En la actualidad el gran propietario ha perdido el extraordinario poder que tuvo un tiempo, aunque todavía utiliza esta mano armada en defensa de sus intereses políticos, produciéndose la alianza del latifundio semifeudal y la burguesía.

El capanga se transforma así en un asesino asalariado tras una larga historia de crímenes, que comenzaron con el exterminio del indígena, continuaron con las guerras por la hegemonía de los hacendados y terminaron con la defensa de las grandes propiedades contra el proletariado rural, sin tierras ni trabajo, cuya ambición única será la supervivencia.

El yagunzo en Euclides da Cunha

Euclides da Cunha, en *Os Sertoes*, no diferencia entre cangaçeiros, capangas o fanáticos. Para todos ellos emplea el mismo nombre: yagunzo. No menciona para nada los

problemas sociales, políticos o económicos que hicieron surgir estas tres figuras en el Nordeste. La explicación euclidiana nace de otros presupuestos. El yagunzo, el vaquero nordestino, «está en función inmediata de la tierra»[6].

En la primera parte de su obra, como en una obertura magnífica, intentará explicar esta tesis. Esta región, donde aún pueden encontrarse fósiles de todo tipo de peces, animales acuáticos y fauna antediluviana, parece ser, en palabras de Euclides, un inmenso cementerio de mastodontes, rebosando «vértebras descoyuntadas y partidas como si la vida hubiera sido allí, de golpe, asaltada y destruida por la voluminosa energía de un cataclismo». Destruida hace milenios, pero donde los restos de esta tragedia permanecen intactos, inviolados, presentes en nuestros días, con la impresionante grandeza de un museo natural, que puede transportar al viajero a los límites de su origen como especie. Parajes donde la tierra todavía se prepara para la vida, donde surge una flora castigada y remota: las nopáleas, de la familia de los cactus, consideradas por Saint Hilaire como los primeros vegetales del mundo. Las favelas, pequeños árboles con flores blanco amarillentas, desconocidas para los mismos científicos, perdidas en la noche de los tiempos. Los cajuís —Anacardia Humilis— de profundas raíces, que alcanzan la altura de un metro sobre la superficie, sobreviviendo, en su mayor parte, en la oscuridad de las entrañas de la tierra. Los mandacarús, grandes cactus del tamaño de un árbol, «sucediéndose constantes, uniformes, idénticos todos, del mismo tamaño, igualmente distanciados, distribuidos en orden singular por el desierto». Por un desierto de cerros desmantelados, casi desnudos, diseminados como cráneos en un osario de gigantes. Lechos secos de ríos que parecen, en aquellas soledades, heridas abiertas, tristes insignias de una olvidada derrota. Gargantas impenetrables, barrancos vertiginosos. Sedes de lagos extinguidos con fisonomía de anfiteatros. Y es que la extraordinaria sequedad del aire, las caídas repentinas de temperatura en las proximidades de la noche y las tormentas tropicales, casi instantáneas, pero de impresionante intensidad, han conseguido labrar la arcilla bermeja, el cuarcito, el taloxito azul, creando estos monumentos de piedra, estas majestuosas ruinas de castillos, estos graderíos, vestigios de civilizaciones desconocidas, estigmas del «martirio secular de la Tierra».

De esta forma Euclides nos presenta el escenario grandioso y sobrecogedor donde habita el yagunzo, ser mítico, envuelto en las brumas de la Historia, surgiendo de sus raíces, hermanado a un paisaje ancestral como un ídolo de carne. Heredero de las tres razas que se fundieron en Brasil: blanco, negro e indio. Mezclando en su sangre los oscuros rituales de Africa, la magia de las culturas precolombinas y la civilización engendrada en Occidente, cuyos restos medievales permanecen en el sertón. Tendrá que enfrentarse a una naturaleza inhóspita, atravesada por torrentes impetuosos nacidos de las lluvias torrenciales, amenazado por las grandes sequías que destruyen todo vestigio de lo viviente, azotado por vientos nocturnos que hacen estremecerse de frío. El yagunzo se sobrepone a todo, es fuerte, bárbaro, impetuoso, abrupto. Si su imagen no parece corresponder a esta realidad, no por ello debemos engañarnos. Su aspecto sin gracia, su andar sin firmeza, sin aplomo, su presencia como la de un dios derrotado sólo revelan una fatiga permanente. La fatiga de un hombre que tiene que estar siempre dis-

[6] *Todos los temas tratados en este apartado pertenecen a «A Terra» y a «O Homem» de* Os Sertoes.

puesto para el esfuerzo. Pronto lo veremos desaparecer tras una pieza de ganado y, ese mismo hombre se transfigura, realza su estatura, muestra sus músculos que creíamos ausentes, cambia de gesto, realizándose «la noble creación de un tosco centauro: emergiendo de improviso en los claros, sumergiéndose en frondosos arbustos, saltando parapetos y lagunajos, recuperando las cabezas de ganado extraviadas, rompiendo rápido los desgarradores espinos, precipitándose, a toda carrera, por los extensos llanos salpicados de matas». Pero luego retorna a su laxitud, a su abandono. Y es que el yagunzo tiene que aprovechar cada instante de energía, tiene que esforzarse, darse entero, entregarse a las celadas del destino. La vida entre la opulencia de las lluvias y la abstinencia de las sequías le ha convertido en un ser de ímpetu extraordinario y continuas apatías. No algo intermedio, sino una fusión de impulsos opuestos que se suceden en su personalidad contradictoria, intermitente y extraordinaria.

Sabe ser también sumiso con el patrón y solidario con sus compañeros de infortunio. Conoce, una a una, todas las reses, cuida de ellas sin que el hacendado precise controlarle. El sertanero es incapaz de robar o matar una sola presa, ni siquiera bajo la mordedura del hambre. Es honrado con el señor y con el vaquero. Si se encuentra una res que no es suya, la cuidará junto a las otras, con el mismo trato y la devolverá, más tarde, a su auténtico dueño. Todos ellos se comportan así. A veces se pierde una vaca y ésta da crías. El yagunzo que las encuentra hará grabar sobre el lomo de las recién nacidas la misma marca de la madre. No hay engaño en él, no hay mentira. Cuando un vaquero tiene alguna dificultad surgirán enseguida cantidad de yagunzos para auxiliarle, para acompañarle, para enfrentar con él las penalidades de una vida extenuante [7].

¿Cómo, entonces, puede explicarse la rebelión de Canudos? Para responder a esta cuestión es preciso remontarse a los oscuros orígenes de este personaje de leyenda. Buscar en su sangre la diversidad de razas y de civilizaciones que lo constituyen. Es un mestizo y la mezcla de culturas tan lejanas «es, en la mayoría de los casos, perjudicial».

Las distintas y contradictorias características, procedentes de Africa, América y Europa, con sus diversos estadios evolutivos van a desembocar en un ser atrasado, en permanente desequilibrio comparable en su comportamiento a los histéricos. Se anulan así, «en poco tiempo distinciones resultantes de un lento trabajo selectivo». El mameluco, mulato o zambo «es un decaído sin la energía física de sus ascendientes salvajes, sin la altura intelectual de los blancos». La fatalidad de las leyes biológicas se refuerza con los climas enfrentados y la dureza de la tierra, para presentar este carácter singular, a la vez «inquieto, inconstante, deslumbrando en un momento y apagándose enseguida». Su religión al igual que su raza es también mestiza. Se caracteriza por la influencia africana e indígena que modifica y retarda la doctrina que llegó a América con la colonización. Hasta aquí las explicaciones de Euclides da Cunha. En ningún momento llega a suponer que Canudos pudiera ser el reflejo de una protesta social, canalizada a través de la única posibilidad que les quedaba de integrarse en una ideología. Si esta secta

[7] Darcí Ribeiro, escritor y antropólogo brasileño, explicaba en una de sus conferencias proferidas sobre temas nordestinos, que un vaquero es capaz de pasar una noche en claro buscando un veterinario para su patrón, mientras que justifica su inmovilidad frente al padecimiento y muerte de un hijo suyo con la irrevocabilidad de los designios divinos. Este ejemplo puede dar idea del tipo de servilismo al que están acostumbrados los vaqueros nordestinos y de su religiosidad.

era más o menos heterodoxa, con más o menos rituales ancestrales, herencia del pasado que los aunaba, no tiene mayor importancia. Lo fundamental, lo que Euclides no dice, la raíz misma del problema que desencadenó un rechazo de tanta magnitud como para exterminar la secta de Canudos, no podía estar en una doctrina de atrasados de la civilización, desequilibrados o histéricos. Lo que allí se defendía no era tal o cual dogma religioso, sino quién tenía el poder. Y los hacendados, coroneles o gobernantes no podían permitir la más leve duda a este respecto. El que grupos de cangaçeiros, yagunzos o fanáticos pudieran vivir fuera del sistema que ellos protagonizaban era un reto incomparablemente superior a una guerra de religión o a la sublevación de una facción monárquica contra el gobierno de la República. Canudos, en consecuencia, no sería el único movimiento. Y no lo es. Hay muchos más.

5. Movimientos Mesiánicos

Los sertones nordestinos van a verse inflamados, en la época que comentamos, por numerosas agitaciones religiosas, mesianismos de toda índole, engendrados por profetas o iluminados, que amparan a su sombra millares de hombres, mujeres y niños famélicos, que buscan a ciegas, agarrándose a una última esperanza, el remedio a sus males, al hambre, a la enfermedad, a la miseria. Hacer una relación completa de todos ellos sería imposible en estas breves notas. Intentaremos mostrar algunos como ilustración de esos fogonazos que se encienden aquí o allí, iluminando la tragedia del sertón y cuyos reflejos, largamente esperados, conducen a las multitudes a la demencia, a la irracionalidad y, muchas veces, a la muerte.

La primera en el tiempo, Piedra Bonita, la recoge el mismo Euclides da Cunha[8]. En el estado de Pernambuco, el lugar llamado Sierra Talhada fue escenario, en 1837, de rituales primitivos y sangrientos. Un mestizo llegó a convencer a familias enteras que, en brevedad, llegaría el rey D. Sebastián rodeado por un ejército de ángeles para castigar a la humanidad ingrata y premiar con innumerables riquezas, a todos aquellos que colaboraran en la creación de su reino mágico. Para que se produjera su aparición solamente era necesario quebrar la roca en la que se materializaría su presencia, desgajándola, desmoronándola por medio de sangre inocente, cuyo aroma milagroso sería capaz de trazar un puente sagrado, a través del cual el encantado rey pudiera descender a la tierra. Todo un holocausto infantil tuvo lugar en aquel altar monstruoso. Las mismas madres se disputaban el honor de ser las primeras de entregar a sus hijos al sacrificio. La sangre chorreaba por las laderas de Piedra Bonita, las cabezas y los cuerpos infantiles rodaban semejantes a títeres en un guiñol macabro. Se elevaba un tufo que nunca alcanzaría los cielos y la atmósfera se llenaba de algo hediondo, fétido, impidiendo, mucho tiempo después, habitar el lugar, porque aquella pestilencia permanecía aún pegada a la roca, teñía los arbustos y contaminaba el aire.

Juazeiro del Norte, pequeña ciudad en el centro del valle de Cariri, en el sur de Ceará, será también el foco de un enorme grupo de miserables que peregrinarán en busca de consuelo. El patriarca de este movimiento será el Padre Cícero, con fama de santo

[8] *Obra cit. p. 98.*

desde que, en marzo o en junio de 1890, se convirtió en sangre una forma consagrada que éste puso en los labios de la beata María de Araujo. Este hecho será difundido por los sertones, dando enorme fama al padre como autor de milagros. El gran número de desarraigados que se fue concentrando, a principios de siglo, en la pequeña ciudad de Juazeiro será utilizado como potencial para sus fines personales por un aventurero, médico de profesión, llamado Floro Bartolomeu. Este llegará a ser diputado federal por el Estado de Ceará, jefe de yagunzos, polémico en el parlamento y en la prensa, coronel, en definitiva, del valle de Carirí. En extraordinaria simbiosis con el Padre Cícero, apaciguarán ambos la rebeldía sertanera, la salvaje violencia que engendra el hambre. Floro será inspirador de un célebre «pacto de los coroneles», pondrá en fuga a las tropas del Gobierno Estatal de Ceará, llegando incluso a entrar en Fortaleza, e impedirá el poder de los grandes latifundistas sobre el de la pequeña burguesía industrial. El Padre Cícero calmará los ánimos de los yagunzos en los tiempos más difíciles, llegará a ser un mediano propietario, dando trabajo a muchos necesitados, potenciando una artesanía popular muy conocida en el nordeste, y satisfará las necesidades religiosas de una multitud, siempre que ella se sometiera al poder de los coroneles. Honorio Vilanova, antiguo sicario de Antonio Consejero, huido a Juazeiro, comparando ambos movimientos, no encontrará ninguna semejanza, porque mientras uno —el Consejero— distribuía entre los pobres todo lo que recibía, el otro lo acumulaba. Si uno reaccionaba con las armas contra los potentados, llegándose al casi total exterminio de sus seguidores, el Padre Cícero disciplinó, en la medida de lo posible, los excesos de la fe y el fanatismo sertanero. Ciertamente no eran comparables ambos movimientos y es esta la razón fundamental de que el fenómeno de Juazeiro no fuera pasado por las armas.

En el caso de Caldeirão y Pau de Colher, en cambio, el desenlace fue trágico. El negro Zé Lourenço, fiel seguidor del Padre Cícero, había difundido a su alrededor una aureola de santidad. Un toro que le acompañaba, de nombre Mansiño, realizaba prodigios según rumoreaban aquellas gentes milagreras. Fue tanta su popularidad que el mismo Floro Bartolomeu, temiendo el despertar de una creencia equívoca, mandó vender el animal para ser sacrificado. Como el toro, buey o cebú, que este punto la historia no precisa, era propiedad del Padre Cícero, así se hizo, acabándose de una vez con todas las habladurías y leyendas. Nueve años después, en 1930, la figura del Beato Lourenço vuelve a aparecer, esta vez a lomos de otro animal sagrado: un caballo. Había conducido a su grey, los penitentes, al lugar conocido por Caldeirão, una de las posesiones del Padre Cícero que desde su muerte pertenecía a los salesianos. Allí excavaron pozos, canalizaron numerosos riachuelos humedeciendo los resecos terrenos y sembraron el lugar. Pocos años después aquellas tierras tenían plantaciones de algodón, maíz, arroz, frijol, mandioca y caña de azúcar. Incluso habían construido un ingenio para elaborar la rapadura y la miel de caña. Sus vestidos eran realizados en su totalidad por ellos mismos: el algodón recogido de las plantaciones era teñido, tejido e hilado por los penitentes. Sin una clara justificación, como había sucedido en Canudos; fue enviado a Caldeirão, el 9 de noviembre de 1936, un destacamento de la policía militar. Se les dio un plazo de cinco días para abandonar el lugar y antes de cumplirlo ya estaban ardiendo la totalidad de los barracones, plantíos y cañadas. La versión oficial fue que los mismos penitentes habían provocado el incendio. Hecho un tanto improbable si consideramos que

durante seis años consecutivos aquella gente había hecho lo indecible para crear una comunidad en la que los bienes eran repartidos equitativamente entre todos ellos. Ante esta agresión, los penitentes, refugiados en el llano de Araripe, se dividieron en dos bandos. Uno, pacífico, dirigido por el Beato Lourenço, y otro, violento, cuyo líder era Severino Tavares, jefe de yagunzos. La pretensión de este último era atacar la ciudad de Crato, a 25 kms. de distancia, para hacerse con armas y hombres con la idea de recuperar Caldeirão. Esta iniciativa no pudo realizarse porque nuevamente una compañía de la policía militar auxiliada esta vez por tropas regulares y algunos aviones, bombardearon, asaltaron y dispersaron a la comunidad. El Beato Lourenço huyó a Pernambuco, Severino Tavares resistió en Pau de Colher, en el estado de Bahía, hasta que en enero de 1938 fueron todos asesinados por tropas del gobierno, contabilizándose un total de 400 cadáveres.

En Canudos se repite la misma historia, aunque la magnitud de crimen es muy superior. No habrá dispersión entre los seguidores de Antonio Consejero, todos serán masacrados. Tampoco habrá un único director político como en otros movimentos comentados, sino muchos. Es cierto que el Consejero tendrá una extraordinaria personalidad para reunirles e infundirles un halo de esperanza, pero también actuarán junto a él numerosos jefecillos ya conocidos en el sertón: Pedrão, Estevão, Joaquim Tranca-Pés, Chico Ema y otros, genialmente descritos por Vargas Llosa, como el negro João Abade y el caboclo Pajeú. Canudos va a ser la cima de la rebelión nordestina, el símbolo más alto de su lucha por la libertad y la vida. Su fuerza es también inmensa, resistirán durante un año cuatro expediciones del Ejército Regular y de la Policía Militar, con un total de 12.000 soldados, distribuidos en cuerpos de infantería, caballería y artillería. Primero fue un destacamento de la Policía Militar con 30 hombres, luego, y sucesivamente, fuerzas del Ejército de 550, 1.500 y 4.000 hombres, que no fueron suficientes para sofocar la rebelión, precisando de nuevos refuerzos, de nuevos generales y hasta del mismo ministro de la Guerra, mariscal Carlos Machado Bittencourt, que se desplazaría hasta Monte Santo para dirigir la última ofensiva del ejército brasileño.

Esta grandiosa epopeya va a encontrar la voz de dos grandes escritores: Euclides da Cunha y Mario Vargas Llosa. Ambos, desde diferentes épocas y con distintos presupuestos intelectuales, intentarán reflejar el combate de un grupo humano por su supervivencia, su cultura y su identidad. En ese casi islote originado por una curva del río Vasa Barris se unificó una multitud surgida de la más alta miseria e indefensión. Su fe en una idea, aunque estuviera equivocada, su resistencia y su valor ante el exterminio hacen recordar las epopeyas clásicas. El tema es apasionante. No es extraño que haya atraído a dos escritores entre los mejores que ha engendrado América Latina. Ambos, en la plenitud de sus capacidades, van a mostrar la singularidad de esta historia, el heroísmo de aquellos hombres y la profundidad de su tragedia. Canudos ha llegado a ser un mito no sólo en el Nordeste sino en la cultura universal. Confrontar ambas obras, y como simple comentario, podría ser útil no sólo para mostrar la diversidad de dos estilos que originan distintos espacios de ficción, sino también para reflexionar sobre el sentido profundo de la literatura.

6. Os Sertoes

Cuando Euclides da Cunha comienza el relato de las campañas militares contra el poblamiento de Canudos ha hecho una descripción minuciosa de la tierra, el clima y los hombres del sertón. Para explicar, para explicarse, el heroísmo de los yagunzos necesita crear previamente un ser épico, una tierra de leyenda y un clima mágico, donde no extrañen los hechos que se van a producir. Antonio Consejero es descrito con todos los datos biográficos de los que dispone el autor en aquellos momentos. Pero la biografía resulta un tanto vulgar. Un hombre del interior que vive en su infancia, al igual que el cangaçeiro Lampiao, la influencia de una lucha de familias. Poco agraciado, después, en su matrimonio con una mujer que le abandona en la ciudad de Ipú, al fugarse con un policía. Nada en su historia que pueda preludiar su personalidad posterior. La obsesiva racionalidad de Euclides no encuentra explicaciones para una transformación de tal calibre. Neceista materialmente matar a este personaje y hacer surgir al «anacoreta sombrío de cabellos crecidos hasta los hombros, barba desordenada y larga, rostro cadavérico, mirada fulgurante, monstruoso dentro de un hábito azul de lino grueso, afirmándose en el clásico bastón, en el que se apoya el lento paso de los peregrinos» [9]. En el caso del Consejero, como en el de toda la historia de Canudos, es preciso retomar el mito, el sentido heroico de la vida y transplantarlo directamente a los sertones de Bahía. Canudos se transforma en una Troya de paja y barro, el yagunzo —como ya vimos— en un semidiós. Antonio Consejero era un profeta diábolico y misterioso, emergiendo del centro del astro solar como una estela de luz en el poniente. De poco valdrán tres expediciones, una de ellas capitaneada por un brillante militar: Moreira César. Canudos necesitará ser destruida, arrasada, aniquilada para siempre. En ningún momento se permitirán las medias tintas. Y este grandioso castigo exigía una grandiosa falta. Todo en *Os Sertoes* es exagerado, y todo, aunque parezca contradictorio, es real. Sirvan como ejemplo las últimas páginas de este reportaje único, aquellas en las que se describe la llegada del Beatito con las mujeres, los ancianos, los niños y las gentes que no podían combatir para ser entregados como prisioneros poco antes del holocausto final. Lo que sorprende en este texto es justamente su verismo. Continuamente el escritor, en notas al margen, nos recuerda que aquello fue recogido en el campo de batalla, escrito allí mismo, que las palabras son rigurosamente las mismas que se dijeron y que no hay engaño ni deformación por la distancia o por el tiempo. Y sorprende por lo que se cuenta, por que la simple anotación de campo tiene tal fuerza plástica, tal relieve épico que difícilmente puede ser superado por la imaginación. Dice Euclides que entre tantos desamparados resaltaba una niña cuyo «lado izquierdo del rostro fuera arrancado, hacía ya tiempo, por un casquillo de granada, de forma que los huesos de los maxilares resaltaban blanquísimos, entre los bordes enrojecidos de la herida ya cicatrizada... El lado izquierdo sonreía, y era pavorosa aquella sonrisa incompleta y dolorosísima, hermoseando un lado y extiguiéndose repentinamente en el otro, en el vacío de una calavera» [10]. Difícil encontrar una imagen más terrible, más trágicamente plástica de la crueldad humana. Frente a un tema como este no se precisa salir de la simple relación de los hechos para entrar en la epopeya.

[9] *Obra cit. p. 109.*
[10] *Obra cit. p. 404.*

Mestre Noza: Grabados sobre la vida de Lampêao (1962)

7. La guerra del fin del mundo

Vargas Llosa, fiel a un realismo de caricatura, comenzará su historia de Canudos con la aparición de Antonio Consejero, semejante a un profeta escuálido que recorre los caminos, los matos y los lugares escasamente poblados de esta región del fin del mundo. Si es un místico, un revolucionario, un ilumindo, un pordiosero, un primitivo, un santo o un héroe poco importa. Su figura quedará difuminada, disuelta, perdida en la algarabía de la rebelión sertanera. Lo que considera Vargas Llosa importante, núcleo fundamental de su obra, serán los hombres y las mujeres del pueblo. De ellos esbozará retratos fulgurantes, actos de ternura y crueldad, gestos heroicos y sencillos, apuntes distorsionados de un mundo irracional, alucinado y trágico. Sirva como muestra la magra figura de María Cuadrado, su cabeza rapada —tras cuatro violaciones y para evitar la quinta— y el costal de esparto de su vestimenta. La violencia inaudita e incomprensible del negro João Grande, llegando a desnudar, atormentar y asesinar con toda crueldad a su ama, tras una educación llena de delicadezas y privilegios para un esclavo. El sobrio carácter de Rufino, honrado en sus actos, consecuente con su moral. La fuerte personalidad del cangaçeiro João Abade que termina enamorándose de una de sus víctimas. La religiosidad obsesiva, junto con la meticulosidad del Beatito. El débil carácter, por otra parte lleno de humanidad, del Padre Joaquín. La monstruosa fisonomía aliada a una inteligencia y sensibilidad superdotadas del León de Natuba. Las quebradas y deformes figuras del Circo Gitano. En fin, toda una gama de personajes dibujados en negro contra la luminosidad ciega del sertón, que oscilan entre la broma sarcástica y el heroísmo como bufones en una tragedia clásica, como actores poco avezados ante una pieza difícil que les tocara representar, quizá demasiado importante para ellos. Pero todos aprenderán nuevos gestos, recompondrán su figura, se erguirán sobre sus famélicos miembros para empuñar el arma de los héroes y beber el amargo licor de la victoria y de la derrota.

Junto a la embriaguez contestataria de esas gentes se encuentra el revolucionario y frenólogo británico Galileo Gall. Personaje de ficción en la novela de Vargas Llosa, teñido de irracionalismo, incapaz de comprender la magnitud del drama que se desarrolla en Canudos. Galileo escribe crónicas a un periódico inexistente, entiende lo que de comunitario tiene aquel poblamiento, tratando de inscribirlo en las luchas por la libertad que se desarrollan en Europa. Pero el marco teórico poco tiene que ver con la realidad vivida por las gentes de Canudos, y de esta forma Galileo Gall se va convertido en un títere manejado por unos y por otros, perdido en el rompecabezas de las pasiones nordestinas, terminando sus días peleando por una mujer, en un ajuste de cuentas, muerte tanto más irracional para un hombre que había sacrificado su vida y su sexualidad a la causa revolucionaria. Su ridícula figura tiene un lado trágico, un contorno lúcido, que nos llega no a través de él sino de sus artículos y de su experiencia. El europeo y el intelectual están poco capacitados para poder comprender lo que se está produciendo a orillas del Vasa Barris que no se puede interpretar, en forma alguna, con presupuestos occidentales.

Más tarde, en la narración de la última campaña, cuando la curva del gran río, que protege la aldea de Canudos, se llena de cadáveres, cuando se nos cuenta cómo aquellas

gentes arriesgan sus vidas para conseguir un poco de agua contaminada con que refrescarse los labios y continuar guerreando, suenan dos voces, lejanas en el espacio y en el tiempo, voces del Barón de Cañabrava y del Periodista miope, que van desgranando sus miserias, frente a la Bahía de Salvador, recordando a retazos, a jirones, la crueldad, el heroísmo, la miseria, la locura humana que como un huracán ha pasado por los atacantes y defensores de Canudos. Y al final una imagen se materializa en aquel soliloquio a dos voces, imagen con olor y sonido, «el extraño, indefinible, indetectable ruido, tan fuerte que estremecía el aire. Y allí estaba, también, el poderosísimo olor que descomponía el estómago. Pero sólo al trasmontar la cuesta pedregosa, parduzca, del Poço Trabubú y encontrarse a sus pies con lo que había dejado de ser Canudos y era lo que veían, comprendieron que ese ruido eran los aletazos y los picotazos de millares de urubús, de ese mar interminable de alas grises, negruzcas, devorantes, ahítas, que todo lo cubrían y que, a la vez que se saciaba, daba cuenta de lo que aún no había podido ser pulverizado ni por la dinamita ni por las balas ni por los incendios: esos miembros, extremidades, cabezas, vértebras, vísceras, pieles que el fuego respetó o carbonizó a medias y que esos animales ávidos ahora trituraban, despedazaban, tragaban, deglutían»[11]. Es la última imagen que va tomando cuerpo en esa llantina del Barón y del Periodista. La imagen de la total destrucción, de la muerte sin explicaciones, sin ceremonias, sólo muerte, muerte inmensa, que desciende lentamente y se posa al final de la novela, con alas gigantes de un negro buitre, igual que la pesada piedra que cierra el hueco donde descansan los últimos restos y, con un ruido seco, que luego resonará mucho tiempo en la memoria, clausura para siempre las puertas de la tumba. La historia ha terminado y lo único explicable y lo único inexplicable es esta última imagen. En vano se arrancarán recuerdos uno al otro el Barón y el Periodista. En vano tratará de racionalizar Galileo Gall. La verdad está en aquellas gentes del árido sertón sugestionadas por la misteriosa voz de Antonio Consejero, en estos tipos capaces de resistir la mayor miseria y afrontar el mayor heroísmo, sacrificándose por una idea, la única que ellos pueden aceptar y comprender, en estos hombres, mujeres y niños que llegan al holocausto final con una sonrisa en los labios. En vano buscar una explicación. La única imagen coherente es la de aquellos cientos de urubúes dando cuenta de los últimos restos de aquellos despojos. Vargas Llosa no quiere o no puede explicarnos más.

8. Conclusiones

Pocas veces se encontrará un tema como este del que se disponen cuatro versiones diferentes: la crónica histórica, *Os Sertoes,* la literatura de cordel y *La Guerra del Fin del Mundo.* Cuatro relatos pretenden dar cuenta de una realidad sin agotarla nunca. Este hecho quizá nos permita preguntarnos sobre el papel de la Literatura y su compromiso con la realidad histórica. Las crónicas populares o documentales de las campañas de Canudos exigirían un tratamiento ajeno a estas páginas, lo fundamental para nuestro comentario es que ellas nos dan un tema literario espléndido. También debemos reconocer que los dos escritores que emplearán sus fuerzas en narrarlo pueden sentirse satisfechos de sus respectivas obras. Tanto Euclides como Vargas Llosa, desde ópticas di-

[11] La Guerra del Fin del Mundo *de Mario Vargas Llosa. Plaza&Janés, 1981. p. 501.*

ferentes, realizan un trabajo perfecto, en el sentido en que alcanzan los objetivos que se habían propusto. El escritor peruano ha defendido numerosas veces su concepción de la Novela Total, o en sus propias palabras, «el designio del todo novelesco: la totalización, querer construir una realidad tan vasta como la real» [12]. Tanto en sus análisis de *Cien años de soledad* como de *Madame Bovary* esta idea va tomando cuerpo, materializándose como una obsesión o un ideal. Un relato de una comunidad humana, igual que una sinfonía, orquestada por numerosas voces, con distintos puntos de vista, construyendo un espacio narrativo donde cada personaje describe una faceta de su realidad, un determinado campo que crece y se completa con nuevas visiones de otros personajes, conformando un puzle, un laberinto: el ámbito de la novela. En esta progresión totalizadora la personalidad del escritor va perdiendo coherencia, dividiéndose, rompiéndose ante la fuerza y la vida de sus creaciones. La obra literaria se convierte así en una suma de complejidades en donde «los hombres contaminan a las cosas y las cosas a los hombres, se desvanecen los límites de lo inerte y lo animado y, dentro de esa fraternidad entre objetos y dueños, el narrador elige a unos para describir a los otros» [13]. Vargas Llosa no pone límites a su trabajo creador, al menos en un principio. La novela viene a convertirse en un todo en competencia con la realidad, con la Historia, en un nuevo estadio de ésta. Es comprensible que un tema como el de los yagunzos pueda ser tentador para poner en práctica esta concepción de la novela. Canudos tiene además toda la carga de rebeldía, violencia, melodrama y sexo que exige Vargas Llosa a una obra narrativa, siguiendo su predilección profunda. El escritor peruano siempre ha sabido lo que quiere hacer y ha comenzado su trabajo, auxiliado por la escritora brasileña Nélida Piñon, en archivos, hemerotecas, estudiando a Euclides, empapándose de ese avatar de la historia nordestina, de sus personajes y de sus gentes. Llega a encontrar figuras impresionantes, retratos de sertaneros de gran autenticidad, dibuja escenas extraordinariamente sugerentes y verídicas, penetrando lentamente en esta telaraña en la que es muy difícil orientarse. La novela tiene además esa construcción rigurosa y simétrica, cerrada sobre sí misma, compacta, de gran coherencia interna, siguiendo las exigencias del escritor. Todo esto es cierto. El lector se encuentra ante un panel de enorme belleza formal, circula por sus páginas llevado a la mano por diversos narradores protagonistas, perdiéndose en el maremágnum de actores y hechos que desembocarán en la pura tragedia de aquellos héroes inútiles. Puede detenerse ante alguna escena cruel o sentimental que le esperaba en cualquier encrucijada, que llega a sorprenderle aunque nunca a conmoverle totalmente. Y es que *La Guerra del Fin del Mundo* da la sensación de algo artificioso al desaparecer el narrador en numerosas voces, tanto que el lector tiene la impresión de encontrarse con algo extraordinariamente bello, riguroso, perfecto, pero al mismo tiempo, distante, gélido, como la cima de un pico demasiado alto, demasiado hermoso. Nadie podrá encontrar un error, un defecto, una pequeña pérdida de ritmo o de tensión. Ninguna imagen o situación que no esté perfectamente delineada, ni un solo calificativo de más o de menos. Todo exacto como un teorema matemático y, como un teorema matemático, demasiado científico, demasiado deshumanizado.

[12] La Orgía Perpetua *de Mario Vargas Llosa. Bruguera Libro Amigo 1978. p. 120.*
[13] *Obra cit. p. 119-120.*

El escritor brasileño comienza su trabajo de una forma bien distinta. Inicialmente el tema le es impuesto, no es el resultado de una elección como en el caso de Vargas Llosa. Euclides da Cunha vivirá los últimos momentos de la ciudad sertanera, será moralmente golpeado, produciéndose en él una crisis que le exigirá la redacción del libro. Comenzará tanteando en la oscuridad, haciendo uso de su *Diario de la Expedición*, de artículos, de opiniones diversas, pretendiendo ser verídico, históricamente riguroso, buscando razones en la Geografía, en la Geología, en la Antropología, para explicar el comportamiento, las reacciones, los sentimientos que producirán la explosión de Canudos. «Escribí este libro —nos dice Euclides— para el futuro. Llevado por un conjunto de circunstancias de las que no pude librarme, al asistir a un doloroso drama de nuestra historia, escribiendo con la misma serenidad histórica que Tucídides (...) sin dar crédito a los primeros testimonios que encontré ni a mis impresiones personales, sino narrando solamente los acontecimientos de los que fui espectador o sobre los que tuve informaciones seguras». (*Cuaderno Intimo.* Lorena. 1902) Esta mención de Tucídides es altamente significativa, porque el libro euclidiano tiene claras influencias, tanto en su concepción como en su planteamiento, de la Literatura Clásica. Alguien ha llegado a calificar esta obra de *Ilíada* Nordestina [14]. Y realmente todo el libro está empapado de aliento épico, tal como decíamos en páginas anteriores. Euclides, empujado por necesidades íntimas, se quiere acoger a la sombra homérica para escribir una obra fundamentalmente simbólica, en la que la Ciencia, la Historia, el apunte trascienda la mera crónica. Por ello se ve obligado a depurar el lenguaje, limpiándolo de su carácter contingente para alcanzar su más alto significdo, para retomar el sentido profético, iluminado, heroico de las palabras, tal como se produde en las epopeyas más importantes de la Historia Universal. Este sería el mensaje profundo de *Os Sertoes*. Estamos, por lo tanto, ante otra novela total, aunque de características diferentes. La totalidad de Vargas Llosa hay que buscarla en la forma, aunque esta evidentemente modifique, esclarezca, determine el contenido. En el caso de Euclides el mismo mensaje —cuya trascendencia no sólo es capaz de transformar una vida sino de abrirnos los ojos a un nuevo mundo, a un nuevo pueblo— se impone con tal fuerza que exige que el lenguaje se recree de nuevo. Es preciso devolver las palabras a la forja original y retomarlas con su contextura, su significado antiguo, porque ellas tendrán que ser talismanes, vehículos de lo mítico, de lo universal. Ambas totalidades —la de Vargas y la de Euclides— no pueden encontrarse, ni equipararse en manera alguna. No sólo son producto de épocas diferentes sino también de diferentes concepciones de la vida y del arte. Euclides se atreve a arañar, tembloroso, lo que tiene de sagrado el hombre. Vargas Llosa utiliza la tierra del sertón para componer una sinfonía en la cima de su carrera literaria. Por ello los dos discursos describen distintas realidades, aunque lo que sucedió en Canudos fue único, indescifrable y trágico. Su secreto queda escondido bajo las aguas detenidas del pantano de Cocorobó, capaz solamente de reflejar nuestra imagen, nuestra mirada interrogativa que quisiera penetrar en las profundidades inmóviles como en el recuerdo de las gentes, para saber realmente por qué murieron los yagunzos de Antonio Consejero.

Antonio Maura

[14] *Cristina Peri Rossi. Revista* Quimera *n.º 19. Mayo 1982.*

Primera audición

Una pared leprosa, la sombra de los cedros, y en relación directa con la mirada que parecía agudizarse (la mirada del niño Anselmo), aquellos obscuros dialectos fatales.

Sobre la arena impalpable de la bahía de mar intensamente amanecida y a distancia prudencial de todas las mujeres bajo parasoles de un tricolor brillante, el niño Anselmo ofrecería la impresión de dudar entre dos propósitos mientras camina y se detiene, mientras reinicia la marcha y cada tanto patea guijarros o desperdicios de playa.

Casi con toda evidencia llegarían a inquietarlo los golpes de martillo contra la persiana amatista sobre una especie de colina en miniatura: en el supuesto caso de cesar esos golpes se volvería plausible el descenso de su abuelo materno Oliverio Purcell y por lo tanto la restitución paulatina de la eternidad Purcell en medio del regocijo descartable de todas las mujeres.

Cada tanto levantan vuelo irregular algunas gaviotas espantadas por el niño Anselmo mientras su madre Julia en organza y sombrero aludo de paja da la impresión de cantar cuando mueve las manos porque habla con tía Graciana todavía bajo chal y extendiendo los pies descalzos para alcanzar el calor del sol sin que se le noten las rodillas.

Algo así como un bicho morado es el barco lejanísimo de marras incrustado en el horizonte esmerilándose.

Si el niño Anselmo levantase uno o varios guijarros quebraría la espera de su abuelo materno permitiéndose acaso llegar hasta la línea inestable del agua. Lo chistan, lo llaman por su nombre, abuela Olegaria podría ser presentida poniéndose de pie y adelantándose con las manos juntas hasta el resplandor: entonces se detiene y se acuclilla, la mira regresar y resignarse, poco a poco opta y levanta la lata enmohecida, marrón, áspera, castigada por las crecientes y sin mirarlas ni oírlas, con la lata contra el pecho más los hombros tibios camina a hurtadillas en dirección del médano que se refracta. Las plantas de los pies se calcinarían en el supuesto caso de que Oliverio tardase demasiado en dejar la casa para abandonarse a la cuesta.

Otras gaviotas caminan por la zona húmeda degradándose a gallinas, o palomas. Si en todo caso la lata fuese una cámara fotográfica es posible que lo desearía en pantalón blanco oxford, con gorra de visera toda azul. Lo cierto es que desistirían de llamarlo porque camina sin detenerse entre ramas como de piedra pómez: contra la pared leprosa una mano ácida, obscura, parecería cortar en dos la ansiedad pero hace un rato que cesaron los golpes y allá surge intacto Oliverio vigilado por el perro que se le adelanta con círculos de acróbata.

Cuando borda, replegada y remota, Olegaria baja los lentes. Cuando levanta la vista siempre parece buscarlo y ahora lo ve en plena cuesta y por lo tanto sonríe hacia el mar:

alguien corre a lo lejos en la dirección de un caballo inmóvil mientras las tres escenas parecen repetirse como se repiten gaviotas arrastradas por el aire muy húmedo mientras va llegando hasta el sillón de mimbre reluciente y por poco lo sientan en el centro. El perro corre como de costumbre hacia el niño Anselmo, le humedece con baba los talones, ladra hacia las olas. Entonces puede contemplar a Oliverio con pantalón blanco, con el brazo en alto, con las piernas cruzadas, llamándolo.

Se insinúa, de una manera si se quiere diáfana, la agudeza de ciertos contrastes inexplicables en particular colores, gritos demasiado distantes, el cielo sobrecargado de luz.

Por medio de gestos, de insinuaciones detalladas, el niño Anselmo hace entender entonces que posen todos para su lata. Algunas risas entrecortadas parecen denunciarlo pero sin embargo corren los sillones, reubican parasoles y posan sensatamente en una especie de sobreactuación cautelosa. Instalado de repente en línea recta indica los últimos detalles y aprisiona la lata, se adelanta algunos metros, los pone en foco, los encuadra, los consagra fotogénicos sobre arena tibia. Nuevas risas leves y entonces sí grita a toda voz la pregunta, sin desviar su vista de la lata grita la pregunta a eso de las diez de la mañana marítima, en la Argentina:

—¿Por qué estoy vivo, Oliverio Purcell?

En la pausa, en el sosiego repentino, Oliverio Purcell logra ponerse de pie: grita por su parte hacia la postal que guarden silencio, que guarden decoro, que nadie conteste nada, que nadie se permita contestar nada de nada, que nadie se permita contestar absolutamente nada de nada a ese niño.

Y volverá a gritarlo y a gesticularlo cuando rodee al grupo trastabillando a causa de sus zapatillas, circulizado por el acoso del perro.

En resumidas cuentas se encontraron sin decir palabra para permanecer inmóviles uno frente a otro a pesar de la diferencia de estatura hasta que tendría lugar la mano imprecisa en la mano del niño Anselmo, desacompasados, alejándose.

Superan poco a poco el acantilado ennegrecido. En completo silencio se sentarían mucho más adelante sobre una roca cálida rodeada de espuma y caracolas, con trasfondo de algas y corales, de erizos y cangrejos, bajo nubes demasiado rápidas en el olor de la marea estival.

A la sombra de los cedros, de los cedros plantados y después preservados por el entonces muy joven Oliverio Purcell hacedor de certidumbres, fue donde el niño Anselmo necesitaría establecer su retiro y poco más adelante construir su refugio. Escondió, como corresponde, su linterna niquelada de tres cambios bajo ramas de sauce llorón y cañas tacuaras. A su debido tiempo, empujándolas entre grandes pausas, lograría incluso trasladar dos piedras de regular tamaño para quedarse durante varios crepúsculos contenido por el techo bajo, inestable, sentado inmóvil sobre una de ellas lo mismo que si desde la otra lo atestiguase un fantasma.

Largos días monótonos de una edad incierta, a su modo inolvidable: en la casa de paredes inmaculadamente blancas de Oliverio, en plena eternidad Purcell, se consagraban las reuniones nocturnas con el crepitar del fuego más las risas altas de las mujeres. En una sola ocasión encandiló al perro que se erguiría en dos patas, intimidante, a su vez premonitorio.

Y por supuesto llegaría la tarde irremisible cuando ya se prepara la ropa para el regreso a Buenos Aires; una tarde de nieblas espesas en que urgara la costa la sirena de un barco pesquero.

El niño Anselmo buscaría a su abuelo materno por toda la casa hasta encontrarlo en el taller en compañía de su tío Agustín ¿supo que ningún nombre sería olvidado? Como hablaban casi en sordina optaría por sentarse sobre la viruta, a esperar. El olor penetrante de la caoba o del cedro se mezclaba al del tabaco de los hombres: aquella congoja de escuchar a Oliverio que a su debido tiempo camina en redondo por el taller hasta que en un momento preciso se quedarían solos, sin mirarse: una imborrable precisión de quietud, de quietud en el silencio sobre un montón de viruta olorosa a punto de cumplir un cometido tal vez madurado a lo largo de semanas, o meses, o en la ampulosidad de los sueños nocturnos.

Cuando Oliverio tendió a sentarse, él, casi al unísono, se puso de pie y reinició la marcha: un ritmo entre ambos, un acuerdo tácito. Sin embargo tendería a llegar hasta sus rodillas para tomarlo de la mano recuperando, acaso, una dificultad inexplicable. Descendieron uno detrás de otro, siempre de la mano, la escalera que crujió sobre todo en el descanso. Y los envolvería la niebla toreados por el perro, mudos, fatales, con paso difícil hasta el apogeo de los cedros.

El niño Anselmo entró primero al refugio para quedarse inmóvil sobre una de las piedras, con la linterna en la falda: Oliverio acaso exageró sus dificultades de acceso aunque optaría tácitamente por sentarse. Ya ni siquiera se escuchaba la sirena como así tampoco el viento del este contra las persianas amatista. Entonces el niño Anselmo probó los cambios contra la tierra —la tierra gris con algunas hojas más algunas hormigas— y de repente lo encandiló de manera sostenida. Se pondría de pie sin dejar de encandilarlo, en completo silencio mientras Oliverio abriría su boca porque la luz le dio en los dientes de abajo. La segunda luz recorrería el tórax para de inmediato seguir por las piernas hasta que la tercera volvió a encandilarlo, con persistencia:

—¿Qué es la muerte, Oliverio Purcell?

En este caso respondió, contra toda parquedad o sobreentendido, al cabo de una pausa relativamente prolongada, la cabeza contra las ramas de sauce llorón y cañas tacuaras:

—Es una ausencia ininterrumpida de perro.

Néstor Sánchez

Ruinas y poesía*

Ahora, puedo hablar sobre la experiencia de la poesía en un tiempo y lugar estrictamente definidos. El tiempo es 1939-1945; el lugar, Polonia. Esto, creo, nos proveerá de muchos de los problemas ya mencionados anteriormente, con distinta ejemplificación. Debo recordarles por anticipado que antes de la II Guerra Mundial los poetas polacos no se diferenciaban mucho, en sus intereses y problemas, de sus colegas franceses u holandeses. No obstante los rasgos específicos de la literatura polaca, su país pertenecía al mismo circuito cultural que los demás en Europa. De este modo, podría decirse que lo que ocurría en Polonia era un encuentro de un poeta europeo con el infierno del siglo XX; no era un infierno del primer círculo, sino uno mucho más profundo. Esta situación era algo parecido a un laboratorio, en otras palabras: nos llevaba a examinar qué le ocurría a la poesía moderna en determinadas condiciones históricas.

Una jerarquía de necesidades se edificó en el mismo tejido de la realidad y se revelaba cuando un infortunio tocaba a un colectivo humano, ya sea la guerra, el gobierno del terror o una catástrofe natural. Entonces, satisfacer el hambre es más importante que hallar un alimento que convenga a nuestro gusto; el acto más simple de bondad humana hacia un semejante adquiría más importancia que cualquier refinamiento de la mente. El destino de una ciudad, de un país se vuelve el centro de la atención de cada uno y allí se produce un súbito descenso en el número de suicidios cometidos a causa de un desengaño amoroso y de un problema psicológico. Se produce una gran simplificación de todas las cosas y un individuo se pregunta por qué toma en serio asuntos que ahora parecen carecer de gravedad. Y, evidentemente, también cambia la actitud de la gente frente al lenguaje. Este recobra sus funciones más simples y vuelve a ser un instrumento que sirve a un propósito; nadie duda de que el lenguaje debe nombrar la realidad, la cual existe objetivamente, masiva, tangible y terrible en su concreta solidez.

En los años de guerra, la poesía fue el género principal de la literatura subterránea, puesto que un poema podía contenerse en una sola página. La poesía circulaba en manuscritos o en publicaciones clandestinas, transmitida oralmente o cantada. Una antología titulada *Poesía de la Polonia combatiente,* publicada hace pocos años, tiene 1.921 páginas de poemas y canciones, escritas en su mayor parte bajo la ocupación alemana.[1] Su gran mayoría posee valor documental y, al mismo tiempo, llenó una importante función; actualmente, no podemos concederle un alto nivel artístico. Sólo unos pocos muestran alguna familiaridad con el oficio poético. Todos ellos, sin embargo,

* *Capítulo V y penúltimo del libro* Testimonio de la poesía.

[1] *Varsovia, OIW, 1972.*

se caracterizan por esa ley descubierta por Michal Borwicz en su libro sobre la literatura de prisiones y campos de concentración: pertenecen estilísticamente al período de preguerra, pero al mismo tiempo tratan de expresar «lo nuevo», lo cual no puede ser aprehendido por ninguno de los medios de expresión y los conceptos disponibles. Esta poesía es a menudo demasiado coloquial y vocinglera en sus llamadas al combate, mientras simultáneamente, en un nivel más profundo, se parece a un mudo que trata en vano de hacer pasar unos sonidos articulados por su garganta; se desespera por hablar, pero no logra nada substancioso. Sólo más tarde, después de la guerra, bajo la presión de la necesidad hondamente sentida de hallar expresión para una experiencia excepcionalmente ardua, la poesía polaca comienza a distanciarse de los modos estilísticos comunes a la poesía de preguerra de muchos países.

Para definir con una palabra lo que había sucedido podría decirse: desintegración. La gente vive siempre dentro de un cierto orden y es incapaz de visualizar una época cuando ese orden cesa de existir. Este súbito desmoronamiento de todos los conceptos y criterios corrientes, es un acontecimiento poco frecuente y sólo característico de los más tormentosos períodos de la historia. Quizá las generaciones de franceses que vivieron durante la revolución y las guerras napoleónicas experimentaron algo similar; y tal vez también los norteamericanos del Sur sintieron que eran testigos de la ruina de todo su estilo de vida después de la guerra civil. En general, el siglo XIX no experimentó, sin embargo, los rápidos y violentos cambios de la siguiente centuria, cuya única analogía posible podría hallarse en la época de las guerras del Peloponeso, como sabemos a través de Tucídides. De todos modos, la desintegración de que hablo tuvo lugar ya en el siglo XIX, si bien estaba oculta bajo la superficie y sólo fue observada por unos pocos. El pacto concertado por Hitler y Stalin en 23 de agosto de 1939, trajo todos los venenos europeos a la superficie y abrió la caja de Pandora. Fue la culminación de una serie de cosas que ya estaban preparadas y que sólo esperaban su revelación. Es necesario tener en cuenta esta peculiar lógica de los hechos para comprender cómo reaccionó la poesía. Quizá Dostoievsky, al proclamar el fin de la cultura europea, estaba motivado en gran medida por la obsesión rusa anti-occidental. Pero fue precisamente de esta manera que los poetas de Polonia percibieron el hundimiento de Europa —en consecutivos estadios de inhumanidad— como el fin de toda cultura europea, y su desgracia.

El mayor reproche que se hizo a la cultura —un reproche que al principio era difícil de formular, y que al fin fue formulado— fue que mantenía una red de significados y símbolos como una fachada que ocultaba debajo el genocidio. Bajo el mismo signo, la religión, la filosofía y el arte se tornaron sospechosos, como cómplices en engañar al hombre con ideas excelsas, con el fin de velar la verdad de la existencia. Sólo lo biológico parecía verdadero, y cada cosa era reducida a una lucha dentro de las especies. y a la supervivencia de los más listos. Así es, pero esta reducción ya había sido hecha. Todo un sistema de valores se había destruido, con sus netas divisiones entre el bien y el mal, la belleza y la fealdad, incluyendo, cómo no, la misma noción de verdad. Por lo tanto, Nietzsche no estaba del todo equivocado al anunciar el «nihilismo europeo». Aún se mantenía la fachada y eso provocó coléricos reproches: «Habláis de la dignidad del hombre, un ser creado a imagen y semejanza de Dios, de bondad y belle-

za, y mirad lo que ha sucedido; deberíais estar avergonzados de vuestras mentiras». La desconfianza y el escarnio estaban dirigidos contra toda la herencia de la cultura europea. Es por eso que muchos años después de la guerra, una obra teatral de Stanislaw Wyspiański, *Akropolis*, escrita en 1904, fue puesta en escena por Jerzy Grotowski en una forma muy curiosa. La obra está compuesta por escenas que van de Homero a la Biblia y éstas compendian los componentes mayores de la cultura occidental. En la versión de Grotowski, estas escenas están representadas por prisioneros de Auschwitz vistiendo desgarrados uniformes, y el diálogo está acompañado por torturas. Sólo las torturas son reales, y el sublime lenguaje de los versos recitados por los actores está sarcásticamente matizado por la ley del contraste.

Poner en juicio la cultura de manera tan sumaria provoca serias dudas, porque se simplifica la condición humana y de esta manera se aleja de la verdad, como sucedió en el pasado con varias clases de *Weltschmerz* y *mal du siècle*. Al vivir en la desintegración en sus tangibles variedades, la poesía polaca —por extraño que suene— se unió una vez más a la poesía occidental contaminada por el «nihilismo europeo», sólo para darle una expresión más extrema. Esto es verdad en la poesía de Tadeuz Rózèwicz, que se inició después de la guerra. En forma característica, mientras enjuicia la cultura, hace uso de signos taquigráficos y símbolos prestados por esa cultura, como por ejemplo en su poema «Nothing in Prospero's Cloak»,[2] parodia de *La Tempestad*. El poder civilizador de Próspero el sabio, que en su isla introduce a Calibán en el mundo del habla humana y las buenas maneras, prueba ser una farsa.

Calibán el esclavo
aprendió el habla humana
espera

su cara en el estiércol
sus pies en el paraíso
olfatea al hombre
espera

nada ocurre
nada en el mágico manto de Próspero
nada desde las calles y los labios
desde púlpitos y torres
nada desde los altavoces
nada a la nada
acerca de nada
nada en el manto de Próspero

Poemas de esta clase suponen llenar una función sustitutiva; es decir, que dirigen una acusación global al discurso humano, la historia y hasta la misma urdimbre de la vida en sociedad, en lugar de puntualizar las razones concretas de la ira y el disgusto. Esto sucede probablemente porque —como era el caso de Polonia durante la guerra— la realidad elude los significados del lenguaje y es la fuente de profundos traumas, incluyendo el trauma natural de un país traicionado por sus aliados.

La realidad de los años de guerra es un gran tema, pero un gran tema no es suficiente e incluso hace más visibles en la obra de arte sus desproporciones. Este es otro elemento

[2] *«Nada en el manto de Próspero»* (N.T.)

que muestra el arte bajo una luz ambigua. Deben revisarse las nobles intenciones y una obra literaria así concebida debe adquirir una durable existencia, pero la mayoría de las veces el reverso es verdad: algún distanciamiento y alguna frialdad se hacen necesarios para elaborar una forma. La gente arrojada en el medio de los acontecimientos, que arrancan gritos de dolor a sus bocas, tiene dificultades para hallar la distancia necesaria para transformar críticamente este material. Probablemente en ninguna lengua como en el polaco existen poema tan terroríficos, documentos del Holocausto; con escasas excepciones, éstos son poemas que han sobrevivido a sus autores. Actualmente, un lector hesita entre dos valoraciones contradictorias. Frente a la atrocidad de los hechos, la misma idea de literatura parece indecente, y uno duda de si ciertas zonas de la realidad pueden ser siempre tema de poemas y novelas. Las torturas de los condenados en el *Inferno* de Dante eran, después de todo, inventadas por el autor y su carácter ficticio se hace visible en la forma. No parecen crudas, como las torturas de los poemas documentales. Por otra parte, como usan ritmos y estrofas, los poemas documentales pertenecen a la literatura y uno debe preguntarse, más allá del respeto hacia aquellos que han perecido, si una poesía más perfecta no hubiese sido un monumento más adecuado que una poesía al nivel de los hechos.

Después de la guerra, la aniquilación de los judíos polacos aparece en los poemas de ciertos escritores, algunos de los cuales hallaron lugar en antologías. Pero aplicando criterios severos, puede decirse que el tema está más allá de las capacidades de los autores y se levanta ante ellos como un muro. Los poemas fueron considerados buenos, al principio, porque nos conmovían sus nobles intenciones. La dificultad de hallar una fórmula para la experiencia de una crueldad elemental, se ejemplifica en el caso de Anna Swirszczyńska. Se inició antes de la guerra con un volumen de poesías en prosa, bastante encantadores y refinados, que testimoniaban su interés en la historia del arte y la poesía medioeval. No sorprende, porque era hija de un pintor, creció en el estudio de un pintor y en la Universidad estudió literatura polaca. Ni ella ni ninguno de sus lectores hubieran imaginado a qué propósitos servirían un día su predilección por los manuscritos iluminados y las miniaturas. .

Durante la guerra, Swirszczyńska vivió en Varsovia. En agosto y septiembre de 1944 tomó parte en el levantamiento de Varsovia. Durante sesenta y tres días presenció y participó en una batalla sostenida por una ciudad de un millón de personas contra tanques, aviones y artillería pesada. La ciudad fue destruida poco a poco, calle por calle, y aquellos que sobrevivieron fueron deportados. Muchos años después, Swirszczyńska trató de reconstruir esa tragedia en sus poemas: la construcción de barricadas, los sótanos convertidos en hospitales, las casas bombardeadas que se hundían sepultando a la gente en sus refugios, la falta de munición, alimentos y vendas, su propia aventura como enfermera militar. Y sin embargo estos intentos no tuvieron éxito: eran demasiado verbosos, demasiado patéticos, y ella destruyó los manuscritos. (Además durante mucho tiempo, la insurrección fue un tópico, prohibido, en vista del papel que Rusia desempeñó en su aplastamiento.) No menos que treinta años después del acontecimiento, acertó en un estilo que la satisfizo. Curiosamente, fue el estilo de la miniatura, que había descubierto en su juventud, pero que esta vez no se aplicó a las pinturas. Su libro

Construyendo la barricada[3] consiste en poemas muy breves, sin métrica ni ritmo, cada uno de los cuales es un microinforme sobre un solo incidente o situación. Este es el más humilde arte de la mímesis: la realidad, tal como es recordada, es lo principal y dicta sus medios de expresión. Es un claro intento de condensación, de modo que sólo restan las palabras esenciales. No hay comparaciones ni metáforas. No obstante, el libro se caracteriza por un alto grado de organización artística y, por ejemplo, el poema del título puede analizarse en términos de las figuras retóricas, con los nombres griegos que se usaron en poesía durante siglos: anáfora, epifora, epizeuxis:

CONSTRUYENDO LA BARRICADA

Estábamos atemorizados al construir la barricada
bajo el fuego.
El dueño de la taberna, la amante del joyero, el barbero, todos nosotros
cobardes.
La criada cayó al suelo
cuando arrastraba una piedra del pavimento; estábamos terriblemente
[atemorizados
—todos nosotros cobardes—
el conserje, la mujer del mercado, el pensionista.

El farmacéutico cayó al suelo
cuando arrastraba la puerta de un servicio
estábamos aún más atemorizados, la mujer del contrabandista,
la costurera, el conductor de tranvías,
todos nosotros cobardes.

Un chico del reformatorio cayó
cuando arrastraba un saco de arena,
usted ve, estábamos realmente
atemorizados.

Sin embargo nadie nos obligó
construimos la barricada
bajo el fuego.

Swirszczyńska utiliza frecuentemente la forma de una miniatura de diálogo o monólogo para comprimir tanta información como es posible. El pequeño poema «Una mujer dijo a su vecino», contiene todo un modo de vida, la vida en los sótanos de la incesantemente bombardeada y sitiada ciudad. Estos sótanos estaban conectados por pasajes horadados en los muros para formar una subterránea ciudad de catacumbas. Los conceptos y costumbres aceptados en condiciones normales eran aquí revaluados. El dinero significaba menos que los alimentos, obtenidos habitualmente por expediciones a las líneas de fuego; se concedía un valor considerable a los cigarrillos, utilizados como medio de intercambio; las relaciones humanas también partían de lo que acostumbramos a considerar la norma y luego despojadas de todas las apariencias, reducidas a sus más bajos niveles. Es posible que en este poema nos sintamos impresionados por su analogía con los tiempos de paz, pues hombres y mujeres no tienden a estar juntos, a menudo, por una atracción mutua sino por su miedo a la soledad:

[3] Building the Barricada, *traducción inglesa de Magnus J. Krynski y Robert A. Maguire (Krakow, Wydawnictwo Literackie, 1979).*

Una mujer dijo a su vecino:
«Desde que mataron a mi marido no puedo dormir,
cuando le dispararon me zambullí bajo la manta
temblé toda la noche bajo la manta.
Me volveré loca si tengo que estar sola hoy,
tengo algunos cigarrillos que dejó mi marido, por favor
quédese aquí esta noche.»

Empresas como la emprendida por Swirszczyńska, un diario de acontecimientos reconstruidos muchos años después, son escasas en la poesía polaca de posguerra. Otro poeta, Miron Bialoszewski, logró hacer lo mismo en prosa, en su *Una Memoria del Levantamiento de Varsovia.*[4] Anteriormente, sus poemas no mostraban indicios de que su autor hubiera sufrido las experiencias que relata en su *Memoria.* De modo que cuando el libro apareció, iluminó una peculiar cualidad de sus versos. *Una Memoria...* es una fiel, antiheroica y no patética descripción de la desintegración: casas bombardeadas, calles intactas, cuerpos humanos desmenuzados, así como objetos cotidianos y percepciones humanas del mundo. Un testimonio de esta desintegración puede que no ayude, salvo como Bialoszewski el poeta lo escribió luego. Durante mucho tiempo no publicó, y eso no sorprende, porque es difícil hallar una poesía más distante del optimismo oficial. Su poesía recela de la cultura no menos que la de Różewicz, pero sobre todo desconfía del lenguaje, porque el lenguaje es la tela de donde salen los vestidos de todas las filosofías y las ideologías.

Podríamos decir que Bialoszewski realiza una operación cartesiana, en el sentido de que efectúa una reducción y logra dibujar un círculo, aunque sea pequeño, alrededor de algo en lo que puede creer. Parece haber dividido la realidad en dos estratos: uno alto, que abarca todo lo que crea cultura, a saber: iglesias, escuelas, universidades, doctrinas filosóficas, sistemas de gobierno; y otro, un estrato más bajo, con la vida en su nivel más terrenal. La gente va a una tienda, usa un plato, una cuchara, un tenedor, se sienta en una silla, abre y cierra la puerta, a pesar de lo que sucede «arriba», en lo alto. Se comunican en un lenguaje indiferente a la gramática correcta y a la sintaxis, en un idioma de medias palabras, frases interrumpidas por la mitad, gruñidos, silencios y curiosas entonaciones. Bialoszewski quiere permanecer en este bajo mundo cotidiano y en su lenguaje. Es como si un romano que ha sido testigo de la caída de Roma, buscase ayuda en lo que es más durable porque es lo más elemental y trivial; y por esa razón, es capaz de crecer sobre las ruinas de estados e imperios. La poesía de estas últimas décadas —no sólo en Polonia sino en todas partes—, ha renunciado a la métrica y el ritmo y ha comenzado a reducir las palabras a sus componentes. En este aspecto, Bialoszewski difiere sólo por la naturaleza radical de sus tentativas. Pero hay algo más en él, una mímesis auditiva; escucha en el habla común de las calles de Varsovia: «rustle, snatches, flows»[5] y las anota en un murmullo casi inarticulado. En esta dicción escribe sobre insignificantes incidentes cotidianos de su vida, y estos conocimientos, mezclando prosa y verso, hasta el límite entre ellos, se tornan tan borrosos que esa diferencia se torna sin sentido. Considerados en conjunto, estos poe-

[4] *Traducción inglesa de Madeline Levine (Ann Arbor, Ardis, 1977).*

[5] *Milosz busca un equivalente inglés al sonido de palabras polacas. Por eso no importa demasiado el sentido: «cruje, arrebata, corre».* (N. del T.)

mas construyen una crónica de las calles de la ciudad en que nació y que ha visto destruir y reconstruir. Lo más interesante, para mí, es la cualidad democrática de Bialoszewski. Como los otros poetas que acabo de mencionar, rompe paradójicamente el modelo de la bohemia, de modo que el abismo entre el poeta y la «familia humana» deja de existir. Esto no quiere decir que se dirija a todo el mundo, porque en un sentido Bialoszweski es un continuador de la vanguardia y un antipoeta. Su ejemplo señala que el reintegro del poeta no significa conformidad con el gusto de las mayorías. Pero el mismo Bialoszewski no está alienado —habla como alguien de la multitud—, no se da aires, no se distancia y mantiene cordiales relaciones con la gente que aparece en su prosa poética.

Un lenguaje que juega con peculiaridades de flexión y un gran número de sufijos, no puede verterse a una lengua extranjera y por regla general es intraducible, especialmente desde que su inclinación a lo fragmentario, y la notación estenográfica ha aumentado con el tiempo. Una poema de su etapa más temprana, sin embargo, da una idea de su búsqueda de algo estable, aun si se trata de algo tan poco pretencioso como ir de compras a una tienda.

UNA BALADA DE BAJAR A LA TIENDA

Primero bajé a la tienda
por medio de las escaleras
imagínate.

Entonces la gente conoce gente desconocida
pasan a mi lado y yo paso a su lado.
Lamento
que no veas
cómo la gente camina.
¡Laméntalo!

Entré en una tienda completa:
brillaban las lámparas de cristal.
Vi a alguien —se sentó—
¿y qué escuché? ¿Qué escuché?
crujido de maletas y conversación humana.

Y verdaderamente,
verdaderamente
regresé.

La experiencia desintegradora durante los años de guerra, marcó probablemente a la poesía polaca con tanta firmeza porque el orden establecido después fue artificial, impuesto desde arriba y en conflicto con los vínculos orgánicos que sobrevivían, como la familia y la iglesia parroquial. Una notable característica de la poesía polaca en las recientes décadas ha sido su búsqueda de equilibrio en medio del caos y la completa fluidez de todos los valores, algo que tiene la suficiente importancia general como para que nos llame la atención aquí. El programa de Bialoszowski puede denominarse minimalista. Refugiarse en el mundo de los objetos provee una solución algo similar. Los asuntos humanos son inciertos e indeciblemente penosos, pero, los objetos representan una realidad estable, que no se altera con los reflejos del miedo, el amor o el odio: y siempre se «comportan» lógicamente. Zbigniew Herbert, silencioso y reservado poeta, con una inclinación por la concisión caligráfica, ha elegido la exploración del mundo

de los objetos. Su ejemplo confirma lo que he dicho acerca de la poesía polaca: que se une a la poesía occidental a causa de la desintegración que ambas confrontan, aún si esta desintegración es diferente en calidad e intensidad. Herbert recuerda a veces a Henri Michaux, pero sus «mitopoemas», como los ha denominado (poemas sobre objetos), están más cerca de los de Francis Ponge. Otra notable diferencia entre ambos es la aproximación personal de Herbert a un objeto, y el retiro de Ponge al papel de observador impersonal. En la obra de Herbert un espacio lleno de luchas humanas y sufrimientos da su fondo a los objetos. Y así, una silla o una mesa son valiosas simplemente porque están libres de atributos humanos y por esa razón están desprovistas de envidia. Los objetos, en su poesía, parecen seguir este razonamiento: la cultura europea está en una fase donde los nítidos criterios del bien y el mal, de la verdad y la falsedad, han desaparecido; al mismo tiempo, el hombre se ha convertido en un juguete de poderosos movimientos colectivos expertos en trastornar los valores. Por eso, de un día a otro, lo negro se hace blanco, un crimen se convierte en una acción laudable y una evidente mentira en un dogma obligatorio. Más aún: los que están en el poder y monopolizan las *mass media,* se apropian del lenguaje y son capaces de cambiar el sentido de las palabras para su beneficio. El individuo está expuesto a un doble ataque. Por una parte, debe pensar en sí mismo como el producto de determinantes sociales, económicas y psicológicas. Por otra, su pérdida de autonomía está confirmada por la naturaleza totalitaria del poder político. Circunstancias semejantes convierten cada pronunciamiento sobre los asuntos humanos en algo incierto. En uno de los poemas de Herbert, el narrador escucha la voz de la conciencia, pero es incapaz de descifrar lo que la voz está tratando de decir. En otro, «La Elegía de Fortimbrás», Hamlet se pierde a causa de sus «nociones de cristal», sinónimo de no estar preparado para la vida, mientras el práctico Fortimbrás pronuncia un encomio del oportunismo. En oposición al dominio humano, con sus inseguras bases, nos dice Herbert, los objetos tienen la virtud de existir simplemente: pueden ser vistos, tocados, descritos.

Una motivación similar parece caracterizar los poemas de Francis Ponge, excepto porque en su volverse hacia los objetos quiere significar un deseo de ir más allá en lo psicológico; en Herbert, el objeto es un elemento de su encuentro con la Historia. La Historia no se presenta como un objeto y como una ausencia; nos hace saber de su existencia con una mínima señal, por la indiferencia del objeto hacia ella.

EL GUIJARRO

El guijarro
es una criatura perfecta
igual a sí misma
atenta a sus límites.
Llena con exactitud
de un sentido de guijarro
con un secreto que no recuerda a ningún otro
que no atemoriza a nadie y no despierta deseo
su ardor y su frialdad
son justos y llenos de dignidad
tengo un pesado remordimiento
cuando lo sostengo en mi mano
y su noble cuerpo está impregnado por un falso calor

los guijarros no pueden domeñarse
hasta el fin ellos nos observarán
con un calmo y clarísimo ojo.

La Humanidad, por desgracia, no es «igual a sí misma». Herbert ha leído la filosofía del siglo XX y conoce la definición del hombre como «quien es lo que no es y no es lo que es». Por eso, precisamente, Sartre hace que el hombre sea extraño a la Naturaleza, que se establece en sí misma, es igual a sí misma y lleva otro nombre, «être-en-soi». Es consciente de sus límites, mientras el hombre se caracteriza por un ilimitado esfuerzo por trascender todos los límites. El poema es por lo tanto polémico: señala que la poesía no se circunscribe a invalidar la filosofía. Por eso «El guijarro» no puede contarse entre las obras de poesía pura.

Un guijarro está libre de sentimientos, esa causa de sufrimiento. No tiene memoria de experiencias pasadas, buenas o malas, y carece de temor o deseo. El ardor y la frialdad humanas pueden verse bajo una luz positiva o negativa, pero en un guijarro pueden ser justas y llenas de dignidad. El hombre transitorio, de breve vida, siente remordimientos cuando se confronta con un guijarro. Tiene conciencia de ser un falso calor. Los tres últimos versos contienen una alusión política, a pesar de que el lector no lo advierte al principio. Los guijarros no pueden ser domeñados, pero la gente sí, si las leyes son suficientemente astutas y aplican el método de la zanahoria y el garrote. La gente sometida está llena de ansiedad debido a su oculto remordimiento; no pueden mirarnos rectamente a la cara. Los guijarros nos pueden mirar «con un calmo y clarísimo ojo» hasta el fin. ¿Hasta el fin de qué? podemos preguntar. Probablemente hasta el fin del mundo. El poema concluye con una nota escatológica.

Un ejemplo final de los inesperados giros y transferencias por medio de los cuales la poesía encuentra el desafío de la historia, es dado por el difunto amigo Aleksander Wat. Wat ha dejado una obra monumental: una memoria, *Mi siglo,* que ha sido traducida ahora al inglés. Esta obra relata una vida suficientemente rica para diez personas, y la peculiar dependencia de un destino frente a las varias filosofías de nuestro siglo. En su juventud, hacia 1919, Wat fue futurista. Luego, en 1927, publicó un volumen de perversos cuentos en forma de parábolas, *Lucifer desempleado,* llamativo ejemplo de «nihilismo europeo». En 1929 se convirtió en el editor-jefe del más importante periódico comunista polaco de entreguerras, el *Mensuario Literario.* Después del reparto de Polonia por Hitler y Stalin en 1939, Wat se halló en la zona soviética, donde fue encarcelado acusado de ser troskista, sionista y agente del Vaticano. Después de muchos años pasados en varias prisiones y en el exilio asiático, Wat retornó a Polonia en 1946, para ser acusado pronto de apartarse del realismo socialista. Y, debe añadirse, estaba espiritualmente modelado, en igual medida (como puntualiza en sus memorias), por el budismo, el catolicismo y el ateísmo.

Por eso Wat tipifica las numerosas aventuras de la mentalidad europea en su variedad polaca. Es decir, una mentalidad no localizada en algún espacio abstracto donde lo que es primario —hambre, miedo, desesperación, deseo— no penetra. Wat experimentó la filosofía del siglo XX en persona, en sus formas más tangibles. Gastó el tiempo —como él mismo dijo— «en catorce prisiones, muchos hospitales e innumerables posadas», siempre hablando en papeles impuestos por los que estaban en el poder: el

papel de prisionero, el de paciente, el de exiliado. Tras su período de futurismo juvenil, abandonó virtualmente la poesía por largo tiempo. Se realizó como poeta en la vejez. Sus últimos poemas son una suerte de notas al azar escritas por un hombre encerrado «entre las cuatro paredes de su dolor», un dolor físico. Además, Wat se inclinaba a ver sus sufrimientos como un castigo, porque era culpable de un grave pecado. Este pecado, muy extendido en el siglo, fue definido por Hadezhda en sus memorias cuando dijo que, por mucho que pueda perdonarse a un poeta, éste no debe convertirse en un seductor, ni usar sus dones para hacer de su lector un creyente en alguna ideología inhumana. Wat sufrió un severo enjuiciamiento por sus nihilistas operaciones en los años veinte y por su labor subsiguiente como editor del periódico comunista que tuvo tan grande influencia en Polonia.

Los últimos poemas de Wat —al menos en apariencia— son notas caprichosas y altamente subjetivas. Habla de sí mismo, y entonces alguna transmutación inesperada convierte esta crónica de sus propias aflicciones en una crónica de las agonías de este siglo. El ejemplo de Wat parece verificar mi suposición de que cuando la realidad supera todo medio de nombrarla, sólo puede atacarse por un camino indirecto, tal como se refleja en la subjetividad de alguien. El poema de Herbert «El guijarro», aplica esta específica *vis negativa*[6] cuando habla del destino del hombre y alaba la naturaleza inanimada que contradice su destino. Los *Poemas Mediterráneos* de Wat, escritos cuando se acercaba a los setenta años, son las memorias de un réprobo, de un veterano enfermo de creencias y doctrinas, que se encuentra a sí mismo en el pedregoso paisaje de las colinas alpinas y se compromete en una mayor recaída. Creo que fue el filósofo alemán Adorno quien dijo que, después del Holocausto la poesía es imposible. En los apuntes privados de poesía escritos por Wat no hay mención del Holocausto o de aquello que él, junto a millones de otros, vivió durante su deportación a Rusia. Su grito, el grito de Job, sólo cuenta las conclusiones esbozadas por un sobreviviente. Como en Herbert, la naturaleza inanimada se convierte en un objeto de envidia.

> Disgustado con todo lo viviente me retiré dentro del mundo
> de la piedra: aquí, pensé, liberado, querría observar desde arriba
> pero
> sin orgullo, esas cosas
> enredadas en el caos. Con los ojos de una piedra, yo mismo
> una piedra entre las piedras y como ellas sensitivo,
> latiendo hacia el derrotero del sol. Retirándome en
> las profundidades de mí mismo, piedra,
> inmóvil, silencioso; creciendo frío; presente a través de
> la presencia; en las frías
> atracciones de la luna. Como arena disminuyendo en
> una ampolleta horaria, llanamente,
> cesando uniformemente, grano a grano. Así deberé someterme
> sólo a los ritmos del día y de la noche. Pero
> no hay danza en ellos, sin girar, sin frenesí: sólo
> regla monástica y silencio.
> Ellos no vienen, están. Nada más. Nada
> más, pensé, aborreciendo
> a todos los que llegan a ser.

[6] *En latín en el original.* (N. del T.)

¿Qué puede llegar a ser la poesía en el siglo XX? Me parece que hay una búsqueda de la línea más allá de la cual sólo una zona de silencio existe; y es en la frontera donde encontramos a la poesía polaca. En ella se poduce una peculiar fusión entre lo individual y lo histórico, lo cual significa que los acontecimientos que agobian a toda una comunidad son percibidos por el poeta, al conmoverle de una manera más personal. Entonces, la poesía ya no está alienada. Como lo sugiere la etimología del término, la poesía ya no es extranjera en la sociedad. Si debemos elegir la poesía de un país tan infortunado como Polonia para aprender que el gran cisma de la poesía es curable, eso quiere decir que este conocimiento no trae consuelo. Sin embargo, el ejemplo de esta poesía nos da una perspectiva acerca de algunos rituales de los poetas cuando están separados de la «gran familia humana». Está claro que ninguna división neta de la poesía entre «alienada» y «no alienada» encontrará serias dificultades. Pretendo no dar detalles aquí.

El soneto de Mallarmé «Le tombeau d'Edgar Poe», que ya he citado, es un manifiesto simbolista y como tal provee algunas sugestiones valiosas. Edgar Allan Poe fue llamado un ángel que quería «donner un sens plus pur aux mots de la tribu», dar un sentido más puro a las palabras de la tribu. También curioso es que fue precisamente el uso que Poe dio al inglés y su forma de versificación, los que contribuyeron a su situación marginal dentro de la historia de la poesía norteamericana. Pero un mito necesita de un conflicto entre un ángel y la hidra de la multitud; y en eso tanto la vida de Poe como la distancia entre Francia y Norteamérica sirvieron de ayuda. Desde el romanticismo nos viene la idealización del solitario, incomprendido individuo encargado de una misión en la sociedad; de ese modo, el simbolismo francés emerge de una mutación específica de la herencia romántica. Mientras en el romanticismo un poeta tenía que profetizar para impulsar y conmover a los corazones, aquí hallamos la idea de pureza y defensa, opuesta a la vulgaridad y la suciedad. Por un lago, un ángel y un «sens plus pur»; por otro, «le flot sans honneur de quelque noir mélange», una ola sin honor de alguna negra mezcla. Pero el final del soneto de Mallarmé es probablemente crucial: la tumba de granito de Poe permanecerá para siempre como un hito, que no debe ser cruzado por «noirs vols du Blasphème», negros vuelos de la Blasfemia.

Un hito que permanecerá para siempre. Aquí podemos observar de qué modo difiere del romanticismo el soneto de Mallarmé. La relación del poeta con la multitud se define como estable, no impuesta por circunstancias que podrían cambiarse por un movimiento histórico. La sociedad aparece como algo dado, como los árboles y las rocas, dotada de la firme y asentada existencia típica del siglo XIX en la Francia burguesa. Lo descrito en este soneto es precisamente ese aspecto de la poesía en soledad, que nos impresiona como algo incompatible con lo que habíamos aprendido en el siglo XX. Las estructuras sociales no son estables, despliegan una flexibilidad notable y el lugar del artista no ha sido determinado de una vez y para siempre. Para ser justos con Mallarmé, debemos recordar que aparece para decir exactamente lo mismo que Horacio, quien se denominó a sí mismo «Musarum sacerdos» (sacerdote de las Musas) y declaró: «Odi profanum vulgus et arceo» (Odio a la multitud profana y la mantengo a distancia). Pero la similitud es ilusoria, porque nos enfrentamos a dos contextos históricos diferentes.

Los poetas polacos descubrieron que la hidra tan ominosamente presente entre los

simbolistas, era en realidad bastante débil; o en otras palabras, que el orden establecido, que provee el entramado de la discusión entre el poeta y la multitud, puede cesar de existir de un día para otro. Bajo esta luz, el soneto de Mallarmé es una obra típica del siglo XIX, cuando la civilización parecía estar garantizada. Y, por supuesto, los poetas polacos pueden reprochar a sus colegas occidentales, que generalmente repiten ideas hechas, propias del poeta aislado. Este querría ser un reproche a la falta de sentido de la jerarquía en la apreciación de los fenómenos o, dicho con mayor sencillez, por falta de realismo. En el discurso coloquial, la palabra «no realista» señala una errónea presentación de los hechos e implica una confusión entre lo importante y lo que no lo es, una perturbación de la jerarquía. Toda realidad es jerárquica, sencillamente porque las necesidades humanas y los peligros que acosan a la gente están dispuestos en una escala. No es fácil lograr un acuerdo en aquello que debería ocupar el primer lugar. No es siempre el pan; a menudo es el mundo. Y la muerte no es siempre la mayor amenaza; a menudo lo es la esclavitud. A pesar de ello, nada que acepte la existencia de tal escala procede en forma diversa de alguien que la niega. El acto poético cambia con la cantidad de realidad de fondo que abarca la conciencia del poeta. En nuestro siglo ese fondo está, en mi opinión, vinculado a la fragilidad de esas cosas que llamamos civilización y cultura. Aquello que nos rodea, aquí y ahora, no está garantido. Puede ser incluso que no exista; y de ese modo el hombre construye poesía con los restos hallados en las ruinas.

Czeslaw Milosz

Traducción del inglés:
José Agustín Mahieu

Melodía para el silencio

Abandona ya tus lástimas,
es el momento de armarte guerrera frente al crepúsculo,
la plaza mayor que bracea y se alarga
estrangulando cual pulpo el amanecer.
Qué difícil vencer el ansia de dominar el azul,
olvidadas las nieblas y mirando despuntar tu desconsuelo
en haces de fuerzas multicolores.
Pero no me es posible ayudarte,
ya ves que me tiemblan las manos sólo con verte,
contemplarte coronada de espinas,
sangrante, altiva y sangrante,
mas por fin sabemos qué cerca está
nuestra huída a los confines del universo,
y no será necesario
examinar las raíces al microscopio,
agotar las fuentes de la muerte
para proseguir hurtando tu luz.
Esta bruma que me atenaza la voluntad de mirar al sol,
correr por la pendiente donde el hechizo
abraza tiempos separados,
colmena donde anular el magnetismo y destruir al fin
los cercos que rodean mi chillido.

Amarrados al último salvavidas vamos arrancándole
astillas al recuerdo que arrastra la corriente,
el fondo de este mar anochecido de improviso
recobra su ritmo antes de sepultar nuestros duendes,
la huella de este camino torturante
que tanto me ha costado aprender
para llegar al cabo con las manos vacías,
cuando todo parecía ser el rescate de la luz
de aquellos años casi tristes, pero en donde
aún era posible respirar tu aroma cada mañana.
Inexorablemente derrumbados en la orilla,
cómo contestar a tu socorro,
el mar nos ha dejado un mundo de ruidos

y no es fácil ya escuchar otro llanto que el suyo.
Acaso recuerdes ahora aquella hoguera
en donde bañábamos las palabras a la caída del día,
pálida higiene para recuperar el grito que se eclipsa
entre un charco de cal y de ceniza.
Y vas coleccionando asombros,
es preciso a veces guardar en una cesta tus costumbres,
ya ves que en cualquier instante puede romperse una hoja
o quebrarse el pacto de los árboles
al otro lado de la selva.

Y todavía crees que nunca desearás mi horizonte,
el ocaso incoloro en que dejas tu luz,
atesorando ríos en silencio
como si la vida fuera sólo un espasmo
antes de devolver a la tierra nuestro cuerpo,
y así hemos dejado correr una vez más hacia el olvido,
tristemente, nuestro mundo de ruidos, nuestro mundo.

Contando tus horas hasta el regreso del exilio,
mientras rueda a solas la oscuridad,
el recuerdo de la ceniza
o ese temor indefinible de vidrio que estalla,
el agua de mar artificial y el autobús de colores,
recién estrenada la mañana de domingo,
el ocaso aún en futuro despertar, probablemente en acecho ya,
o quizás practicando el insomnio, tan tarde ahora,
y con la prisa, y el fuego, y otra vez la ceniza
que se desparrama por tus ojos para que recobres la luz,
irisaciones verdes al fondo,
ahora que está próximo el miedo
y nos quedamos resbalando la bola de cristal
como si aún fuera posible atravesar a salvo la corriente
con la antorcha en la mano y deslizar un quizás más allá
de la orilla.
Y todavía recortaremos la estrechez de este fuego
que apenas si brilla,
y que mañana será el comienzo de otra era y otra luz,
al abrigo del resplandor de esta noche
que prolonga, un poco más, huérfano en el reposo,
la aventura de mirar otro sol, ya sin quemarnos.

Y un adiós para desayunar mientras tú
tú juegas con filas de silencio,
aquella barca cuajada de regalos,
aunque ya no fueran magos los reyes de este mundo,
aquel hasta mañana,
y después, de regreso, soñar que te he visto,
que no era aquel escaparate de juguetes
que nunca llegábamos a tener,
los ojos cerrados todavía por el sueño o la sombra.
No, no te sobresaltes
si aún las ramas pueden exprimir tantos suspiros de luz
que oculten nuestro refugio.
No cansemos más este día,
estos ruidos que vamos agostando al final de la vendimia,
esta calma que mortalece con desgana,
tan lejos el brillo que presiento
descomponiéndose las aguas en colores de cristal,
y luego espantar el terror a medianoche,
vivir o beber tus sinfonías,
las colillas de las derrotas sin héroe,
los libros de letras abrasadas por la espera,
y me cuentas ahora que tú y que yo y que ayer
y damos por concluida nuestra cena de fracasos.

Nos hemos olvidado ya de los juegos,
almacenando pláticas inacabables
que se condensaban en la memoria.
Tratar de explicar por qué hieren los colores en el campo,
tu abrazo estallando siempre desconocido
entre huecos disfrazados de soles,
engalanado el suelo de trampas,
lodo que pisas hasta sumergirte en el pretérito,
el humo que te registra
hasta lo más profundo de la queja.
Pudo ser el fin del temor.
Estábamos a punto de llegar a todo,
descubrir tus cartas sin remite,
olvidar el dolor de una estaca
clavándose en el corazón de un vampiro,
o silenciar mis presagios.
Reventar al fin todos los cánceres.

Y vas abriendo las puertas al silencio,
quemando la memoria de todas las auroras sin ventana

con todas las luces de tu alma apagadas,
buen cuidado de aventar las cenizas
antes de soñar que estás lejos de mí,
que siempre estarás lejos de todo,
el manantial que cubre de esperanzas el vacío
va atornillando rojos en el horizonte.
Es un largo camino para aburrir a las euforias,
destartalar o quizás rescatar el moho de tus señales,
esa palabra que vaga errante a través de tu campo de batalla,
las raíces que se esconden detrás de una sonrisa,
cuando mi alegría toda es una mirada esquiva y taladrante.
Hermético entre losas de oro aquel rumor invadido de gris,
memoria de no ser un quizás en busca de la música,
la música que te escoge como reina de las hadas,
son las doce de la noche,
el zapatito de cristal resquebrajando todo tu mundo,
toda tu gloria, todo tu ayer, la inmensidad que desgranas
como si fueras un cuerpo sin tiempo.
Pero te siento ahí, al otro lado del papel,
aunque aún ignore tu nombre,
aunque aún sea pronto para hablarte y contar tus llagas.

Deja ya de velar las almenas,
aquel viento que hería la soledad de las montañas
se ha extinguido de pronto con una sola mirada,
exterminando el eco de la ceniza
que quiere rescatarte del olvido,
ay, tanto grito para perder la voz a la hora de las sombras.
Todos los caminos conducen al ocaso,
y es verdad que no puedo calcar tu vaho en la oscuridad,
cualquier pisada desequilibra un número,
y un poco de más frío esta noche
y vamos descubriendo todos los poros
sin entender la úlcera que nos consume,
cómo romper estos cristales que asoman mi agonía
ahora que hemos perdido la ternura de nuestros últimos pasos,
esterilizando nuestro adiós hasta mañana,
ya encontraremos opuestas sendas de claveles,
no sea que algún día nos veamos solos cara a cara
y destruyamos el amor a golpes,
sin sentido de ser todavía algo más que tu estela.

Eugenio Cobo

Las enfermedades políticas de la Nueva España

... tienen los que nos gobiernan la propiedad de los ríos, que jamás vuelven atrás sus raudales por no deslucir la majestad de su curso.
(Hipólito Villarroel, *Enfermedades políticas.)*

A fines del setecientos se comentaba ya de los posibles vicios que pueden corromper el cuerpo social de una república. Un interesante texto escrito en 1785 —de título insinuador y descriptivo *Enfermedades políticas que padece la capital de esta Nueva España en casi todos los cuerpos de que se compone y remedios que se la deben aplicar para su curación si se quiere que sea útil al Rey y al público*—,[1] señala varios desajustes de la sociedad colonial novohispana. El objetivo de Hipólito Villarroel es hacerle saber al monarca, como buen vasallo que es, los errores, las injusticias, el desorden, el cohecho y el robo que tienen que soportar los habitantes de la ciudad de México. El autor describe y analiza esta problemática para luego ofrecer los consejos que ayudarían a enmendar tal situación.

Tanto por el objetivo del texto como por su aspecto formal, este escrito se inscribe dentro de toda una corriente de literatura socio-económica que afloró en España a partir de la segunda mitad del siglo XVI: la literatura arbitrista. El propósito de esta producción es manifestarle al monarca y a las autoridades del Estado o de la Iglesia la cruda realidad que soportan sus pueblos, como también presentar soluciones conducentes a mejorar la sociedad en que viven.

La palabra *arbitrio*, en aquella época, tuvo varias acepciones.[2] En estas líneas me interesa destacar el sentido de «consejo o arbitrio económico ofrecido a la autoridad»: matiz particular que sirve para denominar este especial tipo de discurso. Una de las peculiaridades de esta literatura es la similitud que los autores ven entre la tarea de un príncipe o de un gobernante con el oficio de un médico. Son usuales exhortaciones como las siguientes: el monarca debe ser capaz de extirpar los males como si fueran tumores, cauterizar el flujo continuo de sangre para evitar la concentración de humores, suministrar los remedios necesarios para una pronta recuperación del enfermo o, por lo menos, estar al tanto de su salud. En el texto que me ocupa, Villarroel, al igual que

[1] *Ed. Genaro Estrada. México, Bibliófilos Mexicanos, 1937. La obra está dividida en seis partes; la última, escrita en 1787, se refiere a todo el virreinato novohispano. Carlos María Bustamante comenzó a publicarla —a excepción de la sexta parte— en 1830 en suplementos al periódico* La Voz, *pero alterando el título y suprimiendo varios párrafos. Cuando cito este escrito doy las páginas en el texto.*

[2] *Véase Jean Vilar,* Economía y Literatura. La figura satírica del arbitrista en el Siglo de Oro. *Madrid, Revista de Occidente, 1972, cap. 1. Para Hispanoamérica mi artículo «Los vocablos "arbitrio" y "arbitrista" en el Nuevo Mundo».* Cuadernos Hispanoamericanos, *347 (1981), 421-429.*

los arbitristas peninsulares, emplea profusamente el lenguaje de los galenos.[3] En el prefacio analiza la misión de diferentes estadistas en la Nueva España, y las instrucciones o recetas médicas que dejaron: lamentablemente concluye que las enfermedades de la ciudad de México siguen igual «a pesar de los esfuerzos de tantos médicos famosos (el duque de Linares y el visitador Gálvez, por ejemplo)» (pp. 31-35).

Una retórica sutil impregna estos escritos cuyo contenido no sólo debe inquietar al gobierno, sino inducirlo a ordenar medidas concretas. Los autores se humillan ante el monarca —vieja costumbre—, pero como verdaderos súbditos sienten la obligación de auxiliar al soberano revelándole los males arraigados en la sociedad. Un anónimo arbitrista peruano, por ejemplo, le manifiesta a Felipe V en 1742 que

> no fue más carácter de persona la de Cristóbal Colón cuando entre los desprecios de quimerista le aceptaron Reyes Católicos: si éste —le dice— dio a V. M. en el descubrimiento de las Indias reinos informes, yo en el descubrimiento de los males se los volveré a dar formados.[4]

Los temas que tratan los arbitristas son variados; hay unos que en su observación abarcan a la sociedad entera, mientras otros se limitan a examinar su región basando sus análisis en el conocimiento que proporciona el oficio que desempeñan, o el mero saber que da la vivencia en una zona. Villarroel es un observador atentísimo de la sociedad mexicana; fue ocho años Alcalde Mayor de Cuautla, recaudador de las rentas reales, inspector de la Real Hacienda en Puebla, y también se le confió la expulsión de los jesuítas del Colegio de Tepozotlán.

Al autor no se le escapa ningún asunto que no tenga interés para una metrópoli en desarrollo, como la capital mexicana en esas últimas décadas del dieciocho. Su crítica abarca materias muy controvertidas en aquella época tanto por hombres de Estado peninsulares como por los mismos criollos americanos. El debatido tema del comercio, la separación del poder entre los virreyes y la Real Audiencia, la corrupción de los oidores y corregidores, la necesidad de establecer manufacturas en las colonias, el exceso de religiosos, etc., son los puntos preferidos de este arbitrista. También se detiene en dilucidar por qué el mexicano no trabaja, por qué el indio anda desnudo, quiénes son los zánganos de este cuerpo político; proporciona, además, datos específicos y curiosos sobre esa década.[5] Todas estas razones convierten la obra en un documento histórico necesario para adentrarse en el conocimiento de la estructura interna de la sociedad mexicana colonial de finales del setecientos.

Con relación al comercio de la Nueva España y la Península, es categórico al afirmar que Cádiz sólo beneficia el tráfico de los italianos, franceses, ingleses y de los venturosos banqueros de los países del norte de Europa. Afirma que dicho puerto ha sido mero espectador de la ruina de España y testigo ocular de la rápida salida tanto de los metales

[3] *Sancho de Moncada, González de Cellorigo, Martínez de Mata para nombrar sólo a algunos. Véase José Antonio Maravall, «Interpretaciones de la crisis social del siglo XVII por los escritores de la época», en* Seis lecciones sobre la España del Siglo de Oro. Homenaje a Marcel Bataillon. *Ed. P. M. Piñero y R. Reyes Cano, Universidad de Sevilla-Université de Bordeaux III, 1981; pp. 113-158.*

[4] Estado político del reino del Perú. *Ms. Rich Collection 80, New York Public Library.*

[5] *Afirma, por ejemplo, que diariamente circulan por la capital 637 coches; dice que hace algunos años la ley limitó las pulquerías a 36: para hombres 24 y las restantes para mujeres; una monja para entrar en el convento debía tener $4.000 en efectivo de dote.*

como de los frutos, pues el extranjero —dice— «chupó todos los tesoros de las Américas» (pp. 352-355). Esta denuncia no es nueva en los escritos hispánicos, ya desde el siglo XVI hay testimonios evidentes de esta preocupación;[6] inquietud que se intensifica en el siglo de las luces. José Antonio Alzate, por ejemplo, manifiesta en las *Gacetas de literatura de México* que son las fábricas extranjeras las que se enriquecen con nuestra plata, dinero que debería quedarse en el Estado.[7] Villarroel argumenta que no hay razón que justifique impedir al «vasallo lo que se facilita al extranjero» (p. 318). Es terminante ante la defensa del criollo y de los intereses de los americanos.[8] Esta postura, volcada más hacia América que hacia el Imperio, le otorga a los escritos arbitristas una clara tendencia reformadora.

Con el fin de fomentar el comercio interno, este novohispano advierte la necesidad insoslayable de que se incremente la labranza y se obligue a trabajar la tierra; está consciente de lo pernicioso que resultó el ejemplo que los españoles trajeron de allende el Atlántico con relación a no «ensuciarse las manos» con el trabajo manual, pues apenas pisan el continente americano, dice, se ponen el *don* y se olvidan de que en sus patrias eran fulano o el tío mengano (p. 303). Aconseja incentivar a la población al cultivo de granos ya que últimamente aumentó la escasez, debido a la disposición adoptada para los campos de las afueras de la ciudad de México. Se indigna al observar que en vez de sembrar maíz, trigo y otras semillas de primera necesidad se opte por el cultivo de magueyes con las conocidas secuelas para la población, y sin detenerse a analizar la crisis alimentaria que engendra. Afirma que las subidas ganancias que deja la producción de pulque en la Real Hacienda[9] es lo que motiva a plantarlo. Tampoco hay aplicación a la cría de ganados, ya que los campesinos prefieren vender sus yuntas y aperos, y a veces hasta los curas de los pueblos los obligan, acusa este criollo, para que puedan pagar sus tributos. Todos estos errores, comenta, propicia que «desfallezca el comercio interno». Como buen observador Villarroel percibe la coalición entre los pilares del poder colonial: el del Estado y el del clero.

La lana no se aprovecha, se lamenta este arbitrista, y no entiende cómo se despreocupan tanto las autoridades en este ramo, pues podría representar rentables ganancias al fisco ya que el clima y el terreno del septentrión se prestan a la producción ganadera.

[6] *Uno de los primeros escritos es el* Memorial *que Luis Ortiz le envía a Felipe II en 1558, texto que analiza el estado financiero de la monarquía y propone, entre otras medidas, que «no salga dinero del reino». Algo después, le siguen Pérez de Herrera, Lope de Deza, Caxa de Leruela, Fernández Navarrete, Diego José Dormer, Alvarez Osorio, y los autores citados* supra *nota 3.*

[7] *Puebla, Oficina del Hospital de San Pedro, 1831, II, p. 246; véase además lo que opina Alzate sobre el comercio español y su relación con el de los extranjeros en la nota 1 de dicha página. Los ilustrados no sólo se preocupan por la pérdida de las riquezas materiales, sino también denuncian el saqueo que hacen los extranjeros de los «tesoros espirituales» del Nuevo Mundo. Llano y Zapata y Antonio de Acedo critican severamente el robo de los manuscritos y tratados escritos por los naturales. Véase, respectivamente, la Carta de Llano y Zapata al arzobispo de Charcas, Cayetano Marcelo de Agramonte (1759) que aparece en sus* Memorias, *ed. Ricardo Palma, Lima Imprenta y Librería de San Pedro, 1904, pp. 609-627; y el* Diccionario geográfico histórico de las Indias Occidentales o América, *Madrid, Imprenta de Benito Cano, 1786, p. 111.*

[8] *Lo mismo advertí al analizar textos arbitristas peruanos y novohispanos en «El comercio en el siglo XVIII: arbitrios a las autoridades»,* Revista de Indias, *1985 (en prensa).*

[9] *El cultivo del maguey despertó desde muy temprano un gran interés en los corregidores y virreyes; véase José Jesús Hernández Palomo,* La renta del pulque en Nueva España. 1663-1810, *Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1979.*

Pregunta por qué no se trajo una docena de familias de la región de Extremadura con el fin de instruir a los nativos en la industria lanera. Sus observaciones e interrogantes sugieren un pensamiento bastante innovador en cuanto a la política inmigratoria: no es suficiente que la población crezca y llegue desde España el que así lo desee, manifiesta Villarroel; lo verdaderamente necesario es que este sistema tenga en cuenta las prioridades económicas del virreinato que es el único modo de tener vasallos útiles y no vagos y viciosos, pues, según el autor, las Américas se han convertido en el «centro del libertinaje y asilo de los vicios y del desenfreno» (pp. 311, 399-401).

Propone que se le dé mayor fomento a la grana y al añil para que no sólo satisfaga el consumo interno, sino que también pueda exportarse. Aconseja que dichos productos se comercien preferentemente con otras regiones de la Nueva España, y cuando éstos lleguen a la Península sería conveniente recogerlos para vendérselos a las «potencias» a un precio proporcionado, y así evitar su fluctuación a causa de una venta apresurada (pp. 305-323); es decir estudiar el mercado y negociar el producto cuando alcance su valor más elevado. Aclaración meritoria en una época en que ni España ni las colonias se beneficiaban con el comercio. Este razonamiento revela cómo en la sociedad dieciochesca iba emergiendo paulatinamente lo que llegaría a ser el Estado moderno, que junto al desarrollo de una idea continental primero y nacional después, más una agresividad o defensa de los propios intereses comenzaría a sentar las bases para, con el tiempo, configurar un pensamiento capitalista.

Pero con quien más se ensaña la crítica de Villarroel es con el gobierno de la ciudad. A las autoridades municipales las acusa de aprovecharse de los abastecedores para alimentar la pompa personal, pues los regidores exigen a los carniceros, panaderos, boticarios una elevada suma de dinero en vez de supervisar la calidad de los productos (pp. 179-180). En la aprobación de los remates de carne censura que a los virreyes se les entregue mil pesos, a los secretarios quinientos, a los regidores cuatrocientos, y así a toda autoridad que tenga que conceder alguna anuencia para liberar la mercancía. El autor no se detiene sólo en denunciar, sino que cuestiona dicha conducta: «¿qué razón puede haber, ni cristiana ni política para este proceder?, ¿no es esto contribuir al perjuicio de la República?» Por tal motivo, este arbitrista plantea la necesidad de establecer un reglamento que obligue a cada funcionario a declarar sus fondos personales y de acuerdo con este informe prescribir los gastos precisos de sus funciones. Esta disposición, agrega, evitaría que los empleados manejen el caudal público para alimentar la ostentación y el lujo impuestos por la moda francesa (pp. 201-202). Hoy nos parecen bastante adelantadas estas medidas, pues después de más de doscientos años el Estado mexicano se vio en la obligación de exigir a los funcionarios públicos similar declaración de bienes.

No sólo críticas surgen de su pluma, también es capaz de valorar los esfuerzos para superar los robos al arca fiscal. Manifiesta que a raíz de una orden emanada de la visita general se acordó acabar con dichos abusos para lo cual el salario de los regidores se aumentó de treinta a quinientos pesos anuales, pero lamentablemente al marcharse el visitador, se reanudó el cohecho y además se conservó el nuevo salario (pp. 215-216). Además de las autoridades gubernamentales caen también bajo su censura los profesionales, quienes reciben sus dardos con similar violencia. En su mordaz crítica están pre-

sentes los abogados, procuradores, escribanos y relatores a quienes acusa de alargar los pleitos en beneficio de sus intereses. Propone que se reduzca el número, pues sólo en la capital había 175 leguleyos que ni siquiera cumplían con la ley por dedicarse a ser los «piratas de las bolsas» (pp.119-131).

Después de pintar este deprimente cuadro, el criollo duda de que la Nueva España se encuentre en el siglo de las luces, en el siglo de la ilustración. «Estamos todavía —afirma— en los de la obscuridad, de la indolencia, de la injusticia y del abandono» (p. 276), pues llegó a tal el atropello, que se convirtió en norma que las ordenanzas sólo se hicieran cumplir a los desposeídos, pero jamás que los jueces ejercieran su autoridad con las personas de «carácter, acomodadas y distinguidas» (pp. 126-127).

Villarroel también se une a la generalizada queja de la escasez de población en la Nueva España y a la gran cantidad de personas que recibía anualmente la capital, y percibe que la causa es la escasez de fuentes de trabajo en sus lugares de origen. Con el fin de impedir este flujo propone se establezcan recintos en las diferentes ciudades y pueblos, donde se motive a la gente a trabajar en las artes y oficios regionales, y así promover el desarrollo de la periferia y evitar el éxodo en busca de subsistencia. Como podemos apreciar, ya en ese siglo hubo reflexiones en torno a la aglomeración y desarrollo vertiginoso de la capital, crecimiento que no se ha detenido, y hoy demógrafos y economistas plantean, como una necesidad insoslayable, la descentralización demográfica y económica de la ciudad de México. Uno de los grandes temores que percibe este criollo para que dicha urbe reciba el justo título de «capital del Nuevo Mundo» es el número de vagos, ociosos y desnudos que deambulaban por la ciudad, a quienes caracteriza en forma bastante ruda.[10] Sin embargo, dentro de su lúcido análisis se encuentra una propuesta algo descomedida, como la de aconsejar se amuralle la ciudad para obstaculizar la excesiva inmigración (pp. 253-255). Después de leer varios textos arbitristas me atrevería a indicar como peculiaridad de alguno de ellos la convivencia de certeros consejos junto a medidas un tanto irrealizables.

Es manifiesto el malestar que el autor siente ante el panorama descrito, y el testimonio ofrecido señala con nitidez la decadencia irreversible del sistema administrativo colonial y los retos a que estaban sometidas las autoridades. Acabar con el cáncer que corroe la ciudad es la demanda que repite este arbitrista a lo largo de todo el escrito, pues continuar con este cuerpo político enfermo, dice, es llegar a la muerte.

Me he detenido en una obra que no aspira a ser un tratado sistemático sobre ninguna materia —como el mismo autor lo afirma—, a diferencia de otros escritos tanto hispa-

[10] *Es digno de mencionar el lenguaje vulgar que emplea para referirse a las personas que llegan del campo y a los recintos donde se albergan. Dice que la gente soez se cobija en zahurdas «por contener cada una un enjambre de hombres y mujeres sucios y asquerosos que son la abominación de los demás por sus estragadas vidas y costumbres, perfectos lupanares de infamias y abrigo mal permitido de cuantas castas de vicios son imaginables; lunar feo y asqueroso de toda buena cultura y, finalmente, depósito de un vulgo indómito, atrevido, insolente, desvergonzado y vago, que llena de horror al restos de los habitantes» (pp. 245-246). A esta gente es la que él denomina zánganos. Mientras que para Alzate los zánganos son los regidores que «están acechando el modo, el arte de sacar monedas al prójimo, sea el camino lícito o prohibido». «Informe secreto sobre reformas al Ayuntamiento de México», A.G.N., México, Historia 44, exp. 2.*

noamericanos como peninsulares.[11] El objetivo de este arbitrista es dar a conocer la realidad de aquellos tiempos. Son las reflexiones de un crítico, a fines de una centuria pletórica de reformas, quien analiza el deterioro evidente del sistema político-social. Estas ideas, que no emanan de grandes pensadores, sino de hombres desconocidos pero con mentes lúcidas como Hipólito Villarroel, proporcionan, creo yo, un material valioso para estudiar el complejo ideológico de esa época.[12]

Sara Almarza

[11] *Para el Nuevo Mundo se podría señalar el memorial* Lima inexpugnable *(1740), ed. L. A. Eguiguren Escudero, Lima, s. l., 1966; donde Peralta Barnuevo le expone al virrey Mendoza Sotomayor las razones por las cuales Lima debe fortificarse con el fin de impedir el saqueo de los piratas. El memorial de Cellorigo es buen ejemplo de cohesión lógica al analizar la urgencia que tiene la economía española del* XVII, *de desarrollar una industria propia y de fomentar la agricultura. Véase Carrera Pujal,* Historia de la economía española, *Barcelona, Bosch, 1943, t. I, pp. 358-378; José Luis Pérez de Ayala lo analiza en «Un teórico español de la política financiera: Don Martín González de Cellorigo»,* Revista de Derecho Financiero y de Hacienda Pública, *IX, 36 (1957), pp. 711-747.*

[12] *Pienso que estos discursos son un aporte a la Historia de las Ideas Coloniales, cuyo objetivo es recoger el pensamiento de todos los hombres y todas las ideas de estos pensadores; así lo ha explicado José Gaos al diferenciar dicha disciplina de la Filosofía. Véase* Historia Mexicana, *vol. XX, núm. 1, julio-septiembre 1970, p. 162.*

Sobre la crítica de la literatura hispanoamericana: balance y perspectivas

El título de este balance y perspectiva ya anuncia ciertas restricciones. La revisión de materiales no ha incluido la vasta producción sobre la literatura brasileña ni sobre la literatura del Caribe no hispano. Las razones no pasan por los prejuicios ni son endémicas. Responden en parte a otras condiciones que sí son fundamentales en toda consideración de un panorama de esta índole. Existen divisiones en los marcos académicos estadounidenses —éstas y otras graves exclusiones se dan también en la mayoría de las universidades latinoamericanas centradas aún en la preocupación nacional(ista)— que canalizan el estudio de la literatura brasileña al margen de su integración latinoamericana y que mantienen a la producción antillana de habla inglesa y francesa, por ejemplo, casi totalmente ajena a este marco de referencias. Pauta adicional, entonces, de que la lectura que sigue incorpora un contexto específico y una práctica centrada en la «crítica académica» dejando de lado el sólido comentario periodístico y las glosas ocasionales de publicaciones no especializadas. Se incorporan, asimismo, las imágenes de la literatura hispanoamericana que emergen de las revistas de crítica literaria, de aquéllas que se manifiestan explícitamente por determinada filiación ideológica y de aquéllas otras que sin hacerlo anuncian indefectiblemente su pertenencia a algo que excede la generosidad de lo objetivo. Como toda libertad, también la de estas publicaciones está condicionada.

Varios balances y encuestas sobre el estado de la crítica han sido publicados durante los últimos años.[1] Consideramos que los mismos perfiles de publicación producen un

[1] *«La crítica literaria, hoy»* Texto crítico, *III, no. 6 (1977), pp. 6-36. Respondieron Enrique Anderson Imbert, Antonio Cornejo Polar, José Pedro Díaz, Roberto Fernández Retamar, Margo Glantz, Domingo Miliani, José Miguel Oviedo y Saúl Sosnowski.*

Hugo Achugar, «Notas para un debate sobre la crítica literaria latinoamericana», Casa de las Américas, *XIX, no. (1978), pp. 3-18.*

Jean Franco, «Trends and Priorities for Research on Latin America in the 1980s (Latin American Literature)», The Wilson Center Working Papers, *no. 111 (1981), pp. 25-35. Como «Tendencias y prioridades de los estudios literarios latinoamericanos», en* Escritura, *VI, no. 11 (1981), pp. 7-20. También en* Ideologies and Literature, *IV, no. 16 (1983), pp. 107-20, en un número especial dedicado a «Problemas para la crítica socio-histórica de la literatura: Un estado de las artes». Es útil observar allí los ajustes que se presentan en miradas alternativas en «Para una redefinición culturalista de la crítica literaria latinoamericana», de Hernán Vidal (pp. 121-32) y «Crítica de una crisis: los estudios literarios hispanoamericanos», de René Jara (pp. 330-52).*

Una revisión y puesta al día permanentes de la crítica son ofrecidas por las revistas literarias. Como lo demostrara Francine R. Masiello para el caso argentino, éstas sirven para registrar y medir los cambios en

balance constante de ciertos intereses. Reflejan, entre otras cosas, la creciente y polarizada ideologización puesta en escena recientemente y que ya había acentuado el inicio de una nueva etapa a partir del triunfo de la revolución cubana y los éxitos internacionales alcanzados por un núcleo selecto de narradores hispanoamericanos. Después de las abundantes páginas escritas en torno al impacto de la revolución cubana sobre las relaciones culturales de Latinoamérica —dejo de lado las directas y menos mediatizadas de la política— estaría de más reiterar los diversos planteos. Es fundamental recordar, sin embargo, que mientras algunos centros de estudios insistirán en la celebración de la palabra y en el maquillaje bruñido de las glosas críticas —proponiendo ante la producción de lenguajes auto-referenciales la oportunidad de sostener paráfrasis lúdicas con esos mismos andamios— otros centros abrirán la práctica literaria a una inserción de lo cultural en lo social. De este modo se dará una mayor tematización académica de las relaciones del intelectual y la sociedad y del papel que desarrolla la literatura en los procesos sociales.[2] Discusiones éstas que tenían su raíz en el orden del día impuesto por la dinámica de los lectores, por los propios escritores, y por su creciente función social pública.

Al adoptar el *boom* como categoría manejable en la ordenación de secuencias de estudio —para centrarnos en la narrativa—, comienzan a figurar en la evaluación de los textos las condiciones «extraliterarias». El reconocimiento de una nueva constelación literaria que exigía que el discurso literario formal se hiciera partícipe de discursos, pronunciamientos y reflexiones críticas, y que algunos autores ejercieran la crítica de sus propios textos transformándose en un doble marco de (auto) referencia, también contribuyó a plasmar un circuito condicionado. Todo ello significó, a su vez, una «transferencia» de énfasis —con sus consiguientes cargas ideológicas— de la inquisición de motivos que pudieron animar la redacción de una obra literaria, a los significados múltiples que se disputan los sentidos de un texto, el papel que éste juega (solo y con su autor) en el sistema. Es evidente que las transferencias son parciales y que todas estas modalidades siguen poblando las páginas críticas.

la concepción y función de la tarea crítica. «Argentine Literary Journalism: The Production of a Critical Discourse», Latin American Research Review, *XX, no. 1 (1985), pp. 27-60.*

Diana Sorensen Goodrich ha realizado una síntesis analítica de enfoques teóricos que han ocupado a la crítica estadounidense y europea. Forzosa, inevitable y, en el mejor de los casos afortunadamente, éstos están siendo asimilados por la reflexión latinoamericana. «La crítica de la lectura: Puesta al día», Escritura, *VI no. 11 (1981), pp. 21-74; «Rezéptionaesthetik: Teoría de la recepción alemana»,* Escritura, *VI, no. 12 (1981), 219-46. En este mismo número Terry Eagleton reseña y critica «El idealismo de la crítica norteamericana» (pp. 247-61).*

Existen, además, revisiones y anuarios bibliográficos que enumeran o dan cuenta del estado de la crítica literaria en sus respectivos países.

[2] *Sin ánimo de exclusividad ni subrayados dogmáticos, dentro de Estados Unidos, para los extremos de estas líneas —y mediante la colaboración de críticos mayoritariamente latinoamericanos— pueden servir como ejemplos las selecciones y los énfasis otorgados a la literatura latinoamericana por las revistas* Diacritics *(Ithaca, New York) e* Ideologies and Literatures *(Minneapolis, Minnesota). La transparencia de sus respectivas opciones hacia campos extraliterarios es evidente al privilegiar definiciones radicalmente diferentes del amplio abanico que cubre toda la práctica literaria. Algunos intereses de* Diacritics, *de mayor amplitud en el debate teórico, pueden ser vistos en los números dedicados íntegramente a literatura latinoamericana (Winter 1974 y Winter 1978) con textos de Rolena Adorno, Roberto González Echevarría, Alicia Borinsky, Lucille Kerr, Emir Rodríguez Monegal, Irlemar Chiampi Cortez, John Deredita, Enrico MarioSantí, Octavio Paz y entrevistas a Julio Cortázar y Roberto Fernández Retamar.*

Las intervenciones de Fuentes, Cortázar y Vargas Llosa, por ejemplo, sobre literatura y la función pública del escritor permitían la ampliación del canon literario más allá de sus novelas y cuentos. Uno de los resultados del *boom* literario/publicitario fue el paso del autor a «superestrella» marcado por cambios en la percepción real de sus obligaciones con el público.[3] Se trataba de un nuevo contrato social que se desplazaba de la intimidad de la lectura a las tarimas de las plazas y las conferencias. Dados los destinos que se debatían a diario y violentamente en el territorio latinoamericano, no puede ser casual que la discusión sobre el papel que debía jugar el intelectual consciente y responsable de su poder, pueda ser vista como una respuesta tajante a los embelesos parciales sustraídos de las preocupaciones post-estructuralistas sobre la supervivencia o muerte de la categoría de «autor». En pleno ejercicio de sus libertades otros también toleraban que lo ajeno al texto fuera descartado en aras de críticas ceñidas estrictamente al mundo ficticio. Se abrían «puertas para ir a jugar» pero ese juego hacía peligrar el falso aislamiento del claustro con las posibilidades de una calle; también estaban en juego las comodidades de la carrera académica y sus privilegios.[4]

Resulta inevitable considerar los dispositivos del mercado académico al constatar que cuantitativamente se sigue subrayando a los epígonos y a las figuras prestigiadas. Las bibliografías constatan, por ejemplo, el continuo culto a Borges cuyo nombre aparece en desmesuradas encuadernaciones triviales y en algunos estudios meritorios.[5] Fenómenos similares afectan a las obras de los identificados con el *boom* y a otros que se han beneficiado de la merecida atención dirigida a América Latina. En este sentido, se amplió el conocimiento de los contemporáneos y también se recuperó a figuras como Fe-

[3] *Carlos Fuentes,* La nueva novela hispanoamericana, *México, Joaquín Mortiz, 1969, y José Donoso,* Historia personal del «boom», *Barcelona, Anagrama, 1972, aportan dos niveles de los cambios ocurridos en los años sesenta. Emir Rodríguez Monegal contribuye a su mayor institucionalización a través de* Mundo Nuevo *y los textos recogidos en* El boom de la novela hispanoamericana, *Caracas, Tiempo Nuevo, 1972. Jean Franco marcó los cambios en «Narrador, autor, superestrella: La narrativa latinoamericana en la época de cultura de masas»,* Revista Iberoamericana, *nos. 114-115 (1981), pp. 129-148. Ver también: Angel Rama, «El* boom *en perspectiva»,* Escritura, *no. 7 (1979), pp. 3-45 y la amplia visión de Tulio Halperín Donghi, «Nueva narrativa y ciencias sociales hispanoamericanas en la década del sesenta»,* Hispamérica, *IX, n.° 27 (1980), pp. 3-18.*

A propósito del ensayo de Fuentes conviene recordar el ejercicio de narradores y poetas hispanoamericanos que mediante su obra ensayística han acercado las distancias entre la reflexión teórica y la dimensión práctica. Borges, Paz y Lezama Lima son excelentes ejemplos del puente afianzado entre los múltiples estratos de la producción literaria.

[4] *Ver Pierre Bourdieu, «Campo intelectual, campo de poder y habitus de clase», en* Campo de poder y campo intelectual, *Buenos Aires, Folios, 1983, pp. 9-35. La versión original fue publicada en* Scolies *en 1971. Bourdieu reformula algunas preguntas centrales a cierta línea crítica para analizar las relaciones del intelectual, su producción y relación social, y cómo el espacio predispuesto para él lo lleva a adoptar una determinada posición estética o ideológica ligadas a esa posición que ocupa. Aquello que está dirigido a la comprensión de las propiedades específicas de una clase de obras, por ejemplo, puede resultar muy útil para esbozar un bosquejo integral de las tareas críticas en los diferentes* habitus *(«sistema de disposiciones inconscientes producido por la interiorización de estructuras objetivas» (p. 35)) señalados en este trabajo.*

[5] *Entre estos últimos: Jaime Rest,* El laberinto del universo : Borges y el pensamiento nominalista, *Buenos Aires, Fausto, 1976; John Sturrock,* Paper Tigers. The Ideal Fictions of Jorge Luis Borges, *Oxford, Oxford University Press, 1977; Emir Rodríguez Monegal,* Jorge Luis Borges: A Literary Biography, *New York, Dutton, 1978; Silvia Molloy,* Las letras de Borges, *Buenos Aires, Sudamericana, 1979; Arturo Echavarría,* Lengua y literatura de Borges, *Barcelona, Ariel, 1983; la edición aumentada de Ana María Barrenechea,* La expresión de la irrealidad en la obra de Borges, *Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984. Una útil revisión panorámica de la bibliografía en David William Foster,* Jorge Luis Borges. An Annotated Primary and Secondary Bibliography, *New York and London, Garland, 1984.*

lisberto Hernández, Macedonio Fernández y Roberto Arlt como precursores, pero no con las líneas que fundarían una tradición literaria y una continuidad histórica. Se trata nuevamente de crear autores prestigiados a partir de las lecturas actualizadas de los pilares (Cortázar sobre Felisberto y Lezama Lima, por ejemplo). Al mismo tiempo se nota cuán pocos son los críticos dispuestos a arriesgarse apostando a autores noveles con análisis de fondo; o a estudiar los complejos procesos de formación cultural más que a la formalidad del autor con obras completas selladas por su muerte o por un demorado silencio de otro signo. Muchas fuentes de trabajo continúan perpetuándose por la reiteración, por un «nuevo enfoque» (¡otro más!) que a la larga será una apostilla al margen de una nota; también por el artículo atento a la última publicación del consagrado —merezca ésta o no la siempre alerta mirada del seguidor—.[6] Antes que abrir el enfoque de lo ya visto y conocido y de trascender el ahinco por la concentración en las figuras estudiadas aisladamente, se agudiza más la búsqueda hasta encontrar la partícula recóndita que justifica otras páginas impresas. Pero lo justifica sólo ante la institución que ha montado las reglas del juego, que anima la proliferación de revistas cuya única razón de ser es dar cabida a tales hallazgos más que a irradiar el conocimiento que a su vez impulse investigaciones mayores y de importancia raigal.

La política de «publicar o perecer», quizá destinada inicialmente a promover el estudio y su diseminación, sirve frecuentemente como sentencioso fin del silencio impreso y cuantificado en los balances de fin de año. Balance que podría ser más positivo al pluralizar lo leído, al considerar la heterogeneidad como alternativa a la reincidencia y, ya en otro terreno, como acto de voluntad independiente ante el caciquismo académico que teje sus telarañas con las tristes recompensas del reconocimiento provisorio dentro de los clanes respectivos. Respeto, admiración, emulación, identificación, pueden ser procesos iniciáticos saludables pero no aportan nuevas interpretaciones y conocimientos si se ciñen estrictamente a lo legado. No es necesario llegar al parricidio, al golpe instantáneo que inaugura otra serie de opciones. Al reiterar enfoques e intereses en los mismos textos, figuras, tropos y mecanismos heredados, se va pasando por el tamiz más lento que, recubriendo, alcanza a vaciar los intersticios de cada página de cada epígono: muerte lenta que agota a la literatura (y a su desafortunado lector profesional) y la hace sucumbir bajo el peso de voluminosas y concentradas dosis de tedio.

Esta no es la tónica *general* que emerge de la revisión del estado de la crítica reciente a la literatura hispanoamericana, sino un peligroso y probado síntoma del desperdicio en que pueden caer las prácticas que no se centran esencialmente en la producción de conocimientos desde ópticas renovadas por la confluencia de avances teóricos y de lecturas no oficializadas por olimpos académicos. Es decir, desde los aportes sustanciales y positivos que se dan en los años sesenta y setenta como ruptura frente a los análisis estilísticos tradicionales que tienen a uno de sus máximos exponentes en la línea de Amado Alonso. Distanciados, no sin cierto (y justificado) temor del sociologismo, ha habido en amplios sectores una producción mayor sobre los textos y análisis parciales

[6] *Hay pruebas abundantes en las nóminas bibliográficas anuales de* Publications of the Modern Language Association of America (PMLA), *en* Hispanic American Periodicals Index (HAPI) *y en las selecciones bianuales comentadas en el* Handbook of Latin American Studies. *Estas fuentes cubren la necesidad de reiterar excesivos listados bibliográficos.*

o globales de determinadas obras, que sobre los mecanismos de esa misma producción; componente cuya pertinencia es cuestionada dentro de los marcos formales del estudio literario. El estudio de la literatura fantástica y el desmesurado énfasis en el «realismo mágico» y «lo real maravilloso» —con diversas nomenclaturas— como categoría genérica más que como descripción de un fenómeno esencialmente temático también ha pasado a una vertiente de balances necesarios.[7]

Como parte del contexto internacional, a partir de los años sesenta también se ha producido en la crítica latinoamericana una creciente, y muchas veces sana, reflexión teórica sobre los textos desde los fundamentos asentados por el psicoanálisis, el estructuralismo, la semiótica, el deconstruccionismo y sus proyecciones; componentes que aún otros han tomado con una perspectiva marxista para generar un análisis cultural más amplio de la producción intelectual. Pero, como en todos los casos, también aquí se han dado los fenómenos de la moda. Con rigurosa seriedad,[8] o con la no menos notoria inclinación por lo lúdico o lo superficial, se publicaron numerosos estudios en que abundaban, según los vertiginosos años, las notas a pie de página citando a Barthes o Genette o Greimas o Kristeva o Todorov o Lacan o, más recientemente, Bajtine o Jameson, sin que la referencia impactara centralmente el análisis del texto pero que sirviera, sin embargo, como llamado de atención sobre el saber de la actualidad. Pero esas son las páginas que importan menos y que ceden el espacio que les corresponde a las lecturas críticas que *sí* utilizan el acceso teórico como vía hacia la descripción, el desmantelamiento y posterior recomposición efectiva de los textos literarios hispanoamericanos. Y es en éstos donde se reconoce el ansia por adquirir validez científica en las apreciaciones, por estar central y estratégicamente ubicado en la vanguardia de *LA* literatura, abandonando el constreñimiento de la especificidad latinoamericana. Haciéndolo, además, mediante una máxima concentración en la narrativa —resultado parcial siquiera de las obras mayores del *boom* que ingresaron rápidamente al dominio de occidente— más que en la poesía —cuya época de vanguardia adelantó los lineamientos experimentales acusados décadas más tarde en la ficción— y que sostenía su residencia en la lengua castellana. Asimilando, además, en el discurso crítico los argumentos de los propios narradores sobre la renovación de las formas, en un aparente amago vanguardista (que con un acto de fe en su progreso se distancia de la vanguardia poética) que quiere homologar el progreso histórico con el literario. Al entrar al diálogo de las lenguas se pretendía pasar paulatinamente a la universalidad de los códigos en que la manifestación de lo literario va cediendo terreno a interrogantes genésicos previos a toda territorialidad. En el discurso ahistórico son evidentes las opciones ideológicas en la práctica de la crítica y la docencia literarias, como también lo son en la otra serie de opciones

[7] *Un aporte significativo al tema: Irlemar Chiampi,* O realismo maravilhoso. Forma e ideologia no romance hispano-americano. *São Paulo, Perspectiva, 1980. Es importante la lectura que propone Alexis Márquez Rogríguez en* Lo barroco y lo real-maravilloso en la obra de Alejo Carpentier, *México, Siglo XXI, 1982.*

[8] *Tres singulares ejemplos que documentan las lecciones bien asimiladas e integradas de tres aproximaciones fundamentalmente diferentes: Germán Leopoldo García,* Macedonio Fernández: La escritura en objeto. *Buenos Aires, Siglo XXI, 1975; Josefina Ludmer,* Onetti: Los procesos de construcción del relato. *Buenos Aires, Sudamericana, 1977; George Yudice,* Vicente Huidobro y la motivación del lenguaje. *Buenos Aires, Galerna, 1978. Hay, por supuesto, excelentes artículos que desarrollan cada una de estas líneas; sólo cito tres libros parciales para no abundar.*

que se afinca en las ciencias sociales, al igual que en los ensayos que desde las referencias heterogéneas e híbridas intentan formular lecturas que den cuenta simultáneamente de la especificidad literaria y de su encuadre particular. En casos ideales, ese diálogo adoptaría la posibilidad de (re)integrarse a la tierra primaria, es decir, a la consideración de lo específicamente latinoamericano.

Las publicaciones periódicas dedicadas a la literatura hispanoamericana cubren una vasta gama de opciones teóricas y críticas que reflejan, tácita o explícitamente, sus propias preferencias e inserciones ideológicas. Estas se manifiestan tanto a través de sus declaraciones de principios como en la selección del material. Sin ánimo alguno de impugnación y sin pretender que la mención de *algunas* revistas agote el arco que compagina su lectura, cabe trazar algunas líneas. Desde *Dispositio* (Ann Arbor, Michigan) y *Lexis* (Lima), por ejemplo, con su clara preferencia por análisis semióticos y enfoques teóricos, hasta *Ideologies and Literature,* cuyo título también define un programa de acción, y las revistas en las que se privilegia el estudio de las relaciones literatura-sociedad, como *Revista de crítica literaria latinoamericana* (Lima), *Hispamérica* (Gaithersburg, Maryland), *Escritura* (Caracas) y *Texto crítico* (Xalapa, Veracruz), sin que ello cancele aportes de otras modalidades del análisis literario, o la revista de política cultural *Punto de vista* (Buenos Aires). Resulta evidente que revistas oficiales como *Casa de las Américas, Conjunto* o *Unión* (La Habana) y *Nicarâuac* (Managua), responden a las líneas imperantes en sus marcos editoriales. Múltiples publicaciones académicas se definen como espacios abiertos, la *Revista Iberoamericana* (Pittsburgh, Pennsylvania), entre ellas, si bien hay ciertos énfasis que le otorgan un acento especial dentro de esa apertura. Proyectos de amplia difusión cultural, como *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid), sirven un amplio abanico informativo. De otro tenor es una publicación como *Review* (New York) que tiene como meta central la difusión de las traducciones de autores latinoamericanos al inglés y que se inscribe en los mecanismos de internacionalización de una determinada vertiente literaria que parte con los autores del *boom* y deriva mayoritariamente hacia aquellos herederos que pueden suscitar interés en el mercado local. Tendencias similares en la predilección por los reconocidos y por problemáticas que se quieren centralmente textuales, se registran también en las revistas que no están dedicadas exclusivamente a la literatura hispanoamericana, como *Books Abroad-World Literature Today* (Norman, Oklahoma), *Modern Language Notes* (Baltimore, Maryland), *Hispanic Review* (Philadelphia, Pennsylvania), o la escasa presencia en *PMLA* (New York). En la medida en que se hacen números monográficos dedicados a autores determinados, la selección suele recaer en Borges, Cortázar, Fuentes, Rulfo, Paz, entre otros pocos, o sea, en aquéllos que garantizan la ineludible y aparentemente inagotable atención del profesorado.[9] Afortunadamente, entre otras, las publicaciones de los Seminarios de Poitiers han abierto este registro al estudio meticuloso de las obras de Felisberto Hernández, Roberto Arlt, Carlos Droguett y Augusto Roa Bastos. Síntoma, de todos modos, de la labor pendiente para rescatar todo lo que precedió a estos nuevos énfasis y para adjudicarles el lugar que les corresponde en la incesante construcción de una tradición literaria.

[9] *La reciente publicación de Hugo Verani,* Octavio Paz: Bibliografía crítica, *México, UNAM, 1983, con más de dos mil asientos, es un claro indicio de esta tendencia.*

Tanto los que abogan por la contextualización de la literatura hecha premisa al considerarla como expresión de un estado social determinado, como los que exigen la ausencia de todo lo ajeno a la internalización del texto, tienen sus propios canales de difusión (revista, voceros privilegiados y suplentes, encuentros y simposios) a través de los cuales se dirimen las propiedades de los sentidos de la literatura y el papel que ésta ocupa (o no) en el sistema. Resulta particularmente interesante notar que los enfrentamientos se siguen dando a partir de interpretaciones de las figuras estelares, rotando en estos casos la focalización y el encuadre general de cada caso. En última instancia se debate la apropiación de los autores, la significación de la lectura de determinados textos y, a través de ellos y en algunos sectores, lo que esas mismas lecturas hacen a la comprensión más amplia del mundo al que remiten. Es decir que las reflexiones teórica y crítica presuponen una revisión del canon literario académico que ideologiza el mapa latinoamericano como actividad que se realiza de este lado de todo enunciado literario. Y es ahora, precisamente en estas instancias, que la práctica crítica abandona (¿debe abandonar?) todo dejo de divertimento casual para ubicar aún el encuentro estético y el regocijo de lo lúdico en el espacio del que emerge como tal. No se trata de desplazar ni mucho menos de cancelar el placer de la lectura, sino también de ver desde la profesionalización de la actividad crítica el sentido del juego, de la risa, de la caricia que se desborda por las páginas.

Hasta ahora se han señalado básicamente extremos de una actividad que centra su mirada en los textos literarios como mediatización, filtro o transparencia de lo referencial, y aquella otra que en la opacidad de esos textos descubre el sentido pleno de la producción literaria.[10] No resulta difícil detectar que entre ambos —y quizá no sean estos los polos absolutos— hay una gama de lecturas preferenciales a todo lo largo de este continuo, algunas de las cuales intentan la formulación de organizaciones heterogéneas capaces de dar cuenta de la complejidad de todo texto literario. Para ello resulta particularmente útil partir de formas literarias avanzadas, no tanto porque la mayor modernización teórica sea especialmente apta para la lectura de lo más moderno— sino porque permite plantear en un presente inmediato los múltiples sentidos de esas avanzadas y de su tecnificación[11]. Y es nuevamente la historia la que en este caso impone sus condiciones.

La correlación entre el auge de la literatura latinoamericana y su aceptación en EE.UU. y Europa en los circuitos más amplios de sus respectivas intelectualidades ya ha sido amplia y reiteradamente demostrada. Sin entrar a discutir nuevamente el sentido del

[10] *Altos grados de experimentación narrativa han suscitado la atención de numerosos estudiosos de la página literaria recortada a su propia medida. Véanse, por ejemplo, las nóminas de trabajos sobre José Lezama Lima para citar un altísimo logro literario. Tal línea de análisis no se cohibe por cierto, ante textos que sugieren lecturas adicionales como se comprueba, por ejemplo, con ocasionales reducciones de Roberto Arlt a sintéticas combinaciones formulaicas. Un ejemplo de sólida crítica que acera/aúna/sugiere/sintetiza diversas etapas de la producción literaria prescindiendo de obvios anaqueles, en Saúl Yurkievich,* A través de la trama, *Barcelona, 1984.*

[11] *Dos aproximaciones diferentes en Carlos Rincón,* El cambio en la noción de literatura, *Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978; Angel Rama, «La tecnificación narrativa»,* Hispamérica, *X, no. 30 (1981), pp. 29-82. El creciente interés por Hans Robert Jauss, Wolfgang Iser y la teoría de la recepción es otro indicio de necesidades plurales.*

boom y sus posibles definiciones, sí se puede dar por cierto que las vicisitudes de los debates en torno a Cuba, desde los inicios primaverales a los cuestionamientos que surgieron en torno al «caso Padilla» y a la desvinculación de algunos escritores de primera línea del proceso revolucionario [12], han tenido un impacto notable en este proceso. El exilio de un alto porcentaje de cubanos de las capas medias y su incorporación al mundo académico estadounidense también ha tenido vastas repercusiones entre las cuales se halla la nómina misma de los autores estudiados, máxime en lo que se refiere a autores cubanos. En este sentido, el arribo de nuevos escritores exiliados amplía este radio a la vez que reduce a canales sumamente estrechos la información amplia sobre la producción cultural de la isla. El énfasis proporcionalmente desmesurado en los epígonos de los exiliados —notablemente en Cabrera Infante y Sarduy— refleja, al margen de sus indiscutibles méritos literarios, una opción política que reverbera aún en los análisis de Carpentier (en otro orden en los de Lezama Lima) y, por supuesto, en los que continúan participando en el proceso revolucionario.

Que en años recientes el fascismo desatado en el Cono Sur haya causado renovados estudios y debates sobre literatura y exilio, no autoriza la fácil y tendenciosa equiparación de los exilios ni los pronunciamientos de que el exilio se ha transformado en tropo literario o en condición reflexiva sobre la literatura misma. Si algún fenómeno reciente se presta directamente a un análisis del cual no se puede despojar la participación e intervención directa de los procesos históricos, es la producción que surge a partir de condiciones de exilio. Y en esos casos, con una atención pormenorizada a los signos de cada uno de esos exilios y de las condiciones específicas de las cuales deriva la página literaria. Que el exilio haya servido de tópico para corroborar las apariencias de amplitudes democráticas de algunas publicaciones no significa que éste pueda ser transformado en categoría literaria ni en etiqueta definitoria de una producción determinada, máxime cuando su pertenencia es y debe ser remitida a los marcos propios de una literatura nacional.

Subsiste la problemática que surge al ceñirse estrechamente a una definición de lo nacional. Esta se agudiza aún más al examinar las relaciones de algunas obras producidas fuera de las fronteras con el corpus interno. Esto incluye en condiciones muy especiales, la producción chicana en sus relaciones con la latinoamericana; [13] en otras, por ejemplo, la complejidad de la literatura puertorriqueña insular y continental ampliamente demostrada en ensayos sobre la nacionalidad y en sólidas muestras antológicas de poesía y narrativa. Y todo ello bajo las dimensiones de fuerzas hegemónicas que intentan limar (y minar) la diversidad de manifestaciones culturales particulares y propias de determinadas regiones. Que para la creciente oleada de escritores ambientados a los aeropuertos los traslados intercontinentales sólo representen saltos cosmopolitas, no cancela su coexistencia con otras realidades que siguen amarradas a resabios prehispánicos y a la defensa de las voces vencidas. Esta heterogeneidad plurivalente también

[12] *La discusión del «Caso Padilla» fue publicada en el primer número de la revista* Libre *(París) dirigido por Juan Goytisolo, (1971), p. 95-145.*

[13] *Un manual reciente establece un mapa de la literatura chicana remitiendo el uso del término a 1848 y fijando la renovación de su tradición literaria a mediados de los años sesenta. Julio A. Martínez and Francisco A. Lomelí, eds.* Chicano Literature: A Reference guide, *Westport, Conn., Greenwood Press, 1985.*

desafía a la crítica que, a la zaga de un instrumental neutro, se aproxima a cualquier manifestación cultural con igual desenfado descartando la especificidad del objeto estudiado para obtener resultados inevitablemente similares. Tal situación subraya la necesidad de adecuar con precisión aquellas propuestas teóricas a la especificidad de lo observado, aún corriendo el riesgo de caer bajo el régimen de la asimilación de propuestas internas al texto y de sucumbir a meras iteraciones simpáticas.

Al hacer una revisión panorámica de los autores y temas estudiados por la crítica —especialmente la que surge de EE.UU., menos preocupada desde su centralidad por las particularidades nacionales— salta a la vista por contraste una tendencia a la concentración desmesurada en autores que han contribuído a la internacionalización de la literatura hispanoamericana. Cuantitativamente hay oscilaciones, pero entre «los contemporáneos» las obras de Borges, Cortázar, Onetti, Donoso, Vargas Llosa, García Márquez, Rulfo, Fuentes, Paz, Carpentier, Cabrera Infante, recientemente Roa Bastos, siguen encabezando esas nóminas, si bien ya es abundante la bibliografía sobre otros autores como Puig, Arguedas, Sarduy que desde distintas ópticas también han aportado componentes centrales a una literatura global que resiste todo intento de definición por homogeneidades. La tendencia a las grandes figuras y a aquellas que están indiscutiblemente categorizadas en el canon académico —Martí y Darío, Vallejo, Huidobro y Neruda, para apelar a otra serie literaria— sigue constante, pero éstas no son vistas globalmente como generadoras de modalidades posteriores, a pesar, por ejemplo, de importantes balances críticos del modernismo. Ello responde en gran medida a un reconocimiento de su centralidad literaria, pero también, y ello es particularmente cierto en el estudio de autores recientes, a los aspectos de organización y politización académica ya nombrados al comienzo que derivan en la selección de las lecturas obligatorias, es decir, en la difusión del conocimiento particularizado y frecuentemente fragmentario o livianamente unitario. El mapa continental que surgiría de la cuantificación de estudios distorsionaría la geografía de las cordilleras y los ríos con países como Argentina, Chile, México y Cuba.

Lo anterior deviene en varios datos que conviene resumir: se sigue leyendo una literatura de epígonos; se plantean cortes temáticos transversales: se periodiza con la arbitrariedad de los números y las edades las generaciones literarias, y se fundan versiones parciales de la producción literaria que tienden a desconocer un factor central: que los relojes culturales de las diversas regiones y áreas latinoamericanas no están sincronizados, que éstos marchan con velocidades diferentes y que la producción literaria que se lee de esa marcha es la que corresponde a sus respectivos estadios de desarrollo. Al optar, por ejemplo, por la experimentación literaria como criterio de selección, quedan fuera vastas regiones cuya respuesta literaria está adecuadamente servida por las tendencias que fueron abandonadas en zonas cosmopolitas hace varias décadas. Al concentrar la lectura en la producción urbana (segmento por cierto válido) se presupone una serie de interrogantes sobre el sentido de esa producción desde su grado de diferencia con un balance de los textos que constituyen su base local. En la medida en que toda selección supone la capacidad de ese texto de representar un segmento que puede excederlo, concentrarse sistemáticamente en sólo algunas de las variantes de la literatura hispanoamericana —el embate experimental, por ejemplo— contribuye no sólo a

una distorsión del amplio texto literario sino también del mundo del cual surgen esas páginas.

En términos generales, una opción contraria incorpora a toda la literatura bajo el rigor ordenador, no del todo inflexible, de la periodización. Si bien ésta puede constituir un significativo aporte a una sistematización, igualmente corre el riesgo de esquematizar, una vez abordados los puntos de identificación, roce y coincidencia general de los múltiples estratos que organizan toda historia, al concentrarse en las heterogeneidades que configuran un continente que dista de ser unánime. Esquema que ya debe ser sometido a otros cuestionamientos al comparar, por ejemplo el estadio de la narrativa en los años 20 y 30 con los avances de la poesía de esos mismos años y, aún más, al alterarse esa relación en las décadas más recientes. Todo lo cual subraya la necesidad de dar cuenta de los desfasajes de las series literarias y de incorporar una literaria sólida y orgánica al predio de la crítica literaria.

Un afán ordenador de las letras americanas que diera cuenta de sus múltiples facetas produjo varios ensayos generacionales. El loable y valioso esfuerzo de Pedro Henríquez Ureña fue seguido con otros ajustes por, entre otros, José Juan Arrom y Cedomil Goic.[14] La necesidad de incorporar la lectura literaria a un análisis crítico de los procesos históricos de los cuales emergía esa producción, llevó a Alejandro Losada a plantear estrategias de investigación que posibilitaran un modelo general de periodización de los procesos literarios en América Latina.[15] Para hacerlo resulta necesaria una aproximación interdisciplinaria integral ajena a todo tipo de esquematismo que articule en niveles generales, y luego pormenorizados, la correlación de las formaciones sociales como condicionantes de toda manifestación literaria. Si bien tal aproximación quizá logre dar cuenta, por ejemplo, de lineamientos generales frente a la respuesta literaria a la transición que va del estado colonial al surgimiento de las repúblicas liberales, también deberá considerar las variantes en torno al sentido y logro de la modernidad en diferentes regiones y procesos políticos del continente.

El riesgo de la generalización siempre está presente en toda apertura y el equilibrio deberá ser establecido entre la globalización de los procesos y la precisa puntualización sobre las manifestaciones literarias que tienden a ser vistas como epifenómenos dentro

[14] *Pedro Henríquez Ureña.* Literary Currents in Hispanic America, *Cambridge, MA, Harvard University Press, 1945* (Las corrientes literarias en la América Hispánica, *México, FCE, 1949). En otro orden ya había expresado una definitoria coherencia intelectual en* Seis ensayos en busca de nuestra expresión, *Buenos Aires Babel, 1928. José Juan Arrom,* Esquema generacional de las letras hispanoamericanas, *2a ed. rev., Bogotá, Caro y Cuervo, 1977; Cedomil Goic,* Historia de la novela hispanoamericana, *Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1972. En «Crítica hispanoamericana: La cuestión del método generacional», M.A. Giella, P. Roster y L. Urbina obtuvieron comentarios y críticas de Goic, Arrom, Enrique Anderson Imbert, Luis Leal, José Olivio Jiménez, Luis Mario Schneider y Jaime Concha.* Hispamérica, *IX, no. 27 (1980), pp. 47-67 (incluye bibliografías). Otro intento de apretada organización en John S. Brushwood,* The Spanish American novel. A Twentieth Century Survey, *Austin, University of Texas Press, 1975* (La novela hispanoamericana del siglo XX. Una vista panorámica, *México, FCE, 1984). Apuntes diferentes caracterizan a Carlos Monsiváis, «Proyecto de periodización de historia cultural de México»,* Texto crítico, *I, no. 2 (1975), pp. 91-102.*

[15] *Alejandro Losada, «Bases para un proyecto de una historia social de la literatura en América Latina (1780-1970)»,* Revista Iberoamericana, *nos. 114-115 (1980), pp. 167-88; «Articulación periodización y diferenciación de los procesos literarios en América Latina»,* Revista de crítica literaria latinoamericana, *IX, no. 17 (1983), pp. 7-37 (incluye bibliografías. Número monográfico dirigido por Losada sobre «Sociedad y literatura en América Latina»).*

de los someros cuadros nacionales o regionales. Un ejemplo sería el estudio del carácter fundacional del modernismo, no ya en su fragmentación aislada sino como componente integral de la serie literaria y de la tradición literaria que inaugura.

Un equilibrio entre estas posibilidades de análisis es lo que caracterizó a muchas de las propuestas de Angel Rama en torno al sistema literario y a la ejemplificación de algunas propuestas concretas, como lo hiciera al analizar textos de Martí y a Darío dentro de las fuerzas que otorgaron un sentido singular al modernismo, o al perfilar el debate constante entre internacionalismo y regionalismo. El ejemplo no es único, pero sí significativo por la voluntad de integrar los avances de la teoría literaria con una reflexión a fondo sobre la historicidad del fenómeno literario; por la tendencia abarcadora y la puntualización en determinados textos sin escatimar juicios de valor; por la mayor flexibilidad que ofrecía ante posturas inmanentes, por un lado, y ante formulaciones rígidamente ortodoxas por otro.[16] Y que, también es forzoso decirlo en algún momento, por el generoso criterio desplegado en la formulación del proyecto de la Biblioteca Ayacucho.

La pormenorización de numerosos análisis, las condiciones sociales e históricas fluctuantes o dramáticamente transformadas, requieren planteos que enfrenten el estudio de la literatura con el instrumental crítico que la analiza. Se ha mencionado antes la apelación de un núcleo de críticos a las propuestas de las diversas variantes del estructuralismo y el postestructuralismo, particularmente mediante lecturas que prescinden de todo estructuralismo, particularmente mediante lecturas que prescinden de todo marco de referencia ajeno al lenguaje del texto. El discreto encanto de ciertos modelos de análisis también radica en su universalidad. Y es precisamente ésta la que motiva otro tipo de apuestas en los ensayos de Fernández Retamar, por ejemplo, cuando aboga por una crítica propia a la literatura latinoamericana, o en los estudios de François Pérus que proponen un modelo crítico, de valor demostrativo, desde la perspectiva materialista que sistematiza sus lecturas y que, paradójicamente, proponen otro modelo de abstracción al cual intentan responder algunas propuestas de Hernán Vidal.[17]

Las directrices que se pueden delinear entre núcleos o tendencias críticas que se pronuncian por un mayor ahinco teórico y otros cuya predilección es historizante siguen siendo provisorias. Sin embargo, como lo planteara anteriormente, y subrayando importantes diferencias en cada uno de estos campos, es factible plantear las diferentes

[16] *Angel Rama, «Indagación de la ideología en la poesía (Los dípticos seriados de* Versos sencillos *de José Martí)»,* Revista Iberoamericana, *nos. 112-113 (1980), pp. 353-400;* Ruben Darío y el modernismo (Circunstancia socio-económica de un arte americano), *Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1970, y prólogo a* Poesías, *Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977; muy especialmente* Transculturación narrativa en América Latina, *México, Siglo XXI, 1982. En un diálogo lamentablemente trunco, Alejandro Losada sugirió áreas contestatarias en su «La contribución de Angel Rama a la historia social de la literatura latinoamericana»,* Casa de las Américas, *n.° 150 (1985), pp. 44-57.*

[17] *Roberto Fernández Retamar,* Para una teoría de la literatura hispanoamericana y otras aproximaciones, *La Habana, Cuadernos Casa, no. 16, 1975, especialmente, pp. 53-93; François Pérus,* Literatura y sociedad en América Latina: El modernismo, *La Habana, Casa de las Américas, 1976; Hernán Vidal,* Literatura hispanoamericana e ideología liberal: Surgimiento y crisis (Una problemática sobre la dependencia en torno a la narrativa del boom), *Buenos Aires, Hispamérica, 1976, y* Sentido y práctica de la crítica literaria sociohistórica: Panfleto para la proposición de una arqueología acotada, *Minneapolis, MN, Institute for the Study of Ideologies and Literature, 1984. En torno a estas líneas son útiles las consideraciones de Rafael Gutiérrez Girardot, «Literatura y sociedad»,* Texto crítico, *III, no. 8 (1977), pp. 3-26.*

versiones de una misma literatura que pueden surgir desde estas discrepancias. Las fragmentaciones responden, siquiera en una importante dimensión, a la parcialización de los estudios literarios y a una especialización excesiva en autores o literaturas nacionales que dificultan o impiden una visión de conjunto. Esto se agrava, además, al seleccionar temas aislados y marginales sin incorporarlos al corpus analítico general para otorgarles desde allí su verdadero sentido. (Dejamos de lado, evidentemente, las aún frecuentes páginas que ven a la literatura como estado de ánimo y a la crítica como representación argumental o mostración de fragmentaciones descriptivas.) En el mejor de los casos, los lectores podrán compaginar esas versiones en una lectura más integral ya que, como algunos lo han demostrado, en la medida en que determinadas ideologías no intercedan para bloquear cualquier acceso al texto, una primera apelación al instrumental semiótico, por ejemplo, no invalida una segunda etapa contextual e historicista que a su vez explique el funcionamiento de los mecanismos internos a todo texto. [18] Tarea ésta sumamente difícil para el practicante fiel a la ortodoxia, pero factible para los legatarios heterodoxos. [19]

Esta compaginación también se halla en análisis temáticos, como lo ha demostrado la renovada atención al dictador a partir de novelas de García Márquez, Carpentier y Roa Bastos, entre otros, junto a la proliferación de dictaduras reales en los últimos años. Y también en la revisión de problemas relacionados con el indigenismo en la zona andina [20] y el bilingüismo en regiones quechua hablantes y en el Paraguay. Este tema también se remonta a los problemas más recientes de la producción en exilios no hispanohablantes y aún en países latinoamericanos que reproducen otros ecos. Consideración que va más allá del enfrentamiento con una lengua para anclarse en las manifestaciones pluriculturales de productos no heredados en los países originarios. Esta percepción promueve, a su vez, nuevas miradas sobre los procesos inmigratorios del siglo XIX

[18] *Puntos de partida que se dan entre otros en: Walter Mignolo, «Semantización de la ficción literaria»,* Dispositio, *V-VI, nos. 15-16 (1980-1981), pp. 85-127; Enrique Ballón Aguirre, «La escritura poetológica: César Vallejo, cronista»,* Lexis, *VI, no. 1 (1982), pp. 57-98 (más que en su* Vallejo como paradigma: Un caso especial de escritura, *Lima, Instituto Nacional de Cultura, 1974); en las variadas lecturas de Ana María Barrenechea,* Textos hispanoamericanos. De Sarmiento a Sarduy, *Caracas, Monte Avila, 1978; en el útil manual de Desiderio Blanco y Raúl Bueno,* Metodología de análisis semiótico, *Lima, Universidad de Lima, 1980. Una sólida mostración de la confluencia de aproximaciones artificialmente divergentes en Nelson Osorio T., «Lenguaje narrativo y estructura significativa de* El señor presidente *de Asturias»,* Escritura, *no. 5-6 (1978), pp. 99-156. Ver también Josefina Ludmer,* «Tres tristes tigres. *Ordenes literarios y jerarquías sociales»,* Revista Iberoamericana, *núms. 108-109 (1979), pp. 493-512.*

[19] *Quizá corresponda situar en esta misma línea, dados sus múltiples ensayos, a Noé Jitrik. Véanse, por ejemplo:* El fuego de la especie, *Buenos Aires, Siglo XXI, 1971;* El no existente caballero (la idea del personaje y su evolución en la narrativa latinoamericana), *Buenos Aires, Megápolis, 1975; «Entre el Dinero y el Ser. Lectura de* El juguete rabioso *de Roberto Arlt»,* Escritura, *I, no. 1 (1976), pp. 3-39, incorporada al valioso* La memoria compartida, *Xalapa, Universidad Veracruzana, 1982. Es otra la «heterodoxia» que caracteriza la tarea crítica de David Viñas; también la que muestran críticamente Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo en* Literatura/Sociedad, *Buenos Aires, Hachette, 1983.*

[20] *Antonio Cornejo Polar ha publicado textos medulares sobre este tema. Ver, por ejemplo, «El indigenismo y las literaturas heterogéneas. Su doble estatuto socio-cultural», en su* Sobre literatura y crítica latinoamericanas, *Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1982. La utilísima primera parte de esta colección intenta diseñar el* corpus *sobre el que debería dar razón la crítica literaria latinoamericana. Los otros trabajos sobre indigenismo aquí reunidos complementan* La novela peruana: Siete ensayos, *Lima, Horizonte, 1977. Otra revisión nacional en Agustín Cueva, «En pos de la historicidad perdida (contribución al debate sobre la literatura indigenista del Ecuador)»,* Revista de crítica literaria latinoamericana, *nos. 7-8 (1978), pp. 23-38.*

frente a los viajes del «gentleman» liberal decimonónico y al excluído en las décadas recientes por ser un lastre indeseable. Todo lo cual, y sin magia alguna, recoge nuevamente la necesidad de enfoques plurivalentes para dar cuenta de los complejos procesos que rechazan una sola interpretación y un solo canal de recepción.

Un proceso no del todo disímil se está dando con la creciente y merecida atención otorgada al análisis de algunas escritoras hispanoamericanas. De la primera etapa de identificación se ha pasado al canon de la crítica feminista en rápido decantamiento y eficaz formación en estos últimos años. [21] Cambios sociales y la implementación de teorías adecuadas comienzan a dar cuenta de la especificidad de la aún debatida identificación de una «escritura femenina». La discusión encuadrada en otras literaturas nacionales está siendo trasladada al contexto latinoamericano mediante congresos y revistas especializadas. El énfasis no es meramente coyuntural; responde a cambios de percepción y a la toma de conciencia del espacio que ocupa la mujer en sus múltiples funciones sociales.

Otra medida de las transformaciones literarias nada coyunturales destinadas a integrar una lectura específica a las exigencias de la historia y del público, se obtiene mediante la consideración de la «literatura testimonio» —vista antes en un continuo más específicamente político— tal como lo desarrollaran de diferentes modos escritores tan disímiles como Rodolfo Walsh y Miguel Barnet y cuyas dimensiones subyacen, por ejemplo, a una de las vertientes de la obra de Elena Poniatowska. La crítica recién ha iniciado la tarea de interpretación procesos de producción que atraviesan varias categorías formales moldeándolas a su propia necesidad y semejanza, y de estudiar la alternativa que ofrecen estos textos a los rubros oficiales de los géneros literarios. Se suma a ello la posibilidad de hilvanar esta producción con la transparente inmediatez que caracterizara a las crónicas de la Colonia: ineludibles apuestas, quizás, a la intervención literaria en la organización de mundos que exceden a la palabra.

La injerencia de las transformaciones sociales en los análisis contemporáneos también se registra en la enseñanza del teatro como texto escrito. Es necesario subrayar que éste constituye una zona crítica relativamente «nueva» y que ello condiciona ciertas apreciaciones. [22] Si bien el teatro parece ser el que menos ha absorbido los planteos teóricos que frecuentan las lecturas de la narrativa y la poesía, las opciones que surgen al enfrentar el teatro burgués y, por ejemplo, el teatro de creación colectiva, ya refuerzan los argumentos que abogan por una mayor exploración del instrumental crítico utilizado hasta la fecha. La oscilación constante entre representación y lectura obliga a la interacción del texto con las condiciones sociales, especialmente en casos recientes en que la censura y la represión se transformaron en partícipes de la cotidianeidad teatral («Teatro abierto» en la Argentina es un caso excepcional).

[21] *Las dimensiones de este proceso se notan en el caudal informativo y analítico en Lynn Cortina,* Spanish-American Women Writers: A Bibliographical Research Checklist, *New York and London, Garland, 1983; caudal que ha arreciado desde esa fecha.*

[22] *El índice de* Latin American Theater Review *(Lawrence, Kansas) permite constatar estos intentos. Las publicaciones de Girol Books (Ottawa, Ont., Canadá) ya han comenzado a responder a las exigencias académicas.* Conjunto *(La Habana) ya suple un nutrido material de información allegado a la política cultural cubana.*

La mera enumeración de los múltiples temas y el listado de autores tratados en los últimos años escasamente ofrecería un cuadro completo del estado de nuestra disciplina, tareas que ya cumplen, además, publicaciones especializadas. Si por un lado el volumen de páginas vertidas no garantiza de por sí un mayor aporte al conocimiento de nuestras literaturas, por otro lado corresponde señalarlo como indicio de la creciente profesionalización de esta tarea. Indudablemente hay páginas fácilmente descartables, pero existe un corpus muy significativo de estudios que atraviesa todo segmento de la historia literaria y que se impone como material de consulta obligatoria. Frente a prácticas reiterativas y, como se ha señalado, a la insistencia en un número relativamente reducido de autores, también se han publicado en los últimos años importantes estudios sobre literatura colonial, desde el descubrimiento y constancia de materiales abandonados hasta análisis exhaustivos de algunos cronistas y de selectas figuras insignes del barroco.[23] Es difícil determinar si el renovado interés por la colonia parte de algunas afinidades con modalidades narrativas contemporáneas —o precisamente de su agotamiento— o si constituye una toma de conciencia de la necesidad de explorar meticulosa y científicamente los orígenes americanos. Preguntas similares podrían ser formuladas —cabe reconocerlo— en torno a los renovados debates sobre las literaturas nacionales; sobre las culturas mestizas; sobre la ideología que sustentaron los intelectuales que participaron en la formación de las repúblicas liberales y en proyectos de formación nacional posteriores; sobre los experimentos de la vanguardia poética en sí y su repercusión más reciente; sobre la poesía como ruptura constante ante sí misma; sobre la dispersión de las voces y los textos a partir de situaciones límite frente a otras experiencias represivas en las comunidades negras, mestizas e indias de diferentes regiones del continente, y los más recientes devaneos sobre la identidad de las comunidades de origen

[23] *El interés en Sor Juana se mantiene incesante. A los múltiples artículos que analizan segmentos parciales de su producción, corresponde agregar —para marcar sólo dos líneas— la tarea bibliográfica de Francisco de la Maza, comp.,* Sor Juana Inés de la Cruz ante la historia: Biografías antiguas: La Fama de 1700: noticias de 1667 a 1892, *México, UNAM, 1980; y la monumental y discutida lectura de Octavio Paz,* Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe, *Barcelona, Seix Barral, 1982.*

Huamán Poma de Ayala ha sido motivo de un inusitado y sostenido con excelentes resultados en, entre otros, Mercedes López-Baralt, «Guamán Poma de Ayala y el arte de la memoria en una crónica ilustrada del siglo XVII», Cuadernos Americanos, *n.º 224 (1979), pp. 119-51. Volúmenes colectivos y números especiales de revistas han contribuido a la difusión de textos que aún aguardan análisis adicionales y al bosquejo de un mapa jurisdiccional provisorio. Ver, por ejemplo, Rolena Adorno, ed.,* From Oral to Written Expression: Native Andean Chronicles of the Early Colonial Period, *Syracuse, NY, Syracuse University Press, 1982; Raquel Chang-Rodríguez* et al., Prosa hispanoamericana virreinal, *Barcelona, Borrás, 1978; las memorias del* Congreso Internacional de literatura iberoamericana, *Madrid, Centro Iberoamericano de Cooperación, 1978, 3 vols., dedicado al barroco americano; los números 104-105 de la* Revista Iberoamericana *(1978), dedicado a Irving A. Leonard. Es especialmente loable y útil la publicación de meticulosas ediciones críticas como la realizada por John V. Murra y Rolena Adorno de Felipe Huamán Poma de Ayala,* El primer Nueva corónica y buen Gobierno, *México, Siglo XXI, 1980, 3 vols.*

Es meritoriamente reconocida la contribución de la Biblioteca Ayacucho a esta amplia franja de la cultura americana con la publicación de volúmenes dedicados, por orden de publicación, al Inca Garcilaso de la Vega (por Aurelio Miró Quesada); a la literatura del México antiguo (por Miguel León-Portilla); a Juan de Miramontes y Zuázola (por Rodrigo Miró); a la literatura maya (por Mercedes de la Garza); a Francisco López de Gomara (por Jorge Gurria Lacroix); a literatura guaraní (por Rubén Bareiro Saguier); a la edición de Franklin Pease de Nueva Corónica y Buen Gobierno; a la literatura quechua (por Edmundo Bendezú Aybar); a Fray Bernardino de Sahagún (por José Luis Martínez); a Juan de Velasco (por Alfredo Pareja Díez-Canseco); a Juan Ruiz de Alarcón (por Margit Frenk); a Juan de Espinosa Medrano (por Augusto Tamayo Vargas); a Carlos de Sigüenza y Góngora (por Irving A. Leonard); a Juan del Valle y Caviedes (por Daniel R. Reedy); y a Fray Bartolomé de las Casas (por André Saint-Lu).

hispano en Estados Unidos; sobre los callejones sin salida de ciertos experimentos y sobre los desfases de la historia y la literatura. La insistencia en planteos teóricos y en los diversos caminos de la crítica también indican un sondeo de las gamas del conocimiento que pueden aportar la lingüística, la semiótica, el deconstruccionismo o la teoría de la recepción, por ejemplo, a la vez que se hace igualmente insistente la imperiosa necesidad de descartar los clichés del momento que en ciertos teclados son meros ecos de modas más o menos pasajeras.

La necesidad de ampliar la definición de literatura, o por lo menos de aquéllo que se considera bajo la competencia del campo literario, sostenida por un núcleo importante de críticos, apunta a la escisión ya practicada entre formas literarias «superiores» aceptadas tradicional y estéticamente como tales, y la literatura popular. También del convencimiento de que «superior» y «popular» integran una zona de la cultura que abarca expresiones no-literarias y que permite el acceso a los factores que confirman que ningún texto es «un ente incomunicado». El anuario *Studies in Latin American Popular Culture* (Morris, Minnesota — Las Cruces, New Mexico) ha iniciado la mostración empírica preliminar y, a la vez, ha patrocinado la reflexión teórica a partir de ella.[24] La incorporación al ámbito literario del espacio de la cotidianeidad puede haber resultado de un enfoque que, siguiendo en los mejores casos a Foucault, opta por estudiar la historia intelectual y las transformaciones de las formas de relación intelectuales más que ceñirse a la especificidad del texto literario. Tal opción con lleva, evidentemente, una carga ideológica a la que no es ajena la interacción y alteración mutua del producto intelectual y el contexto social. Ello implica, a su vez, la incorporación definitiva y explícita de la crítica literaria a campos ideológicos de los que ya es parte. La expansión del concepto restringido de «lo literario», por lo tanto, también debería constituir un tema de debate sobre estética. Correspondería, además, ubicar el debate junto al análisis de las relaciones ideológicas entre clases sociales para así precisar las riesgosas ilaciones de los efectos y las causas que gobiernan a esos productos ampliamente literarios.

Al entrar en crisis la delimitación de los géneros tradicionales, al reducir (o será: ¿al ampliar?) el alcance de los productos literarios a un gran texto compaginado por la tradición que define la supervivencia de las páginas clásicas, es posible que también se produjera una apertura en otra dirección. Cuando se inaugura «Dios y Golem, Inc.», al decir de Wiener; cuando los artefactos literarios comulgan con otras expresiones de una cibernética estelar; cuando las categorías comienzan a ceder sus aristas y se ubican bajo el rubro de la «comunicación», y los experimentos sobre la página ansían llegar a otras escrituras y otras lecturas que puedan prescindir de toda tipografía, parece inevitable que también se expanda el discurso crítico para mantener siquiera una puesta al día aproximada. Cuando las radionovelas, y las tiras cómicas y los héroes de otros medios incursionan en la «formalidad literaria», le corresponde al lector pegar el salto hacia los materiales originales, y entonces ya no sólo como tributarios de la «literatura superior» sino como manifestaciones escritas para un público latinoamericano mayoritario.

[24] *En los tres primeros números (1982-84) se nota un marcado énfasis en la amplitud abarcada por «lo popular» (fotonovelas y otras revistas, cine, afiches, tiras cómicas, música y bailes populares, etc.) y el papel que cumplen estas manifestaciones dentro, y como interpretación de, sus respectivas sociedades.*

Esta actividad puede ser llevada a cabo sin elastizar el canon literario predominante hacia las manifestaciones de la literatura y de la cultura popular, y sin que este canon deba ser visto necesariamente como invariable. Para ello, sin embargo, corresponden algunas etapas previas y que aún no han merecido su debida atención. Entre ellas está la necesaria incorporación de literaturas nacionales, particularmente de Centroamérica, cuyo conocimiento sigue relegado en gran parte a su propia región. Si bien las obras de Ernesto Cardenal, Pablo Antonio Cuadra, y Sergio Ramírez —para tomar tres ejemplos nicaragüenses—, son consideradas con mayor detenimiento, los diversos lineamientos que componen una literatura étnica y socialmente diversificada siguen siendo patrimonio de unos pocos fuera del alcance logrado por algunas publicaciones periódicas. [25] Esto reduce, además, la necesidad de interrogar las causas que han acercado a la narrativa y la poesía en casos como el de Nicaragua y Cuba en sus recientes etapas nacionales, fenómeno disímil al producido en otras regiones con proyectos liberales decimonónicos. Tema, entre otros, que evidentemente requiere una particularización de los estudios pero siempre dentro de percepciones latinoamericanas globales que no descartan los diálogos constantes con otras culturas.

Es indiscutible, cabe resumir, que parte del problema radica en los mecanismos propios del mercado y la distribución, pero otra parte también se instala en las opciones de los lectores potenciales que pormenorizan segmentos de «literaturas metropolitanas» dentro de América Latina. Sin ignorar las limitaciones que afectan las tareas críticas, se puede anticipar un mayor desplazamiento hacia autores más recientes, cuya muerte no debe ser el fin anhelado para que sean aceptados como materia de estudio, y hacia aquéllos que sin haber integrado las recientes constelaciones internacionales hacen a la significación y al debate interno de sus respectivos países y zonas culturales. Comparto con Jean Franco el reconocimiento de la emergente crítica feminista basada no sólo en la primera identificación de las escritoras, sino también en el análisis de su producción sobre la base que sustentan la sociocrítica, el sicoanálisis y los mecanismos que operan dentro de la ideología de los textos, mecanismos que, por cierto, toca analizar en toda escritura. Faltará también hacer aquello que tampoco está hecho en *estas* páginas: integrar la producción hispanoamericana con las literaturas del resto de Latinoamérica.

Indudablemente persistirán las divisiones, las dicotomías, las lecturas negadas, la firmeza de la fe del creyente, los discursos tautológicos: la mirada en el espejo que pretende ver a otro ante su cara. Resulta difícil, sin embargo, instalarse en los extremos. Sin pasar a ver la literatura *sólo* como filtro o transperencia, corresponde verla como mediatización artística que *también* lleva —más allá de las funciones propias del reconocimiento y el goce del texto— a otras miradas sobre lo que alienta más allá y al margen de su presencia literaria. En este sentido, la materia que elaboramos es un ca-

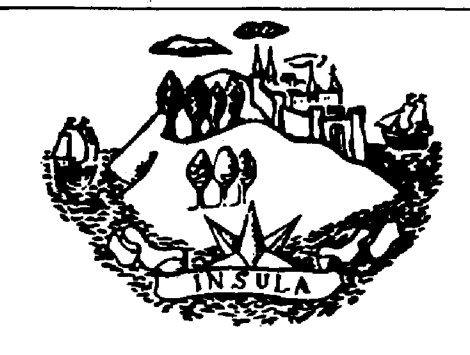
[25] *Es evidente que razones políticas han incrementado la reciente atención del exterior sobre la literatura centroamericana. Dentro de la región, sin embargo, persistía desde antes un interés primordial por irradiar un mayor conocimiento de lo propio como definición de lo nacional y latinoamericano que se nota en la proliferación de muestras antológicas y en trabajos críticos. Dos ejemplos disímiles (también en sus alientos y anhelos): Jorge Eduardo Arellano,* Panorama de la literatura nicaragüense, *Managua, Nueva Nicaragua, 1982 (1.ª ed., 1966); Ramón Luis Acevedo,* La novela centroamericana (Desde el Popol-Vuh hasta los umbrales de la novela actual). *Río Piedras, Puerto Rico, Editorial Universitaria, 1982.*

leidoscopio que reorganiza constantemente sus componentes bajo el signo de la identificación de las partes, con la participación del azar y de la voz que lo sostiene, participando en la maravilla (o el terror) de verlo todo desde adentro y saber que también puede ser así. Partiendo de los extremos también es factible la búsqueda de un equilibrio, de un balance entre el análisis propio del texto y sus referentes sin confundir planos ni optar por sólo uno de ellos, pues entonces, por un lado se desvirtúa su sentido más abarcador y, por el otro, se hace de la lectura crítica un ejercicio cuyo placer se repliega sobre la misma mano que entreteje arabescos, o que apunta hacia la dulce arquitectura de un palacio deshabitado.

La secta de los monótonos fue motivo de polémicas incendiarias y justificación de un duelo invisible que reconocía a sus contrincantes. Sólo en el paraíso y ante la mente divina Juan de Panonia y Aureliano pudieron comprender que «(el ortodoxo y el hereje, el aborrecedor y el aborrecido, el acusador y la víctima) formaban una sola persona». La referencia a «Los teólogos» de Borges [26] no quiere ser sanguinaria, particularmente luego de episodios de delación y silencios que también contribuyeron a otras hogueras. Alude más bien a que dentro de los espacios que excluyen manifestaciones fanáticas y seguras de una verdad única, existe la capacidad del diálogo y de búsquedas conjuntas, de opciones en que lo disímil puede servir como plataforma de lanzamiento hacia interpretaciones que, en última instancia, deben barajar un mismo propósito: una mayor y mejor comprensión del sentido total de los textos y una mejor capacidad de aceptación de las reglas que rigen esos sistemas y que, al igual que toda página literaria, deben tolerar múltiples y legítimas lecturas.

Saúl Sosnowski

[26] El aleph. *Buenos Aires, Emecé, 1968: p. 45.*



INSULA

REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS

Fundada por ENRIQUE CANITO
Director: JOSE LUIS CANO
Secretario: ANTONIO NUÑEZ
Redacción: CARLOS ALVAREZ-UDE

Números 476-477 **Julio-Agosto 1986**

CINCUENTENARIO VALLE-INCLAN (1866-1936)

Artículos de DRU DOUGHERTY, LAUREANO BONET, ADOLFO SOTELO VÁZQUEZ, LUIS T. GONZÁLEZ DEL VALLE, y JOSÉ MANUEL GARCÍA DE LA TORRE.

CINCUENTENARIO GARCIA LORCA (1898-1936)

Artículos de MIGUEL ENGUIDANOS, ANTONINA RODRIGO, JOSÉ MARÍA DE QUINTO, MARÍA CLEMENTA MILLÁN, KATHLEEN E. DAVIS, MIGUEL GARCÍA-POSADA, SULTANA WAHNON y GERARDO VELÁZQUEZ CUETO.

CINCUENTENARIO JOSE MARIA HINOJOSA (1904-1936)

Artículos de JOSÉ TERUEL y JULIO NEIRA.
Además, artículos de JOSÉ ANGEL ASCUNCE ARRIETA, EMILIO MIRÓ, JULIÁN GALLEGO, y JOSÉ LUNA BORGE.
Poemas de JESÚS HILARIO TUNDIDOR, MARÍA VICTORIA ATENCIA y JUAN RUIZ PEÑA.
Cuentos de NAVY S.L. y JULIO CALVIÑO IGLESIAS.
Ilustraciones de RICARDO ZAMORANO.
Notas de lectura de DIEGO MARTINEZ TORRÓN, Mª CARMEN GONZÁLEZ MARÍN, JOSÉ ANTONIO MÍNGUEZ, ENRIQUE MOLINA CAMPOS, EUGENIO SUÁREZ-GALBÁN GUERRA, ANTONIO FERNÁNDEZ FERRER, ESTHER SÁNCHEZ-PARDO GARCÍA, JOSÉ GUTIÉRREZ, FRANCISCO RUIZ NOGUERA y VÍCTOR PEÑA.
Un volumen de 32 págs., 435 x 315 mm., 690 ptas. (Inc. IVA).

Precio de suscripción:

	ESPAÑA	EXTRANJERO
Año	3.445 ptas.	4.500 ptas. (32,50 $ USA)
Semestre	2.095 ptas.	2.700 ptas. (19,50 $ USA)
Número corriente	345 ptas.	450 ptas. (3,25 $ USA)
Año atrasado	4.345 ptas.	5.445 ptas. (40,00 $ USA)
Número atrasado	408 ptas.	525 ptas. (3,18 $ USA)

Redacción y Administración:
Carretera de Irún, Km. 12,200 (Variante de Fuencarral)
Teléfono 734 38 00
28049 MADRID

PENSAMIENTO IBEROAMERICANO
Revista de Economía Política

Revista semestral patrocinada por el Instituto de Cooperación Iberoamericana (ICI) y la Comisión Económica para América Latina (CEPAL).

Director: Aníbal Pinto

N.° 10 **Julio-Diciembre 1986**

SUMARIO

EL TEMA CENTRAL: «DESARROLLO REGIONAL. NUEVOS DESAFIOS»

FIGURAS Y PENSAMIENTO

— Suscripción por cuatro números: España y Portugal, 3.600 pesetas ó 40 dólares; Europa, 45 dólares; América y resto del mundo, 50 dólares.
— Número suelto: 1.000 pesetas ó 12 dólares.
— Pago mediante talón nominativo a nombre de Pensamiento Iberoamericano.
— Redacción, administración y suscripciones:

Instituto de Cooperación Iberoamericana
Revista Pensamiento Iberoamericano
Teléf. 244 06 00 - Ext. 300
Avda. de los Reyes Católicos, 4
28040 MADRID

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Don ....

con residencia en ....

calle de..., núm............... se suscribe a la Revista CUADERNOS HISPANOAMERICANOS por el tiempo de ....

a partir del número................................., cuyo importe de .... se compromete a pagar mediante talón bancario a nombre de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS.

.... de...................................... de 198 .....

El suscriptor

Remítase la Revista a la siguiente dirección: ....

....

PRECIOS DE SUSCRIPCION

		Pesetas
España	Un año (doce números)	4.500
	Ejemplar suelto	400

		Correo marítimo $ USA	*Correo aéreo $ USA*
Europa	Un año	45	60
	Ejemplar suelto	4	5
USA, Africa	Un año	45	90
Asia, Oceanía	Ejemplar suelto	4	7
Iberoamérica	Un año	40	85
	Ejemplar suelto	4	5

Pedidos y correspondencia: Administrador de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS. Instituto de Cooperación Iberoamericana. Avda. de los Reyes Católicos, 4. Ciudad Universitaria. 28040 MADRID. España. Teléfono 244 05 80, extensión 396.

Precio de este ejemplar
400 Ptas. (IVA incluido)

Próximamente:

Octavio Paz
El castellano en Estados Unidos

Czeslaw Milosz
Sobre la esperanza

Carlos Zavaleta
La obra inicial de Vargas Llosa

Manuel Benavides
Borges y la filosofía

Javier Sologuren
Poemas

Diomedes Núñez Polanco
El Caribe: pueblos, cultura e historia

INSTITUTO DE COOPERACION IBEROAMERICANA